

Traducción de
EMMA SÁNCHEZ RAMÍREZ

OSCAR LEWIS

ANTROPOLOGÍA DE LA POBREZA

Cinco familias

Prólogo de OLIVER LA FARGE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1959
Primera edición en español, 1961
Vigésimocuarta reimpresión, 2010

Lewis, Oscar

Antropología de la pobreza: cinco familias / Oscar Lewis ; prol. de Oliver La Farge ; trad. de Emma Sánchez Ramírez. — México : FCE, 1961.

302 p. ; 21 x 14 cm — (Colec. Antropología)
Título original Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)
ISBN 978-968-16-0539-1

1. Familia — México — Investigación 2. México — Condiciones Sociales I. La Farge, Oliver, pról. II. Sánchez Ramírez, Emma, tr. III. Ser. IV. t.

LC HQ56 L4118

Dewey 309.172 L675a

CON PROFUNDA GRATITUD Y AFECTO DEDICO ESTE LIBRO
A LAS FAMILIAS MEXICANAS QUE CON SU COLABORACIÓN
HICIERON POSIBLE EL PRESENTE ESTUDIO, Y CUYA
IDENTIDAD DEBE PERMANECER ANÓNIMA

Distribución mundial

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694

 Empresa certificada ISO 9001: 2000

Título original:

Five Families (Mexican Case Studies in the Culture of Poverty)
© 1959, Basic Books Inc., Nueva York

(Los diálogos de las cuatro familias son
reproducción de versiones taquigráficas y de
grabaciones directas)

D. R. © 1961, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-968-16-0539-1

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A
RUTH, GENE Y JUDY

PREFACIO A LA EDICION EN ESPAÑOL

ESTA edición en español de *cinco familias* es más que una traducción del inglés. En realidad puede decirse que es la versión original, ya que la anterior fue una traducción de mis notas escritas en español y de los datos grabados en cinta magnética. Agradezco al Fondo de Cultura Económica su decisión de publicar este trabajo, pues me parece que en lengua española se transmite mejor el afecto de las personas, su capacidad de hondo sentimiento, así como su individualidad. A este respecto no puedo estar de acuerdo con Oliver La Farge, quien dice en su generoso prefacio que el amor es algo extraño entre los pobres, la gente simplista del mundo. Ciertamente Pedro Martínez, con toda su actitud autoritaria de campesino, trató de dar a su hija Conchita, a costa de gran sacrificio personal, una educación; y el amor de Esperanza por sus hijos, tan típico de las madres mexicanas, es lo que ha mantenido la unión de la familia. También en la familia Gómez, es el amor de la madre por los hijos y desde luego su fuerte sobreprotección lo que salta a la vista; y en la familia Sánchez, también es el profundo amor maternal de Lupe por sus hijos y el amor de Jesús Sánchez por sus nietos, que, como él dice, son la razón de su existencia y el porqué de su lucha contra la pobreza.

El trabajo del antropólogo norteamericano que escribe un libro sobre la pobreza del México moderno, especialmente en la época en que la masa media proclama orgullosa las conquistas logradas por la Revolución Mexicana, puede ser mal visto por algunos de sus amigos mexicanos. Por ello deseo recordar al lector, que este libro ha sido escrito en el espíritu científico de la antropología que es, en su naturaleza intrínseca, el espejo del hombre.

La pobreza no es bella en ninguna parte; y si desagrada a mis amigos mexicanos lo que miran reflejado en este espejo, es a ellos a quienes corresponde cambiar las realidades objetivas de su condición. El hecho de que la pobreza persista en escala de masas en la principal ciudad de la nación, cincuenta años después de la gloriosa Revolución Mexicana, sugiere que todavía queda mucho por hacer. Don Adolfo Ruiz Cortines, ex Presidente de México, así lo expresó, mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo, en su informe anual dirigido a la nación en septiembre de 1956:

"Sí, hemos progresado; pero el progreso logrado por el país en su conjunto nos permite ver con mayor claridad a aquellos que aún no se han beneficiado con este progreso, o cuando menos, no se han beneficiado tanto como nosotros esperábamos fervientemente. . . Pienso, con gran emoción, en las grandes masas

que aún están sufriendo por ignorancia, enfermedades y pobreza... Mientras estas grandes masas no progresen al mismo paso que el resto del país, tendremos que decir a los que están satisfechos con la situación prevaleciente: 'Hemos hecho muy poco, realmente; la promesa fundamental aún está por cumplirse'."

Estoy profundamente agradecido a Emma Sánchez Ramírez por su fiel e inspirada traducción del inglés, así como por su habilidad y paciencia para utilizar mis grabaciones en cinta magnética y mis notas de campo. También deseo expresar mi gratitud al gran número de amigos cuya hospitalidad, amabilidad y continuo interés en mi trabajo hicieron de mi estancia y mis investigaciones en México un gran placer. A este respecto recuerdo especialmente a Alberto Beltrán, Angélica Castro de la Fuente, Eusebio Dávalos Hurtado, Manuel Gamio, Miguel León-Portilla y Arnaldo Orfila Reynal.

OSCAR LEWIS

Urbana, Illinois
mayo, 1961

PRÓLOGO

DURANTE un número considerable de años, Oscar Lewis ha experimentado y perfeccionado una técnica muy importante para el reportazgo etnológico. Esto es, el reportazgo del momento, y hasta donde es posible, de la observación total de la vida doméstica en la comunidad y en series de comunidades afines. Los frutos de su técnica se mostraron en forma impresionante en su libro *Life in a Mexican Village*, descripción sumamente completa, de gran interés y un verdadero reto a las comunes preconcepciones sobre la psique de los mexicanos rurales modernos.

De Tepoztlán, el pueblo del libro mencionado, Lewis siguió el rastro a las familias tepoztecas que se mudaron a la ciudad de México. Con este motivo realizó descubrimientos que originaron cambios importantes en los conceptos antropológicos referentes a las modificaciones que tienen lugar durante el paso de la vida rural a la vida urbana. Del estudio de estos inmigrantes, estudio que formaba parte de la documentación del pueblo del que vinieron, el autor se trasladó en forma natural al campo considerado exclusivo de los sociólogos, al aplicar su método de muestreo en general a las clases inferiores de la ciudad de México.

Su técnica es un procedimiento que resuelve el dilema de los científicos sociales modernos. Por tradición, los antropólogos se han dedicado a investigar las comunidades primitivas, relativamente pequeñas en número, pero mucho más homogéneas que las sociedades "modernas". Para un buen estudiante de dichos grupos fue posible llegar con el tiempo a conclusiones científicamente válidas aun cuando el elemento subjetivo nunca pudiera ser eliminado. Al tratarse números mayores, crece la complejidad de la sociedad bajo consideración, y para el investigador se hace cada vez más imposible visualizarla y comprenderla toda. Es aquí precisamente donde surge el método humanístico de trabajo frente-a-frente contra la rigidez limitadora de los números, de las variantes, o en general de ambos.

Aquellos sociólogos que desde un principio se interesaron más por las comunidades urbanas modernas confiaron demasiado en el análisis estadístico. Entre más estudiamos los seres humanos en su variedad infinita, más evidente se hace la imposibilidad de circunscribirlos a la específica rigidez de la clase de datos que pueden manejarse matemáticamente, aun cuando los rangos se hagan alternar en forma escalonada con ayuda de los computadores modernos. En cierta parte del proceso, deberá existir la interpretación surgida de la observación del individuo, acompañada de todas las debilidades de su emoción y de sus prejuicios.

Hoy día, el estudioso de la gente se apoya en toda clase de

medios objetivos y, sobre todo, en un número de pruebas psicológicas (generalmente llamadas, con un sentido inconsciente del humor, "batería") y hasta donde es posible en el máximo empleo estadístico. Aún así, al final, si lo que se descubre ha de llegar a servir para algo, alguien debe interpretarlo en términos humanos, alguien debe inyectarle el elemento descriptivo.

Estas dificultades chocan directamente con la necesidad obvia y creciente de poseer, para poder guiarnos en las actividades realísticas de gran valor, esa comprensión acerca de la gente que, se supone, nos proporcionan las ciencias sociales. Los antropólogos ya no pueden permanecer aislados completamente y a salvo del gran mundo, mundo en el cual inexorablemente están comprometidos hombres militares, hombres diplomáticos y hombres de estado de todas clases. Como lo apunta el Dr. Lewis al iniciar su libro, "es una ironía que muchos americanos, gracias a los antropólogos, conozcan más sobre la cultura de alguna tribu aislada de Nueva Guinea con una población total de 500 almas, que acerca de las formas de vida de millones de pobladores de la India o de México y de otras naciones subdesarrolladas, destinadas a jugar una parte decisiva en la escena internacional", y en suma, acerca de la gran mayoría de la humanidad.

Su estudio de un día en la vida de cada una de las cinco familias mexicanas es un intento de proporcionar el retrato viviente de un segmento de esos millones de seres, por el procedimiento del muestreo profundo. El procedimiento es casi tan objetivo como lo es la mayor parte del trabajo en el campo etnológico. El registrador no apunta a la moral, no deriva conclusiones (excepto en su parte introductoria); luego, con gran discreción, no hace comentarios. Simplemente muestra ante nosotros cinco días, cinco días perfectamente ordinarios en las vidas de cinco familias ordinarias representativas. Por necesidad, sus familias han sido encubiertas por la ficción; ello no detracta en forma alguna el valor del reportazgo. Ineludible, tras los ojos del observador, descansa el filtro de su personalidad, lo inevitable, el factor subjetivo en lo social y en muchas otras ciencias.

El cuadro que obtenemos desde luego es mexicano. Tampoco podría aplicarse a todo México; sin embargo, posee valores universales. Como señala el Dr. Lewis, ilustra la dinámica, escasamente reconocida, de la pobreza. Para mí, entre las cosas más sorprendentes acerca de estas familias, está su *malaise* general, la rareza entre ellas de felicidad o contento, la rareza del afecto. El afecto mostrado, o aquello que llamamos "amor", excepto durante el periodo relativamente breve del cortejo y el inicial del matrimonio, es una manifestación rara entre los más pobres, la gente simplista del mundo. Por encima de todo, allí donde dominan el hambre y la incomodidad, queda poca energía so-

brante para las emociones cálidas, delicadas, menos utilitaristas, y escasa oportunidad para una felicidad activa.

Estas generalizaciones, sin embargo, no cuentan completamente para los caracteres de las personas aquí descritas, y podemos observar que los más tristes, los más inafectuosos en absoluto, los más llenos de odio, son los Castro, los *nuevos ricos* manejados con una franqueza desmedidamente brutal, una familia para desanimar a Chejov y poner los pelos de punta a Zola.

¿Es esto razonable? ¿Podemos creerlo? ¿Podemos aceptar como característicos los elementos repetidos de la decadencia, o de la religión decadente, de las familias fragmentadas, de las uniones fuera de matrimonio, de los adulterios y de la plena poligamia? Empero, la respuesta puede hallarse en otro factor. Todas las familias descritas en este libro pertenecen a gente cuya cultura está en lo que llamamos "transición", significando con ello que desaparecerán ante el asalto de la Era Tecnológica. Aquí radica la exportación inmensa que realizan las familias de naciones europeo-norteamericanas de esa cultura material nueva que hace añicos a las culturas no materialistas a las que llega, y que hoy día las está alcanzando a todas. En todo el mundo hay odio para aquellas naciones que están en la era del maquinismo y tienen gente de tez clara a la que rápidamente se imita. Uno de los primeros logros que sufren es la desolación cultural.

Veamos de nuevo a los Castro. Han obtenido una cultura material norteamericana. Poseen un carro de dos tonos, poseen drenaje y aún más, desayunan a la norteamericana. Al finalizar el día la señora Castro se entrega a la lectura de la traducción del libro más de moda y de mayor venta en los Estados Unidos. A pesar de ello, aún no penetran en la cultura del Norte, están simplemente desarraigados, divorciados de la riqueza de sus propios recursos, sin haber recibido ningún otro sustituto que los objetos materiales; son como metal que resuena o címbalo que retiñe, pues viven sin amor y son falsos en todo.

El *mal* que refiero se extiende por todo el mundo. Cuando menos una parte de la dinámica de la pobreza le pertenece, porque en muchos, en muchísimos casos, una existencia físicamente satisfactoria, vieja, *primitiva*, se cambia por una existencia insatisfecha, *empobrecida* conforme la gente cae atrapada en la telaraña económica inseparable de la extensión de la Era Tecnológica. Típicamente también, el trauma cultural resulta en la desorganización de la unidad básica social: la familia; aunque en el caso de las familias segunda, tercera y cuarta (de estas cinco), observamos con interés lo fuerte que es la continuidad del patrón de cohesión, de lo que resulta en ellas curiosos remiendos de fragmentos que en sí mismos son productos de la descomposición.

Los cambios culturales drásticos, especialmente notables en la vida familiar y en la religión, también están ocurriendo entre las naciones norteamericanas de la nueva era, aun cuando comparativamente hayan pasado por una gradual transición durante el siglo y medio transcurrido desde el inicio de la Revolución Industrial.

La mayoría de las culturas "bien integradas", aquellas donde las personas llevan adelante conjuntos de adaptaciones largamente establecidos en ellas mismas y entre sí, tanto como en sus circunstancias, gratifican a sus participantes con lo que llamanamente puede llamarse *satisfacción*. Es característico de culturas fragmentadas o en desintegración el ya no proporcionar satisfacción, el haber dejado de "hacer la vida llevadera", lo que a su vez puede conducir a un sentimiento de amargura por el motivo original del cambio, una intuitiva imputación de culpa. Este o no inconscientemente marcado, el elemento de la insatisfacción resalta fuertemente en las cinco familias del Dr. Lewis.

Esta investigación es algo más que una muestra de México. Ilumina dolorosamente algo de la condición humana de las masas, el gran número de millones de personas que en virtud de la misma tecnología han devenido súbitamente nuestros vecinos cercanos, cuya buena voluntad o enemistad puede ser decisiva para nuestra propia supervivencia.

OLIVER LA FARGE

Marzo de 1959

AGRADECIMIENTOS

CON MOTIVO de haber empleado un largo período de tiempo en la investigación de campo para este volumen, debo muchos favores. Estoy agradecido a la American Philosophical Society por las becas de investigación que me proporcionó durante los veranos de 1947 y 1948; a la Behavioral Sciences Division de la Fundación Ford, por su beca de ayuda durante 1952; a la Fundación Guggenheim por una beca en 1956-57; y también por la beca de ayuda a la Fundación Wenner-Gren para Investigaciones Antropológicas durante el verano de 1958. Finalmente quiero agradecer al Graduate Research Board de la Universidad de Illinois su firme apoyo desde 1948 a mis investigaciones en México. Me han otorgado becas durante los años de 1948, 1951, 1955, 1957 y 1958.

A mi esposa Ruth M. Lewis debo mi mayor agradecimiento por su contribución a este libro. Su ayuda ha sido inestimable en esta investigación en México y luego ha trabajado conmigo en la redacción de los capítulos. Estoy agradecido a Helen S. Kuypers por su excelente contribución editorial. Al Dr. Nathan W. Ackerman, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Columbia; al profesor Fred P. Ellison, de la Universidad de Illinois; y a la señora Dorothy K. Bestor, también deseo expresar mi agradecimiento por sus estímulos y comentarios en determinadas partes del escrito. También estoy muy agradecido a mis amigos de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, los doctores Ramón Parres, José Luis González, Santiago Ramírez, José Remus y Luis Feder, por sus vivaces discusiones sobre los materiales de la familia Martínez. Quiero dar las gracias especialmente al artista mexicano Alberto Beltrán por sus dibujos estupendos.

Finalmente, siento profunda gratitud hacia los miembros de las cinco familias cuya confianza y cooperación hicieron posible este trabajo. Para protegerlos, nombres y lugares han sido cambiados. Para mí fue gran privilegio conocer a esta gente y admiro el valor con que se enfrentan a sus problemas abrumadores.

LA ESCENA

EN ESTE libro he intentado brindar al lector un cuadro íntimo y objetivo de la vida diaria de cinco familias mexicanas, cuatro de las cuales pertenecen al sector de ingresos económicos más ínfimo. Mi propósito ha sido contribuir a la comprensión de la cultura de la pobreza en el México contemporáneo y, por cuanto que los pobres de todo el mundo tienen algo en común, a la comprensión de la vida de la clase baja en general.

Este libro ha surgido de la convicción de que los antropólogos tienen una función nueva en el mundo moderno: servir como estudiantes y relatores de la gran masa de campesinos y habitantes urbanos de los países subdesarrollados, que constituyen casi el ochenta por ciento de la población del mundo. Lo que sucede a la gente de estos países afectará directa o indirectamente nuestras propias vidas. Hasta ahora, es de sorprender lo escaso de nuestro conocimiento acerca de ella. Mientras poseemos gran cantidad de información sobre la geografía, historia, economía, política, y aun sobre las costumbres de muchos de estos países, sabemos muy poco de su psicología, particularmente de la psicología de las personas de la clase baja; sus problemas, cómo piensan, cómo sienten, de qué se preocupan o discuten, qué esperan o disfrutan. Tradicionalmente los antropólogos han sido estudiantes y voceros de los grupos primitivos y analfabetos que viven en remotos rincones del mundo y quienes tienen una influencia pequeña sobre nuestra civilización. Es una ironía que muchos americanos, gracias a los antropólogos, conozcan más acerca de la cultura de alguna tribu aislada de Nueva Guinea con una población total de 500 almas, que acerca del modo de vida de millones de pobladores de la India o de México y de otras naciones subdesarrolladas destinadas a jugar un papel decisivo en la escena internacional.

El cambio del estudio de las gentes tribales al estudio de los campesinos, y como en el caso de este volumen, al estudio de los habitantes urbanos, da una significación potencialmente nueva y práctica a los hallazgos de los antropólogos. Invita también a una revaloración de la relación existente entre el antropólogo y la gente que él estudia, en su mayor parte, deses- peradamente pobre.

Aunque la pobreza es bastante familiar a los antropólogos, se la da por supuesta con frecuencia, en los estudios de sociedades analfabetas, como si fuera parte natural e integrante del modo total de vida íntimamente relacionada con la pobreza en tecnología y en recursos escasos o en ambos. De hecho, muchos antropólogos entienden la pobreza como una defensa que perpetúa las formas de vida contra la incursión de la civilización.

Pero la pobreza en las naciones modernas es asunto muy diferente. Sugiere antagonismos de clases, problemas sociales y necesidades de cambios; frecuentemente es interpretada en esta forma por los mismos sujetos de estudio. La pobreza viene a ser el factor dinámico que afecta la participación en la esfera de la cultura nacional creando una subcultura por sí misma. Uno puede hablar de la cultura de la pobreza, ya que tiene sus propias modalidades y consecuencias distintivas sociales y psicológicas para sus miembros. Me parece que la cultura de la pobreza rebasa los límites de lo regional, de lo rural y urbano, y aun de lo nacional. Por ejemplo, me impresiona la extraordinaria similitud en la estructura familiar; en la naturaleza de los lazos de parentesco; en la calidad de relaciones esposo-esposa y padres-hijos; en la ocupación del tiempo; en los patrones de consumo; en los sistemas de valor y en el sentido de comunidad encontrado en las clases bajas de los barrios de Londres (Zweig, 1949; Spinley, 1953, Slater y Woodside, 1951; Fifth, 1956; Hoggart, 1957); lo mismo que en Puerto Rico (Stycos, 1955; Steward, 1957); asimismo en los barrios bajos capitalinos y pueblos de México (Lewis, 1951, 1952); como entre las clases bajas de negros en los Estados Unidos.

Para entender la cultura de los pobres es necesario vivir con ellos, aprender su lengua y costumbres e identificarse con sus problemas y aspiraciones. El antropólogo especializado en los métodos de observación directa y de participación está bien preparado para este trabajo, ya sea en su propio país o en el extranjero. Desgraciadamente en muchas de las naciones subdesarrolladas la *élite* nativa educada posee por lo común un escaso conocimiento directo de la cultura de sus propios pobres, ya que la naturaleza jerárquica de su sociedad inhibe la comunicación entre una y otra clase. En México, por ejemplo, prácticamente nada se conoce que sea de naturaleza científica acerca de la vida familiar de la clase baja. En uno de los escasos estudios recientemente publicados sobre la familia mexicana (Bernúdez, 1955), la autora tuvo que confiarse casi completamente a los datos de las novelas. Pero, sin querer minimizar el discernimiento de los novelistas, han sido muy pocas las novelas contemporáneas buenas que traten de las clases bajas de los países subdesarrollados.

Este material de tema nuevo requiere algunas modificaciones en la investigación convencional proyectada por los antropólogos. Los habitantes de los poblados no pueden estudiarse aislados y aparte de la cultura nacional; los moradores de las ciudades no pueden ser estudiados como miembros de pequeñas comunidades. Se hacen necesarios nuevos acercamientos, nuevas técnicas, nuevas unidades de estudio, y formas nuevas para re-

ferir los datos de modo que puedan ser comprendidos por el no especializado.

El presente estudio de cinco familias mexicanas es un franco experimento en la nueva concepción de la investigación antropológica, y en su información. No como en los primeros estudios antropológicos, aquí el principal foco de estudio es la familia, en lugar de serlo la comunidad o el individuo. El estudio intensivo de las familias tiene muchas ventajas metodológicas. Como la familia es un sistema social pequeño se presta por sí mismo a la consabida vía antropológica.

La familia es una unidad natural de estudio, particularmente en una gran metrópoli como la ciudad de México. Más aún, al describir a una familia vemos a sus individuos conforme viven y trabajan juntos, en lugar de verlos como promedios o estereotipos implícitos en los informes sobre patrones culturales. Al estudiar una cultura, a través de los análisis intensivos de familias específicas, aprendemos lo que una institución significa para los individuos. Nos ayuda a llegar más allá de la forma y estructura de las realidades de la vida humana, o para emplear los términos de Malinowsky (1922, p. 17), ponemos sangre y vida en el esqueleto. Los estudios de familias salvan la brecha entre los extremos conceptuales de la cultura por un polo y el individuo por el otro; nosotros contemplamos ambos, la cultura y la personalidad, conforme se interrelacionan en la vida real.

En mis estudios de las familias en México durante los pasados quince años, he empleado cuatro formas de acercamiento diferentes, pero relacionadas entre sí, que al combinarse proporcionan un estudio redondo e integral de la vida familiar. El primero, o sea el estudio local, aplica la mayor parte de las categorías conceptuales utilizadas en el estudio de una comunidad completa a una sola familia. Los datos sobre la familia se organizan y presentan bajo encabezados de cultura material, vida económica, relaciones sociales, vida religiosa, relaciones interpersonales, y así sucesivamente. De una gran cantidad de información basada en la vida con la familia, las entrevistas y las observaciones extensivas, se reconstruyen los aspectos variados de la familia y de los miembros individuales de la misma. Este estudio es analítico y tiene la ventaja de permitir las comparaciones entre la cultura de la familia y la gran cultura fuera de la familia.

Un segundo acercamiento es la técnica al estilo Rashomón, que consiste en ver la familia a través de los ojos de cada uno de sus miembros. Esto se hace por medio de largas e intensas autobiografías de cada uno de los miembros de la familia. Ello proporciona un conocimiento más íntimo de la psicología del individuo y de su tono sentimental, así como una visión indirecta y subjetiva de la dinámica familiar.

Este tipo de material será tal vez de mayor utilidad para el

psicólogo. Su ventaja metodológica deriva de las versiones independientes sobre accidentes similares en la vida familiar que contribuyen a testificar la validez y confiabilidad de los datos.

El tercer enfoque estriba en seleccionar, para su estudio intensivo, aquel problema o suceso especial o aquella crisis a la que reacciona toda la familia. La forma en que una familia se enfrenta a situaciones nuevas es particularmente reveladora de muchos aspectos latentes de la psicodinámica familiar; también señala las diferencias individuales.

Un cuarto enfoque al estudio de una familia como un todo se hace por medio de la observación detallada en un día típico de la vida familiar. Para darle profundidad y significado, este acercamiento ha de combinarse con los otros tres. Esto es lo que he hecho hasta cierto grado en el presente volumen.

La selección de un día como unidad de estudio ha sido un recurso común del novelista. Sin embargo, rara vez ha sido empleado antes y ciertamente nunca se había explotado por el antropólogo. En realidad tiene tantas ventajas para la ciencia como para la literatura, y proporciona un medio para combinar los aspectos científicos y humanísticos de la antropología. El día ordena universalmente la vida familiar; es una unidad de tiempo suficientemente pequeña que permite el estudio intensivo e ininterrumpido por el método de la observación directa y encaja en forma ideal en las comparaciones reguladas. Hace posible un análisis cuantitativo de casi cualquier aspecto de la vida familiar. Por ejemplo, uno puede estudiar la cantidad de tiempo dedicada a la preparación de la comida en familias diferentes, la cantidad de tiempo dedicada a la conversación entre el esposo y la esposa o entre los padres y los hijos, la cantidad de risa, la extensión y clase de conversación de sobremesa, etc. Uno puede estudiar también los aspectos más sutiles y valiosos de las relaciones familiares interpersonales.

El estudio de los días aquí presentados pretende dar lo inmediato e integral de la vida que el novelista retrata. Su mayor penetración, sin embargo, está en la ciencia social, con todos sus poderes y debilidades. Cualquier parecido entre estos retratos familiares y la ficción es puramente accidental. Es ciertamente difícil clasificar estos retratos. No son ficción, ni antropología convencional. Por necesidad de un término mejor yo los llamaría realismo etnográfico, en contraste con el realismo literario. Estos días no están compuestos; son días reales. Y los individuos no son tipos imaginados, sino gente verdadera. En un sentido, estos retratos de la vida mexicana contemporánea son documentos históricos que podrán utilizarse para comparaciones interculturales ahora y en el futuro. ¡Cuántas controversias podrían haberse evitado y cuántas horas de investigación preciosa ahorrado, si los historiadores hubieran tenido los registros com-

parados de los días ordinarios en las vidas de las familias del antiguo Egipto, Roma o la Europa feudal!

Quiero señalar que uno no puede tocar simplemente a cualquier puerta para realizar esta clase de estudio familiar. Demanda un grado nada común de *rappori** y confianza entre el investigador y la familia. A pesar de que yo era un "norteamericano" no encontré hostilidad y fue escaso el anti-gringuismo entre estas familias. He pasado cientos de horas en sus casas, comiendo con ellos, acompañándolos en sus fiestas y danzas, escuchando sus dificultades y discutiendo la historia de sus vidas. Fueron generosos de su tiempo y de buen grado se sometieron a las pruebas de Rorschach, de Apercepción Temática, de diferencias semánticas y a largas entrevistas. El estudio de la familia en la aldea era sólo una pequeña parte de mi amplio estudio sobre la comunidad como un todo. En forma similar, los estudios sobre tres familias de la ciudad fueron parte de mi estudio sobre la vida de la clase baja en las vecindades de la ciudad de México. Conozco a la familia Martínez desde 1943, y a las otras familias desde 1950. Mis repetidas visitas a México, durante años, para trabajar con estas familias, fueron uno de los factores más importantes en el aumento de nuestro *rappori* y amistad.

La selección de un día determinado para la observación y el registro fue arbitraria, prácticamente fue hecha al azar, excepto que se eligió un día ordinario, en vez de uno marcado por algún suceso especial, como un nacimiento, un bautismo, una fiesta o un funeral. En cuatro de los cinco días, las conversaciones se tomaron taquígraficamente por un ayudante preparado. En dos de los casos, el ayudante era miembro de la familia, y en un tercero, un amigo íntimo de muchos años. El *rappori* fue suficientemente bueno en total, de modo que las rutinas normales de la vida familiar fueron alteradas o afectadas en forma mínima por la presencia del investigador. Aunque los procedimientos regulados de laboratorio en los estudios de pequeños grupos con ajustes de micrófonos o ventanas de una sola vista** no fueron posibles, estos casos de estudio dan una visión al estilo cámara fotográfica de los movimientos, conversaciones e interacciones que sucedieron en cada familia durante un día. Necesariamente, esto significa el registro de algunos detalles vulgares así como una restricción severa para la manipulación de los datos que acrecientan el interés, o revelan la "esencia" de las vidas. Alguna selección de estos datos tuvo que hacerse para evitar la repetición y los hechos insignificantes, pero aproximadamente el noventa por ciento de lo recabado se ha mantenido. Para dar más

* *Rappori*: Relación de armonía, afinidad.

** *Ventana de Gessel*. (Permite mirar de fuera hacia adentro sin que se note la presencia del observador. Se emplea en el laboratorio de psicología.)

profundidad y significado a los estudios, se agregó la descripción de los caracteres y de los hogares, así como el material autobiográfico como fondo.

A pesar de que cada familia presentada aquí es única por sí misma y constituye un pequeño mundo, cada una refleja a su modo algo de la cultura mexicana que cambia y, por tanto, habrá de leerse teniendo como fondo la historia del México reciente. La historia de México desde la Revolución puede dividirse convencionalmente en dos periodos, de 1910 a 1940, y la época posterior a 1940. En el primer periodo, que terminó con la administración de Cárdenas, el hincapié se hizo sobre el cambio básico institucional: la transformación de una economía semi-feudal agraria, la distribución de tierras a los campesinos conforme al programa ejidal, el reforzamiento de la posición del obrero, la emancipación del indio y la difusión de la educación pública. Empezando con la administración de Avila Camacho en 1940, el ritmo del cambio social y la distribución de la tierra se hizo más lento, y la industrialización, así como la mayor producción, fueron las nuevas metas nacionales.

Los cambios desde 1940 han sido impresionantes y de largo alcance. La población ha crecido por más de diez millones hasta llegar a treinta millones de personas en 1957; esto ha sido acompañado por una oleada de urbanización, con el traslado de millones de campesinos y aldeanos hacia las ciudades. ¡El crecimiento de la ciudad de México ha sido desorbitado, de un millón y medio en 1940 a cuatro millones en 1957! La ciudad de México ha llegado a ser la tercera o cuarta ciudad más grande en el Continente americano. La economía se ha extendido y el país se ha convertido en un vivaz productor consciente. Los principales periódicos informan diariamente de los alcances antes no logrados en la agricultura y la industria, y anuncian con orgullo las abundantes reservas de oro en el tesoro nacional. Se ha creado un espíritu activo, reminiscente de la gran expansión de los Estados Unidos a la vuelta del siglo. Los resultados en la agricultura han sido aún más impresionantes que los de la industria, especialmente considerando la naturaleza árida del país. Desde 1940, cerca de un millón y medio de hectáreas se han incorporado a la irrigación, el área total de las cosechas ha aumentado cerca de un setenta por ciento, y el número de tractores ha aumentado de 4 600 a más de 55 000. Para apreciar el significado del dato anterior, en un país subdesarrollado, hemos de recordar que en la India, con sus 380 millones de habitantes, había solamente 5 000 tractores en 1955.

El incremento del bienestar nacional ha permitido cierta mejoría en el nivel de vida de la población general. Cada vez más, aumenta el número de población rural que duerme en ca-

mas en lugar de dormir en el suelo, usan zapatos en lugar de huaraches o en vez de ir descalzos, usan pantalones comprados en la tienda en lugar de los calzones blancos de hechura hogareña, comen pan además de tortillas, muelen su maíz en el molino en vez de hacerlo a mano, beben cerveza en lugar de pulque, utilizan médicos en vez de utilizar curanderos y viajan en autobús o en tren en lugar de caminar a pie o en burro. En los pueblos y ciudades el cambio ha sido de adobe a cemento, de ollas de barro a ollas de aluminio, de cocinar con carbón a cocinar con gas, de comer con tortillas de maíz a comer con cubiertos, del metate a la batidora eléctrica, de los fonógrafos a la radio y a la televisión, del algodón al nailon y del mezcal al whisky.

Una de las tendencias más significativas en México desde 1940 ha sido la influencia creciente de la cultura de los Estados Unidos. Aunque esta influencia es más marcada en las grandes ciudades, también puede observarse en las áreas rurales. La proximidad de los Estados Unidos mejoró los medios de comunicación y transporte, incrementó los viajes tanto de mexicanos como de norteamericanos, el poder y prestigio de los Estados Unidos como gran civilización industrial, las grandes inversiones de los Estados Unidos en México, y el crecimiento de la clase media que se modela a sí misma a imagen del norte, son algunos de los factores más importantes que han contribuido a esta influencia.

Los anuncios en gran escala llegaron con las recientes inversiones de los Estados Unidos y tienen un decidido sabor estadounidense. Los programas más importantes de la televisión están patrocinados por las compañías de dominio extranjero como las Nestlé, General Motors, Procter and Gamble y Colgate. Solamente el uso del idioma español y el empleo de artistas mexicanos distingue los anuncios comerciales de los que se pasan en los Estados Unidos. En el programa de la Avena Quaker uno escucha al peso gallo "Ratón" Macías, ídolo del box, recomendando Quaker Oats como el cereal de los campeones. Algunos anuncios ni siquiera están traducidos en ciertas frases y han extendido formas de lenguaje a la americana, o "pochismos". En esta forma, se anuncian productos de belleza como "Touch and Glow", "Bright and Clear", etc. Las costumbres americanas de las grandes tiendas dedicadas a la venta al menudeo, como las de "sírvese-usted-mismo", el atractivo despliegue de mercancías, los artículos estandarizados y garantizados y los precios fijos han sido popularizados en los últimos diez años por tiendas como Woolworth y Sears Roebuck y Cía. Los supermercados con el auto-servicio y los alimentos empaquetados, muchos con etiquetas americanas, se abren en las colonias acomodadas de la ciudad de México y en algunas de las ciudades pequeñas. Las ro-

pas y zapatos de hechura americana o los artículos de manufactura local con etiquetas americanas muy conocidas, se venden en las tiendas de más altos precios.

El aumento de los empleados en las fábricas y en los edificios de oficinas ha conducido a la popularización del almuerzo rápido, eliminando la comida de mediodía en el hogar, así como la tradicional siesta. El desayuno al estilo americano —jugo de fruta, cereal y huevos con jamón y café— se ha hecho popular, desplazando a los frijoles tradicionales con salsa picante y tortillas. La costumbre de comer pavo relleno en la Navidad ha sido adoptada por algunas familias de la clase media. El mismo giro se observa en la sustitución por el árbol de Navidad, de los "nacimientos", y los regalos el 25 de diciembre en lugar del 6 de enero, fiesta de los Reyes magos. La difusión del idioma inglés es también muy notable. El inglés ha sido adoptado como la segunda lengua en las escuelas, desplazando al francés.

A pesar del incremento de producción y de la prosperidad aparente existen síntomas de que no todo va bien en México. A pesar de que ha aumentado grandemente el bienestar nacional, su distribución desigual ha permitido que la disparidad entre los ingresos del rico y los del pobre sea aún más aguda que antes. A pesar de una elevación en el nivel de vida de la población en general, más del sesenta por ciento de la población continuaba en 1956 pobremente alimentada, pobremente alojada, y pobremente vestida; el cuarenta por ciento eran iletrados y el cuarenta y seis por ciento de los niños de la nación no asistían a la escuela. Una inflación crónica desde 1940 ha exprimido el ingreso real del pobre, y el costo de la vida para los trabajadores de la ciudad de México se ha elevado más de cinco veces desde 1939. Según el censo de 1950 (publicado en 1955), el ochenta y nueve por ciento de todas las familias mexicanas informaron tener ingresos menores a 600 pesos al mes, o sean 69 dólares al cambio existente en 1950.

El gran aumento de la producción agrícola durante los pasados veinte años se ha concentrado en sólo dos regiones del país; el Norte y el Noroeste, donde una agricultura nueva comercial se ha desarrollado basada en grandes propiedades privadas, en el riego y en la mecanización. La gran masa de campesinos continúa trabajando sus escasas pertenencias para subsistir con métodos tradicionalmente atrasados. El contraste entre la vieja y nueva agricultura de México se hace cada vez más marcado. De modo que mientras menos del uno por ciento de la tierra cultivable se trabaja con ayuda de 55 000 tractores, cerca del veinte por ciento de la tierra aún se trabaja por medio del método prehispánico de cortar y quemar sin el beneficio del arado y los bueyes. La producción de las dos cosechas alimenticias básicas de México, el maíz y el frijol, se ha podido mantener al mismo

nivel de crecimiento rápido de la población durante los pasados veinte años, pero el margen de seguridad ha sido corto y, en los años de sequía, México se ha visto forzado a gastar sus preciosos dólares en la importación de grandes cantidades de maíz para alimentar a su pueblo.

Como todo mundo sabe, la economía mexicana no puede proporcionar trabajo a toda su gente. De 1942 a 1955, cerca de un millón y medio de mexicanos fueron a los Estados Unidos como *braceros*, o agricultores temporales; y estas cifras no incluyen a los "espaldas-mojadas" y a otros inmigrantes ilegales. Si los Estados Unidos cerraran súbitamente su frontera a los braceros, probablemente se presentaría una crisis en México. También se hace México cada vez más dependiente de la industria del turismo de los Estados Unidos para estabilizar su economía. En 1957, más de 700 000 turistas de los Estados Unidos gastaron 600 millones de dólares en México, haciendo del turismo la industria más grande del país. Los ingresos del comercio turístico igualan aproximadamente al presupuesto federal mexicano en su totalidad.

Uno de los aspectos que muy poco han progresado desde 1940, en el nivel de vida, corresponde a la habitación. Con el rápido aumento de población y urbanización, el apañamiento y las condiciones de los barrios bajos en las grandes ciudades se hacen cada vez peores. De los 5.2 millones de edificios censados en 1950, el sesenta por ciento poseían una sola habitación, y el veinticinco por ciento, dos; el setenta por ciento de todas las casas eran de adobe, madera, estacas y varas o piedras, y únicamente el dieciocho por ciento, de ladrillo y mampostería. Sólo el diecisiete por ciento poseían agua entubada para cada vivienda.

En la ciudad de México, las condiciones no son mejores. La ciudad se torna cada año más bella para los turistas de los Estados Unidos, para lo cual se construyen fuentes nuevas, se plantan flores en las calles principales, se erigen mercados higiénicos y se suprimen limosneros y vendedores callejeros. Pero casi dos millones de mexicanos, o sea cerca de la mitad de la población, viven en casas de vecindad sufriendo de una crónica escasez de agua y de falta de servicios sanitarios elementales. Generalmente las vecindades consisten en una hilera o más de habitaciones de un piso, con uno o dos cuartos frente a un patio en común. Las viviendas están construidas de cemento, ladrillo y adobe, y forman una unidad bien definida con algunas de las características de la pequeña comunidad. El tamaño y el tipo de las vecindades varía enormemente. Algunas constan de sólo unas cuantas viviendas; otras, de cientos. Algunas se localizan en la zona comercial, en edificios coloniales de tipo español que datan de los siglos XVI y XVII, y están en estado ruinoso, mientras otras, en los suburbios, son jacales o chozas parecidos

a esos Hoovervilles* de aspecto tropical de los Estados Unidos. En las zonas que se extienden en los suburbios de la ciudad, desprovistas de agua, drenaje o electricidad, se amontonan chozas temporales de campesinos llegados recientemente que no pueden sostenerse en los pueblos. Cuando encuentran trabajo, se mudan a los barrios bajos; los habitantes de estos barrios, en cuanto pueden, escapan del amontonamiento mudándose a las orillas de la ciudad. Y como no puede lograrse habitación decente con alquileres razonables, gran número de personas permanece en viviendas de una sola pieza, mucho tiempo después de haber mejorado económicamente. Sus pequeñas moradas se atiborran con muebles nuevos, loza, aparatos de televisión, refrigeradores, utensilios eléctricos y aun, quizá, con una lavadora eléctrica, hasta que difícilmente hay espacio para que la familia se mueva.

A fin de presentar al lector los miembros de estas cinco familias de nuestros días, y ayudarle a comprender a esta gente, bosquejaré brevemente el pasado de cada familia indicando algunos aspectos salientes de las comunidades en que viven. El primer día describe a la familia Martínez, en un pueblo alto que llamo Azteca y que se halla situado aproximadamente a noventa kilómetros al sur de la ciudad de México. Es un pueblo de campesinos, artesanos y tenderos con una población total de 3 500. La mayoría de los pobladores son bilingües, hablan el español y el antiguo náhuatl. La cultura del pueblo representa una fusión de rasgos prehispánicos, hispánicos coloniales y de cultura moderna. El pueblo ha sido arrastrado por la corriente de la vida nacional. Vivió en el corazón de la rebelión zapatista durante la Revolución. Posee una escuela nueva, una carretera, una línea de camiones, molinos de nixtamal, tierras comunales o el ejido, una plazoleta típicamente mexicana con su iglesia católica y sus edificios gubernamentales; tiene también algunos misioneros protestantes. A pesar de todos estos cambios, sin embargo, la economía agrícola del pueblo ha cambiado muy poco y la población creciente, presionando sobre los recursos de alcance limitado, crea un serio problema. Azteca, junto con otros miles de pueblos en la populosa Meseta Central, no ha participado en la nueva era de la agricultura comercial y mecanizada del Norte, ni en los grandes proyectos hidroeléctricos de otras partes del país.

La familia Martínez, como el ochenta y cinco por ciento de los pobladores de Azteca, vive en un simple nivel de subsistencia. Pedro Martínez, el jefe de la familia, refleja algunas de las fuerzas que han estado activas en el México rural desde 1910-20. De peón iletrado que era, se ha transformado en líder político de

* *Hooverville*, nombre dado en los Estados Unidos a los barrios imprevistos más pobres ocupados por gente desempleada, que surgieron en la década de los treinta, y que derivaron su nombre del entonces presidente Hoover.

su pueblo; de hombre que sólo hablaba el náhuatl, la lengua nativa india, en hombre que lee y escribe el español; de un aislado provincialismo en su manera de ser, ha pasado a una familiaridad y participación en las campañas políticas del Estado; de creyente en el catolicismo típico con su mezcla de creencias prehispánicas, se convirtió al grupo de los que esperan el Advenimiento del Séptimo Día, para volver, posteriormente, al catolicismo.

Pedro y su esposa Esperanza se casaron por la iglesia en 1910, año en que estalló la Revolución Mexicana. El suyo ha sido un matrimonio estable apegado a las líneas tradicionales en las que Pedro llega a ser parte del patrón ideal del pueblo, el macho dominante y autoritario; y la esposa, el ideal de la mujer sumisa. Los niños también satisfacen los requerimientos del pueblo en cuanto al trabajo duro, el respeto y la obediencia, aunque, conforme se hacen mayores, empiezan a cambiar, en respuesta a las influencias externas.

El segundo día se dedica a una familia cuyas normas de vida, oscilando entre el pueblo y la ciudad, están en transición. Agustín Gómez, el padre, viene de una familia de campesinos acomodados del pueblo de Azteca, que él y su esposa abandonaron diecisiete años atrás en un esfuerzo por mejorar su suerte. Ahora pertenecen a la clase trabajadora sometida, viven hacinados en un cuarto de una vecindad a la que nombro La Casa Grande. Es ésta una inmensa vecindad de 157 viviendas con una población aproximada de 700 personas. Aunque los niveles de vida en la Casa Grande son bajos, sin duda no son los más bajos que se encuentran en la ciudad de México. El ingreso mensual *per capita* familiar varía de 23 a 500 pesos (2 a 40 dólares). El veintisiete por ciento de las familias tienen un ingreso menor de 100 pesos *per capita* (8 dólares); el cuarenta y uno por ciento tienen un ingreso entre 101 y 200 pesos (16 dólares); el veintidós por ciento entre 201 y 300 pesos; y el diez por ciento entre 301 y 500 pesos. La familia Gómez se halla en el grupo medio superior con un ingreso mensual *per capita* de 300 pesos aproximadamente.

Nuestro estudio de la distribución de artículos seleccionados para la medición de los niveles de vida en esta comunidad, muestra que un setenta y nueve por ciento de las familias tienen radios; el cincuenta y cinco por ciento, estufas de gas; el cincuenta y cuatro por ciento, relojes pulsera; el cuarenta y nueve por ciento utilizan cuchillos y tenedores (las cucharas son muy comunes, pero la mayor parte emplean la tortilla y las manos); el cuarenta y seis por ciento tienen máquinas de coser; el cuarenta y uno por ciento, ollas de aluminio; el veintidós por ciento, licuadoras eléctricas; el veintiuno por ciento tienen aparatos de televisión; el diez por ciento, máquinas lavadoras; el cinco por ciento, automóviles, y el cuatro por ciento refrigeradores. Los

radios se han hecho tan populares que han dejado de ser un diagnóstico de bonanza. El uso de vajilla para comer se ha confirmado como el artículo único para el diagnóstico del nivel socioeconómico. Las estufas de gas, los aparatos de televisión y los relojes pulsera le siguen en orden. Existe una fluctuación muy amplia en el nivel de educación en la vecindad, variando desde 12 adultos que nunca fueron a la escuela, hasta una mujer que asistió durante once años. El promedio de años de escolaridad en los 198 adultos de nuestro estudio es sólo de 4.7. Sin embargo, sólo el ocho por ciento de los residentes son analfabetos. Los niños de la vecindad tienen una educación muy superior a la de sus padres.

Aproximadamente el setenta y dos por ciento de nuestros ejemplos, en 71 viviendas de la vecindad, se forma por la simple pareja biológica o núcleo familiar; y el veintiocho por ciento, por alguna extensión familiar. De un total de 158 personas casadas que habitan las 71 viviendas, 91 son mujeres y 67 son hombres. En otros términos, 24 mujeres casadas están viviendo sin sus esposos, ya sea como cabezas de familia o con algún pariente. Nueve mujeres son viudas y las 15 restantes están separadas, divorciadas o abandonadas. El veinte por ciento de todos los matrimonios son del tipo de acuerdo mutuo, y la mayor parte de ellos están en el grupo de ingresos más bajos; y en el veinte por ciento de todas las viviendas, hay cuando menos una mujer que ha sido abandonada.

La familia Gómez prefiere la vida de la ciudad a la del pueblo y se ha adaptado bastante bien a la vecindad. Muestra relativamente poca desorganización y trastornos, tan frecuentemente asociados con el proceso de urbanización, y ha permanecido estable a pesar de cierto conflicto interno. Los niños que trabajan contribuyen al sostén familiar, la participación religiosa se ha hecho más importante y más católica y el sistema de compadrazgo continúa funcionando con algunas modificaciones. La familia mantiene lazos con los parientes del pueblo, y conserva muchas creencias y costumbres pueblerinas. Han ocurrido también algunos cambios notables en la vida familiar: el desplazamiento del padre por la madre como la figura dominante en la familia —es el cambio más importante—; el aumento de la libertad a los niños; una mejoría constante del nivel de vida mediante compras en abonos; un nivel más alto de aspiraciones, aumento de horas libres y mayores oportunidades para la diversión; relaciones sociales más amplias y una gradual modernización en muchas creencias.

El tercer día se refiere a una familia más urbanizada de la clase social inferior. La esposa, Julia Rojas, nació y creció en los barrios bajos de la ciudad de México; el esposo, Guillermo Gutiérrez, a temprana edad cortó sus lazos con la pequeña pobla-

ción minera donde su padre había ganado una pobre vida como minero y a veces como maestro de escuela. Los tres hijos que Guillermo tuvo con su primera esposa nacieron en la ciudad de México.

La familia Gutiérrez vive ahora en la vecindad de los Panaderos, en uno de los barrios más pobres de la ciudad. El ochenta y cinco por ciento de las familias en esta vecindad tienen un ingreso *per capita* menor a 200 pesos, o sea 16 dólares; el promedio de años que asistieron a la escuela los que pudieron lograr una educación es de 2.1 por ciento, y el cuarenta y dos por ciento son analfabetos. Más aún, la educación de los niños ha aventajado muy poco a la de los padres. La mucho mayor pobreza de la vecindad de los Panaderos se revela en la ausencia de la mayor parte de los artículos de lujo encontrados en la Casa Grande. Una ausencia completa de estufas de gas, cuchillos y tenedores es especialmente un diagnóstico del bajo nivel de vida.

La familia biológica es la unidad residente que predomina en la vecindad. Seis de las trece familias que se encuentran en las doce viviendas son de este tipo. Sin embargo, nueve se relacionan entre sí por lazos de parentesco y constituyen, en extensión, tres familias. Tres viviendas están ocupadas por viudas o mujeres abandonadas que viven con sus hijos ya grandes; y dos viviendas, por hombres que se han separado de sus esposas. En una sola vivienda hay una extensa familia que consiste en un hombre y su mujer, su hija casada y sus nietos. El cuarenta y seis por ciento de los matrimonios en la vecindad son del tipo de acuerdo mutuo.

La familia Gutiérrez es la más pobre de las cinco familias ciudadanas estudiadas en este libro, aunque por ningún concepto es la más pobre de la vecindad de los Panaderos. Muestra, sin embargo, la mejor adaptación a sus condiciones de vida, y existe menos tensión entre esposo y esposa que en las otras familias descritas. En esta familia casi hay una completa ausencia de los valores de la clase media que comienzan a extenderse por los bajos estratos de la sociedad mexicana. Los padres muestran escasas intenciones de mejorar su nivel de vida y no dan alto valor a la educación, a los vestidos o a la limpieza de sí mismos o de sus niños. Por otra parte, son autónomos en su trabajo y tienen una preferencia definida para emprender negocios en forma independiente. Guillermo es un artesano insignificante y además tendero; Julia es vendedora ambulante y la única esposa de nuestras cinco familias que trabaja fuera del hogar. Guillermo con frecuencia pasa el tiempo haciendo cosas que le interesan, sean o no de utilidad comercial. Julia trabaja para proporcionar alimento a la familia, y se espera que los niños trabajen y contribuyan a su mantenimiento tan pronto como estén capacitados físicamente.

El cuarto día presenta a una familia que combina los rasgos de la clase trabajadora y de la clase media inferior. El padre, Jesús Sánchez, que desde hace mucho tiempo ha roto sus lazos con su pueblo natal, en Veracruz, trabaja en un restaurante y aumenta sus bajos ingresos criando gallinas y cerdos. Durante los pasados treinta años ha vivido en casas de un solo cuarto, incluyendo la Casa Grande en el corazón de la ciudad de México. Recientemente, sin embargo, gracias a sus ganancias en la lotería, construyó una casa en una colonia pobre en las afueras de la ciudad. Aquí, Lupita, una de sus dos esposas, vive con sus niños. Su esposa más joven, Dalila, continúa viviendo con los hijos en una vecindad de la ciudad.

La familia Sánchez es una compleja estructura, ya que Jesús Sánchez ha tenido niños con cuatro mujeres, cada una de las cuales tenía niños de matrimonios anteriores. Este estudio revela algunas de las relaciones y conflictos que surgen entre los medios hermanos, los cuñados, los padrastros y los hijastros. Entre la clase baja, Jesús es un hombre fuera de lo corriente por su fuerte sentido de responsabilidad para sus diversas mujeres e hijos, ninguno de los cuales ha sido abandonado. Como en muchas familias de la clase baja, sus matrimonios han sido uniones libres o del tipo de acuerdo mutuo.

El quinto y último día nos permite una ojeada a una familia de nuevos ricos. El padre, David Castro, es un posrevolucionario, millonario por propio esfuerzo, que creció en un barrio de vecindad y que de ningún modo ha perdido todos sus rasgos de la clase baja. Esto puede observarse en su relación con la esposa y con la amante, con las cuales vive en unión libre; en su violencia con su esposa y con sus hijos; en los períodos en que los abandona; en la entrega del dinero para el gasto diario a su mujer, y en la forma en que la castiga reteniéndole el dinero. Isabel, su esposa, viene de una familia de la clase media empobrecida con muchas ambiciones de elevarse. Casó con David por su dinero y se mantiene unida a él por la misma razón. No sabría cómo mantener ella sola a sus cuatro hijos. Por su necesidad de lujo, le faltan los recursos e independencia de las mujeres de la clase inferior que fácilmente se mantienen cuando sus matrimonios han dejado de complacerlas o cuando son temporalmente abandonadas. La conducta incorregible de los niños en esta familia es un agudo contraste con la conducta de los niños en las familias más pobres. Es notable también el grado en que esta familia admira e imita a los Estados Unidos; su parecido con la clase media americana; su rechazo de algunas tradiciones mexicanas; la presencia de artificios y la ausencia de un interés cultural verdadero; la evidencia de los problemas de alimentación; y otros síntomas neuróticos.

Al comparar a las cinco familias encontramos un número de

rasgos que trazan las diferencias rural-urbanas y reflejan los valores nacionales y de cultura de clases. En tres de las familias los matrimonios eran del tipo de la unión libre. El hecho de que la familia de los nuevos ricos sea uno de los tres, es raro, ya que la unión libre es predominante en el patrón de la clase baja. Esto, sin embargo, revela el grado hasta el cual el padre en esta familia ha llevado a su nuevo nivel la forma de vida de la clase baja.

En las primeras dos familias, ambas del pueblo Azteca, los matrimonios se habían formalizado por bodas legales y ante la Iglesia.

Aunque las uniones libres constituyen aproximadamente el veinte por ciento de todos los matrimonios de la nación según el censo de 1950, los niños de tales matrimonios son considerados ilegítimos por la Iglesia. A pesar de ello, en el nivel local de la comunidad, tanto urbano como rural, estos matrimonios son aceptables socialmente. En términos de los niveles de la clase baja, sólo aquellos niños que no han sido reconocidos por sus padres se consideran ilegítimos.

El énfasis cultural mexicano respecto del dominio del macho y el culto al machismo o masculinidad se refleja por lo menos en tres de nuestras familias, en las que el marido es claramente la figura dominante y autoritaria. Todos los esposos, excepto el señor Gutiérrez, han tenido aventuras extramaritales y niños ilegítimos; y tres mantienen una amante o la "casa chica" en el momento presente. Sólo en el pueblo y en la familia Gutiérrez, no se da este caso. En tres de nuestras familias, las esposas tuvieron niños con otro hombre antes de la presente unión libre y fueron abandonadas por sus "maridos". En adición, las hijas en dos de las familias son madres abandonadas.

En todos los casos, excepto en el de Guillermo Gutiérrez, los niños permanecían con la madre o con la familia de ella. Esta práctica está muy difundida en México y contribuye a focalizar en la madre la vida familiar, entre la clase baja especialmente. Si aceptamos la consideración del modelo de la casa chica como una evidencia del machismo, su distribución entre estas familias está acorde con mi impresión general de que el machismo es mucho más débil en las áreas rurales que en las ciudades, y más débil aún entre las clases bajas que en las clases media y alta.

En dos de las familias, la Gómez y la Gutiérrez, las esposas tienen una gran influencia y la utilizan, aunque, aún aquí, muestran sumisión a sus esposos. Es interesante observar que en una de estas familias el esposo es impotente, y en la otra, el esposo tiene leves tendencias homosexuales. Esto sugiere que en la cultura mexicana fuertemente orientada hacia el machismo, sólo los viejos e impotentes, homosexuales o "hechizados", son incapaces de desempeñar el papel autoritario del ma-

rido. La familia Gutiérrez se acerca a un *status* de igualdad y de poder entre el esposo y la esposa, más que en ninguna de las otras familias, y significativamente ésta es la única en la que es la esposa el sostén económico mayor.

Varios psiquiatras mexicanos han hecho notar el fenómeno del "padre ausente" como una característica decisiva de la psicodinamia en la familia mexicana. Con este término se refieren a diversas cosas: a los muchos niños que crecen sin conocer a su padre por el abandono de las mujeres; a la gran incidencia de pérdida del padre debido a muerte prematura, particularmente durante los sucesos de la Revolución, y a las barreras que existen —debidas al *status* autoritario del padre— para acercar emocionalmente a padres e hijos. ¿Cómo se aplica este rasgo del "padre ausente" a estas familias? De los cinco esposos en nuestras familias, dos nunca conocieron a su padre; y los otros tres tuvieron una relación muy pobre con el padre. Dos de las esposas no conocieron a su padre y sólo una de las tres esposas, Julia, ha mantenido buenas relaciones con su padre. Todos los esposos y esposas de nuestras familias tienen fuertes lazos con sus madres o sustitutas, más que con los padres.

Al evaluar la relación entre padres e hijos, en las cinco familias, volvemos a encontrar que los niños tienen lazos emocionales más estrechos con las madres; sin embargo, todos los niños, excepto en la familia Gómez, respetan a sus padres y sienten afecto por ellos. Todas las madres están dedicadas a sus hijos y se sacrifican y consagran a ellos. Los padres son más autoritarios, se dedican menos a los niños, y con excepción de Guillermo pasan gran parte del tiempo lejos del hogar, aunque ninguno de ellos ha abandonado a su familia. Esto y otros datos sugieren que la generación más joven de estas familias disfruta de una mayor estabilidad familiar y de un periodo más largo de infancia que sus padres.

Nuestros datos iluminan la aguda discrepancia entre el bajo *status* general de la mujer en México y su influencia considerable en la familia, tanto en el esposo como en los hijos. La figura materna es un símbolo profundamente internalizado, tan fuerte, que no sólo afecta la relación del hombre con su madre, sino que le hace continuarla con la esposa. El resultado es con frecuencia una posición ambigua para el hijo, cuyas ataduras son más fuertes con el progenitor de más bajo *status*.

En la cultura rápidamente cambiante de México, con oportunidades educativas siempre crecientes, la diferencia entre el nivel educativo de los padres y los niños en determinadas familias es uno de los índices reveladores de un movimiento ascendente y un nivel de aspiración. Una comparación entre las cinco familias muestra que tres de las madres son analfabetas, una ha tenido tres años de escuela, y la otra, cuatro años. Dos de los padres

solamente han tenido un año de escolaridad, dos han tenido cuatro años, y el millonario ha tenido ocho años. A pesar de ello, en todas las familias algunos de los niños tuvieron o tendrán más escolaridad que sus padres. El menor mejoramiento en el nivel de educación de los niños por encima de la educación de los padres corresponde a la familia Gutiérrez.

UN DÍA EN UN PUEBLO MEXICANO

LA FAMILIA MARTÍNEZ

Suavemente y sereno a la sombra de la madrugada, extendían en la falda de la montaña el viejo pueblo Azteca. El viento era puro y fresco después de la copiosa lluvia nocturna. Desplegados desde lo alto de la cuesta hacia el claro del valle, ocho barrios, cada uno con su capilla y su Santo Patrón, formaban las pequeñas comunidades del gran pueblo. Un camino asfaltado que comunicaba a Azteca con la carretera principal lo atravesaba y terminaba bruscamente en la plaza, lugar del palacio Municipal, de la Iglesia, del molino de nixtamal, de algunas tiendas pequeñas y un simple jardín. Extendiéndose arriba y abajo de la escarpa, las viejas calles de terraplén laboriosamente arregladas con piedra volcánica azul-gris alineaban las casitas de adobe de un solo piso, con patios de plantas semitropicales y árboles colocados tras las pequeñas bardas de piedra.

En el barrio de San José, punto medio entre lo alto y lo bajo del pueblo, se alzaba la casa de Pedro Martínez, casi escondida por las ramas colgantes de los ciruelos nativos. La casa de teja roja, como todas las de San José, el más pobre de los ocho barrios, constaba de un cuarto sin ventanas, además de una endeble cocina de carrizos. Al sitio de la casa aún le llamaban con su nombre náhuatl prehispánico, *Tlaltapanacan*, o "lugar donde todo se ha roto"; la leyenda local actual explica cómo el dios del pueblo, diciéndose hijo de la Virgen María, rompió sus juguetes de barro en este lugar. Cuarenta y tres años antes, Pedro pensó que el sitio de esta casa era propicio y lo compró por cincuenta pesos.

En el transcurso de los años Pedro trabajó con mucho empeño en la casita y en su arrinconada parcela, plantando guayabos, café, aguacates, ciruelos y otras plantas que contribuían a la alimentación familiar. Hacía cinco años que él y sus hijos destruyeron la cocina y quitaron del cuarto ahumado de adobe las tres grandes piedras que servían de *tlecuil** para colocarlas en la cocina, más ventilada y donde el humo escapaba por entre las paredes de carrizo. Con toda su sencillez, era la mejor casa en que Pedro y su esposa Esperanza habían vivido.

Aún estaba oscuro cuando Esperanza abrió los ojos esta mañana de julio. La casa estaba en silencio y ningún ruido venía de la calle. Se levantó de la dura cama en que dormía con Pedro, alisó su vestido y echó sobre su cabeza y hombros un rebozo azul para protegerse del frío. Cruzó descalza el piso de tierra y fue hacia la tinaja de agua para refrescarse la cara secándose luego con la punta del rebozo.

De rodillas ante el *tlecuil*, removió las cenizas del fuego de la noche pasada avivando las brasas con el soplador. No quería

* *Tlecuil*, piedras acomodadas para hacer fuego con leña y colocar encima el recipiente de los alimentos.

utilizar los cerillos, pues una caja de cinco centavos era un lujo que debía evitarse. El gran reloj de la plaza sonó cuatro campanadas. Era media hora más temprano de lo que había creído. Después de todo, su hija Macrina podía dormir un poco más. Era la época del año en que los hombres sembraban y cultivaban el maíz y las mujeres debían levantarse muy temprano para preparar el almuerzo. En los meses de invierno, durante la cosecha, cuando los hombres trabajaban en ocasiones toda la noche y las mujeres tenían que alimentarlos a cualquier hora, Esperanza y su hija dormitaban sentadas en pequeños bancos. Sólo durante septiembre y octubre, cuando recolectaban la cosecha de ciruelas, podían permanecer más tarde en la cama, hasta las seis.

Esperanza llenó el jarro con agua y puso la canela a hervir. Había que tortear más de cien tortillas: veinticinco para cada quien, para Pedro el esposo, y para Felipe, Martín y Ricardo, los hijos mayores que trabajaban en las milpas; y diez más para el perro de Pedro. De una viga descolgó la cubeta de los alimentos. Tenía masa que había sido molida la noche anterior. Antes de que hubiera molino, pocos años atrás, hubiera tenido que levantarse a las dos de la mañana durante la siembra, para preparar el nixtamal y molerlo. Ahora el molino hacía su trabajo; sólo tenía que remoler la masa para suavizarla y darle el sabor del metate. Los hombres del pueblo se habían opuesto a que instalaran el molino porque, decían ellos, el nixtamal molido en casa sabía mejor. Pero las mujeres ganaron y el molino era un éxito. Sí, era bueno tenerlo; pero con todo y eso era caro: los treinta y cuatro centavos que se pagaban al molinero podían emplearse para comprar la mitad del maíz que alimentaba a toda la familia en una comida. "Macrina debería desgranar maíz en casa", pensó Esperanza mientras se arrodillaba frente al metate.

A los primeros torteos Pedro se movió, pero el rítmico ruido acabó por arrullarlo y volvió a dormirse. Su cama estaba esquinada en la cocina. No lo protegía de los ruidos, pero permitía cierto aislamiento de los hijos ya crecidos, excepto en la temporada de ciruelas, cuando había que emplear los huacales para acarrearlas. Apenas hacía un año que toda la familia Martínez dormía en el cuarto, mas habiéndose dado cuenta que era penoso acostarse con su mujer en presencia de los hijos crecidos, Pedro cambió a la cocina la cama de metal sin colchón. Esa cama, adquirida casi como obsequio de parte de un soldado cuando estuvo enfermo en el Hospital Militar, resultaba más vistosa en la cocina.

Los deseos de aislamiento de Pedro se vieron parcialmente frustrados cuando Macrina manifestó que también ella deseaba dormir en la cocina, ya que "no era bueno para una muchacha dormir sola con sus hermanos grandes". Macrina y su sobrinito Germán, que dormía con ella desde pequeño, dormían ahora

en un rincón frío de la cocina; los cuatro hijos mayores, sin molestias, en el cuarto de adobe.

Cuando el reloj de la plaza dio las cinco, Esperanza despertó a su hija, que se levantó rápidamente ya vestida; llevaba fondo y vestido de algodón y un delantal. La chica tomó su lugar frente al metate.

Macrina no representaba los diecisiete años que tenía. Su pelo era oscuro partido en dos trenzas, la cara tranquila y seria, menos cuando conversaba con alguna amiga durante el día o con sus hermanos: entonces se iluminaba por una sonrisa frecuente que mostraba unos dientes pequeños, de niña. Recogiendo los pies descalzos bajo el cuerpo menudo y regordete, comenzó a moler el maíz.

Esperanza también era gruesa y bajita, pero rara vez sonreía y su cara tenía una expresión cansada y desanimada. Despertó en seguida a Martín: era su turno de ir por el agua. Martín se puso sus pantalones sucios de algodón y los huaraches, se lavó la cara con agua fría y sin decir palabra salió hacia la fuente con el balancín al hombro y los botes para el agua. En esta época los árboles frutales y el jardín se regaban con las diarias lluvias, y Martín sólo tenía que realizar ocho viajes de ida y vuelta, para llenar la tinaja de la familia. En las estaciones de sequía, los muchachos debían hacer veinte viajes.

Felipe, el hijo mayor, despertó antes que Martín hubiera terminado la tarea. Era el miembro más melindroso de la familia y tardó más tiempo en vestirse. Por la noche, bajo la cobija, casi se quitaba toda la ropa y la colgaba de un clavo. Se cepillaba los dientes (sin dentífrico), se lavaba la cara y manos con jabón diariamente, y usaba un trapo para secarse en lugar de las faldas de la camisa. Tenía un espejito de bolsillo que no permitía usar a nadie. Todo esto comenzó cuando Felipe encontró una novia viuda mucho mayor que él. Ahora, buscaba sus huaraches sentado en el marco de hierro del catre cubierto por "el otate", especie de estera hecha de carrizos. Tuerto del ojo izquierdo por haber caído de un ciruelo cuando era chiquillo, para mirar de ese lado volvía la cabeza exageradamente.

Por ser el mayor, Felipe trataba de dominar a sus hermanos, pero generalmente fallaba, en especial con Martín, más alto y fuerte que él y casi de la misma edad. Martín rehusó llanamente obedecerlo o mostrarle el respeto debido al hermano mayor. Felipe culpaba a su padre de esta falta de respeto por no haber permitido nunca que ejerciera su autoridad.

Pedro y su tercer hijo Ricardo empezaban a levantarse. Pedro era chaparro, de cuerpo rechoncho. Mientras vestía su camisa sucia y parchada cortada en casa, y el amplio calzón blanco, destacaba la comba de su vientre voluminoso. Metió los renegridos y callosos pies en los pesados huaraches, hechos de una

vieja llanta. Un bigote ralo y sin cortar cubría su labio superior y, casi siempre, llevaba la cara sin rasurar. Los sábados, cuando se bañaba y se ponía ropas limpias, o durante los días en que iba al pueblo o a la ciudad de México, usaba unos pantalones oscuros que le hacían verse más elegante. Generalmente traía un sombrero de palma inclinado sobre los ojos que le daba un aspecto bastante engallado para un hombre de cincuenta y nueve años.

Felipe, Martín y Ricardo eran muy parecidos a su padre y hasta hacía poco tiempo se habían vestido como él. Ahora usaban camisas manufacturadas que exigieron en casa, pero ninguno de ellos era dueño de pantalones oscuros. El hijo menor, así como el nieto, llevaban camisas y calzones blancos hechos en casa y siempre iban descalzos.

Esperanza comenzó a servir a los hombres el té de canela, las tortillas, el chile y la sal, mientras Macrina llenaba cuatro morrales de ixtle con la misma comida para el mediodía. Agregó un puñado de chiles a cada morral y llenó de té los cuatro guajes. Los hombres comieron rápidamente, sin conversar. Hablando en náhuatl, Esperanza dijo a Pedro que trajera algunas calabazas para la cena. Cuando Ricardo tosió sobre la comida, le previno que se arropara bien con el sarape al pasar por el arroyo, que es la "morada de los aires", espíritus del viento.

La familia Martínez tenía buenas razones para evitar a estos espíritus malignos; años antes Esperanza había caído enferma con una fiebre y parálisis parcial en las piernas después de haber lavado en el arroyo. "Los aires", como todo mundo sabía, podían ser como el viento, como espíritus, o como gente maligna que ocasiona llagas, granos, parálisis y otras enfermedades. Uno debía ser precavido para no ofenderlos cerca de hormigueros, lechos de ríos, barrancos, aguas estancadas y cimas de montañas. En ocasiones era preferible pedirles permiso en náhuatl antes de tomar agua de un arroyo, pero en todos los casos era más seguro no aventurarse cerca de ellos sin estar muy abrigado. Muchos hombres tomaban unos tragos de alcohol para protegerse de "los aires" antes de irse al campo, pero Pedro prefería tomar los suyos cuando volvía por la noche.

Hacia las cinco y media, los hombres estuvieron listos para marcharse. Echáronse al hombre cada uno un morral y un sarape. En náhuatl Pedro dijo a su perro: "Ahora vámonos" (*tiohue*). Empleaba la vieja lengua con su esposa y el perro, pero a los niños les hablaba en español, excepto cuando estaba enojado. Martín, en cambio, dijo en español: "Nos vamos, mamá".

En silencio, los hombres se fueron. Pedro caminó con el perro algunos pasos tras de los muchachos. Al ver pasar esta formación, los vecinos dirían que Pedro parecía un verdadero patrón caminando tras de sus peones. Aun así, había mañanas en

que hablaba con los muchachos en el curso de sus dos horas de camino hacia el campo aconsejándolos o diciendo el trabajo que debían hacer. Los muchachos, sin embargo, sólo hablaban para contestar alguna pregunta. Fuera del alcance del padre, bromeaban sobre sus novias o sus visitas a las cantinas de Cuauh-náhuac. Esta mañana, sin embargo, se movían silenciosos por el camino.

Aún era escasa la luz. A su alrededor, más allá de las lejanas orillas de los campos, las laderas cubiertas de pinos surgían de color verde azulado a través de la niebla matinal. Pedro y Ricardo se dirigían hacia el *tlacolol** que habían limpiado el año anterior. Era ésta la tierra comunal perteneciente a la municipalidad formada por siete pueblos que tenían derecho a trabajarla. Nuevos desmontes debían hacerse cada dos o tres años porque las fuertes lluvias arrastraban el humus. Para lograr nuevos campos de sembrado, Pedro y sus hijos quemaban los matorrales y la mala hierba, cortaban los arbustos y levantaban nuevas cercas de piedra. Los muchachos trabajaban bien, tenían los *tlacololes* más grandes de Azteca. Pero la cosecha sólo proporcionaba maíz y frijol suficientes para tres meses o cuatro. De este modo Pedro debía procurarse otros medios para ganarse la vida, como tejer cuerdas de ixtle del maguey, vender ciruelas y alquilar a sus hijos como peones. Algo que no haría para ganar dinero era quemar árboles para vender el carbón, como hacían muchos de sus vecinos. El sabía que dicha práctica era la destrucción de los preciosos bosques de pinos y robles, lo cual a la larga arruinaría la tierra. Había sido uno de los líderes en la lucha por la preservación de los bosques de tierras comunales; por eso sólo hacía carbón una vez al año y únicamente para el uso de su familia.

Martín y Felipe iban camino del campo de don Porfirio donde trabajaban como peones. Dicho campo, situado en tierras de un nivel favorable, se cultivaba con el arado en vez del azadón y la coa que Pedro utilizaba en su *tlacolol* del cerro. La tierra era más fácil de trabajar que los claros de la montaña, y don Porfirio era menos capataz que Pedro. De modo que los muchachos estaban contentos de tener la oportunidad de trabajar para don Porfirio y ganar algunos centavos para la familia. Podían esperar de su padre que luego les diera una camisa nueva o un sombrero, o algún monedero.

Cuando llegaron al campo de don Porfirio, los dos hijos mayores abandonaron el camino. Pedro asintió a que se separaran, y caminó en silencio con Ricardo, absorto en sus pensamientos. Había vendido una mula a don Gonzalo el día anterior para poder pagar su deuda a doña Conde, y le molestaba haber tenido que

* *Tlacolol*, claro de montaña o cerro en que se siembra. Su pendiente dificulta la labor.

darla únicamente por trescientos pesos cuando bien valía cuatrocientos cincuenta. Y ahora sólo le quedaba una mula. Esto significaba que los muchachos tendrían que acarrear la mitad de la leña que acostumbraban bajar del monte, y que quedaría muy poca para vender, después de que Esperanza tomara la que necesitaba. Además, durante la temporada de la ciruela, los muchachos solamente podrían ganar la mitad del salario que habían ganado el año anterior acarreando huacales de fruta a la estación del ferrocarril. Y durante la cosecha, tendrían que hacer el doble de viajes para bajar el maíz del campo.

Pedro no podía recordar alguna época en que no hubiera tenido deudas. Al principio del año anterior, después que salió del hospital donde lo operaron, pidió prestados trescientos pesos a Isabel, la viuda, para pagar la cuenta del doctor. Luego, hallando tediosa la deuda con ella, puesto que le exigía consejos "legales" gratuitos, pidió prestados ciento cincuenta pesos a un político rico, para pagar a Isabel, y para poder pagar otras deudas también pidió a Asunción trescientos pesos. Durante todo este tiempo había estado pagando, con un interés del ocho por ciento mensual, un préstamo del año pasado de doscientos pesos. En ocasiones parecía como si estuviera caminando para siempre alrededor de un molino de viejas obligaciones. "La deuda continúa: sólo los acreedores cambian."

Para Pedro, como para la mayor parte de los habitantes de Azteca, el obtener el dinero suficiente para ropa y comida, de una a otra cosecha, era el problema siempre presente que absorbía todo su tiempo. Cuando mejor le iba, Pedro ganaba al año, con ayuda de su esposa e hijos, 2 400 pesos. Los muchachos obtenían la mitad de esta cantidad alquilados como peones, y recogiendo y vendiendo leña. Un tercer ingreso se obtenía de la venta de ciruelas, la hechura de reatas y el maíz sembrado. Una corta cantidad, apenas mayor de 60 pesos, se obtenía de los pagos que los vecinos hacían a Pedro por acompañarlos a ver a un abogado, o por asistir a una reunión del tribunal en Cuauhnáhuac. Pedro había aprendido algo acerca de los asuntos legales durante sus años de actividad política y tenía la reputación de ser "medio-abogado". Sin embargo, sus ingresos por consejo "legal" no eran mayores que aquellos obtenidos con las ventas ocasionales que hacía Esperanza. Pedro y sus hijos podrían doblar sus ingresos si trabajaran como peones durante el año con un sueldo de 4 pesos diarios, pero él rehusó trabajar o permitir a sus hijos que lo hicieran en haciendas, que para él eran todavía el símbolo de la opresión. En el pueblo, no había un trabajo seguro durante el año, y en todo caso, Pedro prefería trabajar como campesino independiente.

Por llegar a ser un campesino independiente con su parcela de tierra propia, luchó al lado de Zapata en la Revolución. Había

trabajado para otros desde que tenía ocho años de edad, primero guardando el ganado de su tío Agustín, quien frecuentemente lo golpeaba; luego, desde los diez años hasta después de su matrimonio, como sirviente y peón en las haciendas, donde también fue maltratado. Aun durante el periodo brevemente feliz, cuando su madre los trajo a él y a su hermana a vivir con ella y su padrastro, al pueblo grande de Tepetate y concurrió a la escuela, Pedro había tenido que defenderse de sus "superiores". Durante esa época sólo hablaba náhuatl, la lengua de los Aztecatl, y tenía que pelear con sus compañeros de escuela porque lo llamaban "indio" de un modo insultante.

"Me mandaron a la escuela, ¡uuuuuuuh! Otro martirio. Porque si salía yo a jugar con los muchachos mis vecinitos, me pegaban porque decían que yo los regañaba con esa palabra de mexicano. Me pegaba el profesor, me pegaban los muchachitos porque... salíamos al recreo y creían que era picardía lo que yo decía. Pero yo hablaba en mexicano. Bueno, entonces pasé muchos trabajos, pero me gustó el colegio.

"Seguido me pasaba, pero más ese día. Ese día que nos sentábamos así a la hora de salir, diez minutos antes. Con los brazos cruzados así, sin moverse, y el profesor no más recorriendo la vista a ver quién hace desorden. Y un muchachito me comenzó a decir 'indio' en voz muy baja. Yo nomás lo veía. Por fin, de tanto y tanto, que se va el profesor al otro departamento con los más grandes y comenzó... 'indio', 'indio'... y nomás tantito levanté el codo ¡y que le pego!... pos en la mera...! Ayyyyy comienza a gritar. ¡Caracoles! Que se viene corriendo el profesor y... —Qué pasa!

"Entonces todos me acusaron:

"—Pos éste, ya le pegó, mire, ya le sacó sangre.

"Onde que la sangre... ¡agua corría!

"—¿Quién hizo esto?

"—Pos este muchachito, este niño.

"¡Y que agarra! (enton's pegaban los profesores); ya traiba la vara... ¡Zas!, me dio doce. Pobrecito de mí. Pero si hasta me daba vueltas; ahí en el ladrillo me aventó, y hasta me oriné... (con perdón de usted). Y yo sin poder responder... , sin poderme defender.

"Enton's que ya van a dar las 12 para irse a comer. Bueno, que ya se van a ir. Comenzaron a cerrar las puertas y que me sacan a las mesas ante los del cuarto año, grandes así las mesas. Ahí me hincaron con dos piedras, una en cada mano y me iban a dejar encerrado; ellos se iban a comer y yo ahí prisionero. ¡Ya se fueron...! ¡Ya todos los muchachos se fueron! Ya nomás faltaban los profesores... Ya estaban saliendo, y yo... pos asustado, nomás mirando. ¡Ya están cerrando las puertas! El último profesor me iba a dejar encerrado. Cuando la última puerta se

va a cerrar, que brinco de la mesa, comencé a gritar y las piedras las tiré ¡y que me salgo! Todavía me quería agarrar. Pero... ¡cuándo! Yo me salí corriendo y hasta dejé el sombrero. Yo que corro, gritos y gritos, hasta llegar a mi casa. Venía yo por allá... del bosque."

Pedro no terminó el primer año y apenas aprendió a leer, porque su padrastro lo sacó de la escuela para que ganara dieciocho centavos al día en una hacienda cercana. Cuando llegó la Revolución, Pedro ya estaba casado y era padre de un hijo; era natural que simpatizara con Zapata y se sumó a la lucha. Más tarde trabajó por el mejoramiento de su propio pueblo, tomando parte en la reconstrucción, en las nuevas elecciones, en el gobierno local, en la lucha por la conservación de los bosques y en la construcción de la carretera. Los viejos abusos habían terminado. El pueblo había reconquistado el derecho a utilizar la tierra comunal en la ladera y algunos campesinos afortunados recibieron tierras de ejido, expropiadas a las haciendas. Las deudas y la pobreza agudas se habían aminorado, el alquiler de los niños como sirvientes fue abolido, aumentó la asistencia a las escuelas, y había más libertad personal.

Pero para Pedro la Revolución fue un fracaso. Él creía que no vivía mejor de lo que había vivido durante el gobierno prerrevolucionario de Porfirio Díaz. Los precios elevados y la creciente necesidad de dinero hacían la vida difícil. "¿Qué ventaja es tener libertad si no tenemos lo suficiente para comer? Antes eran los dueños de las haciendas los que nos explotaban, ahora es el gobierno y los banqueros. Todo es lo mismo."

Sí, Pedro se sentía derrotado. Para él, la Revolución había terminado con la muerte de Zapata. Sus veinticinco años como político le habían hecho ganar poco más que prestigio. Su disciplinado esfuerzo para autoeducarse, y aprender a leer y a escribir, y para enseñar a su hija mayor, no le permitieron "elevar" a la familia como había soñado. Hasta su conversión del catolicismo al protestantismo, hacía 15 años, lo dejó insatisfecho. La vida de Pedro había sido una búsqueda de ideales y causas, más que una lucha por el engrandecimiento personal. No comprendía los tiempos que cambian, la economía del dinero o los valores comerciales del México posrevolucionario. Sabía solamente que seguía siendo un pobre campesino sin tierra, y que mucho dependía del trabajo de sus hijos para lograr sus fines.

Ahora Pedro se sentía preocupado porque sus dos hijos mayores comenzaban a resistirse a los planes que les tenía trazados. Felipe se quejaba diciendo que el duro trabajo le arruinaba la salud. ¡Quería aprender un oficio! Martín quiso hacerse panadero; su madrina le había prometido que al cumplir dieciocho años lo aceptaría como aprendiz en su panadería, y él estaba muy deseoso de aceptar. Pedro lo había prohibido en forma

terminante. Necesitaba a sus hijos para trabajar el campo. Pero tan pronto como Martín cumplió los dieciocho años se fue de aprendiz con su madrina, sin consultar a nadie. Trabajó sin sueldo durante seis meses. Pedro lo regañó hasta hacerlo llorar de desesperación. Siempre que Martín faltaba a comer, Pedro se tornaba colérico y le gritaba: "No quiero que trabajes por el pedazo de tortilla que te dan." Ordenó a Martín que rehusara toda clase de alimentos que le proporcionaran en la panadería y que viniera a tomarlos a casa de su padre. Cuando se inició la temporada de siembra, Martín regresó a trabajar en el campo pero Pedro se sentía temeroso de que volviera otra vez a la panadería después de la cosecha.

Pedro tenía planes distintos para su hijo menor Moisés, demasiado débil para soportar la vida de campesino. Con ayuda de Dios y de sus hijos mayores, Pedro soñaba con educar a Moisés para que fuera maestro o "tal vez abogado". Se sentiría feliz si uno de sus hijos pudiera hacer "una carrera". Beneficiaría a toda la familia.

La vereda se iluminó y Pedro salió de su ensimismamiento para darse cuenta de que el camino a la tierra casi se había terminado. Alcanzó a Ricardo y comenzó a decirle justamente dónde comenzar a desyerbar ese día.

Cuando los hombres se hubieron marchado, Esperanza revisó las provisiones del día. Quedaba un poco de nixtamal, apenas suficiente para los dos muchachos que aún dormían, algo de chile, canela, azúcar y sal. No había dinero porque Pedro gastó todo el que obtuvo con la venta de la mula en huaraches para Felipe, un sombrero para él y un machete para Ricardo, demasiado necesarios para el trabajo del campo. El resto del dinero fue a parar a la odiosa doña Conde.

¿Adónde ir a pedir prestado? ¿Qué cosa podría vender? Esperanza se enfrentaba a estas preguntas casi diariamente. El dinero del día anterior se terminaba casi siempre para la mañana siguiente, excepto cuando lograba guardar alguna pequeña suma en los escondrijos de la casa. Hasta cuando Pedro le daba mayores sumas, se gastaba el dinero rápidamente, ya sea pagando deudas, o comprando algo que mucho se necesitaba. Lo peor era cuando alguien de la familia estaba seriamente enfermo. Entonces tenían que vender casi todo, en ocasiones sus coconitos o el machete o el metate, algunas veces una mula.

Esperanza se preguntaba a quién recurrir. A su prima María no podía pedirle porque aún no le había pagado los diez pesos que días atrás le había prestado. Tampoco podía pedir a su tía Gloria, pues el día anterior ella misma se había detenido para solicitar un pequeño préstamo. Quedaban los vecinos de al lado, pero ellos hablaban mal de Pedro desde que se metió a político.

Esperanza no comprendía por qué eran tan susceptibles, ya que las actividades políticas de Pedro no los hicieron ni siquiera "tantito ricos". Ningún otro vecino tuvo nunca el suficiente dinero para prestar, y no quería pedir una pequeña suma con interés a los ricos. Era mejor vender el guajolote aunque tendría que pasar mucho tiempo para poder hacerse de un nuevo coconito para criarlo. Esperanza bebió su canela y fue en busca del guajolote. Eran las siete cuando se tapó con el rebozo y con el guajolote escondido debajo del brazo (¿por qué habrían de saber sus asuntos los vecinos?) se dirigió hacia el barrio de San Martín, donde conocía algunas casas en que se comía bien.

Macrina salió hacia el fondo de la huerta. Los muchachos más chicos aún dormían y no había peligro de que la espieran entre las yerbas, como en ocasiones lo hacían. Como la mayor parte de los campesinos, los Martínez carecían de un excusado o de una fosa. Cuando Macrina regresó se lavó las manos antes de arrodillarse frente al metate para hacer las tortillas. Llamó con energía a Moisés y a Germán diciéndoles que se lavaran. Generalmente adoptaba un tono de represión hacia los chicos, particularmente hacia Germán, su custodia especial. Se había hecho cargo de él desde que su hermana Conchita llegó de la escuela para dar a luz al niño sin padre. Ya durante los seis primeros meses, cuando Conchita lo amamantaba y aún estaba en casa, Macrina (entonces de diez años) era quien lo cargaba, lo bañaba cada tres días, lo envolvía cuidadosamente para que creciera calladito y de suaves modales, y le lavaba los pañales. Pero durante los últimos años, Macrina dejó gradualmente de cargarlo y jugar con él, empezó a regañarlo con frecuencia, y si se portaba mal, le pegaba. No preocupaba a Macrina el que ahora Germán la evitara y pareciera preferir la compañía de Moisés a la suya; era justo que él mantuviera su distancia y respeto por ella.

Los chicos habían terminado de comer y jugaban en el patio cuando Esperanza regresó, después de una hora, cargando todavía el guajolote. Cuando hubo comido las dos tortillas que Macrina le hizo, dijo a su hija que únicamente le ofrecieron dos pesos cincuenta centavos por el guajolote. Sólo quedaba recurrir a don Porfirio para pedir un adelanto del sueldo de sus hijos.

Antes de volver a salir Esperanza recordó a Moisés que trajera el agua de la fuente y en seguida se marchara a la escuela. A Germán lo envió a casa de su prima para recobrar las tijeras que había prestado. Macrina, que conocía su trabajo, no requería instrucciones. Desde el año pasado en que Esperanza enfermó, Macrina demostró que podía ser responsable. El hacer ver a su familia, particularmente a su padre, que podía confiar en ella, parecía ser el único fin de Macrina. Había asistido hasta el quinto grado a la escuela local y había soñado con llegar a ser maestra

o, cuando menos, costurera. Pero súbitamente Pedro la sacó de la escuela para que ayudara a su madre, y nadie se atrevió a pronunciar una palabra de protesta. Era verdad que Esperanza no estaba bien de salud y que el cuidar a tantos hombres en casa, así como al nietecito, era demasiado para ella.

Ya sola, Macrina dobló las cobijas de las dos camas, tomó la escoba de varas y comenzó a barrer el piso de tierra. Barría sin prisa, teniendo especial cuidado en los rincones, ya que su padre observaba si el trabajo se hacía bien o no. Con frecuencia le oyó decir entre bromista y regañón lo ignorante que su madre era cuando casó con ella. "No sabía coser, barrer o planchar, ni lavar la ropa. Con trabajos desgranaba el maíz y hacía las tortillas." Pedro había enseñado a Esperanza su mujer cómo se hacía la mayor parte del trabajo de la casa; hasta le enseñó cómo se barría, porque al principio se olvidaba siempre de los rincones. Cuando ella trató de hacerle sus primeros calzones tuvo que llamar a su madre para que la ayudara. En realidad, Pedro lo sabía, no había sido culpa de Esperanza. Antes los padres no enseñaban a sus hijas muchas habilidades domésticas porque se casaban muy jóvenes y era obligación de las suegras enseñar a las nueras. Esperanza tenía catorce años cuando se casó y su suegra había muerto.

Macrina fue a limpiar el cuarto donde dormían los hermanos. Dobló el sarape acomodando el petate sobre el otate* que compartían Martín y Moisés. Los otros muchachos se habían llevado sus sarapes. Los sarapes eran los objetos de mayor valor en la casa; cada uno había costado como cincuenta pesos. Amontonó en seguida los huacales de ciruelas que servían de cama a Ricardo, quien durante algún tiempo disfrutó del catre de Felipe, pero como Felipe discutía por su cama cada vez que Ricardo se acostaba, éste terminó por acomodar ocho huacales de ciruelas (dos a lo ancho y cuatro a lo largo) para hacerse su propio lecho. Con un petate y una almohada de trapos debajo y un sarape, esta cama era sólo un poco más incómoda que el catre. Pero los huacales eran pesados y daban mayor trabajo a Macrina; tenían que estar apilados durante el día para que no ocuparan tanto espacio.

Las paredes de adobe, cubiertas aquí y allá con viejos periódicos, estampas religiosas y calendarios, tenían salientes de clavos que se utilizaban para colgar sombreros o ropas extras. El cuarto contaba con pocos muebles y no tomaba mucho tiempo el limpiarlo. Macrina sacudió el cofre de madera que guardaba los libros religiosos más apreciados por su padre, la Constitución y el Código Civil de Morelos, al que se refería cuando los vecinos le consultaban problemas legales. Aquí se guardaban también papeles importantes y algunas piezas de buena ropa. Macrina

* Otate: atado de carrizos en forma de plancha.

alineó contra la pared siete bancos y dos sillas que su padre compró en años pasados. Antes, la familia utilizaba los huacales como sillas. También acomodó las tres banquetas que Martín construyó cuando tomó unas clases de carpintería en una nueva Misión Cultural del Gobierno.

Macrina sacudió el mueble que le faltaba, una mesa de madera que había servido de altar cuando la familia era católica. Ahora sostenía pequeños montones de libros muy usados, textos viejos que Conchita había empleado cuando dio clases, algunos panfletos religiosos y algunas lecturas frívolas que Pedro aprobaba difícilmente, como: cancioneros, revistas cómicas, el *Paquín* y el *Chamaco*, y tres novelas forradas con papel de estraza que los muchachos grandes habían leído y releído. Éste era un material de lectura más abundante que el poseído en la mayor parte de los hogares del pueblo de Azteca. Existía además un alitero de seis Biblias, una para cada miembro de la familia que sabía leer. Macrina lo sacudió cuidadosamente y al levantar la Biblia de Felipe cayó un papel doblado al suelo: un recado de la viuda. "Las viudas son unas descaradas —pensó mientras puso en su sitio la nota—. Sin un hombre en la casa que les diga lo que tienen que hacer, pueden tener amantes y andar de fiesta en fiesta."

De regreso en la cocina limpió la mesa baja en que habían comido Pedro y los tres hermanos mayores y recogió del suelo algunos huesos de ciruela. Por la fuerza del hábito miró en el cajón de la mesa buscando algún dinero para la comida. No había nada, ni siquiera los palillos de Pedro, ni las aspirinas que tomaba Esperanza para las jaquecas.

A las nueve y media regresó Esperanza con las manos vacías. Don Porfirio se había ido al Juzgado y no regresaría hasta las diez. Hubiera sido penoso para ella esperarlo, de modo que volvió a su casa, se sentó y platicó con su hija durante quince minutos y otra vez escaló la empinada colina hacia la casa de don Porfirio. A las diez y media estaba de regreso con doce cuartillos de maíz y cuatro pesos en efectivo que don Porfirio le dio. Cansada de haber caminado tanto, se acostó durante media hora.

Esperanza había notado que se cansaba más fácilmente que antes. Tal vez envejecía, y en verdad no podría decir su edad puesto que su madre nunca le dijo cuándo había nacido. O tal vez se cansaba pronto porque bebía mucho alcohol, como pensaba su tía Gloria. El cansancio le había aumentado desde su enfermedad del año pasado. Quizá fue embrujada por algún enemigo de ella o de Pedro. Pedro, que había estudiado la Biblia, le enseñó a no creer en esas cosas, a menos que se tratara de un caso absolutamente claro de hechicería. Ella siempre trató de satisfacer a su esposo, pero, si se tratara de un caso de hechicería ¿no debería ir al curandero antes que fuera demasiado tarde?

Mientras descansaba su madre, Macrina lavó los escasos trastos del desayuno, lavó el metate y preparó la mitad del maíz remojándolo en el agua con cal. Avivó el fuego con el copillo y colocó sobre el tleculi las barras de hierro que habían de sostener el bote con el nixtamal.

A las once, Esperanza se levantó y salió rumbo a la plaza para comprar el mandado del día. Presurosa bajó la loma, torció a la izquierda y caminó por una calle sin pavimento, despreocupada del lodo y los charcos que habían dejado las copiosas lluvias diarias. De hecho, el agua resultaba grata a sus pies descalzos, pues casi era mediodía y la tierra se ponía demasiado caliente.

Al finalizar esta larga calle, volvió por otra empinada y empedrada, con casas alineadas, muchas de ellas con ventanas y fachadas lisas y encañadas, mucho mejores que cualquiera de su barrio. Se hallaba en el extenso barrio de San Martín, donde vivían algunos campesinos acomodados.

Aligeró el paso, se ciñó el rebozo más firmemente sobre los hombros y bajó los ojos como toda mujer decente, alzando la vista ocasionalmente cuando pasaba por alguna casa o cuando alguien caminaba frente a ella. La calle estaba tranquila y solitaria, excepto que había algunos cerdos y gallinas. Dos mujeres, aún distantes, regresaban de la plaza. Esperanza podía oír el tortilleo en las casas y lamentaba haber salido tan tarde. Le dolía la cabeza, estaba sedienta, y por primera vez en mucho tiempo sintió la necesidad de un trago de alcohol.

Por el momento, las cosas marchaban tranquilas en su casa. Pedro ya no la regañaba desde que dos semanas atrás llevó a la viuda Eulalia, del barrio de Santo Domingo, a la feria. Ella se sintió mucho cuando Pedro le pidió que preparara la comida para la viuda, y no pudo ocultar lo que sufría cuando le sirvió de comer. Pedro le arrojó el plato con comida y todo regando los frijoles y las tortillas por el suelo. ¡Y el torrente de palabras feas que siguió! Le dijo que era una ignorante, y que no sabía cómo se había casado con ella. Él necesitaba una mujer que supiera leer y escribir y ganara dinero —¡como Eulalia!—. Dijo que era hombre y tenía derecho de hacer lo que le viniera en gana, que siendo ella mujer y tan estúpida, debía soportar cualquier cosa que él le hiciera o le dijera, hasta si decidía traer a la viuda a vivir en la misma casa; o que mejor dejaría la casa y se iría a vivir con la viuda que también sabía cocinar y servirle y quien le ayudaría más, puesto que era inteligente. Luego, Pedro la obligó a recoger los frijoles y a comérselos mientras la observaba. Cuando él se fue, ella lloró, sacó la botella y bebió. A los hijos no les gustaba verla bebiendo, pero en ocasiones ella tenía que hacerlo. Tres días después, Pedro regresó y desde entonces estuvo callado y no se había vuelto a enojar.

Trajo chile, dulce, pescado seco, sal y azúcar, y todos estuvieron contentos.

Esperanza sabía que su esposo era de carácter muy violento y que en ocasiones la trataba injustamente tanto a ella como a los hijos. Pero también era bondadoso, y sabía que la quería. Cuando eran jóvenes la consolaba después de que la hacía llorar tomándola en sus brazos y diciendo: "Anda, no te enojés." Sí, ella había llevado una vida mejor a su lado que con su madre y su medio hermano mayor.

"En mi casa mi hermano me regañaba y mi madre me pegaba y yo nunca les rezongué. Una vez le dije: 'Me pegas tanto que prefiero irme con mi madrina.' Mi madrina me quería mucho y me daba muchas cosas. Entonces mi madre me pegó más; me daba duro, con un mecate. Yo corrí para la calle a buscar la casa de mi madrina. Mi madre me siguió y me tiró una piedra. Yo creo que sólo quiso asustarme porque no me tocó. Luego, llegó mi hermano y me defendió. —¿Por qué le pegas tanto?—, le dijo a mi madre. Entonces no tenía ninguna libertad. Ciertamente nunca fui a ninguna parte. Muchas veces las vecinas descaban alquilarme para que cuidara a sus hijos, pero mi hermano nunca me dejó. Nunca quiso tampoco que fuera a la escuela."

Esperanza no aprendió a leer y a escribir; y no podía defenderse cuando Pedro la acusaba de ser ignorante y estúpida. Pero ella le decía: "¿No sabías quién era yo cuando mandaste a tu madre a pedirme?" En verdad, cuando Pedro buscó una esposa, decidió que la joven Esperanza, quien era virtuosa e inocente y más pobre que él, era la muchacha ideal. Esperanza no quiso casarse con él ni con ningún otro, pero cuando al morirle su madre Pedro se quedó huérfano sin que nadie le hiciera sus tortillas, ella le tuvo lástima y consintió en el matrimonio.

Pocos días antes de la boda su madre la aconsejó: —"Ahora que te vas a casar debes cambiar de genio. Aquí tienes un genio, pero allá debes tener el de tu esposo. Si te regaña, no contestes; si te pega, aguántate, porque si no tu esposo va a decir que qué clase de educación te hemos dado." Esperanza siguió el consejo de su madre. "Y siempre fui así —pensó—. Cuando Pedro me pegó, yo sólo me senté a llorar."

El matrimonio tuvo lugar en 1910, en la Iglesia del pueblo. Pedro regaló a Esperanza el primer vestido que tuviera. Antes siempre usó una blusa y una larga falda. También le dio una moneda de cincuenta centavos para que gastara. Se la llevó a vivir con él y con su tía, a su casa de un solo cuarto.

"Me acuerdo de la noche en que nos casamos. Yo tenía harto miedo. Pedro todavía me molesta cuando me dice burlándose: '¿Por qué te espantabas aquella noche?' De verdad yo no sé qué me pasaba. Me agarró... como fríos, hasta temblaba. Yo

tenía mucho miedo, pues nunca nunca nos habíamos hablado. Después que cenamos la tía de Pedro se acostó y él también. El se acostó vestido. Siempre lo ha hecho así. Yo también, siempre me acosté con mi ropa puesta. Después apagaron la vela y yo, al fin... tuve que acostarme. La tía me decía que para eso me había casado y que me acostara. Yo tenía mucho miedo y vergüenza. Pedro me tapó con el sarape y luego empezó a abrazarme y a tocarme los pechos. Luego se me fue encima. Yo no sabía cómo le hacían los hombres y yo decía: 'Puede que sea ansina.' Yo tenía ganas de gritar y de irme con mi mamá, pero me acordaba que me había casado y entonces me decía: 'Si me muero, me moriré. ¡Aquí tengo que aguantar aunque me mate.' Y cerraba los ojos, y esperaba lo peor. Pedro ya sabía cómo se hacían esas cosas, pues hasta tenía una hija con una mujer casada. No me acuerdo que me saliera sangre, pero sí me dolió mucho; no grité porque allí estaba la tía y me daba vergüenza que me oyera. A los quince días todavía tenía yo miedo. Poco a poco va agarrando confianza uno. Yo no hablaba con nadie de estas cosas; ni con mi mamá. Sólo le contaba a una prima de mi esposo. Le decía lo que me hacía mi esposo. Yo le decía: 'Los hombres no más juegan con una. ¿Por qué se han de casar?' Entonces ella me decía: 'Así son, y tienes que dejarte.' Como a los dos meses yo ya fui sintiendo gusto, y yo ya fui queriendo a mi marido."

Esperanza iba presurosa por la calle, sin aflojar el paso; dijo "Buenos días" a dos mujeres con las que se cruzó. Una de ellas era su antigua comadre, la madrina de su hijo Angel ya muerto, quien fue el último en ser bautizado en la Iglesia católica. Cuando Pedro se hizo protestante, todos sus compadres católicos rompieron con él. Esperanza se hizo protestante por insistencia de Pedro y porque... "de todos modos ya nadie me reconoce". Eso sucedió dieciocho años atrás, pero aún le molestaba encontrarse con sus antiguos compadres y comadres.

El por qué Pedro al cumplir los cuarenta años decidió abandonar su antigua fe e incurrir en la cólera del pueblo era cosa que Esperanza nunca comprendió bien. Sólo oscuramente se daba cuenta de que la Revolución Mexicana lo había desilusionado y que sus fracasos en la lucha política posrevolucionaria en Azteca fueron muy duros de soportar. Luego sucedieron muchas cosas que ayudaron a su conversión. Le regalaron una Biblia que le pareció la mayor revelación de su vida. La cuidaba "como si fuera algo santo" y cuando un misionero protestante llegó al pueblo, él estaba ya listo para escucharlo. Una noche, durante una velada, atacó a los sacerdotes y al catolicismo ante su tío Agustín, que era católico devoto y que además había tratado a Pedro en forma cruel cuando era niño. Cuando el tío Agustín regañó a Pedro por su anticatolicismo y lo insultó llamándolo ignorante, Pedro juró que haría un estudio serio de

alguna de las creencias evangelistas. Después de un año los dos se encontraron para el debate que duró toda la noche y Pedro derrotó al tío que había sido una figura tan autoritaria para él. A su esposa le dijo: "Realmente le soné duro. Le mostré todas las mentiras. Derroté a mi tío con sus propios libros. Le mostré que los muertos no retornan, que el domingo no es día de descanso, que el bautismo se hace por inmersión, que la confesión y la comunión son útiles, mas no si se hacen ante otro ser humano, que el infierno y el purgatorio son mentiras, puras mentiras. Los santos también, esas estampas ante las cuales se persignan, todo es mentira." Estuvo tan duro con su tío, que "el pobre hombre hasta lloró".

Después, Esperanza, Pedro y su hija Rufina cayeron enfermos. Los vecinos interpretaron estas calamidades como castigo de Dios y Pedro se puso colérico. "Ahora que la gente habla tanto —dijo—, me voy a volver protestante para que hablen con razón. Voy a quitar todas las estampas y santos que tenemos. De este modo y de una vez por todas, nos morimos o nos salvamos."

El rumor de que Pedro tenía intenciones de "quemar los santos" cundió por el pueblo. Los amigos y los parientes vinieron a protestar; otras gentes dejaron de hablar a la familia. Este fue el principio de muchos años de ostracismo. Los muchachos Martínez tenían que vender su madera en Tepetate; Esperanza tuvo que ir a los lugares más apartados del pueblo para vender sus gallinas y huevos. Pedro fue apedreado en una ocasión, y cuando Rufina murió, su padrino rehusó hacerle el ataúd. En la escuela los niños eran evitados y hostilizados. Una vez los compañeros de Conchita la arrastraron de las trenzas hasta la iglesia para que fuera a besarle la mano al cura, y dos muchachos casi la ahorcaron con sus trenzas, porque, según dijeron, había tratado de convertirlos. Un rumor persistente durante años era que Pedro fue visto arrodillado ante su hija mayor, quien estaba de pie sobre una mesa rodeada de flores como "una santa".

Aunque Esperanza estaba terriblemente confusa cuando se dio cuenta de que su esposo iba a convertirse, se sintió indefensa para impedirlo. No hizo nada, sino llorar y eludir a la gente. Sus parientes vinieron y la amenazaron diciéndole que no debía abandonar la religión de sus mayores.

"El protestantismo apenas comienza —le dijeron—, es algo nuevo; además, los protestantes no creen en Dios." La hermana de Pedro la instó para que abandonara a Pedro. "Es horrible lo que ha hecho —le dijo—: quitar los santos y tener esos demonios en la casa de mi madre. Déjalo a él y a sus hijos y ya verás cómo abandonará su protestantismo." Pero Esperanza contestó: "¿Qué puedo hacer? Él manda."

Fue más difícil para Esperanza someterse al cambio de re-

ligión de lo que fue para Pedro. Él siempre había sido un ferviente católico, y además de llegar a ser el rezandero, fue por dos veces el mayordomo del barrio. Estaba acostumbrado a frecuentar la iglesia, especialmente los días de fiesta. Los Viernes Santos rezaba toda la noche, ayunaba durante la Semana Santa, y se confesaba y comulgaba una vez por año. Cuando se hizo Adventista se entregó a ello con la misma pasión, leyendo y frecuentando un grupo de estudio, convirtiendo a otros, y llevando a cabo los servicios en su hogar. ¡Hasta pareció que disfrutaba al estar contra todo el pueblo! Esperanza, que creía en una vaga mezcla de conceptos católicos y paganos, nunca se vio muy comprometida con la religión cristiana. En una ocasión, cuando necesitaba leña urgentemente, ¡quemó una cruz de madera que Pedro había puesto en el patio para proteger la casa! Ella realmente veía poca diferencia entre la vieja y la nueva fe cristiana y, aun después de su conversión, no hacía una clara separación entre ellas. Una vez, en el Día de Muertos, "sintió pena por nuestros niños muertos" y para ellos puso una vela y flores en la capilla del barrio. En otra ocasión fue a la capilla de San José "a rezarle a Dios para que me diera paz en mi hogar porque Pedro estaba insoportable. Y realmente se calmó después del rezo". En conclusión, la conversión trajo a Esperanza sólo confusión, inconvenientes y ostracismo, haciéndole más improbable el encontrar consuelo en las creencias tradicionales.

La familia sí se benefició con el cambio espiritual de Pedro, y por esa razón pudieron aceptar la conversión, a pesar de la severa desaprobación social. Al abandonar la política, Pedro dejó de embriagarse, dedicándose al trabajo y a la religión. Como parte de su nueva fe trató de dominar su mal carácter, respondiendo humildemente ante las provocaciones. "Si peleamos, todos nos critican." La familia comenzó a comer mejor y a llevar una vida doméstica más pacífica. De hecho en ningún otro tiempo estuvo la familia tan unida y contenta como durante este período en que Pedro se dedicó a su bienestar físico y espiritual. Por otra parte, sus esfuerzos se vieron compensados por el apoyo y admiración de sus hijos y, hasta cierto punto, de su mujer.

En los últimos años, Esperanza se dio cuenta de que Pedro regresaba lentamente, pero sin duda, hacia el catolicismo. Poco a poco se había desilusionado de la conducta de algunos de sus correligionarios. Él había esperado obtener de los elevados principios morales de los Adventistas, así como de su hermandad, la confianza y el amor que necesitaba. El primer golpe vino cuando el hombre que lo convirtió trató de seducir a su hija Conchita la noche en que fue aceptado como huésped en su casa. También se sintió lastimado cuando algunos ministros protestantes lo trataron como a un inferior. Un incidente fue decisivo y se destacó como el motivo básico. Conchita quería estudiar en la ciudad

de México y Pedro la llevó a la casa de un pastor protestante que le había prometido casa y comida a cambio de trabajo.

"Conchita tenía paludismo —dijo Pedro—, pero con ese entusiasmo que quería aprender quiso venir así nomás, con todo y la enfermedad. La llevé a casa del pastor; era de dos pisos, ¡una gloria! Nomás de lejos la divisé. Sí, muy bonita su casa. En fin, yo quedé en la cocina, bajo el pretil, de ahí no me sacaron. Ese tal por cual me trató como basura.

"Mi pobre hija comenzó luego luego a ayudarle a la señora, aunque estaba muy enferma. Yo insistía: 'Vámonos hija, no me gusta el carácter del hombre. Se ve que es muy áspero y sus dos hijos todavía peor.' Ella dijo: 'Yo no me voy aunque me muera.' Humm... ¡pos ni modo!

"El pastor nos invitó al servicio y fuimos en la noche. Después me dieron el cafecito, bueno, y llegó la hora de acostarnos. Se llevaron a Conchita para arriba a dormir en un tapete murgoso en el cuarto de sus hijas.

"El pastor me dice: 'Bueno, entonces hasta mañana. ¡Ahí vea por dónde se acomoda!' Y... ¡pero dónde me iba a acomodar! ¡Pues si no había nada!, ni siquiera un tapete viejo que me hubieran aventado! ¡Nada! El cemento muy frío y hasta con agua que habían regado. Y digo: '¡Caray! pues éstos son cristianos! Por ahí comencé a pensar, y a desmoralizarme y a perder la fe.

"Entonces dije, pos no, la verdad esto... ni modo, yo qué voy a hacer, pues: Yo me espero hasta que decidan. Esta... Voy a ver el porvenir de ella. Al fin solito en la cocina, padeciendo ahí. No dormí en toda la noche, no más sentado, me recargué en el pretil del braceró. Y la de malas mía, que digo, bueno, voy al excusado. ¿Por dónde? Comencé a pensar. Pues... cierran la puerta. Estaba un perrote así que, apenas me veía ¡grrr! Y ora sí, ora sí ya me fue peor; ni modo de abrir más la puerta, pues se estaba enojando el perro, un perrote así de grandote. Pos ora sí, ya me fue de malas porque tanto el patrón como sus animales... Dios me estaba castigando.

"Como a las cuatro y media de la mañana bajó la madre a barrer la calle. Era tan indita que los niños la trataban como a una sirvienta, después de tan decente que era. Y los hijos durmiendo y él también durmiendo, y la pobre madre salió a la calle a regar y a barrer. Dije ¡caray, con que éstos son cristianos! Entonces el hijo en la noche, cuando entró, no más me pasó a hacer así, ni siquiera me saludó, no más así y ya. ¡Qué caray! ¡Qué educación tienen estos hombres! A la madrugada baja mi hija, me vio así sentado por ahí. Dijo: 'Papá, vámonos.' Le digo: 'Sí, esos burgueses, el tipo que nunca trabaja.' Así me trataban. Me entró esa espina tan grande... Me dolió harto. Que... cristiano. ¡Es mentira! Que hermano... ¡Es mentira! Los odié. Dios me perdone, pero todavía los odio. Le escribí una

carta muy dura diciéndole: 'Usted no es cristiano, usted es un zángano que no más está comiendo de la salud de sus feligreses. Es peor que los sacerdotes.'

Después de aquello, Pedro participó menos en los asuntos de la Iglesia Adventista, aunque continuó asistiendo a los servicios sabatinos con regularidad. En 1943, dejó de contribuir con el diezmo para la iglesia. Rezaba pero ya no comulgaba. Se dejó arrastrar nuevamente por la política y por eso comenzó a beber otra vez. También "por la política" comenzó a asistir a velorios y a concurrir a fiestas con sus partidarios católicos. Se hizo más tolerante hacia el catolicismo, y de hecho, le complació volver a sentirse aceptado por la comunidad católica. Creía, sin embargo, que tanto su fe protestante como su alta moralidad le habían granjeado por parte de los vecinos más respeto que nunca.

Pero para Esperanza ya era muy tarde. Había permanecido demasiado retirada de la vida social de la comunidad para reintegrarse ahí donde dieciocho años atrás la había abandonado. No estaba preparada para edificar nada nuevo: su conversión había sido una experiencia traumática más, en una vida llena de traumas. Ella estaría satisfecha mientras Dios le diera vida para seguir trabajando para la familia, aceptando lo que el destino la trajera, sin pedir nada.

Del camino asfaltado, Esperanza volvió a torcer a la izquierda y rápidamente pasó frente a unas casas, dejó atrás el jardín y cruzando la plaza se dirigió a los portales donde las mujeres sentadas a la sombra esperaban vender sus montoncitos de mercaderías. Cuidadosamente realizó con ellas sus pequeñas compras: un cuarto de kilo de arroz a 35 centavos; 10 de café; 15 de manteca; 15 de jitomate y 20 centavos de chiles. En su canasta bajo el rebozo, colocó los cucuruchos de arroz y de manteca con los otros artículos comprados. Entró en seguida en un oscuro tendajón del portal donde compró un decilitro de alcohol para beber, y 20 centavos de petróleo para la lámpara. Rumbo a la casa se detuvo a comprar dos cafiaspirinas para su dolor de cabeza.

Sonaban las campanadas del mediodía cuando Esperanza llegó a casa después de la caminata larga trepando la loma. Sin sentarse a descansar dio a Macrina la canasta, sacó la cubeta del nixtamal y rápidamente regresó a la plaza. Esta vez fue hacia el molino. Aunque el nixtamal estaba caliente para molerse y la masa podría salir pegajosa, ya era tarde y se necesitaba para la comida del mediodía. Macrina había apartado algo de nixtamal para la cena, lo que significaba otro viaje al molino, pero el nixtamal estaría fresco y las tortillas resultarían mejores. Como todos los hombres, también los de casa tenían mal genio y debían ser atendidos como es debido.

Esperanza miró con interés hacia la puerta del molino buscando amigas. Le gustaba "formar cola"; era una de sus pocas oportunidades para conversar con las mujeres conocidas. Pero el molino estaba vacío a esta hora y el molinero sin tardanza vació su nixtamal en la ruidosa máquina.

Macrina guisaba el arroz cuando Moisés llegó de la escuela. Sin saludar a su hermana buscó a Germán, que había pasado la mañana jugando silenciosamente en el patio. Cuando vio a Moisés, la cara de Germán se iluminó, pero siguió sin moverse junto al montón de piedras que había reunido. Cuando Esperanza entró en la casa llamó a Moisés para que sacara la mula a pastar. Era uno de sus diarios quehaceres. También traía agua de la fuente por las mañanas, recogía frutas para su madre, hacía los mandados, y todas las tardes, después de la escuela, regresaba a la plaza con una cubeta pequeña de nixtamal para molerle en el molino. Durante las vacaciones escolares tenía trabajos de mayor responsabilidad: vendía maíz o leña, limpiaba las fibras del maguey y ayudaba a sus hermanos a tejer reatas.

Germán también tenía sus quehaceres, ya que todo el mundo debía trabajar. Debía hacer cinco viajes diarios a la fuente con dos botes pequeños para el agua, traer la leña que se iba necesitando y hacer los mandados para Macrina o para su abuela. Le gustaba llevar a pastar la mula con Moisés y pidió permiso a Macrina para que lo dejara ir. Ella respondió que no, porque amenazaba lluvia. Entonces Germán recurrió a Esperanza, quien dijo que sí. Como aún no estaba lista la comida, los chicos fueron enviados a recoger ciruelas para entretener el hambre de todos. Luego, después de un almuerzo de arroz, tortillas y café, los muchachos sacaron la mula. Desde la puerta, Macrina les gritó que no vagabundearan y que si regresaban mojados les pegaría.

A la una de la tarde sentáronse las mujeres a comer. Demasiado cansada para platicar de la gente que encontró en la plaza, Esperanza se quedó dormida en el banco. Macrina lavó los escasos trastos y tomando una cubeta salió a llenarla a la fuente. Los hombres del barrio habían construido una fuente cerca de la casa. Macrina estaba orgullosa de ella, porque su construcción se debía en gran parte a los esfuerzos de su padre. Él era el único del barrio que deseaba progreso y quien podía realizar sus proyectos. Le había tomado más de un año el convencer a los vecinos para que formaran el *cuatecuilitl** para hacer la fuente. Pedro sería pobre, pero era un hombre importante no sólo en su barrio, sino en todo el pueblo.

Con frecuencia escuchó a su padre llamar a los que no intervenían en la política: "piedras", "bolas de carne con ojos" o simplemente "¡viejas!", y ella también juzgaba a sus vecinos según este criterio.

* Cooperativa.

Macrina era muy joven para recordar lo que había sufrido la familia por las actividades políticas de Pedro. Lo habían encarcelado tres veces y en dos ocasiones tuvo que huir del pueblo para salvar la vida. Cuando trabajaba para las elecciones se olvidaba completamente de su familia y ésta tenía que luchar por sí misma. Se embriagaba con los amigos, tenía mujeres y contraía deudas. Por eso Esperanza decía: "La política nos muele hasta el polvo."

Calle abajo Macrina vio a Elena, la hija de la viuda Gloria, barriendo el patio. Elena dejó su escoba de varas y se apoyó en la barda. "Tengo algo que enseñarte", dijo. Y sacó del seno una carta doblada.

"Una chamaquita pasó corriendo y me la dio esta mañana en el molino. Es una carta de amor."

Las cartas de amor eran muy apreciadas por los jóvenes de Azteca y muy mal vistas por los adultos. Esta forma de cortejar o noviazgo, era un fenómeno reciente.

"¿Quién la mandó?"

"Quién sabe. No tiene nombre."

Macrina leyó la carta con todo cuidado:

"Bellísima señorita: Es imposible verla y no amarla y eso es lo que me ha pasado. Su hermosa imagen está grabada en mi corazón, tan profundamente, que donde quiera que voy la veo y escucho su dulce y armoniosa voz que me hace estremecer. Si contemplo el paisaje, se parece a usted de tan hermoso, su aroma me trae el recuerdo de la visión divina. Mirando al sol se hieren los ojos, en la misma forma en que sus hermosos ojos me hirieron. Cuando escucho el trinar de los pájaros me parece escuchar su divina voz. Solamente imploro de usted una palabra, que me indique que usted se interesa por los sufrimientos de mi corazón. Concédame esa palabra que me hará pensar soy el hombre más dichoso de la tierra y que me hará caer de rodillas a sus pies. Si usted me desprecia, moriré lentamente como muere la flor recién cortada. Y en mi agonía diré en todo momento: La amo, la adoro."

"Debe ser muy culto", dijo Macrina.

"¡Qué va! A lo mejor la copió de un libro."

Elena, a los dieciocho años tenía fama de "loca". El año anterior había estado en Cuauhnáhuac como sirvienta en la casa de un doctor, pero al poco tiempo la esposa del médico se las arregló para devolverla a su casa.

Macrina se dirigió a la fuente a llenar su bote. Pensaba en la carta y en si recibiría una parecida alguna vez. ¿Llegaría a casarse? No estaba segura. ¿Dónde hallar un joven que no fuera católico? Le gustaría casarse con un protestante y poder conservar la religión de su padre. Si se casaba con un católico tendría que convertirse al catolicismo, frecuentar la iglesia y confesarse.

No quería hacer eso. Era preferible quedarse en casa con sus padres.

Cuando regresó a la casa, su madre estaba en la cama durmiendo. Vertió el agua en la tinaja y se sentó a leer la Biblia. En cierto modo la conversación con Elena la había perturbado y la lectura de la Biblia la hizo sentirse mejor. Se desesperó cuando el reloj del pueblo dio las tres. Se levantó a barrer el patio y regaba las plantas cuando se le unió Esperanza bostezando y peñándose. Esperanza le habló de los remiendos por hacer. Sin decir palabra Macrina se dirigió a la cocina en busca de hilo y aguja, y trajo las ropas. Siempre cosía bajo un árbol en el patio porque la oscuridad no permitía coser adentro del cuarto. Desde el patio, podía mirar también lo que pasaba en la calle.

Esperanza salió hacia la casa de su hija mayor, Conchita. Por la mañana pasó dos veces frente a su casa (camino del mercado) pero no entró, porque tal vez su yerno Juan todavía estaría en casa. Él había prohibido a Conchita que viera a su familia y Pedro había prohibido a todos los de la familia que visitaran a Conchita. De modo que Esperanza debía escoger el momento con todo cuidado.

Las dificultades de Conchita comenzaron ocho años atrás, cuando dejó el hogar para ir a estudiar y llegar a ser maestra. Asistió a la Escuela Normal del Estado y se gastó gran cantidad de dinero en su educación, libros, ropa y transportes. Durante tres años su padre abandonó las siembras y trabajó como peón para obtener un salario para los gastos de ella. Naturalmente que los vecinos lo habían criticado desde el principio. Advirtieron a Pedro que sus miras eran muy altas para un hombre tan pobre. Dijeron que no se podía confiar en una joven cuando estaba fuera de casa, especialmente si era de "sangre-caliente" como Conchita. Pedro no les hizo caso. Tenía fe en su hija predilecta. Conchita había nacido después que murieron los primeros hijos y durante cinco años fue hija única. Tanto Pedro como Esperanza la mimaron, jugaron con ella y se gozaron en tenerla, más que con ninguno de sus hijos posteriores. Pedro gastaba el dinero con gran satisfacción en educarla, con la esperanza de que cuando se hiciera maestra ayudaría a elevar el nivel económico y social de la familia. Luego ella tuvo que regresar a su casa dejando el primer empleo que había conseguido y aun antes de que le pagaran algún dinero. El director de la escuela la había embarazado.

Para Pedro fue un golpe terrible. Dio a Conchita una paliza despiadada y dejó de hablarle durante meses. Pero la dejó permanecer en casa y tener a su hijo. Después que nació Germán, Pedro ignoró su presencia; aún ahora, rara vez habla con su nieto. Conchita regresó a la enseñanza cuando estuvo bien, y enviaba treinta pesos mensuales para ayudar a los gastos. También traía de vez en cuando pequeños regalos, y todos la querían

por esa causa. Pedro también comenzaba a perdonarla. Ella tenía el temperamento de su padre, dijo él, no podía remediarlo.

Un año antes de que Conchita se fuera a estudiar, Pedro conoció a un joven de nombre Juan, huérfano y que por ilegítimo no era reconocido por sus parientes. A los veintidós años Juan permanecía soltero y sin casa propia. A Pedro le simpatizó y lo invitó a vivir con ellos durante ese año. Conchita tenía catorce años en esa época y pronto se hizo la novia secreta de Juan. Al año siguiente Conchita abandonó el pueblo, pero durante los diez años que siguieron ella y Juan se las arreglaban para verse cada vez que ella regresaba a casa. Mientras tanto, él tenía otras novias y comenzó a tener hijos con diversas mujeres. Conchita también tuvo novios en la escuela, pero Juan era su preferido. Cuando su posición elevada como maestra se vio desvanecida por la aparición de Germán, Juan sintió que podía pedirle que se casara con él. Ella aceptó y su padre también aceptó de inmediato. Después de la ceremonia del matrimonio civil, la pareja se fue a vivir con la media-hermana casada de Juan, dejando a Germán con sus abuelos.

Pero las cosas no marcharon bien. Conchita no podía adaptarse a ser la esposa de un campesino y había demasiados pleitos. Cuando Conchita se embarazó sintió que Juan no la cuidaba en forma adecuada. Él se rehusó a que tuvieran una sirvienta cuando nació el niño, y Conchita no pudo descansar los tradicionales cuarenta días. El niño tenía un mes de nacido cuando Conchita pidió a su padre que la llevara a casa, porque Juan la estaba abandonando. Pedro llevó a su hija a casa y por su conocimiento en asuntos legales hizo comparecer a su yerno ante el Juzgado con el cargo de abandono. Todo ello, naturalmente, originó un antagonismo entre los dos hombres. Conchita regresó más tarde con su marido, pero él comenzó a embriagarse con frecuencia y a golpearla. Poco antes de que naciera su segundo hijo la golpeó tan bárbaramente que Pedro tuvo que llevársela de nuevo a casa. Pedro dijo: "Mientras yo viva, tu esposo no abusará de ti." De nuevo hubo una reconciliación y otra vez Conchita se embarazó. Ahora su marido se había hecho tan violento que nuevamente ella regresó con sus padres. En esta ocasión Pedro demandó a Juan para que pagara la manutención de los niños. Juan rehusó. Pedro lo hizo arrestar. Juan acusó a Conchita de abandono de hogar.

Conchita dio a luz una hermosa y sana niña que murió a los pocos días. La partera acusó a Esperanza de haber matado a la niña con su descuido; había asistido a un velorio y luego se sentó en la cocina cerca de la niña sin haberse lavado las manos ni cambiado de ropa. Juan escuchó la acusación y rehusó asistir al funeral de la niña o contribuir a los gastos.

Pedro deseaba que su hija permaneciera en casa por su bien

y ella parecía estar de acuerdo. En realidad no era feliz en la casa de sus padres. Pedro la hacía trabajar todo el tiempo y en ocasiones la golpeó en presencia de los niños. Conchita se puso en contacto con su esposo y él aceptó que regresara a su casa siempre y cuando nunca más volviera a hablarle a su familia. Cuando Pedro regresó de los campos cierto día y encontró que Conchita y los niños se habían ido, renegó de ella y en un raptó de cólera prohibió a la familia, para siempre, que volviera a verla.

Esa era la razón por la cual Esperanza hacía ahora visitas secretas a su hija. Y no solamente ella. Macrina y los muchachos también la visitaban, pues todos la extrañaban en casa. Había ayudado al trabajo de la casa, simpatizaba con sus hermanos y había obsequiado a todos. De Conchita, Esperanza recibió su primer vestido de seda, Macrina su primer par de zapatos, Felipe su espejo, Martín una lámpara de mano, Ricardo un peine de bolsillo, Moisés su primer juguete. Y Conchita nunca llegó sin un regalo para su hijo Germán.

Cuando los perros anunciaron la llegada de Esperanza, Conchita salió de su casa oscura de un solo cuarto, rodeada de sus hijos. Su cabello largo estaba sin peinar, la ropa vieja y rota, y cojeaba de un pie por una infección. Conchita nunca salía de su casa. En parte por los celos del esposo y en parte por su propio orgullo, prefería desgranar el maíz y molerlo antes que caminar hacia el molino.

"Vengan, saluden a su abuelita", dijo a sus hijos. Sin cambiar su expresión, los niños caminaron hacia su abuela y le besaron su mano extendida. Luego echaron a correr hacia el fondo del patio para seguir jugando entre las gallinas.

Esperanza se limpió el dorso de la mano con el rebozo y sin sentarse dijo: "Imagínate, hoy no pude vender el guajolote. Sólo me ofrecían dos cincuenta por él."

Conchita entró en la casa y regresó al momento con una lata de sardinas llena de frijoles. Esperanza vació el contenido de los frijoles en su rebozo y le devolvió la medida. Intercambiaron unas cuantas palabras. Esperanza dijo: "Gracias, hijita" y rápidamente se fue.

Eran las cinco de la tarde, no quedaba mucho tiempo para preparar los frijoles para los hombres. Al llegar a casa, Esperanza encontró que Macrina había avivado el fuego y había puesto una olla de agua sobre él. Esperanza limpió y lavó los frijoles, y los echó en el agua hirviendo. Macrina volvió a su costura.

A las cinco y media regresaron Moisés y Germán con la mula. Moisés fue enviado de inmediato con un bote de nixtamal ya fresco hacia el molino. Germán regresó a jugar con su montón de piedras al patio. Esperanza puso en la lumbre el agua para el café, movió los frijoles, agregó sal y unas hojitas de epazote para

darles sabor, y preparó la salsa de cebolla, tomate y chile, para las tortillas. Luego se sentó junto a su hija a remendar una camisa vieja. Hablaron de Conchita, de la cena y de la ropa nueva que cada uno recibiría del producto de la cosecha.

Cuando Moisés regresó con la masa una hora después, tocó a Macrina el turno de levantarse y hacer las tortillas. Se quejó de que Moisés se tardó demasiado, y de que no estarían las tortillas a tiempo. Para empeorar las cosas, la masa no estaba bien molida y tenía que remolerla en el metate. Esperanza continuó calmadamente cosiendo. "No te enojés, hijita —dijo—. No hay remedio. Así es."

Aún molía la masa Macrina cuando entró su padre y los tres hermanos a las siete de la noche. Visiblemente cansados fueron a acostarse. Esperanza fue a sentarse cerca de la cama de Pedro en un huacal de ciruelas, para contarle los esfuerzos del día para obtener dinero y comprar la comida. Pedro movió la cabeza en señal de aprobación cuando le dijo que había rehusado vender el guajolote a tan bajo precio, y que obtuvo de Porfirio un adelanto del salario de los muchachos. Esperanza nada dijo de la visita a la casa de Conchita, ni del obsequio de los frijoles. Se quejó que le dolía la cabeza y Pedro le dijo que se acostara temprano para evitar que fuera a enfermarse. Sacó la botella con alcohol y le dio a su esposo su trago nocturno; era para protegerlo de los malos efectos de los vientos que le habían soplado mientras regresaba a casa sudoroso y cansado. Ella también tomó un trago y en seguida se reunió con su hija.

Macrina estaba arrodillada frente al metate trabajando rápidamente porque a los hombres no les gustaba esperar demasiado por la comida. Ya tenía un montoncito de tortillas que conservaba calientes en una servilleta, cerca del fogón. Para cada tortilla redondeaba una bolita de masa entre las manos y luego torteaba con movimiento rápido. Ciertamente se enorgullecía de su habilidad para hacer hermosas tortillas. Desde que tenía solamente once años las hacía mejor que su hermana mayor, y ahora su padre y sus hermanos decían que las hacía mejores que la madre.

Esperanza revisó la calabaza tierna que le trajo Pedro del campo y la preparó para guisarla. Cerca de las ocho estaba ya cocida. También Macrina tenía listo un alto montón de tortillas calientes. Esperanza llamó: "¡Pedro, ven a comer!" Más cariñosamente, dijo a los muchachos: "Vengan padrecitos, ya está listo." Pedro y sus hijos se lavaron, y uno por uno fueron entrando en la cocina, todavía secándose las manos en las faldas de la camisa. Se sentaron a los lados de la pequeña mesa en banquetas bajas. Esperanza colocó un montón de tortillas en el centro y a cada uno le tendió un plato de frijoles. Los hijos esperaron a que su padre tomara una tortilla antes de tomarla ellos, la enrollaron

y en forma experta "cucharearon" los frijoles. Los únicos ruidos en la cocina durante algún tiempo fueron los del masticar, el torrear de Macrina haciendo más tortillas calientes, el crepitar del fuego, y la risa de Moisés y de Germán en el patio.

En el cuarto, los jóvenes habían hablado y bromeado unos con otros, y ahora comían sobriamente, como absortos en sus propios pensamientos.

Pedro atendía solamente a su comida, pero sus ojos pequeños y alertas se habían dado cuenta de todo. Había observado el montón de ropa para remendar, el suelo barrido, la canasta del mandado con sus paquetitos de papel, la canasta de maíz de don Porfirio y mentalmente reconstruía los hechos del día narrados por Esperanza. Vio en un rincón de la cama de Macrina la Biblia aún abierta y por un momento se permitió dirigir una mirada cariñosa a su hija menor. "Es una chica buena y muy seria", pensó. Ella aceptaba de corazón la religión nueva de su padre. Trabajaba duramente y era dócil. Tal vez no fuera tan inteligente y bien educada como su hermana, pero cuando menos se mantendría alejada de las dificultades conduciéndose como debía hacerlo una mujer. "Hijita, qué buenas están estas tortillas", le dijo cariñosamente Pedro.

Macrina sonrió. Los muchachos movieron la cabeza asintiendo. Esperanza agregó otras tortillas calientes al montón. Todos se sentían a gusto porque Pedro estaba de buen humor. No se escucharían feas palabras esa noche. Esperanza pasó un plato con arroz para Pedro y en seguida otro para Felipe, el hijo mayor, quien se molestaba si servía a otro antes que a él. Para Martín, su hijo favorito, sirvió un poquito más de arroz. Se habló poco. Mientras que los hombres tomaban el café llamó a Moisés y a Germán para que entraran, se lavaran las manos y estuvieran quietos. Antes de comer, los dos niños saludaron a Pedro silenciosamente besándole la mano tendida. Comieron frijoles, arroz y calabaza sentados en el suelo, cerca del fuego donde Esperanza estaba sentada.

Los tres hijos mayores abandonaron la cocina tan pronto como terminaron de comer y fueron a acostarse en sus catres, riendo y hablando. Moisés y Germán pronto los siguieron. Martín y Felipe sacaron unas bolsitas de dulces que compraron al regreso del trabajo. Macrina, la última en comer, por haber estado ocupada en hacer tortillas calientes para todos, se apresuró a cenar para reunirse con ellos antes de que se terminara el dulce. Pronto quedaron solos en la cocina Esperanza y Pedro. Escucharon a sus hijos que ahora cantaban canciones de un cancionero que Macrina había pedido prestado a su amiga Elena. Pedro hizo un movimiento de disgusto.

"Déjalos que canten —dijo ella—. Me hacen sentir un poquito alegre." Pero él se levantó y fue al cuarto de los muchachos.

Tan pronto como lo vieron en el marco de la puerta cesaron los cantos. "Siempre se les agua la fiesta a mis pobres hijos cuando él aparece", pensó Esperanza.

"Cállense —dijo Pedro severamente—. La gente pensará que es una casa de locos. Si quieren cantar, canten un himno. Que vean que tomamos seriamente nuestra religión." Pero cuando Pedro salió del cuarto ya no hubo más cantos. Germán salió y se fue a acostar. Macrina ayudó a su madre a recoger los trastos. Felipe dijo que iba a salir a pasear. Desde que cumplió veintitrés años dejó de pedir permiso a sus padres para salir. Tampoco ellos le preguntaban adónde iba, como antes solían hacerlo. Sólo Pedro le dijo que no regresara muy tarde. Felipe no contestó.

Como a las nueve de la noche Macrina subió a su cama y se acostó junto a Germán, que ya estaba dormido. Con la cobija se cubrió la cara y se quedó quieta, boca arriba, con las piernas juntas y estiradas como su madre le había enseñado cuando era una niña. Pedro y Esperanza se sentaron cerca del fuego hablando ocasionalmente en voz baja. "¿Tienes dinero para mañana?", preguntó Pedro. "Quién sabe si alcance", dijo ella. Escucharon el ruido de una tos en el cuarto. "Ricardo tiene tos —dijo Esperanza—. Le frotaré el pecho con alcohol." Tomó la botella y entró en el cuarto de los muchachos. Salió unos minutos después. "Dice que le duelen los pulmones. Tiene el cuerpo caliente. Yo creo que ya le pegaron los aires." Esperanza estaba preocupada; una enfermedad en la familia era cosa muy seria. Ella había dado a luz una docena de hijos y solamente seis le vivían. El primer hijo había muerto "del estómago" a los ocho años; el segundo, de sarampión a los ocho meses; el tercero, de un piquete de alacrán a los dos años. Más tarde murieron otros dos niños de siete y tres años, "del estómago". La última hija, nacida en 1940, había muerto a los diez meses, de "bronquitis".

Pedro se impacientaba con su mujer: "Es sólo cualquier cosa, no hagas de él una vieja. Dale algo de té-limón y amanecerá mejor."

Ella avivó el fuego y puso el agua a hervir; tomó una vela y salió al jardín, buscó por un momento y regresó con algunas hojas de té-limón que puso en el agua. Cuando estuvo listo agregó un poco de alcohol y lo llevó a su hijo. "Eso lo curará", dijo Pedro cuando ella regresó. Pero Esperanza contestó: "Ya tiene escalofríos. Déjalo quedarse mañana en la cama. Apenas tiene dieciocho años y todavía es muy chico." Pedro la miró con disgusto. "¡Cállate! —le dijo—. ¿Qué sabes tú, mujer? Cuando yo tenía diez años trabajaba como un hombre, mantenía a mi hermana y a mi madre. Tiene que aprender lo que significa ser hombre."

A las nueve y media llegó Felipe. Su padre dijo: "Ya estás

aquí." Felipe asintió con la cabeza y se fue a la cama. No era hombre de muchas palabras, pero durante las pasadas dos semanas no había dirigido a su padre ni una sola. "Está enojado otra vez —dijo Esperanza—. Quién sabe por qué." Pedro sabía por qué. Era por la muchacha de la capital con la que había decidido casarse. Había conocido a la chica sólo durante breves momentos cuando ambos fueron a la ciudad a arreglar una venta de ciruelas. Ella era una muchacha azteca, pero había asistido a la escuela en la ciudad y ahora era "toda una señorita". Usaba siempre medias y zapatos y se había cortado las trenzas. Le había sonreído a Felipe, y aunque éste era un pobre muchacho pueblerino se atrevió a pensar que le había gustado a ella. Después de conocerla, Felipe no durmió bien en toda la semana. Finalmente le pidió a su padre que arreglara la boda con la familia de la chica.

Pedro se opuso desde un principio.

"Piénsalo bien —le dijo—. Ella vive en la ciudad y no conocemos sus costumbres. Hasta puede ser una mujer de la calle y nosotros no lo sabríamos."

Realmente a Pedro le había sorprendido la petición. Hoy día, la gente joven arreglaba su matrimonio en secreto antes que los padres fueran notificados para que cumplieran con los requisitos de rigor. Si los padres se oponían, la joven pareja se fugaba y más tarde hacían las paces con las familias. Pero Felipe, que nunca fue muy afortunado con las chicas, "no quitaba el dedo del renglón" con su padre; y Pedro, aunque había aceptado pedir la mano de la chica, posponía el asunto. En ocasiones decía a Felipe con vehemencia: "¿Todavía quieres casarte con esa muchacha de la ciudad de México?" Lograba evadir el problema tirando las cosas a broma y Felipe se ponía furioso. De modo que ahora el muchacho no hablaba a su padre para nada.

A Pedro no le importaba. El peso económico de la boda, los regalos a la novia y a su familia, el mantenimiento de la nuera mientras Felipe viviera con ellos, todo eso era más de lo que podía soportar. En los viejos tiempos un hijo podía vivir en la casa del padre y reembolsaba más de lo que se había gastado, con su trabajo, pero en los días que corren las parejas se iban generalmente al año dejando a los padres todas sus deudas. El peor golpe de todos sería la pérdida de un buen trabajador. De modo que Pedro mantenía una estricta vigilancia sobre sus hijos, mirando que trabajaran duramente y que no perdieran el tiempo con otros jóvenes en la calle. Les desanimaba sobre el disfrute de fiestas o gastos en ropa, diversiones y otras vanidades. También desanimaba los intentos de Macrina de aparecer arreglada y bonita. En realidad, el matrimonio era lo último que deseaba para sus hijos. Esperanza tenía una actitud muy parecida. Si hubiera tenido necesidad de una nuera que le ayudara a cuidar de los

hombres en la casa, hubiera sido diferente. Pero tenía una buena ayudante en Macrina.

A las diez de la noche Esperanza y Pedro se levantaron de las banquitas de la cocina y se fueron a la cama llevando encendida una vela. Pedro ajustó una tabla que servía de puerta durante la noche para que no entraran los animales. Sin quitarse las ropas se acostaron, y pronto quedaron dormidos.

LA CASA GRANDE
LA FAMILIA GÓMEZ

ENTRE las calles de Barbrtos y Intoreriv, a corta distancia del barrio de Tepito, está La Casa Grande. Es una vecindad gigantesca de un solo piso que alberga algo más de setecientas personas. La Casa Grande, que ocupa toda una manzana es un pequeño mundo en sí misma, limitado al norte y al sur por elevadas paredes de cemento, y a los lados por toldajones que dan a la calle. Estos comercios (de comestibles, una tintorería, un vidriero, carpintería y salón de belleza) junto con el mercado de Tepito y los baños públicos, satisfacen las necesidades básicas de los vecinos de La Casa Grande, de tal manera que la mayor parte de ellos, especialmente los que vinieron de las áreas rurales, rara vez se alejan del vecindario y casi desconocen el resto de la ciudad de México. Esta parte de la ciudad fue durante mucho tiempo zona del hampa, y en la actualidad, durante la noche, la gente teme todavía aventurarse por sus calles. Empero, la mayor parte de los habitantes del bajo mundo se han marchado, quedando en ella sólo comerciantes, artesanos y trabajadores pobres. Conducen a la vecindad por el oriente y occidente dos entradas angostas, cada una con una reja elevada que permanece abierta durante el día y que se cierra a las diez en punto de la noche. Quien entre o salga después de la hora debe llamar al portero y pagar para que abra. Guardan la casa dos santos patronos, la Virgen de Guadalupe y la de Zapopan; sus estatuillas, protegidas por capelos, se hayan frente a las entradas. Ofrendas florales y cirios rodean a las imágenes, cuyas faldas están cubiertas por el brillo de los "milagros" que testimonian el agradecimiento de los habitantes de la vecindad. Raro es el residente que pasa frente a ellas sin hacer —aunque sea rápidamente— el signo de la cruz, dirigir la mirada o simplemente un gesto de reconocimiento.

En el interior se extienden cuatro largos patios de cemento de cinco metros aproximadamente de ancho. Limitan los patios las construcciones, que forman 157 viviendas de un solo cuarto, situadas a intervalos regulares y con puertas de madera pintadas de rojo. Durante el día y recargadas junto a la entrada de las viviendas, se ven escaleras toscas que conducen a los techos bajos de las cocinas. En ellos se apilan multitud de cosas, tenderos, gallineros, palomares, macetas, hierbas medicinales, tanques de gas, y de vez en cuando una antena de televisión. A corta distancia, generalmente limpio de objetos, por elevado y poco accesible, está el techo que corresponde a los cuartos.

Los patios se ven llenos de gente y animales. Perros, guajolotes, pollos y, ocasionalmente, uno que otro cerdo. En ellos juegan los niños porque hay mayor seguridad que en las calles. Las mujeres hacen cola para obtener agua, conversan a gritos mientras tienden la ropa, y los vendedores entran y salen anunciando

sus mercaderías. Todas las mañanas un hombre rueda por los patios el gran bote de basura en que recoge los desechos de las viviendas. Por las tardes, las palomillas de muchachos ya crecidos se posesionan de algún patio, para jugar un tosco juego de fútbol.

Los sábados por la noche, casi siempre hay baile popular. Por la puerta poniente están los baños públicos y un minúsculo jardín cuyos escasos árboles y manchones verdes sirven a los jóvenes para reunirse; es un sitio relativamente tranquilo donde los viejos se sientan a conversar o a leer el periódico. Hay también aquí un cuartucho con un letrero que dice: "Oficina Administrativa". Allí se pega una lista con los nombres de las familias que son morosas en pagar la renta.

Los inquilinos de La Casa Grande vienen de veinticuatro de las treinta y dos divisiones políticas de la nación mexicana. Algunos, desde el lejano sur, de Oaxaca y Yucatán; otros, de los estados norteros de Chihuahua y Sinaloa. La mayor parte de las familias han vivido en la vecindad durante lapsos de quince a veinte años, y otras, tantos como treinta años. Más de un tercio están ligadas por parentesco de consanguinidad, y casi un cuarto de las mismas están emparentadas por maridaje y compadrazgo. Estos lazos, así como las rentas congeladas y la escasez de viviendas que sufre la ciudad, ayudan a la estabilidad del vecindario. Algunas familias de ingresos elevados, cuyas viviendas se atiborran de buenos muebles y objetos eléctricos, esperan una oportunidad para mudarse a mejores barrios, pero la mayoría están contentas y aun orgullosas de vivir en La Casa Grande. El sentido de comunidad es muy fuerte, especialmente entre los jóvenes que pertenecen a los mismos grupos con amistad de toda la vida y que asisten a las mismas escuelas, a los mismos bailes en los patios, y que con frecuencia se casan entre sí.

Los adultos tienen amigos a quienes visitan, con los que salen, y a los que piden dinero prestado. Grupos de vecinos organizan rifas y tandas, participan en mandas, y juntos celebran las festividades de los patronos de la vecindad, las posadas, y otras fiestas.

Pero estos esfuerzos de grupo son ocasionales, ya que la mayor parte de los adultos "atienden sus propios asuntos" y tratan de conservar lo privado de sus vidas. La mayor parte de las puertas se mantienen cerradas, y es costumbre "tocar" y esperar el permiso para entrar cuando se va de visita. Algunas personas solamente visitan a sus compadres y a los parientes y han entrado en muy pocas de las otras viviendas. No es frecuente invitar a los amigos o vecinos a comer, excepto en ocasiones formales, como los cumpleaños o celebraciones religiosas. Aunque los vecinos prestan su ayuda, especialmente en momentos difíciles, se procura recurrir a ella lo menos posible. No son raras

en La Casa Grande las disputas de las familias por travesuras de chiquillos, peleas de palomillas en las calles y antipatías personales entre los muchachos.

La gente de La Casa Grande se gana el sustento en gran variedad de ocupaciones, algunas de las cuales se efectúan en la propia vecindad. Las mujeres suelen dedicarse a lavanderas y costureras, los hombres a zapateros, sombrereros o vendedores de frutas y dulces. Otros salen a trabajar a las fábricas o a las tiendas, o como choferes o pequeños comerciantes. Los niveles de vida son bajos, pero de ningún modo los más bajos de la ciudad de México, y la gente del barrio mira a La Casa Grande como un sitio elegante.

El número 60, hogar de un solo cuarto de la familia Gómez, era el último en la larga hilera del tercer patio. La cerradura de la estropeada puerta estaba rota, y por la noche se cerraba la casa atrancando la puerta por dentro con la escalera. Durante el día, cuando la escalera permanecía en el patio, la puerta quedaba entreabierta, Rosa no creía en cerraduras, porque, según decía, "eran una invitación a los ladrones".

Dentro del oscuro cuarto sin ventanas, atestado de muebles, una fría mañana de enero la familia Gómez dormía, amontonada bajo delgadas cobijas. Invadían el cuarto los acres olores del sudor, de pies sin lavar, de cuero de zapatos, de frituras de la comida. Agustín Gómez y Rosa su mujer dormían en un catre angosto junto a la pared derecha, ella a la cabecera y él a los pies de la cama. El hijo mayor, de veinte años, Alberto; Ester, la hija, de catorce; y Juanito, el pequeño, de seis, dormían en la cama ancha que ocupaba de la pared izquierda al centro del pequeño cuarto. Cuando Agustín y Rosa peleaban, él abandonaba el angosto catre y cambiaba de lugar con Juanito, de modo que por las mañanas Ester se despertaba dándose cuenta que había dormido entre su padre y su hermano mayor. Rosa era la única que lamentaba la promiscuidad en que dormían. Con frecuencia regañaba al marido por no construir un tapanco como habían hecho algunos vecinos, para que los muchachos pudieran dormir "arriba".

El hacinamiento era peor cuando Héctor, el segundo hijo, estaba en la casa. Pero hacía casi un año que Agustín lo había echado fuera y ahora dormía en un cuartucho con un par de ancianos en otra vecindad más pobre, unas cuantas cuadras distante. Agustín prohibió a su hijo que viniera a la casa, pero Rosa era inexorable. "Es mi hijo..., no mi querido, y tiene que entrar aquí." Después, Héctor sólo venía a comer y a cambiarse de ropa, pero Rosa no tenía la seguridad de que lo hiciera, pues sus hábitos eran muy desordenados. Si Héctor llegaba cuando su padre estaba en casa, no se hablaban entre sí.

La cocina, directamente en la entrada, formaba un pasillo ha-

cía el cuarto. Cuando la vecindad fue construida no techaron las cocinas y cada vecino tuvo que techar la suya. Agustín resolvió el problema con un palo colocado en el centro y con dos hojas de papel impermeable y corrugado a los lados formando triángulo. El frente quedaba levantado para dejar escapar el humo de la estufa. También permitía la entrada de la lluvia y en la época de aguas el piso de la cocina estaba siempre inundado. En ocasiones había que meter la mesa en el cuarto para preservar la comida. Colgando del techo, como amuleto de buena suerte, pendía un zapatito de niño que Alberto encontró en su autobús. En la pared, un calendario con una fotografía de Marilyn Monroe. Ocupaban el corto espacio izquierdo de la cocina el lavadero de cemento gris, y la caseta del excusado con su media puerta de resorte, apenas suficiente para contener el inodoro manchado de herrumbre. El excusado era de agua corriente, pero la cadena estaba rota hacía más de un año y Rosa no se molestó en arreglarla porque el tanque rara vez tenía agua. Debajo del lavadero, había una cubeta con agua que se utilizaba en el excusado varias veces al día y un montón de pedazos de periódico clavados tras el colector del agua que se empleaban como papel para el excusado. Se amontonaban en un rincón una colección de trapos, latas, cepillos, cajas y botellas. Bajo el lavadero se amontonaban artículos semejantes, además del bote de la basura. Recientemente, y siguiendo el ejemplo de otros inquilinos, Héctor había puesto una cortina de nailon de flores rosas tapando el excusado.

El otro lado de la cocina contenía las posesiones más valiosas de la familia: una estufa de gas nueva americana; un armario metálico blanco y el desayunoador, consistente en una mesa y cuatro sillas. Héctor y Alberto habían obsequiado a Rosa con la estufa y el armarito el último Día de las Madres, prometiendo pagar los abonos de ciento treinta y nueve pesos durante dos años. Alberto también aceptó el compromiso de pagar por el desayunoador sesenta y cuatro pesos mensuales. Los nuevos muebles no dejaron de ser un problema para la diminuta cocina. Rosa no podía abrir el horno sin mover la mesa que estorbaba la puerta de entrada. Pero ya que lo usaba para guardar cazuelas, sartenes y botellas vacías, no era inconveniente. No obstante, el espacio era insuficiente para que la familia comiera reunida.

A las cuatro de la mañana el despertador sonó ruidosamente. Era el turno de Agustín en la línea de autobuses. Diecisiete años atrás, cuando él y Rosa llegaron a la ciudad, se había iniciado como chofer. Ambos procedían del pueblecito Azteca; él arrendaba la tierra de su madre viuda, y ocasionalmente trabajaba en un cañaveral cercano. Rosa siempre había odiado a su suegra y Agustín pensaba que el trabajo del campo era duro y miserable.

Creyeron que la vida en la ciudad sería más fácil, y que sus hijos obtendrían una educación mejor, y así, se mudaron a La Casa Grande; Agustín encontró trabajo en una línea privada de autobuses que hacía el recorrido en la ciudad. En la actualidad, también Alberto era chofer de la misma ruta.

Agustín dejó sonar el despertador esperando que Rosa despertara. Quería que se levantara a preparar un café caliente para quitarse el gusto amargo de la infusión que diariamente tomaba para la diabetes. Rosa no se movió. Él se sentó y con rudeza jaló la colcha que los cubría. Ella masculló algo con enfado y, tapándose otra vez, volvió a dormirse. El hombre suspiró. En el pueblo Azteca hubiera sido diferente; allí, una mujer sabía cuidar de su marido.

Agustín buscó a tientas sus zapatos bajo la cama, y se levantó. Estaba completamente vestido, pues como había llegado muy tarde, no se molestó en quitarse la ropa. Pero no había dormido bien. La sensación de un cadáver o fantasma que lo oprimía durante la noche no le permitió moverse, llenándolo de angustia; sólo pudo mover un brazo y codear débilmente a su esposa. Ella no despertó y él tuvo que esperar hasta que la sensación hubo pasado. Ahora estaba de pie, sin rasurar, los hombros caídos y desesperadamente cansado, sin deseos de iniciar el día. Las líneas se marcaban en su rostro pálido, y los azules ojos, que siempre lo hicieron popular entre las mujeres, tenían la mirada vidriosa y apagada. Por las mañanas, Agustín se sentía muy débil, vacío, incapaz de hacer nada. Sólo después del almuerzo, cuando se hallaba entre otros choferes en las calles llenas de gente, comenzaba a sentirse más alerta.

La decadencia de su salud se inició con un accidente cinco años atrás, cuando sufrió graves quemaduras en un autobús incendiado. Su restablecimiento fue muy lento y nunca volvió a recobrar su resistencia original. Su tartamudeo se hizo más acentuado, y ahora estaba diabético. Pero la peor de sus tragedias, la que le hacía desear la muerte en ocasiones, era su impotencia sexual. Desde el accidente no había podido satisfacer a su esposa, que se había tornado irritable y agresiva acusándolo de rechazarla por otra mujer, y atormentándolo diariamente por cualquier cosa. Agustín creía que lo bajo de su presión arterial, debido a la pérdida de sangre durante el accidente, era la causa de su impotencia. Rosa estaba convencida de que otra mujer lo tenía hechizado.

De hecho, Agustín *había* encontrado a otra mujer, una joven de nombre Alicia cuya paciencia y ternura eran de gran alivio para él. Generalmente la visitaba dos veces por semana, pero siempre venía a casa a dormir. Dos años antes la embarazó y ahora estaba muy satisfecho de su pequeño hijito. La noche anterior estuvo con Alicia y cavilaba preocupado si ella se sentía

contenta de él. Trataría de darle más dinero para gastos, sin importarle lo que sucediera en casa.

Agustín cruzó el espacio angosto entre el catre y los pies de la cama grande y entró en la cocina encendiendo un foco cuya luz brillante llegó hasta el cuarto. Usaba casi siempre una lámpara de mano, sólo que en esta ocasión deseaba molestar a su esposa. Pero los durmientes, las caras cubiertas con las cobijas, no se movieron. Agustín llenó un vaso de un líquido verde oscuro y lo bebió con el rostro contraído. Un curandero se lo había recetado con medio litro de pulque, y él tomaba ambas cosas, lleno de fe, todos los días, desde hacía seis meses.

Hizo uso del excusado, y luego buscó el peine entre la confusión de objetos que había en la parte posterior del fregadero, que ahora servía de tocador; el fregadero permanecía lleno de agua, pues Rosa reunía la que, durante breves momentos del día, el dueño dejaba llegar a las viviendas. Al no encontrar el peine hundió la mano en el agua y se alisó los cabellos, se enjuagó la boca con el agua limpia de una jarra, se lavó cuidadosamente las manos y se las secó en una esquina del mantel. Luego, se dirigió a través del cuarto lleno de cosas, hasta el rincón en que se alzaba un altar improvisado por Rosa.

Sobre el altar había imágenes religiosas de diversos tamaños clavadas en la pared; entre ellas sobresalía, al centro, un cuadro de la Virgen de Guadalupe; debajo, una repisa con foco rojo, tiempo atrás fundido, que otrora iluminó las sagradas estampas. A un lado, una corta veladora permanecía apagada, con gran contrariedad de Agustín, quien se dio cuenta que Rosa olvidó encenderla la noche anterior: era propensa a descuidarse en lo relativo al culto religioso, especialmente si ello implicaba el gasto de algunos centavos. Agustín opinaba que seguía siendo tan atrasada como "india", más que él, en asuntos religiosos. Igual que las mujeres de su pueblo, raramente se confesaba y comulgaba. Refunfuñaba por el tiempo que su hija "perdía" asistiendo a la misa dominical y confesándose una vez al mes; además se burlaba de Juanito, cuando éste besaba la mano del sacerdote, según le habían enseñado en las clases de catecismo.

Agustín criticaba a su esposa porque no fomentaba en los niños el respeto al sacerdote. "Por eso es que nuestros hijos no nos respetan —le había dicho él—. ¿Cómo van a respetar a su padre si ni siquiera respetan al sacerdote?" Rosa estaba en desacuerdo. Además, de los dos, era ella quien se consideraba la más religiosa, ya que él era "un gran pecador". Ella también era devota de la Virgen de Guadalupe y en dos ocasiones fue descalza hasta la Villa. Pero Rosa era especialmente devota del Sagrado Corazón. Guardaba una tarjeta postal del mismo en su bolsa y ofreció muchos "milagros" de plata a su imagen, en agradeci-

miento por haberla ayudado a sobreponerse a los celos terribles que sentía por las infidelidades de su esposo.

Ahora, era Agustín quien se santiguaba frente al dulce rostro de la Virgen de Guadalupe. El compró esta imagen pagando diez pesos de enganche y cinco pesos semanarios. El sacerdote la bendijo antes que la colgara en la pared. Agustín era el único que rezaba ante ella todos los días. En son de broma, Héctor dijo en una ocasión que la imagen de la Virgen había sido la única contribución de Agustín para la casa. Recordando sus palabras, Agustín pensó con ira en su hijo. "¡Ese cabrón!" La gente ya lo llamaba joto por el modo como caminaba y hablaba. Tener un hijo afeminado era demasiado para Agustín y difícilmente soportaba su presencia. Y para empeorar las cosas, Héctor era un despilfarrador de su dinero. Todo sería menos difícil si Héctor contribuyera a los gastos de la casa como Alberto. Agustín decidió permitir que Héctor volviera a la casa, siempre y cuando dejara de meterse en sus asuntos, le pidiera perdón, y mostrara algo de respeto hacia él. Cansado, se puso la corbata, se limpió los lagrimales con el pañuelo y tomó, de la silla de la cocina, su chamarra de cuero. Hizo a un lado la escalera, apagó la luz, abrió la puerta y salió al patio. Mientras tocaba el timbre para llamar al portero, buscó en la bolsa una moneda de veinte centavos. Mientras aguardaba echó un centavo en la alcancía de las Ánimas, junto a la Virgen de Zapopan, y se persignó. La vieja mujer del portero vino a abrir la reja que daba a la calle, y con un breve saludo, Agustín le dio la moneda y salió.

La calle estaba oscura y Agustín deseó la compañía de Alberto. Cuando caminaba solo a esta hora hacia el trabajo, tomaba la ruta del autobús para mayor seguridad, y gustoso hubiera subido al vehículo para viajar unas cuantas calles si en ese momento llegara, pero no venía ninguno. Caminó por el centro de la calle, lejos de la sombra de las puertas, e iba alerta a cada ruido mirando hacia atrás nerviosamente por encima del hombro.

Agustín odiaba su trabajo. Las horas eran irregulares y el autobús que manejaba estaba en malas condiciones, frecuentemente necesitaba reparación y eso ocasionaba muchos días de trabajo perdidos en el mes. El tránsito agitado de la ciudad también había comenzado a asustarlo. Ya no reaccionaba tan rápidamente como antes y vivía en constante temor de otro accidente. Había buscado un trabajo distinto y ahora esperaba obtener el empleo de chofer de un camión de la Compañía Exportadora e Importadora Mexicana, S. A. (CEIMSA). La CEIMSA era el sistema oficial distribuidor de alimentos; confiaba en ser aceptado porque presentó una carta de recomendación de un senador primo de Rosa, oriundo del mismo pueblecito Azteca.

Agustín había informado a la línea de autobuses que deseaba retirarse y había reclamado por escrito los 1 800 pesos que le

debían. Ese dinero fue deducido de sus salarios para pagar un préstamo supuesto de la compañía. Agustín tuvo que firmar un recibo por el "préstamo" para poder obtener el trabajo. Él aceptó porque le prometieron que al retirarse de la compañía le devolverían todo. Con ese dinero planeaba arreglarse la dentadura (sus caries necesitaban rellenarse con oro), comprarse un juego completo de ropa, con chaqueta y pantalón de la misma tela, por primera vez en su vida, y tal vez, comprar algo para Alicia y para el nene. Pero ahora la línea sólo le daba 500 pesos, y estaba dispuesto a demandarla en cuanto obtuviera el trabajo de la CEIMSA. Pagaría un abogado y la demandaría por todo lo que pudiera obtener. Hasta tenía hecha la elección del abogado, un hombre de su propio pueblo en quien confiar; pues, ¿qué siendo ahijado del mismo hombre no eran por tanto hermanos espirituales?

Un autobús se acercó ruidosamente. Al detenerse un poco, Agustín saltó al estribo, para ver si no había rateros a bordo. Casi siempre cada autobús llevaba uno o dos. "Trabajaban" por parejas, y si los robos resultaban pobres entonces robaban a los empleados de la línea. Los choferes poco hacían al respecto, pues creían que, a lo largo de la ruta, los rateros pagaban a la policía para tener su protección. Agustín saludó al chofer y conversó con él hasta la terminal, donde ambos se dirigieron al café.

En la vivienda número 60, nadie se movió hasta las 6 en que Alberto se destapó la cara y se sentó. Miró el reloj y saltó de la cama. Tenía que sacar su autobús a las seis quince. Rápidamente se puso los pantalones grises de algodón para el trabajo, los calcetines y zapatos. Su uniforme de chofer estaba sucio y arrugado, pero Rosa aún no había lavado el otro. Sacando un peine de bolsillo, lo hundió en el agua del fregadero y se peinó el cabello largo y negro frente a un espejo roto colgado tras de la puerta. A la escasa claridad que se filtraba por los espacios abiertos del techo, Alberto observó con preocupación su cara gorda y redonda. Estaba cubierta de barros que lo llenaban de mortificación, aunque a pesar de ellos era atractivo para las muchachas. A pesar de haber consultado a dos doctores, el acné no disminuyó.

Rosa se incorporó: "Hijo, ¿te hago café?"

"No, mamá. Ya se me hizo tarde. Traime el desayuno a la Terminal, ¿eh?"

"Sí'jo. No ti apures."

Alberto se puso la chaqueta y salió. No se molestó en cerrar la puerta tras de sí, e impaciente esperó a que le abrieran la reja. También él dio la propina al portero, ya que la reja no se abría hasta las siete.

A las siete, el canto de los gallos y el silbato de los baños

despertaron a Ester. Estaba en el sexto año de la escuela primaria cercana, y tenía que llegar a las siete y media. Se bajó de la ancha cama dejando a Juanito perdido entre las cobijas. Ester esperaba terminar la escuela y que llegaran los días en que pudiera dormir mucho y levantarse tarde. También soñaba con asistir a una escuela comercial para aprender la carrera de secretaria taquígrafa, poder usar medias de seda y hermosos vestidos, pero su padre no le prometía nada. Sería un costo de quince pesos mensuales, además de los libros, el uniforme y los gastos de transporte. ¿Y de dónde saldría el dinero? Sus hermanos no la ayudarían porque ambos tenían muchos gastos. Rosa había dicho que volvería a trabajar otra vez para proporcionar a su hija los dos años de la carrera comercial, pero Ester no abrigaba muchas esperanzas. Temía que su padre nunca permitiera a Rosa realizar dichos planes.

Ester se vistió el uniforme escolar, una blusa blanca y falda azul de algodón; se lavó la cara y las manos en el fregadero de la cocina, se peinó y se puso un suéter. Hacía tres días que estaba usando el mismo uniforme, pero carecía de otro y su madre sólo lavaba una vez por semana. El suéter estaba casi nuevo; su madre lo compró a plazos, pagando diez pesos semanarios. También Ester se observó el rostro en el espejo. Se parecía a su hermano Alberto, hasta en el acné. Si no hubiera sido por eso, sería bastante bonita. Su piel no era demasiado oscura, su pelo era ondulado y tenía una sonrisa pronta y agradable. Tenía catorce años y consideraba que era una edad de muchas emociones.

Su madre le había prometido un vestido transparente color de rosa para su graduación de sexto año, y aún había insinuado la fiesta de sus quince años con chambelanes y un pastel de cumpleaños, el sueño de toda joven en la vecindad. Ester sabía que era mucho esperar una banda de músicos o un conjunto de mariachis, y se conformaría con un "tocadiscos" alquilado. Por milésima vez se imaginó cómo se vería bailando el primer baile con su padre. Su próximo cumpleaños sería un hecho muy significativo en su vida, puesto que después sería una señorita.

Se preguntaba si sus padres le permitirían bailar con los muchachos de la vecindad, en los bailes de los sábados, después que hubiera cumplido los quince años. Eran tan estrictos al respecto, que se podría pensar que todavía estaban viviendo en el pueblo. La última vez que su madre la sorprendió con un muchacho, todo fue un desastre. Ester estaba en el quicio de una puerta conversando con él cuando vio venir apresuradamente a su madre con un grupo de vecinos. Presa de pánico corrió hacia su casa, mientras el muchacho trataba de atajar a la madre. Pero Rosa golpeó fuertemente al chico empujándolo hacia un lado. En casa, Ester fue golpeada por su padre que sin preguntar, sólo por la forma como la vio entrar corriendo, supuso que había

hecho algo impropio. Cuando su madre llegó, detuvo la golpiza diciendo que Ester había estado en casa de Pablo, un vecino que tenía una fiesta. Rosa siempre protegía a sus hijos de la furia del padre, aun cuando ello significara decir mentiras. Pero más tarde, cuando estuvieron solas, le dio tremenda regañina diciéndole que se cuidara de los hombres porque "sólo servían para fregar a las mujeres y luego abandonarlas".

El ensueño de Ester terminó abruptamente. Si llegaba tarde perdería el buen desayuno que servían en la escuela y el resto de la mañana estaría hambrienta. Por sólo veinte centavos daban a los estudiantes dos sandwiches, un vaso de leche, un huevo, un plátano y una barra de chocolate. Salió rápidamente de la casa, buscando deseosa con los ojos a alguno de sus amigos en el patio.

No fue hasta las siete treinta cuando Rosa se sentó balanceando los pies descalzos en el frío cemento, buscando a tientas sus zapatos negros bajo la cama. Después de ajustarse el fondo arrugado de algodón con que había dormido, comenzó a vestirse tras la puerta del ropero. Empezó por arrollarse una tira de tela, cortada de un saco de harina, para ceñirse las caderas y el voluminoso abdomen. Esta era una costumbre antigua de su pueblo que Rosa todavía conservaba. Esperaba poder comprar algún día una verdadera faja y un buen *brassière*, en lugar del *brassière* plano que ahora se ponía. Se puso una falda roja de algodón y una blusa de nailon color de rosa; encima se echó un rebozo amarillo de lana para conservar el calor. Alisándose el pelo con las manos, entró en la cocina. Rosa era una mujer vigorosa de marcados rasgos, con una risa fuerte y franca, y se movía y hablaba con energía en forma directa. Aparentaba mayor edad de la que tenía: treinta y nueve años. Los hombros y brazos robustos, el cuello corto y un busto muy abultado la hacían aparecer muy fuerte. De piel oscura y pelo negro, tenía ojeras casi negras. El resto de la cara estaba cubierto de pecas y picado de viruelas. Generalmente hablaba mucho y dominaba a toda la familia, aunque afirmaba que ya no podía controlar a sus hijos y que tenía miedo al mal carácter de su marido. Su mayor queja era que los hombres de la familia le daban muy poco dinero para la casa y en forma muy irregular. Como consecuencia, los amenazaba con regresar a trabajar. Había trabajado como mesera durante dos años cuando Agustín sufrió las quemaduras, y sabía que podía obtener otra vez su antiguo trabajo.

Rosa retiró la pesada escalera de la puerta. El patio permanecía casi desierto, pues sólo estaba la portera que barría a cierta distancia, y unos patos que por allí rondaban. Aquí y acullá se abrían las puertas a lo largo del patio para dar paso a un perro o a un gato. Rosa no tenía animales, ni siquiera un pájaro, porque eran una molestia y causaban gastos. Pero sí conservaba macetas con hierbas en el techo de la casa: menta, santamaría,

espliego y manzanilla, que empleaba para sus alimentos y curaciones.

De regreso a la cocina, Rosa se puso un delantal y automáticamente comenzó a reunir los trastos sucios de la noche anterior. Los lavó con zacate y jabón barato y los puso a escurrir en el fregadero. Cuando abrió el grifo no salió agua. Nunca se podía saber a qué hora del día podría haber agua y Rosa dejaba abierta la llave para no perderla. No consideraba esa situación demasiado molesta, puesto que en su pueblo nadie tenía fregaderos o llaves de agua en el tiempo que ella estuvo allí, y cada gota tenía que acarrearla de la fuente que había en la calle. Aquí, en La Casa Grande, poseía su fregadero, y afuera, en el siguiente patio, había un grifo del cual podían traer, ella o Ester, el agua limpia para beber y cocinar.

Una vez lavados los trastos y las ollas y con la mesa limpia, Rosa tomó la olla de aluminio que contenía las hierbas medicinales de Agustín y vació el té en un jarro. "¡Hijo!, qué pronto se le va acabar la medicina; no da tiempo ni de poner más —se dijo a sí misma—. Y pensar que tengo que llevarle." Siempre que hablaba de su marido su voz adquiría un tono de desprecio. Lavó la olla y vació en ella los restos del café que sobraron del día anterior. Agregando más agua al trasto, lo puso a hervir, para hacer más café. Tenía tiempo suficiente para preparar el desayuno. Juanito concurría a la escuela vespertina.

Rosa decidió peinarse antes de ir por la leche.

"Si no me peino orita, ya después no me da tiempo." Fue hasta la cama en que dormía Juanito y trató de jalar un trapo grueso de color azul, que puesto sobre la almohada la protegía de la brillantina para el pelo. "Alza tantito la cabeza, hijo." Jaló el trapo y se lo puso sobre los hombros. En el fregadero de la cocina se mojó el pelo y luego lo secó con el trapo azul; después, con dificultad, se deshizo los rizos del "permanente". Conforme se colocaba las ondas y rizos otra vez en su sitio, se los prendía con un pasador. Finalmente se frotó la cara con el trapo y se puso carmín en los labios, lo extendió con el dedo meñique y se puso un poco en las mejillas.

Mientras hacía todo esto, Rosa iba y venía del cuarto a la cocina, cuidaba la olla en la estufa, colocaba las tazas en el trastero, colgaba las ropas esparcidas en las sillas y camas. Cuando estuvo lista apagó la estufa, tomó su bolsa de plástico color lavanda, un jarro para la leche, y salió rumbo a la lechería.

El patio estaba más animado. Las puertas abiertas, las jaulas de los pájaros colgadas afuera y las mujeres aquí y allá peinándose o sacudiendo las cobijas. Rosa podía oír el torteo de las mujeres que todavía gustaban de hacer tortillas en casa. Para ella "la esclavitud había terminado" y compraba las tortillas hechas, a pesar de las protestas de su marido y de sus hijos.

En el transcurso de las dos cuadras hacia la lechería, encontró y saludó a muchos de los vecinos que habían salido a lo mismo. Las mujeres caminaban sin apresurarse. Algunas arrastraban a un chico adormilado, otras llevaban a los niños envueltos en el rebozo. Rosa no se detuvo a platicar como otras mujeres de la vecindad, pues era reservada. Le gustaba ser sociable y el chismorreo tanto como a las demás, pero estaba convencida de que siempre ocasionaba dificultades. En el pueblo Azteca había aprendido a manejar sus propios asuntos y a mantenerlos dentro de la familia. Por esta razón no tenía muchos amigos, y en todo el tiempo que tenían viviendo en La Casa Grande ninguno de los vecinos había invitado a Agustín o a ella para compadres.

Pero, a pesar de sí misma, Rosa se veía envuelta en pleitos con los vecinos a causa de los hijos, a los que defendía tuvieran o no la culpa. Justamente, la semana pasada había tenido dificultades con la mujer del carnicero. Eustaquia, una de las esposas del carnicero, inició las dificultades, porque su hija permitió que Ester usara su cadena de oro y ella la perdió. Rosa no entendía por qué tenía que pagar la cadena. ¿No era el error de la hija de Eustaquia haber confiado una cosa de tanto valor a Ester? Pero Eustaquia y sus dos hermanas, que también estaban casadas con carniceros, eran muy peligrosas de tratar. Tenían muy mal vocabulario y eran rápidas para usar las manos. Todos les tenían miedo. Era cosa sabida ¡que peleaban con cuchillos! Ahora Eustaquia y sus hermanas decían que Rosa y Ester eran ladronas. Hubo muchas acusaciones y palabras soeces, y casi llegaron a las manos. La mujer del carnicero también acusó a Rosa de consentir a Juanito y de permitirle que tomara los juguetes de otros niños. "Tienen envidia porque tiene juguetes." "Si un muchacho se halla un juguete ¿qué razón hay pa llamarlo ladrón?" Rosa se erizó con el recuerdo de este incidente, pero de todos modos sentía miedo de la mujer del carnicero. Ésas mujeres eran tremendas y "la traían con ella".

En la lechería Rosa compró un litro de leche que le vaciaron en el jarro. Se encaminó hasta la tienda cerca de La Casa Grande donde compró un cuarto de kilo de café recién molido. La familia prefería el café del pueblo, pero ya había gastado su reserva y no volverían a tener más, hasta que al final del mes volvieran al pueblo Azteca durante el Carnaval. A punto de irse, una mujer sentada en la acera, cerca del expendio de café, llamó: "¿No quiere tortillas?" "¡Ah, sí! Casi se me olvidaba." Rosa pidió dos docenas y ambas mujeres contaron con cuidado, conforme las tortillas eran sacadas del gran canasto de la vendedora. Apresurada regresó a la vecindad, empujó la puerta abierta de la vivienda y encontró a Juanito sentado en el suelo poniéndose los zapatos. Ya se había puesto su viejo pantalón de algodón y se había abotonado la camisa azul. Rosa puso sus compras en la

mesa y Juanito vino corriendo, con un zapato en una mano y un calcetín en la otra, para ver lo que había comprado. Haciendo caso omiso del niño, encendió la estufa, puso el jarro de la leche a hervir y comenzó a calentar el café. Perdió el interés, Juanito se sentó en la silla a ponerse el zapato, luego salió al patio con las agujetas colgando, sin atar. Rosa agregó una cucharada de café fresco a la olla y comenzó a moler algunos chiles que le quedaban. Dejó el molcajete en el fregadero y lavó la jerga con que limpiaba la estufa. Mientras tanto, habiendo encontrado el patio vacío, sin amigos, Juanito regresó a sentarse a la mesa. Descansando la barbilla en las manos, observó a su madre.

A las nueve y treinta, la puerta se abrió violentamente y Héctor entró llevando al hombro, en forma descuidada, la chaqueta. Rosa se volvió hacia él: "Míralo, tú."

Héctor sonrió y caminó hacia el ropero: "Amá, ¿tengo camisa?"

"No sé, hijo." Y frotó la parte superior de la estufa. Mientras se movía entre la estufa y el fregadero iba empujando a Juanito, hasta que finalmente lo hizo a un lado. "Hazte, hijo, que no cabemos aquí." Juanito obedeció y fue a pararse junto a Héctor, quien ya se ponía una camisa de rayas negras frente al espejo.

"Mira mamá, le llego a los sobacos", dijo Juanito.

Rosa sonrió: "Oye a éste... ¡ah! yo creí que decía que le olían los sobacos." Y continuó riendo mientras llevaba los platos limpios del fregadero a la mesa.

Héctor entró al excusado, jaló la cortina y cerró la puerta tras de sí. Juanito hizo una mueca cuando escuchó a su hermano orinar, pero se detuvo ante el feo fruncido de su mamá. Ella trataba de enseñar a sus hijos a no hacer caso de los ruidos que venían del excusado, y se enojaba cuando hacían bromas al respecto, aunque en ocasiones ella también las hacía. La presencia de un excusado dentro de la casa al principio pareció cosa rara a la familia y hasta lo encontraban insolente. En el pueblo existía la costumbre de hacer las necesidades lejos de la casa, generalmente atrás de la huerta. Pero la propiedad de un excusado era motivo de mucho orgullo; en el pueblo Azteca ni el más rico tenía excusado ni fosa séptica. El sentido de decencia de Rosa le hizo prohibir a todos usar el excusado cuando la familia estaba comiendo, pero ésta era una regla difícil de mantener. Todos parecían comer a horas diferentes y las necesidades urgentes no podían posponerse. Pero si había visitas en la casa, la familia prefería esperar, si era posible, o hacer uso del excusado de algún vecino.

La delicadeza, sin embargo, no privaba a Rosa de conversar con Héctor a través de la endeble puerta. "Ayer —dijo— la Le-

ticia, la del 29, entró y me dijo: 'Señora, ¿me deja pasar a su guáter?' Yo le dije: 'Pasa.' Cuando salió me dijo: 'Hasta gusto me da, porque está limpiecito.' Es ocurrente la escuincía. Por eso le digo a Ester que lo lave a diario. Pa que así esté limpiecito y la gente que venga ya no da vergüenza que pasen, ¿no crés?'"

Héctor no hizo comentarios, salió abrochándose el pantalón y fue a pararse a la puerta de entrada para mirar a Juanito que jugaba en el patio con un papalote que se había hecho.

"¿Por qué no veniste ayer, greñudo?", preguntó Rosa.

"No pude."

"¡Algáme Dios! No pudiste, no pudiste; siempre con tus compromisos, ¿verdá?"

Con los brazos cruzados en forma característica, Rosa miró a su hijo afectuosamente. Era de estatura media, diecinueve años de edad y tez morena, con facciones bastante finas. Su rostro tenía una expresión inteligente, despierta, un tanto cínica. Hablaba rápidamente con voz atiplada y caminaba como una chica. Desde que una línea fina y oscura de vello apareció sobre su labio superior él se refería a ella como a su "bigote". El pelo oscuro peinado hacia atrás se conservaba en su sitio con ayuda de bastante brillantina. Meticulosamente limpio, usaba pantalones bien planchados de lana, camisas impecables, y zapatos muy bien lustrados. Su amaneramiento contribuía en buena parte a su reputación de afeminado que tanto molestaba a su padre.

Sus padres negaban los rumores de que Héctor fuera afeminado, pero ciertamente creían que había sido dañado en los testículos cuando a la edad de trece años, en una riña callejera, recibió una patada tremenda. A Héctor le importaba poco lo que decían de él y se dedicaba al baile, a la buena ropa y a darse una vida divertida. En realidad, tenía relaciones sexuales con una mujer, pero no más de una o dos veces al mes, porque "no deseaba acabarse". También estaba temeroso de contraer alguna enfermedad venérea y escogía con mucho cuidado a las mujeres. Prefería a una mujer cinco años mayor que él, que conoció hacía mucho tiempo. Ella fue quien lo inició en la vida sexual cuando tenía catorce años.

Héctor hacía amigos con facilidad y con frecuencia era invitado a bailes, fiestas y películas. Solamente iba a cines de primera clase, y le gustaba tomar chocolate y churros en restaurantes de buen tono, del Paseo de la Reforma. Suspendió sus estudios de primaria en el quinto año, pero en alguna forma se hizo amigo de estudiantes del Politécnico que lo invitaban a sus casas, por lo que se sentía orgulloso. Realizaba un esfuerzo consciente para mejorar sus palabras y su vocabulario y empleaba en ocasiones palabras altisonantes en forma incorrecta. Le encantaba impresionar a sus amigos de la vecindad y a sus nuevos

conocidos con la importancia de sus amistades. Presumía de que, en su trabajo, los jefes lo invitaban a comer con ellos, de que tenía un amigo dueño de un coche, y otro que era abogado, que disponía de cuenta de crédito en X tienda del centro, que había estado en Acapulco, y así sucesivamente. De hecho, había disfrutado de muchos viajes y excursiones en compañía de amigos, y estuvo dos semanas de vacaciones en Acapulco. Periódicamente, Héctor ahorrraba algo de dinero, dejaba el trabajo y se iba a alguna parte, hasta que los fondos se le terminaban.

En contraste con su apariencia exterior, Héctor vivía pobremente con el viejo matrimonio que lo había acogido. Su casa era un cuarto pequeño, parecido a una cueva en una de las más pobres vecindades del barrio. Los viejos habían dado a Héctor su propia cama y dormían en el suelo, pero él tenía que cubrirse con una cobija desgarrada y sucia, y dormía sin sábanas. Por almohada empleaba un abrigo arrollado. A él no le importaba, pero nunca hubiera imaginado invitar allí a sus amigos, como tampoco a casa de sus padres. A pesar de la bondad de los viejos, a los que prometió pagar el recibo de la luz en lugar de renta, no lo había hecho ni siquiera una sola vez. La señora Guadalupe se quejaba de ello con Rosa y decía, además, que le estaba estropeando el colchón. Deseaba que se fuera, pero le faltaba el valor necesario para decirselo. Rosa, "ocupada en sus propios asuntos", no hizo ningún intento para que Héctor cumpliera con sus obligaciones. Como siempre, trataba de cubrir sus disparates y malos modales. Tampoco intentaba modificar la actitud displicente de Héctor para con sus hermanos, ni su falta de respeto para con su padre. Aunque admitía que era un bribón, era su preferido porque "era tan bueno y cariñoso con ella". Cuando Héctor se insolentaba con Rosa, siempre arreglaba las cosas mediante un regalo. Era él quien compraba todas las ropas de Rosa y aquellas pequeñeces que le hacían falta. En una ocasión, Agustín encontró en el ropero una caja con zapatos de tacón alto, y la acusó de tener un amante que "le daba cosas". Ella se mofó bastante de él cuando el "amante" resultó ser el propio Héctor, aunque Agustín pensó que los dos se habían puesto de acuerdo para hacerlo blanco de sus burlas. En más de una ocasión, Héctor había defendido a su madre de los golpes del padre. Estas intromisiones encolerizaban tanto a Agustín que una vez golpeó a Héctor con un palo, y otra, llamó a la policía y lo acusó de haberlo atacado. Pero la protección de Héctor refrenó la agresividad de Agustín, y Rosa le estaba agradecida por ello. "Sí —pensaba con frecuencia—, en mi familia Héctor es el que me quiere más, ¡sí no fuera tan mula y terco como es!"

Ahora Héctor se volvió a su madre: "No, mamá, no pude venir ayer porque fui al centro a comprar una camisa. Iba, por quién sabe qué carajas calles. Me enseñaron unas cambayas re

bonitas, pero ¿cuánto crés? ¡Ochenta! Onde les iba yo a dar tanto, si son casi iguales a éstas." Y apuntó hacia una camisa que colgaba en el respaldo de una silla.

"También ayer yo salí a las tiendas —dijo Rosa sentándose—. Fuimos Angélica, la del número 21, y yo a comprar un vestido. Sí, la acompañé. Primero la llevé a los almacenes más rascuachitos, por allá por Tacuba. Ninguno le gustó, pos la llevé al Palacio... anduvimos todo eso. Fíjate que íbamos a subir al gusano ese. Ese que quiere decir que nomás ponga uno el pie, ¿verdá? Lo alza uno así tantito y quedase quieto luego; pero yo ya ni quise, se siente re feo. ¡Fíjate, ni Angélica sabía!" Rosa rió ruidosamente.

"Ay, mamá, nomás hacen el ridículo."

"No, si no nomás yo. También otra señora ya no quiso subir. La otra señora dijo: 'Yo no subo a eso, se ve re feo' —y Rosa volvió a reír—. Y yo ya ni quise bajar por ese gusano, ¡pos qué!" Esta vez también Héctor rió con su madre.

"Fíjate —Rosa continuó— que la Angélica ni sabe andar en la calle. Mejor yo le decía: 'ora vente por aquí, ora vámonos por allá.' La Angélica nomás decía: '¿Y ora por dónde?' Pos ella dijo que quería bueno. Le enseñaron un vestido re carísimo, de quinientos... Nosotros ofrecimos ciento cuarenta. Eso era lo que llevaba. Pero no quisieron. ¡No, son casas que dan carísimo! Están re locos esos de los cajones. A mí, a lo mero macho, hasta coraje me da. Pos qué voy a 'ndar pendejiando, ¡pos qué!, ¡yo, pa mis pellejos... voy a gastar tanto! ¡Cualquier día! Nomás ella dizque quería bueno... ¡Onde iba a comprar!"

"¿Y por fin lo compró?", dijo Héctor.

"Onde créas, si 'stán retecarísimos. ¡Andale, hombre, yo ya me voy a la desayunadera", dijo Rosa levantándose. Héctor se sentó a la mesa y Rosa comenzó a servirle huahuzontles.

"¡Ay, no, a mí no me des d'eso! Dale a'lguna indita, a mí no."

"Entonces qué te sirvo, tú, delicado... —dijo Rosa de buen humor—. ¿Quieres tantito arroz?"

"Sí, dame mejor de'so, pero poquito. Mi estomaguito es delicado."

Juanito entró corriendo y Héctor se levantó para dejarle paso. El niño buscó por un momento en su caja de juguetes bajo la cama, y en seguida se lanzó una vez más por donde estaba su hermano mayor. Héctor se sentó en la cama para evitar ser molestado, su madre le dio un plato de arroz y una taza de café con leche. Sirvió el arroz en el mismo plato en que había puesto los huahuzontles y Héctor hizo gestos.

"Ay sí, tú, por no ensuciar tus cochinos platos." Rosa rió.

"Pos ¿no dices que comes poquito? ¡Pos entóns aquí! —en seguida levantó una jarra casi vacía y mostrándosela al hijo—: A ver si me traes un kilo de azúcar que ya no tengo, mira."

"Sí, mira nomás, ya no tienes —dijo Héctor imitando a su madre. Miró el reloj y saltando—: Ya son las nueve y media y yo todavía estoy aquí. Ay, madre mía, ¡ya me voy!" Pero se dirigió hacia la estufa donde su madre calentaba unas tortillas y tomó una.

Ella dijo: "Ay, tenerles que llevar a los dos juntos." A Rosa no le agradaba llevar a la terminal los alimentos para su esposo y para su hijo, especialmente cuando tenía que esperar a que regresaran de su recorrido.

Juanito entró corriendo a desayunar, pero Héctor lo envió a la casa de un amigo a pedir su chaqueta que había prestado: "Le dices a la señora que me la mande porque la necesito."

Rosa dijo a Juanito que se cubriera con algo porque hacía frío, pero él no hizo caso y salió corriendo. Héctor pidió más café y tortillas.

Del trastero Rosa comenzó a sacar jarros y platos. Buscaba la tapa de una cacerola. Finalmente la encontró dentro del horno y tapó con ella los huahuzontles que había recalentado en una salsa picante. Juanito regresó con la chaqueta.

"Mamá, mamá, vi a mi apá que iba ahí por el Seguro."

"¡Chingao!... —dijo Rosa disgustada—. ¿Le gritaste?"

"No, porque venía... pasó re rápido y si le grito después me regaña."

Rosa decidió comer antes que llegara su esposo y se sirvió un plato de huahuzontles y una taza de café. Mientras comía, permanecía de pie junto a la estufa, calentando las tortillas.

"¡Mira nomás cómo me amanece la casa! Yo me levanto como loca haciendo quehacer. Todo el día con el quehacer —dijo a Héctor—. ¿Si vieras cómo le amanece la casa a Rufelia la del 70? Entra uno y no halla por onde empezar: pañales aquí, pañales allá. Yo cuando tenía pañales no me gustaba eso, tenía una cajita y ahí los echaba."

Héctor se levantó; "Ya me voy, ora a ver a qué horas llego." Sonrió a su madre y salió.

Juanito le pidió diez centavos pero él se negó. Luego vino hasta su madre a pedir dinero y ella se lo dio diciendo: "Andale, ve a comprar tu pan con el diez que te di." El chico salió corriendo y regresó con una botellita de pintura. "Mira, mamá, pa mis soldaditos", dijo y desapareció bajo la cama. Cuando reapareció, para sentarse a la mesa de la cocina donde su madre estaba comiendo, pidió café y protestó cuando le sirvieron arroz.

Su madre le dijo: "Ya gastaste el diez... ¡ora comes!" Rosa estaba molesta porque Juanito había gastado el dinero en pintura en lugar de comprar el pan, y ahora lo castigaba forzándolo a comer.

Rosa mordió un chile verde y se sirvió arroz. Comía sin prisa, escuchando a medias lo que su hijo le platicaba sobre

una película que vio en la televisión la semana anterior. Cada viernes por la noche, en ocasiones el sábado o el domingo, él y Ester iban a casa de un vecino a ver la televisión. Por este privilegio pagaban de veinte a cincuenta centavos y se quedaban hasta que la estación terminaba de transmitir, a la medianoche. La competencia entre los dueños de televisión para atraer clientela era muy acentuada. En un principio había sólo unos cuantos aparatos. La gente se amontonaba para ver los programas y los dueños ganaban a veces lo bastante para pagar el recibo de la luz y el abono mensual de la televisión. Ahora que había demasiados aparatos, algunos dueños ofrecían a su clientela papas fritas o dulces, y les permitían quedarse todo el tiempo que quisieran. Rosa siempre enviaba a sus hijos a la casa que hacía mayores ofertas.

Sus programas favoritos eran "El Teatro Nescafé", "El programa de Max Factor", "Pedro Vargas" y "El Conde de Montecristo". A Juanito le gustaban los monitos, "El Club Quintito" y "Boston Blackie". Rosa no podía ver los programas muy frecuentemente, porque tenía que servir a los hombres y cuidar la casa. Envidiaba a los que tenían aparato y con frecuencia decía que la mitad de ellos debían tres meses atrasados de renta. A pesar de todo, creía que valía la pena "endrogarse" por tener una televisión. Si ella pudiera ver los dramas, los nuevos peinados y vestidos, y la forma de vivir de otras gentes, no se sentiría tan encerrada. También creía que la televisión tenía un efecto educativo y benéfico para los niños. Y que tal vez ayudaría a mantener al esposo más tiempo en casa. Rosa había observado que los hombres que tenían televisión pasaban largas horas en casa mirando los juegos y los encuentros de boxeo.

Rosa se percataba de la forma en que la vida de la vecindad había cambiado durante los últimos años. Desde que se inició la televisión la gente se acostaba más tarde. Al principio los niños y las jóvenes no tenían permiso para estar fuera de casa después de oscurecer, y la mayor parte de las familias se acostaba a las diez de la noche; ahora, la gente ya no escuchaba los radios tanto como antes, ni iba con tanta frecuencia al cine; los niños pasaban mayor tiempo en casa. Las niñas se arreglaban conforme a la moda y compraban mayor cantidad de cosas según el plan mensual de abonos anunciado en la televisión. La gente también tenía nuevas ideas: la hija de un vecino quería ser bailarina de ballet desde que vio a un grupo de bailarinas en la televisión.

El tocadiscos eléctrico también trajo cambios. Ahora todos los sábados por la noche, y también en ciertas ocasiones especiales, se hacían bailes en los patios de las vecindades, y los chicos y chicas bailaban con música de discos americanos, cuba-

nos y mexicanos, ¡hasta la una o dos de la mañana! A Héctor le gustaba organizar esos bailes y por ese motivo muchos de ellos se celebraban frente a la casa de los Gómez, donde Rosa podía sentarse a mirar. Agustín no permitía que Rosa bailara. A Ester sólo le daban permiso de bailar con otras niñas, pero últimamente Rosa la había sorprendido bailando con muchachos. Ester estaba creciendo y Rosa tendría que vigilarla más de cerca. No quería que tuviera novio como "las otras desvergonzadas" de la vecindad, muchas de las cuales salían embarazadas y nunca se casaban.

"Amá ¿es verdá que Jorge Negrete tuvo muchas mujeres?" Juanito tartamudeaba demasiado, "por tanto hablar".

"Ándale, mucho de plática y nada que acabas! —dijo Rosa—. Ándale tú, nomás están mirando el plato pa'bajo."

"Ay amá, no t-t-tengo hambre."

"Ora sí, ¿verdá? ¿Por qué te gastaste'l diez? ¡Ora almuerzas!"

Como su padre, Juanito tartamudeaba. Empezó desde que era bebé y Rosa creía que era debido a una tragedia sucedida cuando estuvo embarazada. Ella y Agustín habían tenido otra hija de nombre Conchita, más joven que Ester. Cuando tenía siete años fue atropellada por un carro al regresar de la escuela. Aparentemente no le pasó gran cosa, pero en las semanas que siguieron al accidente se fue poniendo muy delgada y muy triste. Rosa la llevó al Hospital del Niño, pero los doctores no pudieron decir lo que sucedía. Después de algunos meses Conchita murió. Rosa no podía sobreponerse a la pérdida de la niña y la lloró durante mucho tiempo. Hubiera querido sepultar a la niña en su pueblo, pero costaba mucho dinero llevarla.

Cada año, el primero de noviembre, Día de los Muertos chicos, Rosa preparaba una comida especial para el alma de la hija muerta. Este año se había sentido más triste mientras colocaba la ofrenda de Conchita. No pudo comprar los alimentos con anticipación porque Alberto no recibió su salario a tiempo y Agustín llegó borracho sin un centavo en el bolsillo y estuvo sentado toda la mañana, dormido ante la mesa de la cocina, con la cabeza entre las manos. A las diez de la mañana, Rosa tenía solamente algunas de las cosas que necesitaba; finalmente pidió dinero prestado a su comadre y se apresuró hacia el mercado, ya que las almas de los muertos llegan a las tres de la tarde. Quedó satisfecha con su ofrenda, aunque no estaba tan adornada como las que se ponían en su pueblo Azteca.

La ofrenda se colocaba en la siguiente forma: sobre un trapo blanco encima del tocador, una vela en un plato nuevo (todo debía ser nuevo), dos calaveritas de azúcar (pues los muertos son calaveras), pan dulce del Día de Muertos, dulces especiales hechos para ese día, y dos tazas de arroz con leche. Sobre la máquina de coser ponía la imagen de la Virgen de Guadalupe

rodeada de plátanos, una jícama, pan y tortillas, un plato con limas, vasos con agua y con leche, flores y velas. Bajo el tocador, incienso y copal en un brasero. Las flores eran de cempazúchitl, flores amarillas tradicionales de los muertos; el agua y la leche eran para apagar la sed de las almas, y las dos velas, para iluminar el camino de regreso al cielo. De otro modo, la niña tendría que usar su propio dedito como vela.

Después que Rosa hubo puesto la ofrenda, Héctor entró ruidosamente para decir que se iba a un baile en el patio de al lado. Rosa se disgustó. Si quería bailar en el Día de Muertos, debía hacerlo en otra parte, no en La Casa Grande, porque los muertos estarían de visita y no gustaban de escuchar música. "Para ellos el Rosario sería lo mejor en este día; son santos y no pecadores como nosotros", dijo a su hijo. Pero él se rió de ella y se fue corriendo al baile. No participaba de sus "creencias". Ester pasó el día en la calle con amigas, Alberto estuvo manejando su autobús, y Agustín salió a alguna parte. Sólo Juanito se quedó junto a su madre, cuando de pie ante el altar dijo: "Conchita, aquí está tu ofrenda."

Rosa estaba satisfecha de que, cuando menos, Juanito tuviera respeto por los muertos. Varias veces ella le narró cómo era celebrado el Día de Muertos en su pueblo. "Allí es más bonito, porque todos creen en lo mismo." Y le había enseñado, desde que pudo comprender, que la ofrenda no se toca porque "quema", y le satisfacía que aún hoy el niño se sintiera temeroso de tocarla. Al día siguiente de la visita de los muertos, y cuando ellos habían tomado la "esencia" de los alimentos, era permitido que la familia tocara y comiera la ofrenda, que según decía sabía más dulce que de costumbre. Sólo que Rosa debía convencer a Juanito de que ya no quemaba.

El día 2 de noviembre era el día de los Muertos grandes. Rosa colocaba una ofrenda sencilla para su padre y para su suegro —solamente velas, un vaso con agua, calaveras de azúcar— porque las almas iban primero a sus hogares en Azteca, donde les preparaban una gran ofrenda. Este año, Rosa solamente había ido en autobús al panteón a depositar unas flores de cempazúchitl sobre la tumba de su hija. Por la noche hubo otro baile en uno de los patios de La Casa Grande, y una ruidosa mascarada en la calle. Era una demostración de falta de respeto a los muertos que preocupaba mucho a Rosa, especialmente cuando sus propios hijos se encontraban entre los burlones y pecadores.

Mientras la madre meditaba en esos asuntos, Juanito se encaramó en una silla para alcanzar el espejo roto que pendía de la puerta. Rosa se dio cuenta y dijo: "Ándale, ¡quíbralo, quíbralo!" Juanito lo puso en su lugar y regresó a la mesa. Rosa terminaba su café. "Bueno, ya estuvo suave", dijo. Del armarito

sacó una bolsa de papel, y sacando unos pedacitos de barro se echó uno en la boca: "Estos son los benditos que compré en la Villa", dijo a Juanito. Le gustaba el sabor del barro y con frecuencia tenía un pedazo en la boca. Luego comenzó a preparar la canasta con el desayuno para su esposo y su hijo.

"Ay Dios, ¿cómo llevaré el café? A ver si no se me voltea."

Se lavó las manos, lavó una botella de limonada y la llenó de café con leche endulzado. Envolvió una docena de tortillas calientes en dos servilletas y las colocó en el fondo de la canasta, con dos cucharas, dos platos y una cazuela pequeña con huahuzontles, además de la botella de café. Conforme se calzaba un par de zapatos rojos y cambiaba el rebozo por un suéter de color dorado, vertía sobre Juanito un río de instrucciones.

"Terminas de almorzar, no sales, cuidas la casa... ya no viene tu papá, pero si viene Beto y te pide de comer o de almorzar, le dices que me llevé su almuerzo, y que por favor no me vaya dejar sin dinero, no que me va dando ya cuando se le acaba. Le enseñas la bolsa pa que se crea." Juanito asentía a cada cosa que hablaba su madre.

A las diez veinticinco salió hacia la terminal de autobuses.

Rosa no regresó hasta casi el mediodía. Arrojó el suéter sobre el catre, colocó la canasta en la mesa y rápidamente puso los trastos sucios en el fregadero diciendo: "Es una lata con este quihacer"; mientras se dirigía hacia el patio para traer una cubeta con agua, se detuvo para decir a Juanito, que estaba jugando en el techo: "Bájate, chaparro. ¿Qué está haciendo este muchacho ahí? —el chico no contestó, ella dejó la cubeta y regresó al cuarto a ponerse otra vez sus zapatos viejos—: ¡Ay, Dios mío! Nomás de ver este tiradero hasta escalosfrío me da."

Olvidándose del agua, Rosa se dirigió hacia la cama, quitó el desteñido cobertor de flores rojas, sacudió las sábanas y la arregló; luego colocó cuidadosamente dos cojines bordados sobre las almohadas. Eran regalo de Ester el Día de las Madres; los bordó cuando estaba en quinto año, y Rosa los apreciaba mucho y a nadie permitía dormir en ellos. Ambos tenían el mismo dibujo, flores y fruta, y un pájaro azul en pleno vuelo con un listón en el pico que decía "Amor Mío". Rosa pasó las manos por los cojines y en seguida se dirigió hacia el catre. Al retirar las cobijas movió la cabeza con exasperación al ver los agujeros del colchón por donde salía la borra. Tomó una aguja y trató de coserlos, pero conforme lo hacía aparecían otros nuevos. Se percató al fin de que el colchón ya no tenía arreglo.

Les había pedido a Agustín y a los hijos que compraran un catre nuevo y un colchón, pero dijeron que no tenían dinero. Rosa sabía que sus hijos soportaban una deuda muy pesada. Además de los muebles de la cocina, Héctor pagaba cuarenta y ocho pesos mensuales por el radio que ahora estaba

en una casa de empeños, y había prometido además que compraría un aparato de televisión tan pronto como acabara de pagar el radio. Rosa no podía culpar a sus hijos. Si no hubiera sido por ellos, todavía tendrían los mismos trebejos que pudo reunir cuando por primera vez llegaron a La Casa Grande. Hasta el año pasado había cocinado en una estufa de tractolina. Carecía de ollas de aluminio; sólo tenía trastos de barro y de peltre. Era al esposo al que debía culpar. Ganaba entre seiscientos y seiscientos cincuenta pesos mensuales, igual que Alberto, y el único abono que pagaba era de cuarenta y cinco pesos mensuales por unos suéteres. No le daba más que Alberto: sólo ciento ochenta pesos al mes para comida, renta, luz y gas. Ahora, Héctor estaba contribuyendo a los gastos de la casa con treinta pesos mensuales.

Rosa envolvió el maltrecho colchón en una cobija e hizo la cama. Barrió el piso antes de colocar el catre en su sitio y observó lo vieja que estaba la escoba. "Maldito dinero —dijo—; no sé en qué gasta Agustín lo que gana. Ha de tener una vieja por ahí. Si no se desatendiera tanto del gasto, ni fuerza me había de hacer. Yo estoy aquí por mis hijos, porque soy su verdadera mujer y éste es mi lugar."

Los ojos de Rosa se llenaron de lágrimas. Siempre había sido una buena mujer y jamás engañó a su esposo. Y no era porque no hubiera tenido oportunidades, ¡como cuando trabajaba en el restaurante! Pero no era eso lo que ella quería. Además, tenía miedo de los celos de su esposo. Antes de estar enfermo se ponía furioso si llegaba del trabajo y ella estaba fuera de casa. Un día trató de golpearla, pero ella lo empujó y le dio una patada en las partes nobles. Desde entonces ¡no volvió a intentarlo! En esa época él "era más hombre" y en general ella respetaba sus deseos. Ella recuerda lo "caliente" que era. "Era muy tragón... Nada más estaba sobre de mí, hasta nueve veces en la noche. A veces me llegaba de sorpresa a mediodía, les daba centavos a los niños y los mandaba a dar la vuelta a la manzana varias veces. ¡Cómo ha cambiado este hombre!" Él nunca cumplió con todas sus obligaciones en la casa, pero ahora era completamente inútil como esposo. Rosa pensaba que ya no merecía su fidelidad, y en ocasiones pensó en tomar un amante "como hacen otras mujeres", para que le diera dinero y el afecto que necesitaba.

En Azteca, una prima de Rosa tenía un esposo que se volvió impotente y ella lo llevó con un curandero para que lo tratara por medio de la brujería. El curandero le dijo que buscara cerca del hogar de una mujer amiga de la familia, y ciertamente, allí fue donde encontró un bulto con chiles secos que destruyó en el fuego. Después de eso pudo volver a tener relaciones sexuales con su mujer.

Rosa creía que Agustín también era víctima de la brujería y que su matrimonio no podría mejorar si no descubría qué era lo que estaba hechizándolo. Ella quería que él fuera a Azteca, donde los curanderos entendían de estas cosas, pero él se rehusaba.

Los celos y las sospechas eran la obsesión de Rosa. Muy apenada recordaba cómo en una ocasión sospechó de Fulgencia, quien después se hizo su comadre. Creía que era la novia de Agustín. En esa época Fulgencia aún no estaba casada, y cuando informó a Agustín sobre un trabajo probable para Héctor, Rosa concluyó que Agustín era su amante. Para poder espiarlos, Rosa aparentó mucha amistad con Fulgencia y la invitó a ir con su familia a Azteca, para la fiesta del barrio. Durante la celebración, Rosa y Agustín se disgustaron y él regresó solo a la ciudad de México. Cuando Rosa se enteró de que Fulgencia también se había ido, creyó que ambos habían arreglado el marcharse juntos. Imaginaba que estarían haciéndose el amor en su casa y decidió sorprenderlos. En compañía de Alberto tomó el siguiente autobús para la ciudad.

Llegaron a casa a la medianoche y Rosa hizo que Alberto trepara por el techo de la cocina para sorprender a los amantes sin que se dieran cuenta. Pero nadie estaba ahí, e inmediatamente se fue a casa de Fulgencia, donde golpeó fuertemente la puerta. Cuando Fulgencia abrió la puerta, Rosa la apartó rudamente y entró furiosa buscando a su Agustín. Buscó bajo la cama, en el ropero y tras las sillas gritando su nombre. Fulgencia y Alberto, asustados, la miraban en silencio. Finalmente, Rosa se dio cuenta de su error. Estaba profundamente avergonzada y no sabía qué decir a Fulgencia. Muchas semanas después, riéndose, explicó su conducta; entonces, ambas mujeres se hicieron buenas amigas. "Cuántas tonterías he hecho —pensó Rosa—, pero Agustín es el que tiene la culpa. Si no fuera por todas sus tarugadas yo estaría tranquila."

Agustín siempre fue mujeriego, especialmente en la época en que vivió en el pueblo. Era bien parecido y no había otra cosa que le gustara más que ir con sus amigos jóvenes a dar serenatas y a tocar la guitarra en las esquinas y en las fiestas. Su padre estaba bien económicamente y era muy fácil para Agustín ganarse a las mujeres; había deshonrado y abandonado a más de una chica. Rosa sabía todo esto cuando se casó con él, pero lo amaba y esperaba que cambiaría. Él trató de acostarse con ella durante los tres años de su noviazgo, pero ella nunca cedió. Ahora, Rosa pensaba que ésa era la razón por la que se había casado con ella, porque era virgen, y porque sabía que podía confiar en ella.

Las madres de ambos estuvieron en contra del matrimonio. La madre de Agustín quería que su hijo único se casara con la

hija de un comerciante acomodado. Durante los arreglos del matrimonio se rehusó a presentar a Rosa los obsequios y flores tradicionales. En la iglesia criticó en voz alta a la novia. Los familiares de Rosa estaban temerosos de que su vida en casa de la suegra no fuera feliz, y tenían razón. Después de dos años de sufrimientos, Rosa persuadió a Agustín de que abandonara la casa de sus padres y luchara por sí mismo en otro pueblo diferente, donde la familia de ella les prestó un lote de tierra. Ella fue feliz allí, pero Agustín no era, ni muy trabajador, ni buen proveedor de su hogar. Rosa tuvo que ayudarlo en el campo de arroz y a criar pollos y puercos para sufragar los gastos. Para empeorar las cosas, él continuó persiguiendo a las mujeres y gastando su dinero con ellas. Con frecuencia se enfermaba y se iba con su madre para que lo curara. A él le hubiera gustado permanecer en Azteca, pero Rosa no estaba dispuesta a hacerle caso.

Cuando se mudaron a La Casa Grande en la ciudad de México y Agustín logró un trabajo estable, ella pensó que sus penas habían terminado. Ahora tenían electricidad, habían comprado su primera cama, usaban zapatos todo el tiempo, y enviaban a sus hijos a la escuela. Rosa se cortó las trenzas rizándose con onda "permanente". Visitaban el pueblo natal varias veces al año, durante las festividades, y los amigos, parientes, o compadres, siempre encontraban en el suelo de su casa un sitio para dormir cuando venían a la capital. La vida era bella entonces, sólo que después de un tiempo Agustín fue a Azteca a visitar a su madre y ya no regresó. Rosa y los niños quedaron desamparados. Ella tuvo que vender tortas en la calle y sacó a los niños de la escuela para que trabajaran en los baños. Cuando supo que Agustín estaba enfermo, a pesar de todo se preocupó por él y cada semana le mandaba su ropa limpia. No fue hasta después de mucho tiempo cuando descubrió que había estado viviendo con una joven en casa de su madre. La joven murió al dar a luz niños gemelos. Uno de los niños todavía vivía y el otro no había durado mucho tiempo. Cuando Rosa lo supo maldijo a su suegra y la llamó alcahueta de su hijo, prohibiendo a la vieja que viera a sus hijos y entrara en su casa.

Agustín ni siquiera intentó defender a su madre y aceptó humildemente los insultos de Rosa. Realmente, ella nunca lo perdonó, y desde entonces sus relaciones se estropearon. Cuando Agustín sufrió las quemaduras, Rosa mostró su devoción de esposa. No solamente mantuvo a la familia, sino que puso a Agustín en un sanatorio particular cuando él se quejó del descuido que había en el hospital del Seguro Social. Para "dar gracias porque Agustín salvó la vida", Rosa llevó una ofrenda en un viaje especial hasta Nuestra Señora de Ixcatepec, patrona muy venerada por la gente de Azteca. Cuando él pudo viajar

ella lo acompañó en tres peregrinaciones ante la Virgen de Choloma, porque él prometió ir cada año si se curaba. La familia de Rosa la presionó para que abandonara a Agustín cuando él ya no pudo mantenerla, pero ella no quiso hacerlo. En cierto modo porque le tenía lástima, y también por orgullo, pues no quería dar motivos para murmurar a la gente de su pueblo. Sin importarle lo que sufriera, tenía que conservar el honor de sus hijos, según decía.

Estos recuerdos alteraron el humor de Rosa, que estuvo barriendo vigorosamente hasta que se dio cuenta del polvo que levantaba. Ya casi era la una de la tarde cuando se dirigió hacia la puerta y llamó a Juanito, quien vino por fin, llevando en las manos sucias sus soldados de juguete. "¡Mira, má, los pinté todos y quedaron bien!" Muy contento guardó sus soldados bajo la cama y fue a lavarse para ir a la escuela, como se le ordenó. Se mojó el copete y de encima del ropero tomó sus libros, asegurándose de que tenía lápiz. Cuando estuvo listo, dijo:

"No ha venido Ester, ¿me voy solo?"

Rosa dudó. No quería que perdiera el almuerzo que daban en la escuela, pero sentía temor de que cruzara solo la calle llena de coches, aunque todos sus amiguitos lo hacían.

"Espérala un ratito, no debe tardar en venir y to'avía hay tiempo."

Ester llegó a la una. "Ya vine, mamá." Estaba hambrienta, y en aceite frió unas tortillas, que luego se engulló con media botella de pepsi-cola que su mamá le había guardado.

"¿Por qué no te sientas?", dijo Rosa.

"Porque así me cái más al estómago", contestó guiñando los ojos a Juanito, que rió de buena gana.

El niño esperó pacientemente hasta que su hermana se lavó las manos, se las secó en un trapo y estuvo lista para salir.

Rosa continuó con el quehacer de la casa. Del tocador quitó el florero con rosas de papel y lo puso en la cama. Levantando uno por uno cada objeto, sacudió el tocador. Allí había un cenicero de cristal lleno de canicas, una caja de polvos para la cara marca *Revlon*, un tubo de labios, una botella de leche llena de alcohol, un tarro con crema para las manos, una cajita alhajero decorada con conchas y caracoles, una foto enmarcada de Agustín y Rosa el día de su boda, y el reloj despertador. También sacudió la mesita de noche, recogiendo antes los pasadores para el pelo allí esparcidos. Después de limpiar el gran espejo del tocador puso el taburete que hacía juego con él y las cuatro sillas de la cocina sobre la cama. La familia estaba orgullosa de su juego de alcoba. Lo adquirieron poco antes del accidente de Agustín y tuvieron que pasar muchos apuros para cubrir los abonos, cuando en el sanatorio se pagaban veinticinco pesos diarios. Habrían perdido los muebles si la madre de Agustín no les hubiera dado

quinientos pesos que eran parte de la herencia que le correspondía a su hijo. También la familia de Rosa, la madre y las hermanas ayudaron, y ella y sus hijos cubrieron todos los abonos.

Rosa levantó el petate y los tapetes de hule para los pies, y estaba mojando el piso cuando regresó Ester. Decidió que ella terminara de barrer. "Te apuras, Ester; casi es la una y media. Ya me voy al mandado, no te cambies el uniforme porque mañana lo voy a lavar. Barres la pieza, yo ya rocié aquí, pero tienes que echar agua en la cocina. Me quitas esa olla y me pones otra con agua limpia. ¡Ay, nomás que venga yo a encontrar sucio...!"

Mientras hablaba sacó del cajón del tocador la bolsa color lavanda, puso una botella vacía en la canasta y contó el dinero. "Nomás tengo cinco pesos... yo nomás voy hacer de comer pa' Beto. Fídeo, y a ver qué otra cosa le hago. Orita vengo, no me tardo ¿eh? ¡Ay de ti si vengo y no acabas!"

Cuando se hubo ido, la hija murmuró: "Pos sí, ya nomás mandas —Ester miró el piso de la cocina cubierto de basura, y contempló los trastos sucios—. Yo no sé, nunca se acaba aquí, dijo.

Sacó una cacerola grande de aluminio y fue por agua. Hizo dos viajes hacia el grifo antes de comenzar a barrer.

"¿No'stá Ester?", dijo una voz. Una niña de seis años y sus dos hermanitos aparecieron en el umbral. Eran los niños de una pareja de Azteca que vivían en la vecindad. La niña llevaba un listón nuevo en el pelo y estrenaba zapatos negros.

Ester dijo: "¡Mira, qué estrenada!"

La niña rió escondiendo la cara entre las manos. Los niños comenzaron a jugar en el patio, y después de cierto tiempo los dos mayorcitos entraron para esconderse de Jorgito, el más pequeño. Ester se sumó al juego diciéndoles que se escondieran bajo la cama.

"¡Mete los zapatos, menso!", aconsejó en el momento en que Jorgito entraba buscando muy alarmado. Los buscó frenéticamente mientras Ester se reía de él. A punto de llorar salió corriendo al patio y ahora Ester azuzó a los hermanitos para que salieran tras él y la dejaran barrer. Fue entonces cuando Leticia, la amiga de Ester, asomó la cabeza diciendo: "Ester, ¿dónde estás? ¿Qué 'stás haciendo?", y agachándose bajo la cama vio a Ester, que barría agachada.

"Nada que te importe", contestó ésta.

"¡Cómo eres! —dijo Leticia—, y yo de mensa preguntando por ti."

Ambas rieron. Leticia, descalza, llevaba una olla de aluminio con jitomates grandes y rojos. "Mira nomás los jitomates... yo aquí y la cocina esperándome." Y riendo de nuevo salió apresurada.

Ester se agachó otra vez para barrer entre las cajas que había debajo de la cama. Los cabellos se le caían sobre la cara constantemente y ella se los levantaba. "¡Cuánto polvo hay aquí! —dijo en voz alta. Sacó un cinturón color de rosa y lo sacudió—. Con razón yo buscaba el cinturón y no lo hallaba yo." Buscó un pasador para sujetarse el pelo. "Quisiera saber si puedo hacerme un permanente con este boletito que tengo. Con éste, de un permanente de a cuarenta pesos me rebajan a catorce, pero... ¿quién va a darme los catorce?"

Sacó las cajas que había debajo de la cama y las amontonó sobre el pedal de la máquina de coser de Rosa, las sacudió y barrió por debajo; en seguida sacudió la mesita que por falta de espacio estaba sobre la máquina. Estaba juntando la basura en la cocina, cuando una mujer ya vieja asomó la cabeza. Vivía sola, dos puertas adelante. Llevaba un pequeño aparato de radio bajo el brazo y deseaba probar si funcionaba. En su casa cortaron la luz porque no pagó los recibos de tres meses. Ahora que tenía el dinero deseaba saber si tocaría cuando conectaran la corriente. Amablemente, Ester colocó el aparato en una silla en la cocina y lo conectó en un enchufe doble que por un lado tenía un foco.

"Si hay luz, ¿entonces por qué no toca?", dijo Ester.

"Tal como lo pensé —contestó la mujer—; voy a llevarlo pa que lo revisen a ver qué tiene. Fíjate, todavía no termino de pagarlo y ya está roto." Lo desconectó, dio las gracias a Ester y se fue con él bajo el brazo.

Ester estuvo en la puerta mirando hacia afuera por un momento. De mal talante regresó a la cocina. Cambió el papel periódico del trastero y arregló los botecitos de las especias, limpiándolos uno por uno con un trapo húmedo. Eran de color rojo y blanco. Eran un regalo de Héctor a su madre. Ester hacía las cosas con lentitud, como en sueños. Se sobrecogió cuando su madre entró. "¿Me tardé? ¡Fíjate nomás a la hora que vengo! Salí una hora y compré muy poco."

Rosa puso la canasta en la mesa y se sentó y sacó sus compras: una botella pequeña de aceite, un huevo, tres jitomates grandes y un kilo de patas de puerco cocidas. "Con esto alcanza pa Beto y pa nosotros. Le gustaron los huahuzontles fritos en torta y haré la carne igual. ¿Timaginas? Beto sólo me ha dado quince pesos desde hace diez días y ora me dio cinco. Apenas veinte pesos y, claro, no me queda nada."

Ester estaba limpiando la estufa. Retiró la mesa y abrió el horno para limpiar las parrillas. Encendió un cerillo para mirar el interior.

"Es peligroso encender cerillos junto de la estufa, Ester. Bueno, que esta estufa tiene piloto, pero de todos modos más vale no correr el riesgo", dijo la madre.

Rosa se levantó para examinar de cerca la parte superior de la estufa.

"No, Ester, eso sí que no está bien limpio. Ráspale, eso amarillo sale." Rosa buscó en el trastero una bolsa con zacate "fibra" y dio un pedazo a su hija; luego se dirigió al fregadero a lavar los trastos.

"Qué, ¿no ha caído agua desde que me fui?"

"Cuando te fuiste cayó tantita, mamá. Con la fibra se le quitó lo amarillo."

Mirando hacia fuera en la puerta de entrada, Rosa dijo: "¡Madre Santísima, mira nomás qué de basura!" Se secó las manos y tomando la escoba salió a barrer.

Pronto escuchó Ester que su madre reía allí afuera. "Mi amá nomás ve que le ayudan y se sale pa'fuera a platicar. Como 'orita, ya está echando comadre. Nomás no me fuera yo, porque luego me dice: 'Tú nunca me ayudas, ¿ya terminaste tu quihacer? ¿A ver qué hora acabas...' Y bueno, bueno, ella sí'stá orita echando comadre." Ester sonrió mientras sacudía el mantel.

Rosa regresó: "Ya me andaba con mis patas, frías, frías. Angélica tiene rete calentita su puerta, ya sabes que para empezar necesito calentarme mis patas primero." Ester rió y regresó a lavar los trastos. Ester dijo: "Má, no hay que lavar la cocina, está limpia y anoche también la limpié. Nomás la voy a barrer." Rosa no contestó y Ester barrió el piso moviendo las sillas de un lugar a otro. Conforme se apretujaban en la diminuta cocina, se empujaban una a la otra sin prestar atención. Finalmente, Rosa levantó los ojos y pidió a su hija que se acercara.

"Fíjate —dijo en voz muy baja—, Angélica tiene morada la cara de un lado. Dizque le pegó un borracho en la calle, ¿tú crés? A mí se me hace qu'el querido de'lla se la fregó."

"¿Así que Angélica tiene su querido?"

"¡Cómo no! Namás que su señor no lo sabe, ¡ni lo quiera Dios! El otro día que venía Beto con su novia... ya ves que ellos salen tarde, entóns, dizque vio a la Angélica del brazo con un hombre. También tu papá la vio. Dizque venía por ahí en la calle, y vio que la venía abrazando y besando un hombre. Nomás que, ya ves, uno no puede decir nada d'esas cosas."

Ester, callada, escuchaba con atención.

"Por eso —Rosa continuó— ayer que la acompañé a comprarse el vestido ya me venía haciendo cinco cinco, no sea que nos fuera a ver tu papá y pa qué quieres que diga que yo ando de alcahueta."

Rosa dejó de hablar cuando la señora Felicia, del número 15, entró.

"¿Ya le diste a Alfredo pal doce, tú, Rosa?"

"No, no le'dado, ¿por qué?"

"Pos porque Alfredo va coronar a la Virgen, es obligación de cada'ño. Ya ves, este Leocadio se ha desentendido mucho de la Virgencita."

"Pos a ver, ora que venga el señor le voy a decir", dijo Rosa.

Leticia, que acompañaba a la señora Felicia y apuntaba los nombres de las personas que contribuían a la fiesta, dijo "¡Andele, señora!"

"Andale y le das a Alfredo —volvió a decir la señora Felicia—. Le dices a Leocadio que ya no le das a él porque ya le diste a Alfredo ¿eh?"

Rosa no hizo ningún movimiento para darles dinero y ambas se fueron a la siguiente puerta. Una niña, la hija de una vecina, vino hasta la puerta y estuvo un momento de pie sin decir una palabra, para en seguida marcharse. Rosa y Ester estaban trabajando y no le prestaron atención. Podían oír a las mujeres hablando en el patio. "Ay, yo no sé cómo esas mujeres tienen tiempo de echar comadre. Yo no puedo. Ya ves, con eso de que voy y vengo... ¡qué tiempo tengo!", dijo Rosa. Salió a la puerta y gritó: "¿Qué rezan, eh?", y rió sonoramente.

Cuando acabó con los trastos, Rosa comenzó a reunir la ropa sucia que iba a lavar. De una caja al pie de la cama sacó tres pantalones. "Este blanco ya'stá muy sucio. Voy echarlo tantito a remojar. Esto mañana lo saco, orita lo echo un ratito al sol. Voy echar estos otros de una buena vez." Dirigiéndose al lavadero vio la camisa sucia de Alberto en la puerta del excusado y, junto con el mantel, también la arrojó al lavadero. En ese momento el dueño de la casa, señor Vega, la saludó desde la puerta abierta. Ella se secó las manos y se mantuvo quieta en el centro de la cocina, sin invitarlo a pasar.

"Señora, ¿no está el señor Gómez?"

"No, señor, no está." La voz de Rosa no sonaba amigable.

"Entonces ya sabe a lo que vengo, ¿verdad? Dígame si ya le mando su contratito. Las casas ya van a pagar cincuenta pesos, hay un aumentito de veinte."

"Pos a ver, ora que venga el señor, a' ver qué dice."

"Señora, le dice también... por favor... que ya tengo ciento veinte contratos, así que la mayoría ya aceptó. Sólo algunos están muy renuentes, pero a ellos pues no va a haber más remedio que pasar el asunto a manos de mis abogados. Como usted comprenderá, yo no puedo sostenerme con los mismos gastos de hace veinte o treinta años —el señor Vega se ponía cada vez más excitado—. Todo ha subido, usted sabe; además no pido una cosa injusta. Sólo quiero nivelarme en los gastos que hice aquí en La Casa Grande: arreglar el piso, pintar puertas... mandarles cambiar las vigas del techo... blanquear, y en fin... gastitos que hice.

"Ahora yo estoy tratando de hablarles como amigo; además

esta casa se va a demoler, pero yo estoy tratando de llegar a un acuerdo con el Departamento para que eso no se lleve a cabo —hizo una pausa por un momento, y continuó—: Si ustedes me ayudan, ¿verdad?, pues yo con mucho gusto trataré de que siga en pie esta vecindad. Como usted ve, aunque humilde la vecindad, no está como otras que da vergüenza vivir en ellas. Ustedes son testigos que continuamente estoy tratando de tenerla en buen estado. Para mí ya son incosteables los gastos, y como le digo, no es mucho subirles nada más veinte pesos."

Rosa se mantuvo en pie escuchándolo en todo, con los brazos cruzados. Ahora le espetó: "¿Otro aumento? Hace cinco años tuvimos uno. ¿Y dentro de cinco años más, otro más?"

El señor Vega protestó: "No, hace cinco años también fue de acuerdo, pero ahora no sé por qué están tan renuentes. Ya le digo, la mayoría ha aceptado, a excepción de unos ocho que me han tratado con majaderías. Pues entonces, estoy decidido a pasar el asunto a manos de mis abogados. Otra cosa, que yo en lo personal estoy viniendo a visitarles, para que así ustedes digan: 'El señor Vega vino a la casa', para que ustedes guarden un recuerdo grato, ¿verdad? Yo no he puesto un aviso, ni he dicho que vayan a mis oficinas... Yo en lo personal vengo tocando de puerta en puerta tratando de tener un arreglo con ustedes. Para mí es imposible seguir sosteniéndome con los mismos precios de hace años. Las cosas no son eternas, señora."

Rosa rió. "Para que vea usted, señor Vega, si usted que tiene, no puede... ora dígame si nosotros podemos."

"Precisamente por eso, ya ve usted cuando les mandé poner el piso no me dieron ni un centavo en lo absoluto... y habían quedado de acuerdo en darme una cantidad."

"Pos sí —dijo Rosa desafiante—, imagínese, no se lo dimos porque no tuvimos y así ora. Si usted que tiene tanto no puede... ¡pos menos nosotros! Está bien, ¿verdad?, que a más cantidad más gastos. Así nosotros. Es poco... pos gastamos poco... y ni aun así, a veces ni podemos. Ahora, las vigas que mandó usted poner... pos... yo no sé para qué. Estaban mejor las que tenían que ese cochino palo seco que vinieron a poner."

"Eso, ¡eso es! Hasta ahorita no ha habido uno que diga: 'Señor Vega, muchas gracias por esto... o por lo otro.' Antes por el contrario, como le dije, muchos se han enojado."

Dejó de hablar y ambos se quedaron en silencio mirándose uno al otro. Luego dijo el dueño: "Y los bailecitos ¿qué dicen, señora?"

"Pues siguen, señor Vega."

"Sí, ya me han dicho que su hijo es el que los hace."

"No's cierto, ya nomás el dicho queda, a ver... el baile del lunes que hasta a trancazos salieron, fue santo, bautizo o no

sé qué de estas señoras de aquí. Ese baile no lo hizo Héctor. El del domingo, fueron unos quince años, ése tampoco lo hizo Héctor."

"Pues sí, he sabido que quien los organiza es su hijo. Y ya con el huateque viene la bebida y después ¡ya es un desorden y medio! El señor Vega ya nada más sirve de burla aquí. A mí nunca se me toma en cuenta... ni se me pide permiso para bailes. Ya materialmente soy una burla aquí. Seguido seguido, los bailes, y el señor Vega brilla por su ausencia. Pero voy a tratar de quitar todo eso."

"Pues como usted diga, señor Vega, pero yo creo que estamos en una vecindad y es imposible contener a un mundo de gente."

"Posiblemente tenga usted razón, señora, pero cuando entra la Justicia no hay nada imposible. A mí no me costaba nada con echar a toda esa gente de aquí y rentar más caras las casas."

"Si echa usted a todos, luego no se va a venir a vivir aquí la gente de la colonia Roma. Vendrán otros zorrastras ¡que sólo Dios sabe!, y quién sabe si peor de los que estamos aquí."

"Bueno, precisamente le estoy diciendo que no quiero que eso suceda. Que es mejor estar de acuerdo. No vendrá gente de la colonia Roma, pero cuando menos estas casas valdrán más."

El señor Vega se dispuso a marcharse. "Entonces, señora, le dice a su esposo que por favor vaya a verme: les queda sólo hasta el treinta y uno."

"Sí, señor Vega, tiene usted razón. A ver, ora que venga yo le digo."

Rosa lo vio marcharse. Con las manos hizo una seña indecente, golpeando una mano contra la otra y metiendo su dedo índice entre el pulgar y el índice de la otra mano. "¡Tenga, pos qué... yo no le doy nada! ¡Qué le voy a dar!, ¡pinche viejo gachupín! A ver, orita, ¿no es una burla lo que me hizo?"

"¿Burla?, pero ¿cómo?", dijo Ester.

"Me dijo que yo le rogara a tu papá y que continuarán los bailecitos. Al fin namás son veinte pesos más, no es mucho. ¿No es eso una burla? ¿Tú crés?... nomás habla a lo loco. Por eso yo no le di ninguna esperanza, dice que nomás son ocho... ¡qué, nada! que... a ver aquí toda la gente de esta orilla... María dice que no da. Todos dicen que no dan, yo tampoco voy a dar, ¡qué!"

Rosa se detuvo bruscamente porque en ese momento miró el reloj. "¡Ay, Dios! A ver nomás, iba hacer mi comida pero por el señor ya no la hice."

Apresurándose exprimió los pantalones blancos y subió al techo para tenderlos. Un trapo rojo colgaba en el tendedero. Lo dobló, volvió a la cocina y lo guardó antes de regresar al lavadero. Poco después de las tres, Alberto llegó.

Dirigiendo una sonrisa a su madre, dijo: "Mamá, ya me voy a ir. Tengo mucha hambre; ándale, que tengo prisa."

Rosa continuó haciendo lo que había iniciado. "Sí, tú siempre con tus cosas muy importantes. Ándale, dame el dinero, que no me alcanzó, ¡ándale! Yo no sé, no me importa."

Alberto se había lavado las manos en el fregadero. Sacó algo de dinero.

"Toma, es todo, hasta lo de la talacha." Cuatro días antes que les pagaran se permitía a los choferes pedir un adelanto en sus salarios. Rosa no quería esperar. "¿Nomás eso? En la decena sólo me diste quince pesos, y ora cinco, son veinte. Me faltan cuarenta. Con eso no me alcanza", dijo sin tomar el dinero.

"¿No los quieres... no los quieres? Entonces me voy al cine o me emborracho ¡y ya!" Alberto rió.

"No, no, ¡qué! Dame el dinero, ándale! Luego por eso falta la comida, porque les ando mendigando pa la comida", replicó ella.

Alberto encogió los hombros y en la puerta se detuvo a mirar hacia afuera. Ester, que había terminado su trabajo, estaba sentada al sol, tejiendo.

"Muchacha floja; ándale, a lavar los trastos", dijo Alberto.

La hermana no contestó. Luego llamó a la madre: "Ándale, venme a batir el huevo." Sin una palabra, ella entró.

Alberto, volviendo a su madre, repitió: "Ándale, dame, que ya me voy."

Rosa lo miró molesta. "Que ¿qué? Estás viendo que vino a quitar el tiempo el señor Vega."

Alberto, muy interesado, preguntó: "¿Qué dijo? ¿Qué quiere?"

"Pos que quiere aumento. Me sacó a relucir lo del piso... los cien."

"¿Tú qué le dijiste?"

"Yo le dije... ¡Ah! ¿Por qué no le dimos?... ¿porque tenemos o porque no tenemos?" El viejo cabrón se burló, dice que le dimos el aumento y que sigan los bailes. ¿Cómo dijo...? Los huateques. ¡Viejo cabrón!" Rosa rió.

Alberto miró la camisa sucia de su hermano en el lavadero: "Ya ensució Héctor esta camisa, ¡hasta asco da! Bueno, ¿no me va'dar de comer?", agregó impaciente.

"Pos come puros frijoles, aí hay; no hice nada porque no tenía con qué."

"Bueno, entonces caliéntamelos."

"¡Oh, qué fregar! ¿No ves que'stoy ocupada? Caliéntalos tú."

Alberto se dirigió a la estufa y sacó del horno un trasto con frijoles. Ester se los quitó de la mano y comenzó a calentarlos ella. Alberto se dirigió hacia el espejo para peinarse. "Amá, saca la vaselina, ¿ónde está?"

"Si ya no hay."

"¿Cómo que ya no hay? Lo que pasa es que tú me la escondes."

Comenzó a buscarla, encontrándola atrás de la estufa.

"Ya ves cómo sí hay —dijo triunfante—; lo que pasa es que tú me la escondes porque te la acabo pronto... ¡pos qué!"

Rosa, imperturbable, lo miró tomar una gran cantidad: "¿Qué... ¿allí estaba? Yo ni sabía."

Ester, moviendo los frijoles, preguntó: "Mamá, ¿y las tortillas?"

"De veras, hombre, vé a traerlas, ¡rápido!"

Rosa dio dinero para kilo y medio y, tomando una servilleta de algodón, Ester salió rumbo a la tortillería. En el camino se le reunió su buena amiga Elena.

Alberto había terminado de peinarse. "Amá, ¿me das un taco? Ya no te vuelvo a pedir hasta mañana en la mañana."

"Nomás eso faltaba. Sí que te doy."

"Bueno má, pos dame un güevo así... y ya."

"¡Qué güevo ni qué güevo! ¡Ya quisiera yo!"

Alberto comenzaba a impacientarse. "Bueno, dame ya, antes de que venga mi papá. No lo quiero ver porque sí no... Ora en la mañana me dijo muy serio: (y comenzó a imitar su voz) 'A ver tú, muchacho, me esperas porque quiero hablar muy seriamente contigo', pero no lo voy a esperar —dijo Alberto riendo—; mejor me voy antes de que venga."

Rosa dejó las ropas en remojo, se secó las manos en el delantal y se dirigió a la estufa.

"Mira, te voy hacer pata en güevo."

"Dámela así, tengo prisa... ¿ya está cocida?"

"Sí, nomás espérate tantito."

Alberto insistió y Rosa le sirvió la pata fría con sal y chiles; él comió con los dedos.

Observándolo, dijo ella: "Qué bueno, tanta vaselina, se te va caer el pelo, igual que tu papá y mucho m'he de alegrar." Se puso a moler en el molcajete, el ajo, la cebolla y los tomates para una salsa.

"Ora en la mañana vi a mi papá; quería que lo relevara. Me dijo: 'A ver tú, muchacho; tú, Beto, dame una vuelta.'"

Le dijo: 'Quién, ¿yo? Yo no puedo.' A ver yo cuándo le'dicho que me ayude. Yo nunca le pedí ayuda."

"¡Ah, porque tú estás fuerte; él ya está viejo", dijo la madre.

"Ni tanto, ni tanto; no exageres."

"Además, él anda doblando."

"Anda doblando... ¿Y por qué?"

"¡Bueyl... porque dijo que ya se iba a salir. Él tiene la culpa."

"Pos pa qué dijo eso, a ver, a mí no me obligan."

"Y me das mis centavos, ¿eh?"

"Oh, ya vas a empezar, mamá."

"El señor del desayunador dice que quiere que te niveles, ¿no te ha dicho Héctor?"

"Está bien, esta decena le doy."

Ester llegó en esos momentos: "Sí, alcancé, ¡decían que ya no!"

"¡Ah qué pinche vieja!"

"Pero la muchacha, la otra, la que despacha, me dijo: 'Sí, tú sí alcanzas.'"

"¡Claro!, te despachan a ti primero porque les rete consumimos tres kilos en la tarde, diario."

Ester hizo una mueca burlona. "A ver, dame para batirte el güevo. ¿No le vas a llevar de comer a mi papá?" Rompió el huevo en un plato y tomando un tenedor empezó a batirlo.

Mirando el reloj, Rosa dijo: "Ni digas... porque anda doblando. ¡Ah!, pos entre más vueltas dé, mas dinero gana."

"Yo a mis patrones no les doblo, ¿pa qué?, ¿pa engordarles más la bolsa?", dijo Alberto.

"¡Qué tonto eres, Beto!" El iba a contestar, enojado, pero su madre lo atajó diciendo: "¡Cállate!, orita anda manejando, le vaya pasar algo. Cuando tu papá me dice: 'Tu hijo es esto, tu hijo es lo otro', yo le digo: '¡Cállate!, orita anda manejando, le vaya pasar algo. Ya después que salga le dices lo que quieras.'"

Rosa estaba empanizando la pata y envolviéndola en huevo para luego freirla. El aceite caliente la salpicó y gritó: "¡Ay, hijo de la madre!"

Ester se sentó a tejer. Cuando vio que su hermano se marchaba le dijo: "Ándale, dame pa una piña."

Alberto contestó: "Sí, sí."

Ella estiró la mano sonriendo, pero él pasó de largo sin decir adiós. Ester volvió hacia su madre para portejarse, pero Rosa estaba diciendo: "¿Ya ves cómo soy ahorrativa? Este güevo me alcanzó bastante."

Carmen, una amiga de Ester, entró de pronto, dio a ésta un manazo y salió corriendo, diciendo que tenía que ir por un mandado de su mamá. "Luego vengo, ¿eh?"

Rosa terminó de cocinar la comida y se dispuso a arreglar la canasta para su esposo. Calentó algunas tortillas y las envolvió bien, las colocó en la canasta, metió una portavianda que contenía la pata en salsa de jitomate y frijoles, puso una cuchara y finalmente un litro de pulque. "Bueno, hija, ya son las cuatro. Orita vengo. Cuidas bien la casa, ¿eh?" Ester asintió y Rosa salió.

Ester sacó su silla y se sentó a la puerta de entrada. En el cuarto, en silencio, los ratones salieron de sus agujeros. La últi-

ma vez que se quedó sola leyendo un cuaderno de "monitos" una rata le cruzó el pie.

Un joven llegó y preguntó por Alberto. Algunos niños se reunieron en torno de Ester para mirarla tejer, pero al rato se fueron a jugar unas puertas adelante. En el siguiente patio una banda de niños jugaba ruidosamente un partido de fútbol. Ester estaba tentada a ir a ver si su novio estaba entre ellos, pero llegó su amiga Carmen con un periódico y apoyándose en la pared, caliente por el sol, se sentó a leer en voz alta lentamente: "Instituto Técnico de Capacitación." "¿Eso qué es?", preguntó Ester. Carmen le dio un codazo. "Cállate, estoy leyendo, loca. Tú estás re loca." Ester se inclinó sobre ella y ambas chicas leyeron en voz alta tartamudeando las palabras desconocidas. Cuando alguna de ellas se equivocaba, la otra le daba un empujón o un manazo, y luego reían.

"¿Esto qué quiere decir? —dijo Ester—. S.U.T.D.D.F. ¡Oh! Sindicato Único de Trabajadores del Distrito Federal." Ester trató de memorizar las siglas. "Sí, ya lo sé. Tengo buena memoria."

"Sí, sí, amiga, ni quién lo dude —dijo Carmen con una risita, y agregó—: voy por mi gancho pa ayudarte."

En breves momentos regresó y Ester comenzó a enseñarle las puntadas que estaba empleando.

"Oyes, Ester, ¿por qué me salen tan grandes éstas?"

"Pos porque... ¡mensota!, así deben de quedar."

"Bueno, bueno... ya pégame... ¿no? Tú no estás buena pa enseñar; se necesita mucha paciencia." Ester rió. "Mira, éste se parece a tu papá." Ambas rieron esta vez. "Ay, cómo serás. Cómo eres plebe, plebe. ¿A poco mi papá es así? Ya parece que estás loca."

"Sí, amiga, pero no por ti... ¡Por un hombre, y qué hombre!"

"¿El divino?" Carmen se refería a un muchacho alto y guapo de ojos claros que vivía en la vecindad. Todas las amigas de Ester pasaban horas hablando de él.

"¡Ay... tan chulo mi divino, divino... divino... Divino menso, ¡pos qué!", dijo Carmen.

Ester rió. "¿A eso le llamas hombre? Estoy hablando de mi novio."

Y empezó a cantar en voz baja: "¡Ay, mírame, cariño, bésame...! ¡Ay, mírame, cariño, ay... bésame!"

Durante un rato las chicas estuvieron tejiendo. Luego Ester dijo: "Oye, el otro día me corté los pelitos de la axila."

"Ay, cómo serás sangrona, ¿pa qué?"

Las muchachas continuaban riendo y hablando sentadas a la mesa de la cocina cuando Rosa irrumpió apresurada, a las cinco y cuarto.

"Mira nomás hasta qué horas llego. ¿Qué serán justas mis

mal pascadas? —dijo de buen humor mientras ponía la canasta sobre la mesa de la cocina—. Ya casi es hora de ir por Juanito." Y empezó a lavarse las manos en el fregadero: "Qué, ¿ta'ciendo frío?"

"¿Frío? —dijo Ester—. Sólo los gatos tienen frío."

Rosa pasó apretujando a las dos chicas entre la pared y las sillas. "A ver, ¡a estorbar a la carnicerial!", dijo bromista.

Las muchachas dejaron de tejer y salieron al patio. Rosa se sirvió de un plato de comida fría y empezó a comer en la mesa. "Fíjate —dijo llamando a Ester—, tu papá apenas iba saliendo, ¿tú crés? Así que lo tuve que esperar"...

Rosa comía con fruición, cuchareando la carne y la salsa con pedazos de tortilla. "Parecen locas, nomás se ríen y se ríen, ¿qué no tienen otro modo de jugar?" Hizo el comentario y empezó a mirar el periódico extendido sobre la mesa. "Uy, qué caros están los vestidos, y tan feos." Terminó de comer y se reclinó hacia atrás con una mano sobre el estómago y la otra sobre la boca. Luego tomó un sorbo de agua y fue en busca de la bolsa con pedazos de barro; al ver que Ester había limpiado el trastero y arreglado los botecitos comentó: "¡Madre Santísima!, si medianamente no estuviera Ester, era la hora que estuviera tirado todo esto..." Sonrió mientras mordía un pedazo de barro, "su postre", y fue a tumbarse sobre el catre, aventó los zapatos y se cubrió con un saco. El cuarto estaba oscuro y Rosa iniciaba el sueño cuando Ester asomó la cabeza diciendo: "Ya viene Héctor. Son las cinco y media; me voy por Juanito." Rosa se sentó en el catre. "Ándale... pero no te dilates como el otro día que llegó tu padre y no te encontró, y luego me echó a mí la culpa de eso. Ya ni la amuelas, dizque te fuiste por Juanito y el muchacho llegó solito y tú no parecías por ningún lado."

Ester desapareció apresuradamente. Rosa se levantó para limpiar la mesa y estaba lavando los trastos cuando llegó Héctor que le llevaba una revista que compraba cada mes y que al terminar pasaba a su familia. Sonrió y acarició el brazo de su madre. "Nomás dame tantito café, mamá, voy a comer con mis amigos." Cuando su madre frunció el ceño, él agregó: "Son a todo dar y visten bien. Son estudiantes del Politécnico. Si no viviéramos en este cuchitril yo te los traía pa que los conocieras."

Durante mucho tiempo, Héctor había soñado con que su familia se mudara de La Casa Grande a un apartamento. "¡Un apartamento!" Cómo gustaba del sonido de la frase. El encontró uno en un edificio "decente". Rentaba trescientos pesos al mes. Trató de persuadir a sus padres y a su hermano de que lo tomaran. Creía que podrían sostenerse si él y Alberto contribuían cada uno con cien pesos al mes, su padre sesenta y si además su madre ahorrraba cuarenta del gasto... El apartamento tenía dos recámaras, una sala, una cocina, un baño con tina

ventanas en cada cuarto, y estaba recién pintado. "Cómo lucirían allí los muebles" pensó. Soñaba con colgar cuadros, y comprar hermosas macetas, y poco a poco adquirir más muebles. También pensaba insistir en que la familia usara tenedores y cuchillos para comer, en lugar de emplear únicamente la cuchara y los dedos. Entonces podría invitar a sus amigos, sin avergonzarse, a que visitaran su casa y podría hacer allí sus fiestas. Héctor juró que mientras continuaran viviendo "como puercos" él no viviría en casa.

Aunque Héctor explicó a la familia dicho plan, sabía que no se llevaría a cabo. Su padre estaba temeroso de contraer nuevos gastos; además le gustaba La Casa Grande y no quería dejarla. Alberto no se interesó por el plan, puesto que de un modo o de otro, él tendría su propia casa, pronto. Rosa podía ser persuadida, pero también ella tenía miedo de hacer mayores gastos y prefería gastar el dinero enviando a Ester a una escuela comercial. De modo que Héctor abandonó el proyecto. Si deseaba salir adelante, tendría que hacerlo solo. Ahora gastaba todo su dinero en su provecho. Se sentó ante la mesa mientras su madre calentaba el café.

"¿Qué pasó con mi papá, ya te dio dinero?"

"Sí, pero ya ves, siempre me da una mugre; me dio nomás cincuenta."

"Pos no los hubieras recibido. Ahora va a venir almorzar y a comer todos los días, y ya ves, quiere carne en la mañana y también al mediodía. Si no le das una buena costilla no se queda contento. Mejor que se largue a comer a la fonda. Que se coma solo lo que da."

Durante un mes, Agustín no había comido en casa porque, cuando no daba dinero suficiente, Rosa no le preparaba de comer. Tuvieron muchos disgustos al respecto y él se dio cuenta que comer fuera de casa costaba mucho dinero y además lo enfermaba. Entonces ofreció dar más dinero. Rosa volvió a darle de comer, pero él no cumplió lo que había prometido.

"¿Qué quieres que haga, hijo? Es tu padre. Yo lo hago por ustedes. Porque, como dice mi compadre, no es posible que su ahijado o Ester se queden sin padre. Ya ustedes están grandes, ¿pero ellos?"

"¡Pa lo que nos ha ayudado! Ya ves, de chicos nunca nos llevó al cine. ¿Y la vez que te dejó?... Ya se te olvidó. Esa vez que se fue con su mamá y con la mujer que embarazó y que no teníamos ni qué comer. Cuando tú te enfermaste y estabas en el hospital una semana, ¡ni siquiera fue a verte! ¡Ni una sola vez! Como si no tuvieras marido. Podías haberte muerto y ni siquiera cuenta nos damos. ¡No sirve pa nada, ni como hombre! No puede tener hijos, pero todavía busca viejas."

Héctor se enardecía con el tema. "¿Y cuando se enojó y me

corrió?... Nomás porque te vine a decir la verdad de la otra vieja del taller a quien le negó que yo fuera su hijo. ¿A poco me corrió cuando me fui a Acapulco?... Y eso que fueron quince días y yo estaba más chico. ¡Por eso me quité su apellido! ¡Si él es capaz de negarme como su hijo yo lo niego como padre!" Héctor estaba muy enojado ahora y no permitía que su madre lo interrumpiera. Había estado usando el apellido Hernández de su madre, desde hacía un año. En una ocasión, Agustín vio una carta dirigida a él y la rompió. Héctor, a su vez, para desquitarse, rompió una de las cartas de su padre.

El joven se levantó nervioso y caminó por el cuarto. "No lo puedo ver ¡y no me da vergüenza decirlo! Pero es lo que se ha ganado, pos siempre fue malo con nosotros y nunca te da dinero cuando debe dártelo. ¡Verdaderamente lo odio!"

Ahora Héctor deseaba marcharse lo más pronto posible. "Me voy mamá, ora sí ya no regreso, me voy a dormir temprano. Vengo mañana, tengo que recoger mis camisas de la tintorería."

Salió, y Rosa lo miró angustiada. En Azteca, su pueblo, si un hijo se atreviera a hablar así, su padre lo mataría. Aunque las quejas de Héctor eran justificadas, a Rosa la perturbaba escucharlas así, abiertamente.

Afuera, Juanito llamaba a Héctor. Corrió tras de su hermano abrazándose a sus piernas y pidiéndole dinero. Héctor rio y finalmente le dio una moneda. Juanito entró en la casa mostrando la moneda a su madre y a su hermana. Arrojó los libros sobre la cama gritando: "¿Dónde está mi papá? Quiero enseñarle lo que hice en la escuela." Alzó un papel con el dibujo de un perro. "Mira, mamá." Rosa no hizo ningún comentario. "Mira, mamá... me guardé el sangüish de mi lonche. ¿Me lo como orita?" Sin esperar la respuesta, lo desenvolvió y comenzó a comerlo.

Rosa decía: "Pos qué diablos... ¿cómo estamos ora?... ¿vienes? Ya nomás toy pensando: 'Me faltan como quiera cinco días para la decena y ya no tengo dinero.' ¡Ya ni quisiera ser yo! Me mortifico mucho con eso de la comida." Cruzó los brazos y se sentó inclinando la cabeza. "Ora no gasté mucho porque tenía yo frijoles." Rosa cocinaba un kilo de frijoles cada tercer día para economizar el gas. Un tanque costaba veinticinco pesos y si tenía cuidado podía durar un mes. La tractolina y el carbón eran más baratos, pero solamente las familias muy pobres de la vecindad seguían usándolos.

"Fulgencia me debe diez pesos —continuó Rosa—; dijo que vendría hoy, pero no ha venido. ¡Hasta eso! La espero hasta el domingo... hummm... ya se puso oscuro. Parece mentira, cuando tu papá me vino a dejar en el camión todavía era temprano."

Alguien tocó a la puerta. Rosa que había cerrado porque la noche se enfriaba rápidamente. "¿Quién?"

"Yo, Nacho."

Rosa abrió. Era Ignacio, el del número 10.

"¿No ha venido Héctor?"

"No", mintió Rosa.

"Por favor, señora, cuando venga, le dice que lo necesito, por favor. Me dijo que ahora me traía mi pantalón y no me lo ha traído, lo necesito mucho."

"Sí, sí, ora que venga yo le digo." El muchacho se fue y Rosa comenzó a sacar los trastos sucios de la canasta.

"¡Ay! De veras, voy a'carrear agua; ya me estaba olvidando." Vació la cubeta de agua en el excusado y se la dio a Ester para que la llenara afuera. "Necesitaremos tres cubetas, porque tu papá... tengo que poner agua caliente cuando venga." Rosa puso el bote de la basura bajo el fregadero y barrió el piso alrededor. Cuando Ester regresó, Rosa preguntó: "¿Qué... lavaste el guáter?"

Ella contestó: "Por fuera de la taza. Yo por dentro no, ¡qué!"

Ester salió otra vez atropellando a Juanito que en ese momento entraba. "Mamá, pregúntame lo del catecismo", dijo Juanito y dio a su madre un librito. Rosa se apoyó en la estufa y leyó la primera pregunta.

"¿Dónde está Dios?"

"Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar." Juanito recitaba de pie, con los brazos firmes a los lados del cuerpo. Contestó otras dos preguntas correctamente, pero cometió un error en la siguiente y su madre dijo impaciente:

"Toma, estúdialo. Todavía no te lo sabes bien, hijo. Me quitas el tiempo."

Recientemente, Juanito había entrado en una clase de catecismo que se daba en el número 14 —la casa de doña Aurelia— bajo la dirección del sacerdote de la parroquia. Rosa no había querido que Juanito fuera porque no le gustaba Aurelia. Pensaba que era una mujer demasiado fanática. Aurelia acusaba a la gente, incluyendo a Rosa, de ser herejes cuando no iban regularmente a misa ni se confesaban y cuando no hacían siempre el signo de la cruz al pasar frente a las dos Vírgenes en las entradas de la vecindad. Doña Aurelia también trataba de combatir la tolerancia de los vecinos hacia las pocas familias protestantes que vivían en La Casa Grande. Quería que los echaran fuera, pero los otros católicos no se dejaron convencer. Rosa arrojó a Aurelia la frase: "Hipócrita, ratón de iglesia."

Ester entró corriendo dando un portazo tras ella. Carmen la seguía, diciendo: "No le tengas miedo, Ester."

"¿Por qué?", dijo Rosa.

"Porque le dio un trancazo la Candelaria."

"Sí, en mi cola —dijo Ester riendo y sobándose el trasero—. Es re pesada la socia, nos dio un trancazo. Mientras llenaba de agua la cubeta."

"¿Y se dejaron pegar?... Muchachas pendejas, ¡yo de taruga me dejo! Agarro y le doy un tirón de orejas pa que se le quite la maña de andarme pegando. Ustedes por tarugas que se dejan y pos ella más se encaja."

"Ven, Ester, vamos."

Las dos chicas salieron y pronto regresaron riendo ruidosamente.

"Parecen locas. ¿Qué no tienen otro modo de jugar? —dijo Rosa, irritada—. Pendejas, par de mensas."

"Ay, mana, pos si un tope duele", dijo Carmen sobándose la frente.

"Si con la mano duele, ¿ora con la mano del metate?", dijo Ester a carcajadas.

Candelaria asomó la cabeza por la puerta: "¿A poco les dolió?" Carmen asintió con la cabeza. "¡Coyonas!", dijo Candelaria. Las tres jóvenes rieron muy contentas.

Una niña con una vela en la mano se detuvo a la puerta.

"¿No te vas a confesar? —preguntó a Ester—. La señorita y yo vamos ir orita solitas."

Antes de que Ester pudiera contestar, Rosa dijo:

"¿Pa qué se confiesan? Se confiesan namás las que comen santos y cagan diablos."

"Ay, pero ora es primer viernes", dijeron las niñas.

El ruido de los cohetes se oía desde el patio. "Oye la peregrinación —dijo Rosa impresionada—, oye namás... hasta música llevan esos."

Juanito entró corriendo: "Mamá, me voy a confesar, ¿eh?"

"¡No, no, no! Un niño no puede confesarse hasta que no haga la primera comunión. Y usted la va'cer hasta que su padre le compre la ropa."

"No, mamá, si nomás así, con cualquier ropa va uno."

"No, no, señor. Tú nomás vas de arrebatado, a lo loco. Nomás porque ves que otros van, tú también quieres ir. No sabes lo qué confesión. ¡No, señor, no vas!"

"Mamá, es que quiero ir... Van también doña Aurelia y la señorita." Juanito casi lloraba.

"Digo que no. Aquí mando yo, no esa vieja doña Aurelia, pa que luego estén con sus pecadotes. No, señor! Usted ¡no va ir nomás así con esas garras! Tiene que llevar su traje azul y su camisa blanca aunque sea. La confesión no es cualquier cosa."

Ester, que había salido corriendo a ver la procesión en compañía de Carmen, regresó. "Mamá, fíjate, hasta atrás iba esta... ¿cómo se llama?... la que dio agua a Dios Nuestro Señor... ¿cómo se llama? ¿La Magdalena? ¡No! Es otra... ¡La Samaritana!"

Juanito buscó apoyo en su hermana: "Ester, ¿verdá que con cualquier ropa se puede?"

"Si muchos van así, él puede ir también." Rosa estaba enojada ahora.

"No, señor, no sabes el significado... —levantó una mano amenazante ante su hijo—. Andale, ¿quieres ir?... ¿quieres ir...? ¡Pos lárguese!"

Afuera, el grupo estaba listo para irse a la iglesia. "Ya se van", dijo Juanito desesperadamente. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Huyó hasta el patio donde se cubrió la cara llorando. "Míralo, míralo, ya está llorando", dijo Ester.

"Que chille, no ha de llorar sangre. Pa'l año próximo si es muy macho que se vaya a confesar, y entonces ya veremos: si quiere estar todo el día en la iglesia, ¡que se esté!"

Después de un rato Juanito entró acompañado de otro niño. Estaba calmado ya. "Mamá, mi primera comunión la voy hacer el próximo doce de diciembre, ¿no?"

"Pos si pa entonces ya tiene tu padre la ropa, sí. Pero ora no. ¡Estás viendo cómo estamos! Es muy feo que, teniendo tu papá, vayas así. ¡Qué dirá la gente! ¿No?... Que tu papá tiene dinero y que ni un pantalón te compra. Él está con nosotros y está ganando y no tienes por qué ir así."

De pronto el agua empezó a caer en la pileta. "¡Vaya! Si quiera que se llene la pileta", dijo Rosa. Y estuvo de pie mirando cómo caía el agua en la pileta vacía. La batea con la ropa permanecía bajo el fregadero. "Ora los echo en jabón y mañana los echo al sol y temprano los saco. Así es que los puedo planchar en la tardecita." Sin plan previo se puso a ordenar la cocina. Alzó la botella del aceite para cocinar, los platos limpios y secos, las cucharas y el chiquihuite de las tortillas.

"¿Ya ves?... —dijo Juanito, que leía unas historietas sentado en la cama—, ya se llenó." Cuando el agua dejó de caer, Rosa cerró la llave.

Salió al patio a llenar la cafetera con agua limpia. Previamente vació en otra olla el café que había quedado, para volver a calentarlo en la merienda. "Rosá nu'cá tiraba los asientos" y algunas veces los volvía a hervir hasta tres veces durante el día, agregando agua cuando el café se ponía muy amargo. Tomó el bote que contenía las yerbas de su esposo. "Mira lo que queda. Le llevé en la mañana. Cada tercer día, cada tercer día se tiene que hervir." Impacientemente comenzó a buscar algo. "Se me perdió la coladera, ¿no la ves? Tengo que colar la medicina de este hombre." Cuando la encontró en el fregadero, coló la medicina en una botella.

Rosa se sentó en la cama. "Aquí no se puede descansar." Se dirigía a Juanito, que no la escuchaba. "Ya ves, tengo que llevar en la mañana el almuerzo y en la tarde la comida... como una campesina. Orita es la hora que puedo descansar un rato. Cuar-

do mando a Ester a dejar el desayuno, entonces es cuando me aprovecho de lavar un poco... ¡mientras puedo! Con eso de que me voy."

Dos muchachas tocaron a la puerta. "Buenas noches, señora. ¿No está Ester?" Rosa contestó que no y una de ellas le dio un pedazo de terciopelo para que se lo diera a Ester. Cuando se fueron, Rosa examinó el metro de tela. "¡Muchachas estas! Mira namás que venir hasta acá nomás para dejar esto." Lo puso sobre el tocador y regresó a sentarse en la cama. "El Héctor quién sabe hasta qué horas venga, o dónde estará orita. Ese muchacho es el que me preocupa." Muchos días antes Héctor había sido testigo de la muerte de un joven del vecindario apodado El Gato y muy conocido como ladrón. La policía recibió el soplo de su escondite y lo tiroteó cuando trataba de escapar. Más tarde, un miembro de la banda del Gato obligó a Héctor, dándole unas ceras, a que las llevara a casa del Gato donde tenían el velorio. El hombre ordenó:

"Mira, lleva estas ceras. Se las das y le dices que vas de parte mía, y se las dejas ahí. Vamos a ver si de veras son amigos o namás puros cabrones, esos que cantan." Héctor contó muchas veces la historia a su mamá.

"Fíjate que yo ya estaba en medio de todos... ¡Ay, mamá, con un miedo! Mi corazón me hacía cinco, cinco, cinco. Ahí estaban muchos viejos que les gusta la uña."

Héctor oyó a la madre del Gato que llorando decía: "Si hubieran sido tan hombres, que le hablaran a mi hijo por la cara, no por la espalda."

"Pero —pensó Rosa— si sus hijos eran re malos. Esos son de los que asaltaban y robaban. Dízque la misma mujer del Gato fue la que lo denunció... y que hast'ella ya la tenía amenazada de muerte. Que varias veces la'bia correatado con la pistola. El otro día vi a la mamá. Está rete acabada. Desde que le mataron a su hijo enflacó mucho. Digo yo: pobre madre. Porque en realidad una es la que sufre. Pero también esos pobres, ya los de su misma junta los obligan, y si no quieren los matan. Héctor es tan loco que por eso a veces me da miedo."

Rosa descansó la barbilla en la palma de la mano. Sí, había peligro alrededor de ellos. La "palomilla" de la vecindad siempre estaba peleando con otras "palomillas". A veces peleaban con navajas de afeitar o con cuchillos. Una familia del siguiente patio tenía tres hijos, todos rateros. El mayor, El Pollo, ahora estaba en la cárcel, y los dos más jóvenes fueron interrogados por la policía acerca de una bolsa que arrebataron a una mujer en el mercado. Alberto y Agustín con frecuencia le contaban de los rateros que "trabajaban" en los autobuses y de las muertes que ocurrían. Gracias a Dios, sus hijos nunca se habían visto envueltos en nada parecido.

"Mamá, dame la tinta, voy hacer la tarea." Juanito había acabado de leer los monitos. Rosa bajó la mesita que estaba sobre la máquina de coser, la colocó junto al catre para que su hijo hiciera la tarea y bajó la tinta de encima del ropero. Juanito comenzó a copiar unas líneas del libro. Ester entró, todavía con el tejido en las manos, y se acostó en la cama grande, estirándose. Rosa se acostó en el catre, y se cubrió los pies con un saco. Había estado esperando hablar con Ester, y comenzó inmediatamente, sin importarle la presencia de Juanito.

"Anoche Beto me contó que un cobrador de la línea Peralvillo lo mataron dos tipos. A este muchacho se lo fregaron cuando bajó a marcar. Dice que éste no se aguantó y cuando vio que le iban a sacar la cartera a un señor, le dijo: '¡Cuidado que ahí viene un ratero!' Entonces aquél ya no hizo nada, pero que namás se le quedó mirando con coraje, y después en la noche, en la última corrida, dice que este muchacho se bajó a marcar, el chofer se adelantó un poco, entóns' el otro sin hacer ruido le dio con el fierro y chifló como el cobrador. El chofer se arrancó creyendo que era él. Entóns vieron el muchacho que estaba tirado, ya muerto, sangrándose."

"¿Y quién fue?", preguntó Ester.

"Pos quién sabe. Beto por eso dice: 'Yo no, mamá, yo me aguanto. Por eso nunca he tenido una dificultad con nadie. Ahí que se cuide el que trae la bolsa, ¡yo qué!' Y eso sí's cierto. ¿No crés? Ellos no pueden hablar porque también a ellos se los friegan. Beto dice que conoce a muchos, pero que ni les dice nada porque son gente ya de por sí malas. Me dijo: 'Luego hasta me pasan mis dos o tres pesos, así por el tubo, despidiéndose.' Lo regañaba yo, pero me dice: '¿Y qué quieres que haga, mamá? Yo no podía hacer nada, porque si no me podían agarrar por ahí.' Y es cierto."

Rosa quedó en silencio. Reclinada, con la mejilla, en la palma de la mano, recordó el mal presagio que sucedió antes del nacimiento de Alberto, y que en ocasiones la hacía sufrir con ansiedad, preocupada por él. Estaba lavando ropa en el río cuando vio un arco-iris. Eso la llenó de terror, porque era muy peligroso que una mujer encinta viera un arco-iris. Corrió a su casa, pero el arco-iris la siguió aun dentro de la casa y no desapareció hasta que su suegra le arrojó una cubeta de agua. Rosa se preocupó mucho por el niño que todavía no había nacido, pero ahora creía que los efectos del arco-iris sólo habían alargado el periodo de embarazo a diez meses.

Alberto era grande y fuerte sin defecto alguno. Lo amamantó durante dos años y tres meses, aún después que su hermano había nacido.

"Mamá hasta de lo de Héctor."

Cuando Rosa lo destetó se puso chípil, enfermó de celos y

tuvo que ser curado con la carne cocida de una iguana. Posteriormente el sangro de Rosa curó a Beto de los terribles berrinches que hacía metiéndole tabaco en la boca durante el ataque. Después de eso nunca volvió a ser problema para sus padres. Era un trabajador tranquilo y un buen muchacho, aunque su madre pensaba que era muy reservado.

Súbitamente Rosa se dio cuenta de que eran las ocho de la noche. "¡Ay, no he ido por la leche de este hombre!" Se levantó y calzó sus zapatos. Pero Ester dijo: "Yo quiero una gelatina. Dame, amá, yo voy."

"Fos ándale." Contó el dinero y fueron a la cocina a poner la olla del café en la lumbre.

Carmen y otra amiga, Irela, llegaron. "Ester, ai anda el 'Medio Litro'."

"El 'Medio Litro', ¡mátenlo!"

"Dizque la mamá de este muchacho ahora vive con un hombre en el pueblo. El hombre era uno de los trabajadores de su marido y los dos se huyeron. Ese matrimonio se disolvió y se fue al agua. Quien hizo la traición fue la mujer. ¡Tan tonta!, digo yo. Ay, no, yo no, ni Dios lo quiera. Y es que esas mujeres no piensan en sus hijos. El pobre muchacho ora duerme veces aquí, veces allá, y parece como que está malo", dijo Rosa.

Las chicas escuchaban riendo. Ester dijo: "Mamá, cuéntenos lo que pasó ayer."

"Ah, bueno. Andábamos Ester y yo acarriando la'gua pa'quí, y estaba otra señora y dos muchachas más. 'Medio Litro' estaba sentado allá por donde venden los dulces, ya ves que casi está frente a la llave del agua. Ester y yo estábamos esperando a que llenara otra señora y cuando volteamos estaba este muchacho sentadote con las patotas abiertas y toda la braguetota abierta —las chicas se sacudían de risa cubriéndose la boca con las manos; Rosa, animada, continuó—: Tenía toda la cosa de fuera, re fea, así como moco de guajolote, toda aguadota."

"Bueno, estaba ventilándose", rió Ester, ruborizada.

Rosa criticaba con deleite, como siempre, cuando del sexo contrario se trataba: "Tenía los huevos re feos... colgados, colgados como bolsas de'sas que luego venden. Los tenía colorados, colorados como jitomates. ¡Ay, a mí hasta me dio horror! —Rosa rió—. La otra señora le dijo a 'Medio Litro': 'Oye, mano, no la chingues: tápate ai. Está bien que tengas calor, ¡pero tampoco te lo enfríes tanto!, ¡no la chingues!' 'Medio Litro' nomás juntó los pies y se agarró con las manos el pantalón, y se puso colorado colorado."

Las muchachas rieron ruidosamente, empujándose una a otra y también ruborizándose. Juanito había estado escuchando desde el otro cuarto con una sonrisa boba. Las chicas fueron por la leche y Rosa apagó la lumbre, pues el café comenzaba a hervir;

se volvió a la cama y cerró los ojos. Juanito hacía su tarea de aritmética. El cuarto estaba en silencio. Así se regresó con la leche y la puso a hervir en otro quemador de la estufa.

"Oye, mans, si abajo me sobran doce y arriba tengo ocho, ¿qué se hace?"

"A ver, no seas menso. El número de abajo tiene que ser más chico que el otro. Este toca a más... mira, así."

"¡Ah!, pos sí. Ya déjame a mí, luego te lo enseño."

Rosa escuchaba a los niños con interés. A ella siempre le gustó la escuela: terminó el cuarto año, entonces último grado escolar, en su pueblo. Tuvo suerte de poder asistir al colegio, ya que su padre murió cuando ella era muy niña y su madre batalló mucho para sostener a sus tres hijas, rentando la tierra de su esposo y lavando ropa ajena. Rosa estaría más que satisfecha si Ester y Juanito pudieran aprender un oficio y tener un futuro mejor que sus hermanos. La complacía verlos haciendo la tarea escolar juntos. Para ellos era más común el pelear, ya que Ester siempre estuvo celosa de su hermano menor.

Cuando Ester volvió a sentarse a tejer, su madre dijo: "Pues sí, yo no sé cómo hay mujeres que son tontas. A ver, como sea, su marido era re bueno, le daba su gasto... Pero también era re güevón. Ella era la que hacía todo: daba cortes... llegaba a veces con el costal en la espalda, del trabajo que iba a traer, y el viejo namás en la casa sentadote haciéndose el pendejo. Claro es que ella se fastidió y se metió con otro. Dicen que ora le da a la mala vida. No sé por qué esas mujeres no piensan. Cuando se fue ella, el marido también se largó ¡y dejó a los hijos solos! Dicen que la hermana de 'Medio Litro' se largó con el güero que vivió enfrente de'lla. Ella se decepcionó... No le quedaba otro camino."

Rosa hizo una pausa para cubrirse los pies y continuó:

"Ay, no, ya parece que yo lo iba'cer. Si fíjate, luego en las noches que me quedaba solita con mis hijos... ai'stoy esperando a tu papá. Me ponía yo a hacer el quihacer, ya luego ya llegaba él y ya nos acostábamos. Pero'ra así, es muy diferente."

El cuarto estaba en silencio. Juanito se había subido a la cama y descansaba junto a su hermana. "Mamá —dijo—, oigo ruido arriba." Rosa escuchó algo como soplar de viento. "Oh, no es nada. Dizque aquí espantan... A mí nunca me han espantado, con todo y lo que te cuento, que me quedaba yo solita a esas horas de la noche y nunca me ha tocado ver nada. Luego me paraba yo ai en la puerta y estaba yo solita, ya todo apagado y luego viendo pa'llá pa los bañitos. Ai es onde dicen que espantan; pos yo nunca vi nada. Lo que sí, recién cambiados aquí, ya dando las doce, se escuchaban unos golpes en el tubo del agua, pero... ¡como si alguien se subiera y se meciera! Así se oían. Pero entóns' aquí vivía tu primo hermano Salvador. Y cuando Salvador se fue, ya no teníamos miedo."

Salvador era sobrino de Agustín. Vino a la ciudad para buscar trabajo y durante tres meses durmió en el suelo de la casa de los Gómez. Muchos sucesos extraños ocurrieron durante su estancia. Una noche Agustín se despertó porque sintió que alguien le apretaba los dedos de los pies, pero cuando encendió la luz, todos estaban bien dormidos, incluso el propio Salvador. Se oyeron ruidos inexplicables en el patio y las llaves de agua continuamente hacían ruidos. Una vez, cuando Agustín no estaba en casa, Rosa se llevó un tremendo susto porque alguien estaba en la cocina haciendo sonar las ollas. Pensó que sería un ratero, pero no pudo encontrar a nadie. Sin embargo, cuando apagó la luz, los ruidos continuaron hasta que Agustín llegó a casa. Ambos buscaron por todas partes, pero todo estaba en orden. Creyeron que era Salvador el causante de todo esto porque tenía tatuado un diablo en la tetilla izquierda, dos tatuajes más en el abdomen y otro más en el antebrazo. Cuando abandonó la casa, los ruidos cesaron. Rosa y Agustín estaban convencidos de que Salvador tenía pacto con el diablo, y que había estado aprendiendo brujerías.

"Oye, mamá, alguien está golpeando arriba."

Rosa rió: "Ánda tú, loco, qué tocan ni qué tocan, ¿no oyes el radio?"

"Sí, pero a mi papá sí lo espantaron, ¿no?"

"Sí, cierto, pero ya'ce mucho." Rosa rió al recordar el incidente.

Fue poco tiempo después que la familia se había mudado a La Casa Grande. Una mañana, a las cuatro, Agustín iba a trabajar acompañado de su sobrino. Los dos iban hablando de mujeres y "pensando malos pensamientos", como decía Rosa, cuando vieron a una mujer toda vestida de blanco cerca de los baños. Ella hizo "Psst, ¡psst!" y les hizo señas. El sobrino de Agustín dijo: "Ora, mano, orita que te'stá hablando"; pero Agustín contestó: "No, mano, ya es hora de trabajar y... mejor no, se nos hace tarde." Llegaron hasta la reja y ya iban a llamar al portero, cuando la mujer llamó más fuertemente. El portero salió y ellos le dijeron lo de la mujer. "Ave María Purísima, ésa no es cosa buena", dijo él y fueron los tres a verla. Pero ya no estaba allí. Dicen que era un fantasma porque flotaba en el aire y no tenía piernas.

Rosa se levantó pesadamente, dirigiéndose a la cocina a preparar la cena. Juanito dormitaba. Alberto entró y sin saludar a nadie entregó un ejemplar del periódico *Últimas Noticias* a su madre.

"Te voy a dar una queja de Juanito —dijo Ester—: fijate que le dio a la estufa con la silla."

"Eso se borra con agua, no es mucho. Pos porque se iba caer", dijo rápidamente Rosa.

Alberto quedó callado y Ester se molestó. "Sí, sí, claro; no fuera yo, porque entonces sí, ¿verdad?", refunfuñó; pero nadie le hizo caso.

Rosa empezó a leer el periódico. "¿Por qué no comprastes onde viene un crimen?"

Alberto le dio suaves golpecitos en la cabeza, diciendo: "Ai viene, ai viene."

"Mamá, quiero un pambazo; dame un diez, ¿sí?", pidió Ester. Cuando Rosa contestó que no tenía dinero, la chica se volvió a Alberto. "Dame pa un chicharrón, Beto, ¿sí?... ¡ándale, Beto, dámelo!"

Antes que él pudiese contestar, Luz, una chica de pelo claro y con nuevo permanente, entró en la casa. "Ándale, Beto... ¡dámelo!"

Su hermano sacudió la cabeza: "No tengo dinero."

"¿Por qué?", dijo Ester.

"Porque es muy codo", intervino Luz. Todos rieron excepto Alberto, que se dirigió al fregadero a lavarse las manos. Carmen llegó y ayudó a Ester a desenredar una madeja de hilo.

Observando el trozo de terciopelo encima del tocador, Luz preguntó: "¿Qué es esto? ¿Es tuyo, Ester?"

Rosa explicó: "Ah, sí, Ester, te lo vinieron a dejar unas muchachas."

Ester dijo que lo emplearía en hacer una bolsa como trabajo de su escuela. Las muchachas hablaron de la bolsa y del vestido de final de curso de Ester. Alberto, sentado a la mesa:

"Tengo hambre, mamá... Dame lo que sea. No, no quiero café."

"Ya va'star, hijo, pérate tantito."

"Bueno, entonces ya nomás doy una vueltecita y me meto, ¿eh? A las diez ya estoy aquí."

Salió y Rosa continuó leyendo el periódico.

Juanito, que se había despertado, jugaba con una caja de cartón sobre la cama. De repente la caja cayó sobre el hilo que Ester desenredaba y lo rompió. "Deja, deja... ¡idiota!", y le dio un manazo. Enojado, Juanito dio un tirón al hilo, iniciando una guerra entre los dos que Rosa hizo terminar. Luz y Carmen salieron, para regresar a los pocos minutos con muchos chicharrones calientes que se repartieron entre todos. Observaron el tejido de Ester. Estaba haciendo zapatitos de bebé para su madre que esperaba un niño.

"Los habías de hacer de agujas. Quedan mejor", dijo Rosa.

"Me dijo la maistra que luego me va enseñar de agujas, pero cuando aprenda bien con el gancho —Ester rió recordando algo—: Mamá, ¿te acuerdas cuando le clavaste la aguja al puerco?"

Riando sonoramente, contó a las chicas que cuando era pequeña no podía aprender a tejer y su madre le picó las manos

con la aguja de tejer "para quitarle lo torpe de los dedos". En el pueblo había la creencia de que cuando un niño era castigado con la herramienta que trataba de dominar o con los pedazos del trasto que acababa de romper, ello le evitaría continuar en los errores. En esta ocasión la madre la golpeó en la cara. Rosa salió al patio donde se guardaban los puercos y muy enojada enterró el gancho al cerdo "como si fuera una banderilla". Después sintió pena por él, le sacó el gancho y le dio maíz. "Yo sí, ¡sí que no me dejo de nadie!"

"¿Te acuerdas, mamá, cuando me aventasies la olla de los frijoles?"

Las niñas rieron mientras Rosa contestaba: "Claro, pero es que los estabas dejando quemar y luego nomás te refste."

Rosa calentó lo que quedaba de la comida del mediodía, y cuando Alberto regresó le sirvió. Le dio un plato de carne con frijoles, unos chiles verdes, sal y dos tortillas calientes. Antes que empezara a comer, Luz y Carmen se despidieron. Juanito pidió café. "Espérate, espérate", dijo la madre mientras servía a Alberto su café. Juanito trató de quitárselo y la madre lo detuvo, diciendo: "Déjalo, es pa Beto... Ponte los zapatos y siquiera lávate las manos, ¡muchacho cochino!"

"No", dijo Juanito malhumorado.

"¡Míralo! Quiere tomar su café y sin ponerse los zapatos... Andele, qué no ni qué no."

Juanito se humedeció las manos y se las secó en un pedazo de trapo dejándolo muy sucio. Rosa pidió a Ester que rápidamente trajera un cuarto de kilo de azúcar para endulzar el café de Alberto.

Alberto comía con lentitud, disfrutando su comida. "¿Vino mi papá? ¿No? —y rió—. Había de aprender a no matarse tanto. Como yo con mis patronos. A ver, salgo de la terminal y luego por allá quién me ve. Cuando no puedo con el viaje que me toca... 'La Merced', no más digo que ya no traigo gasolina ¡y ya! A ver quién me ve... nomás el despiste."

"Buey... más vueltas, ¡más dinero tienes que ganar!"

Los choferes de autobús recibían un sueldo fijo de cuatro pesos cincuenta centavos por vuelta completa en la ruta. Una de las quejas de Agustín era que no ganaba más que Alberto a pesar de sus muchos años de servicio. Y según Agustín, el sindicato, al que tenía que contribuir con cuotas mensuales, estaba "lleno de traficantes y sobornadores oficiales que nada hacían para mejorar las condiciones de trabajo de sus miembros".

Ester regresó con un cucurucho de papel lleno de azúcar y Rosa puso dos cucharadas llenas en el café de su hijo. De regreso a la cama, Ester continuó tejiendo. Juanito, con un hilo amarrado alrededor de la caja, la hacía girar sobre su cabeza. "¿Te sirvo tu café, hijo?", preguntó Rosa. "No, todavía no", dijo

el niño, interesado en la caja que cada vez pasaba más cerca de su hermana.

"Estate tú, me vas a pegar con la cajita —dijo Ester—. O'verás, Juanito, te voy a dar... Nomás síguete y lo verás."

Intervino Rosa. Ester comenzó a hacer mofa de su hermano y los dos comenzaron a pelear, primero jugando y después enojados. Rosa los interrumpió diciendo a Juanito que viniera por su café y su tortilla. El obedeció inmediatamente porque estaba hambriento.

"Mamá —preguntó Alberto—, ¿fueron tú y mi papá a hablar con los papás de Susana?"

Alberto quería casarse con Susana y durante algún tiempo había instado a sus padres para que pidieran formalmente la mano de la chica. Ya estaban comprometidos y habían sido padrinos del niño de Fulgencia. Alberto se sentía molesto con su madre porque trataba de que el matrimonio no se llevara a efecto. Ni Rosa ni Agustín aprobaban este noviazgo, no sólo porque ella era unos años mayor que Alberto, sino porque era una "mundana", había tenido que ver con un amigo de Alberto y los dos pelearon violentamente por ella. También la tía de Susana se vio envuelta en un escándalo en la vecindad: fue sorprendida con su amante, por el esposo que le dio tremenda paliza a los infieles. Agustín aconsejó a su hijo que trajera a Susana a la casa y viviera con ella en unión libre, para evitarse los gastos y las formalidades, pero esto sólo enojó a Alberto. Estaba ciegamente enamorado y determinado a casarse con ella tan pronto como pagara su "préstamo" a la compañía de autobuses. Decían que ya sólo debía 1 500 pesos.

Rosa tomó una actitud defensiva. "Si hablo luego luego, pueden poner una fecha muy pronto y no podrás porque todavía no tendrás el dinero. Mejor esperar hasta que puedas y entonces les digo."

Rosa esperaba que Alberto olvidaría lo de la boda con Susana. Sostenía relaciones sexuales con otra muchacha, y tal vez, pensaba Rosa, llegaría a quererla y ya no desearía casarse. Aurora, la muchacha, había servido como fámula con una familia de la vecindad. Estaba enamorada de Beto, pero él no tomaba las cosas en serio. La obligó a tomar otro trabajo fuera de la vecindad para que Susana no se enterara de sus relaciones, y pensaba terminar con ella cuando se casara. Rosa deseaba que Alberto pospusiera la boda durante otro año, para que cuando menos se hubieran pagado la estufa y el menaje de cocina.

Rosa tenía pocas esperanzas de que su hijo ayudara a Ester en su carrera comercial. Parecía que la única forma de que Ester continuara estudiando era que Rosa volviera a su antiguo trabajo en el restaurante. Para Rosa el trabajo había sido placentero,

y le gustaba ir y venir entre la gente, pero no le simpatizó el patrón con quien trabajaba. Siempre se emborrachaba y le hacía insinuaciones. Una vez la acompañó a su casa y al no encontrar a nadie la arrojó a la cama y antes que se diera cuenta ya estaba sobre ella. Rosa era vigorosa y le dio un empujón muy fuerte en el momento en que Ester entraba. Entre las dos lo corrieron y Rosa discutió después el asunto con su hija. Ester le instó a que abandonara el trabajo, pero como Agustín estaba en el hospital y no abundaban los empleos, Rosa no tuvo alternativa. Se quejó con la esposa del patrón, pero ella le dijo que no hiciera caso al "viejo cabrón" porque era igual con todas las mujeres.

Rosa confiaba ahora en que podía cuidarse a sí misma, pero el ver al hombre le molestaba. A pesar de todo, la necesitaban en el restaurante y podía ganar hasta diez pesos diarios, lo suficiente para pagar los gastos de Ester. Esta podría quedarse en la casa hasta las cuatro de la tarde, cocinando, limpiando y cuidando a Juanito hasta su regreso. Podría ir a la escuela vespertina y estudiar de noche. La chica tendría que trabajar muy duro durante dos años, pero le sería provechoso. Otras jóvenes de la vecindad, que habían abandonado los estudios de la escuela primaria después del cuarto o quinto grado, tenían que cargar con los peores trabajos en las tiendas o en las fábricas. Ester era la única muchacha del grupo de amigas que terminaba la escuela primaria y que tal vez continuaría su educación. ¡Valía la pena el sacrificio!

Alberto seguía disgustado con su madre. Terminó de comer y salió al patio. Estaba muy oscuro. La noche siguiente iban a tener un baile en honor de la Virgen de Guadalupe, y el comité estaba colocando más luces extra. Alberto quería llevar a Susana al baile y pensó si tendría pantalones limpios que ponerse. Vio a su padre que hablaba con alguien en la entrada de la vecindad y se escurrió hacia una esquina para evitarlo.

Acababa de sentarse Rosa a tomar café cuando entró el esposo. Había estado ausente de la casa dieciocho horas. El tiempo entre un turno y el siguiente lo había pasado con Alicia. Estaba sucio y salpicado de grasa y encorvado por la fatiga. Se había tomado una botella de limonada en la terminal y ahora se preocupaba de que el azúcar le hubiera hecho daño. Sin saludar a nadie se dirigió a la estufa buscando su cocimiento de hierbas. En silencio, Rosa señaló hacia donde estaba. El llenó un vaso y lo tomó. Luego se dirigió al cuarto y se sentó en el catre. Juanito se reunió con él y apretujándose bajo su brazo lo subió hasta ponerlo sobre sus hombros. Su padre le sonrió y le hizo caricias en la cabeza.

"¿QQQuéé hay de nnnnnuevo? ¿Quééé hiciste en l-l-la escuela?"

Juanito le contó algunas de las cosas que había hecho durante el día. Agustín escuchó con interés hasta que observó que el niño bostezaba. A sugerencia de su padre, Juanito fue al excusado y en seguida a la cama.

Rosa miró a su marido. "¿Por qué vinistes tan tarde? ¿Te hallaste alguna amiga?"

Agustín se hizo desentendido. "Mi huacal se descompuso y pasé horas buscando una llave Stillson... hasta que al fin lo arreglé y no me costó nada."

"¡Ese maldito camión!... ¿Qué tanto tiempo perdistes?"

"Casi toda la tarde. Te digo que tengo que agarrar ese trabajo del gobierno. Este trabajo me'stá matando y no gano suficiente con ese camión tan viejo."

"Mi primo el senador te lo dará —dijo Rosa—; es hombre importante. Dicen quesque va'ser gobernador de Morelos."

Agustín sonrió. "Entonces, le pediré un trabajo de ayudante."

"¡Ayudante! ¿Y en qué lo vas ayudar tú? ¡No puedes ni con la pistola!"

Agustín quedó silencioso. "¿Hay algo de café para mí? —preguntó casi con timidez, y agregó—: Puedo darte el resto de dinero con el adelanto... del lunes."

Le sorprendió que su mujer se levantara y le sirviera una taza de café con leche. También sirvió otra para Ester que casi dormida continuaba con el tejido en la mano. "Ven, hija, toma tu café y luego acuéstate." Juanito yacía sobre la colcha profundamente dormido. Su madre le quitó los pantalones, lo colocó en el centro de la cama para separar a Ester de Alberto, lo tapó y apagó la luz.

Los tres estaban tomando café sentados alrededor de la mesa que ocupaba parte de la cocina y del cuarto. De pronto se oyeron cohetes estallando en alguna parte. "Es por la Virgen de Guadalupe. Es su día desde ora —explicó Ester—. Ora hubo procesión con música, papá, y cantaron las Mañanitas." Pensó si sería oportuno pedir permiso para el baile. Decidió esperar hasta que su padre no estuviera en casa. "Ya me voy a'costar", dijo con un bostezo, y entró en el cuarto.

Agustín también se levantó y se dirigió a la cama; antes de acostarse se quitó la camisa sucia y los pantalones. Se volvió hacia la pared, se tapó la cara y pronto se durmió. Rosa comió los restos de comida que quedaban en la cazuela, reunió los trastos sucios, los jarros, y los dejó sobre la mesa de la cocina. Casi siempre dejaba los trastos sucios y los lavaba el día siguiente para no molestar a los que dormían.

Se lavó la cara y las manos, se quitó el vestido y se acostó en la parte opuesta del catre, junto a su marido. Se levantó en seguida para encender la veladora ante la Virgen de Guadalupe

y apagar la luz de la cocina. La puerta había quedado ligeramente entreabierta para que entrase Alberto, que seguía fuera. Unos cuantos minutos después, a las once y cuarto, lo oyó entrar. Cuando su hijo se desnudó y se acomodó bajo las cobijas, Rosa cerró los ojos y se durmió.

LA CALLE DE LOS PANADEROS

LA FAMILIA GUTIÉRREZ

EN UN lote desnudo, a la vista de los transeúntes, entre dos edificios de ladrillo, se levantaba la vecindad de la Calle de los Panaderos número 33. Era una de las más pequeñas y más pobres vecindades de la ciudad de México, formada por una hilera de doce viviendas con un solo cuarto sin ventanas y una población de cincuenta y cuatro personas. Unificaba la construcción de adobes, que descendía hacia la parte izquierda del lote, un techo común de cemento. Cada vivienda tenía una entrada baja que servía de cocina, con techos endeble de papel alquitranado, pedazos de lata y metal que se mantenían en su sitio con pesadas piedras; y apilados sobre ellos, montones de leña cubiertos con viejos costales y pedazos de cartón. Tan bajas eran las entradas, que había que inclinarse para pasar. Frente a algunas, los inquilinos artesanos habían construido tendidos temporales que les proveían de un sitio seco y sombreado para trabajar.

Toscas losas formaban veredas para evitar el lodo y conducían hacia la calle. Por doquier había tinas de ropa con sus bocas hacia arriba o a un lado, como grandes ruedas; cubetas, banquitos, bacinicas y multitud de artículos secándose al sol. Bajo la sombra, apiñados en confusión, toda clase de desechos: láminas, tiras de chatarra, rollos de alambre, clavos, herramientas y mil cosas más. Colgadas de las paredes o en tablas destartaladas, crecían plantas en macetas y latas de todos tipos y tamaños. Algunas familias colgaban de las puertas jaulas con pájaros; un inquilino tenía pichones; otro, pollos; y casi todos, un perro o un gato. Amaban a los animales y los necesitaban como protección contra ratas y ladrones.

Hacia la parte posterior del lote había unos lavaderos de cemento que servían a las mujeres para lavar los trastos y la ropa, y bañar a los chiquillos. Dos excusados destartalados de adobe desmoronante, con pedazos de costal como cortina, eran usados por todos los inquilinos. De trecho en trecho había piedras y paños horquillados con tendederos de ropa que cruzaban el patio. Por todas partes, los hoyos hechos por los chicos o las alcantarillas descubiertas, marcadas con piedras, hacían el andar peligroso. El lote se llenaba durante el día de niños harapientos con zapatos rotos o simplemente descalzos que jugaban a las canicas o corrían entre las cuerdas de los tendederos, sin hacer caso de los gritos de alarma de las mujeres. Con frecuencia, los niños que apenas sabían andar, medio desnudos, se sentaban o gateaban por el suelo, mientras sus madres los miraban desde el sitio donde trabajaban.

La vecindad de los Panaderos formaba una pequeña comunidad. Nueve de las doce familias tenían lazos de sangre o maridaje y todos estaban emparentados por compadrazgos. Pedir prestado era frecuente, y los inquilinos entraban y salían libremente

de los cuartos de unos y de otros. Había, sin embargo, menos organización que en algunas vecindades grandes. No existía una verja, ni un Santo Patrón, ni ningún grupo responsable o comité, ni un baile semanal, ni una palomilla de chicos y chicas.

Los jefes de familia en la vecindad de los Panaderos procedían de seis diferentes estados centrales de México: Guanajuato, Querétaro, México, Hidalgo, Aguascalientes y Morelos. Cuatro habían nacido en pequeños pueblos rurales, siete en los centros urbanos fuera de la ciudad de México, y diez más en la propia capital. El promedio de tiempo de residencia en la capital era de 26.2 años. Trabajaban en diversas cosas. Dos de ellos hacían cubetas; otro hacía juguetes con desechos de metal y fleje; Guillermo Gutiérrez hacía soportes en miniatura para garrafoncitos de juguete y también componía bicicletas. Dos trabajaban en fábricas de zapatos; uno, en una fábrica de cinturones, y el señor Ignacio vendía periódicos. Como casi todos los ingresos eran muy reducidos, y la mayor parte se gastaba en bebidas alcohólicas, las esposas y muchos de los niños también trabajaban. En tres de las familias no había padre y el cabeza de familia era la madre. Algunas mujeres jóvenes trabajaban vendiendo en "puestos", mientras otras lo hacían como vendedoras ambulantes; pero la mayoría prefería trabajar en casa haciendo dulces y cocinando alimentos para venderlos en la calle cercana, negociar en ropa vieja, lavar y planchar ajeno. Los tendederos, casi siempre llenos con la ropa del lavado ajeno, eran una cortina multicolor tras de la cual la vida en la vecindad podía transcurrir con cierto sentido de dignidad e intimidad. Al caer la noche, las ropas se agitaban como fantasmas en el tendedero, expuestas al sereno que, según creencia popular, blanqueaba la mugre.

Un 16 de julio, a las cinco cuarenta de la mañana, la pequeña vecindad estaba en silencio con todas las puertas atrancadas. La pulquería y la piquera adonde los niños eran enviados a comprar el chinchol, aún más barato que el pulque, estaban aún cerradas. Los baños de la calle de enfrente aún no abrían para los clientes tempraneros. De vez en cuando, rompía el silencio algún autobús desvencijado o el ladrido de un perro al paso de un extraño. La primera puerta que se abrió fue la de doña Guadalupe, la mujer de Ignacio, el vendedor de periódicos. Con un trapo alrededor del cuello y una escoba de varas en la mano, salió a barrer la calle y el patio. Ana, la portera, le pagaba diez pesos al mes para que hiciera su trabajo todas las mañanas. Antes de comenzar a barrer, la anciana se detuvo por un momento, e inclinándose su cabeza gris murmuró la sencilla plegaria de todos los días: "¡Ay, Señor, ayúdame, socórreme!"

La puerta número 5, de la "Casa Gutiérrez", como Guillermo había impreso en tarjetas que anunciaban su negocio, se abrió

ruidosamente y Julia Rojas, su mujer, gruesa y de cuarenta y cinco años, apareció en el umbral. Se arregló el chal de lana negra en los hombros y alisó su arrugado vestido de algodón, también negro. Al ver a Guadalupe, dijo: "Eucnos días, comadrita, ¿ya dándole?" Guadalupe era la hermana del segundo marido de Julia. También era madrina por "los sagrados listones del Señor de Chalima", de todos los niños de Guillermo. "Sí, sí. ¿Ya te vas a la leche?"

"Sí, vamos a ver si alcanzamos. Aun con la tarjeta..., es igual; no te creas, son unos mulas!"

Todos los días antes de la seis Julia acudía a la tienda del gobierno más cercana, la CEIMSA, para formar cola y adquirir la leche que vendían a mitad del precio. Se rumoreaba que la diluían con agua y grasa vegetal, pero Julia no hacía caso de ello, ya que necesitaba un litro diario para alimentar a todas las gentes que dependían de ella. Iba muy temprano para estar segura de que la leche no se acababa y también para poder formarse dos veces, pues en cada vez sólo le vendían medio litro. Esta mañana, como se había levantado tarde, procuraba apresurarse envolviéndose en su chal para evitar un resfrío. Tenía bronquitis y le dolía el pecho, pero si ella no iba por la leche, no había quien fuera, y sus hijastros y nietos tendrían que irse sin tomar alimento.

Julia se sentía explotada; pensaba que Yolanda, su hija casada, o Lola, su hijastra, deberían ir por la leche al saber que ella estaba enferma. Pero Yolanda, que vivía una puerta más adelante, en el número 7, era muy floja, y además recientemente había dado a luz su quinto hijo. Lola apenas tenía 14 años y su padre no le permitía salir tan temprano sola. De Panchita, la mujer de su hijo Maclovio que vivía en el 9, no podía esperarse que fuera, porque trabajaba y su esposo pagaba a Julia, su madre, cincuenta pesos al mes para que les cocinara a ellos y a sus hijos. La única mujer disponible era la propia madre de Julia, Rufelia, que vivía en un pequeño cuartito cerca de la vecindad, pero era tan vieja que ya no hilaba bien.

A pesar de que Julia se quejaba de tan pesadas responsabilidades, continuaba proporcionando la comida para toda esa gente, dieciséis en total, porque sabía que dependían de ella. Julia había sido la mayor de doce hijos y estaba acostumbrada a soportar la carga de otros.

Eran las seis treinta cuando Julia regresó a la vecindad. Guadalupe todavía estaba barriendo.

"¿Ya venistes? ¿Qué pasó, te la vendieron?"

"Como siempre, mana. ¡La tarjeta valió comino!"

Julia estaba enojada porque solamente había podido comprar medio litro de leche. Entró en la casa, cerró de un portazo, y se volvió a la cama.

Mientras la familia Gutiérrez dormía, la vecindad lentamente surgió a la vida.

La señora María del número 12, comadre de Julia "por obra y gracia de la Santísima Virgen", salió a lavar la jaula de un pájaro.

"Ora sí madrugaste a barrer, comadre."

"Sí, comadrita. Como no pude dormir anoche. Yo no sé por qué se me ha ido el sueño. Será porque a veces nomás 'toy piense y piense en que no tengo pa' la renta de la casa."

"¡Ay, comadre!, a veces yo tampoco puedo dormir, unas por pensar, y otras por las chinches. Qué lata dan, ¿verdad, comadre?"

Ana, la esuberante portera, cargando una tina de ropa sucia se reunió con las dos mujeres en el lavadero. "Si no lo hago orita no voy a acabar. Cuando las viejas cabronas comienzan a lavar no hay lugar pa nadie."

Durante la época de lluvia las mujeres competían entre sí lavando y poniendo a secar su ropa mientras brillaba el sol. Algunas tenían que terminar de lavar bajo la lluvia y tendían la ropa dentro de sus cuartos, de por sí atestados. Ana se arrodilló ante el lavadero y comenzó a mojar la ropa.

Guadalupe se le acercó arrastrando la escoba y dijo:

"¿Me quieres mucho, comadre?" En esta forma la gente de la vecindad acostumbraba pedir dinero prestado. Ana sacudió la cabeza negando.

"No te quiero hoy, comadrita."

Sin otra palabra, Guadalupe continuó barriendo. De otra casa salió el señor Juan con su madre, su mujer y una hija joven. La muchacha había estado enferma y aún tenía círculos oscuros alrededor de los ojos hundidos. Guadalupe dejó de barrer por un momento.

"Buenos días. ¿Ya se van a la Villa?"

"Sí —contestó Lucha, la madre—, vamos a dar gracias a la Virgencita porque Amelia se alivió." La familia se apresuró para alcanzar el autobús. Guadalupe dijo a las otras mujeres:

"A la mejor la comadre Lucha se las va poner hoy." Todas rieron de mutuo acuerdo. Ignacio salió a lavarse la cara para luego ir a vocear a la calle su montón de periódicos. Más puertas se abrían a medida que salían las mujeres a llenar jarras con agua o al excusado. Los autobuses que pasaban iban llenos de gente rumbo al trabajo. El sol ascendía, y los pájaros comenzaban a cantar en las jaulas.

En la "Casa Gutiérrez" la familia continuaba dormida. Un aire fétido inundaba el pequeño cuarto sin ventanas. Las ropas de cama, los sarapes raídos y los colchones empelotados estaban húmedos y mohosos por la falta de sol. Había tal desorden en el cuarto y el pasillo que servía de cocina, que aún después de que Julia "ordenaba", todo era confusión. Dicho pasillo, de 1.80 de

ancho por un metro de largo, quedaba frente a la puerta de entrada. El lado derecho, de apenas sesenta centímetros, era ocupado por Guillermo como sitio de trabajo. Allí, en una mesita, estaban sus valiosas herramientas: un desarmador, un martillo, una escofina, unas tijeras, unas pinzas y un tornillo prensador. "Esos son mis ojos —decía Guillermo de sus herramientas—, porque sin ellos soy ciego." La cubierta de la mesa estaba mellada a martillazos y salpicada de pintura; sobre ella había tornillos, remaches, botellas vacías de refrescos, una lata de aceite, cajas y botes. Encima de la mesa, en una tabla sostenida en la pared por dos alambres, había un cascado radio que Guillermo mantenía encendido en la única estación que tocaba mientras trabajaba. También había una pequeña balanza enmohecida, un enchufe eléctrico, algunos clavos y pedazos de metal. Sobre el radio, una botella de pintura de aluminio y el sucio delantal azul de Guillermo. Bajo la tabla que servía de repisa, colgados en la pared, dos grandes calendarios, uno con el retrato del boxeador Raúl "Ratón" Macías y el otro con la Virgen de Fátima. Metidos en un clavo, dos tarjetas de abono y un recibo de la renta.

Bajo la mesa de trabajo había más botellas de refrescos, una lata de veinte litros con varillas viejas de hierro, una jarra con gasolina, un par de zapatos viejos y una pelota de hule. En cada centímetro del piso, desde el suelo hasta el techo, se amontonaban tirillas nuevas de fleje sin esperanza de ser desenrolladas y con signos de orín. Un trozo flexible de manguera roja cruzaba el montón como si fuera decoración, y un par de zapatitos amarillos colgaban de una varilla saliente. En una tabla ancha sostenida por una silla se secaban ciento veinticuatro soportes de metal recién pintados para los garrafoncitos de juguete.

Por el lado de la cocina, el pasillo se veía más ordenado. El piso de tierra estaba barrido. Colgaban de la pared jarros de barro y peltre, así como dos sartenes. Por encima de la estufa de petróleo pendían trasteros con unas cuantas tazas y platos desportillados. El resto de los trastos, tarros y tres vasos sucios, amontonados desde la noche anterior, permanecían en una mesita cerca de la estufa de tres quemadores. La estufa descansaba en un brasero de cemento que ya no se usaba. En la parte trasera de éste y recargadas contra la pared, estaban una charola enmohecida y una gran cazuela de barro que Julia utilizaba para el mole u otra comida que vendía en la calle. En el suelo, una cubeta de carbón y un brasero portátil con un comal de barro para echar las tortillas. En el trastero más bajo, cerca de la estufa, Julia guardaba cosas para la comida: sal en un salero de vidrio, chile molido en una taza rota, un paquete de harina en un cazo sopero, un pedazo de pan duro para moler en un bote tapado, y una botella vacía de aceite. En un jarro había cuatro o cinco cucharas torcidas, dos cuchillos de cocina y un batidor de huevo

en forma de flor hecho de alambre. En un banco cerca de la puerta, una charola tapada con un vidrio, que contenía chocolates, malvaiscos y otros dulces baratos que Guillermo vendía a la gente de la vecindad. Esta "venta de dulces" era uno de los negocios que había emprendido recientemente.

Se entraba en el cuarto bajando un escalón después de una segunda puerta. En el fondo, sobre una repisa, una veladora iluminaba doce estampas de santos y vírgenes. Las dos más grandes, las únicas con marco y cristal, eran de la Virgen de Guadalupe y de San Martín Caballero, el Santo Patrón de los comerciantes. En la repisa, cubierta con un trapo color naranja, había un florero con flores de papel y una caja de madera con cubierta de vidrio por donde podía verse el Sagrado Corazón de Jesús y un pequeño crucifijo. Tiras de papel crepé colgaban del techo, por encima de las imágenes sagradas.

El cuarto, de escasas dimensiones, estaba casi lleno de muebles. Para caminar sólo quedaba un angosto paso de unos treinta centímetros. A la izquierda había una cama angosta de metal azul que compartían Guillermo y su amasia Julia. Una mesa pequeña y un ropero, ambos atestados de cajas y otros objetos, ocupaban el resto de esa parte del cuarto. En el lado derecho sobresalía de la pared una especie de tapanco de un metro de alto por 1.30 de ancho, con un viejo tambor y un colchón de borra en donde dormían los tres hijos de Guillermo: Lola, de catorce años, María, de once y Herminio, de nueve. La cabecera y piewera de metal de la cama estaban guardadas bajo el tapanco, con doce ruedas de bicicleta, doce llantas usadas y una cubeta llena de chatarra. También se amontonaban allá muchos botes de esmalte, el más grande de los cuales contenía chile molido, semillas de ajonjolí, cacahuates y especias para el mole.

Además, había cinco viejas bicicletas recargadas contra un montón de cajas de refrescos llenas de botellas vacías. En un rincón una hielera rota de Pepsi-Cola, ahora llena con cascós de limonada, estaba cubierta de trapos y ropas. En la esquina opuesta, al otro lado de las bicicletas, había un barril lleno de piezas de bicicleta, y encima de éste, descansaba una bolsa de ixtle llena también con botellas vacías. Tras de la puerta, generalmente abierta, dos sillas pequeñas pintadas y encimadas una sobre la otra, además de una escoba y un montón de ropa sucia.

La pared posterior a la cama de los padres, hasta casi llegar bajo la plataforma donde dormían los hijos, estaba ocupada por una gran consola nueva con combinación de radio, tocadiscos y pantalla de televisión. Era brillante, verdaderamente resplandeciente en medio de todos los trebejos que la rodeaban; la única cosa sin raspaduras, el único mueble servible en toda la casa. Seguía protegida encima y por los lados con su cartón original de empaque, y únicamente se permitían poner sobre ella las

fotos familiares y un reloj despertador. Cuando el aparato llegó, Guillermo había advertido a su familia de que "cuidaran de él mejor que de sí mismos". Lo obtuvo por medio de abonos mensuales. El primer abono fue dado en lugar del enganche y mensualmente pagaba cien pesos. El costo total era de siete mil quinientos pesos, pero para Guillermo era una inversión, y una forma de ahorrar. Calculaba que mientras daba los abonos podía obtener uno o dos pesos diarios con lo que los niños pagaban por ver los programas; y cuando hubiera dado el último abono, "lo dejaría como nuevo" y lo vendería. Confiaba en que los precios continuarían subiendo como hasta entonces desde hacía años y que encontraría un cliente a quien poder convencer de que el aparato era nuevo. Con el dinero que obtuviera soñaba comprar un pedazo de tierra en una colonia retirada donde todavía estuviera barato. Más tarde el lote valdría mucho más, ya que la ciudad seguía creciendo y el valor de la propiedad iba en *crescendo*. Este era el plan de Guillermo para empezar a progresar: "Por eso ve que la cuido más que ni a mis hijos —decía—. Viera usted que hasta le' estoy comprando discos pa venderla más cara."

El día en que llegó el aparato fue un día memorable para todos en la vecindad, especialmente para Guillermo. Había estado de pie entre los vecinos, escuchando triunfante las exclamaciones de asombro ante el tamaño y la calidad del aparato. Su cuñado había dicho: "¡Huuuuy!, usted sí se va'cer rico pronto, Guillermo." Él había contestado serenamente: "Hay que moverse, hay que hacer algo, servir de algo." Ese día había sido feliz, sintiendo que progresaba en el mundo. No creía que podía tener ningún contratiempo y no había prestado atención a las indirectas y críticas de algunas mujeres.

Ana había dicho: "Yo de comprar eso, mejor me compraba una lavadora que me serviría más. ¡Eso pa qué!" La señora Chole, del número 3, dijo: "Son re-frijoleros, ¡pa qué! Mejor esperar hasta que tengan una sala con sus sillones y estarla mirando muy a gusto." La vieja Guadalupe había dicho: "Ambición es lo que tienen, es l'único que tiene esa gente. El no quiere aflojar un quinto pa un diez de ajos o de cebollas; a ver Julia, ya vendrá a pedirme!" Otro vecino dijo: "¡Tanto quieren presumir que todo lo echan a perder! Yo, de comprar eso, mejor me compraría un terreno. Eso se descompone y ¡qué!, nomás saca y saca. En un terreno, que se le hace un hoyo, pos con tantita tierra lo tapo, pero ese aparato... que si se agujera ¿cómo le harían?, digo yo."

Guillermo no hizo caso, considerando que era la envidia natural, y estuvo muy satisfecho cuando esos mismos vecinos empezaron a llegar todas las noches a ver los programas pagando veinte centavos cada uno.

A las siete Julia bostezó, estiró los brazos y retiró por segunda vez la sucia colcha que la cubría. Guillermo, hombre rollizo de color claro, doce años más joven que ella, aún dormía. Julia se persignó, dijo una breve plegaria, salió de la cama y buscó sus alpargatas. Se decía a sí misma: "Una hora haciendo cola pa agarrar la leche." Observó que Lola, con el pelo castaño enrollado en "anchoas", la miraba desde su elevada cama en el tapanco. La chica sonrió a su madrastra, que dijo: "¿Pos qué no ti'bas a levantar tempranito?... Nomás mira qui horas son."

Lola apoyó un pie en la mesa y saltó al suelo, se alisó el vestido de seda raído con que durmió, y se agachó para buscar sus zapatos bajo la cama del padre. Lola había terminado el tercer año de la escuela primaria y trabajaba en un puesto de zapatos en la Lagunilla. Entregaba a su padre cincuenta pesos decenalmente, de los cuales obtenía una cierta cantidad para baños, transportes y tacos. Lola aseguraba que eso era todo lo que ganaba, pero Guillermo no estaba muy convencido.

"Quién sabe cuánto gana —decía—, pero qué hijo dice la verdá de lo que gana... ¡nadie! De guaje, ¿no?, quién va decir 'pos gano tanto'. Yo creo que a ella le pagan más."

"Voy a lavar un babero antes di'rme al trabajo. Onde'stá el jabón, Julita?"

"Pos yo no sé ónde ponen las cosas."

"Aquí'stá, Julita. Ya lo encontré."

Lola puso el jabón en una pequeña batea y salió. Julia, sentada en la cama con una esquina de la colcha en los brazos, observó cómo se doblaba Herminio sobre la elevada cama para mirarla.

"Mamá —dijo—, no voy ir a trabajar."

"Y ora ¿por qué?"

"No, porque yo no quiero; porque quiero estar pa'l pastel de Melin. ¿Cuánto cuestan las velitas, eh?"

Julia codeó a su marido. "Oye lo que dice tu'ijo, que le va comprar las velitas pa'l pastel de mi ahijada."

Guillermo refunfuñó tapándose la cabeza con las cobijas. "Yo no sé nada. Yo'stoy inorante de la vida." Trató de volver a dormirse, pero entró Lola pidiendo a Herminio que sacara su delantal sucio que estaba bajo el colchón. El se negó y empezaron a discutir. Julia llamó a María para que sacara el delantal y a discutir. Julia llamó a María para que sacara el delantal y Herminio la sacudió con fuerza, pero la chica se hacía la dormida.

Julia se volvió, impaciente, hacia Lola. "A quién se le ocurre bajarse y no agarrar sus cosas. Es una lata contigo y con los escuincles tan flojos. ¡Y tú que todo quieres en la mano! De verdá que ya me tienen fastidiada."

Herminio arrojó, por fin, el delantal a Lola, quien lo levantó y salió hacia el lavadero. Julia se sentó rascándose la cabeza y

sacudiendo los apretados y negros rizos de su nuevo permanente. Guillermo, ya despierto, preguntó:

"¿Ora sí te tienes qui'r temprano?"

"Sí, al rato me largo. Ay tú, qué fregadera con l'agua, ayer no me dejó hacer nada. ¡De pérdida, que cuando me venga me traiga unos cincuenta pesos!"

Julia comenzó a toser y dijo que le dolía el pecho. Guillermo le aconsejó que chupara un terrón de azúcar con petróleo. Cuando ella hizo gestos ante la idea, él dijo: "Con sal no, porque te sabe amargo, pero con bastante azúcar te hará bien."

Julia se levantó a sacar un montón de toallas del armario. "Le digo a Lola que no jale las tuallas del ropero, pero es necia. ¡Ay, qué lata, hombre, qué fregadera!"

Rió Guillermo y, dándole un manazo en el hombro, dijo: "¡Ay, pinche chaparra tan abusada!" Ella sonrió, diciendo: "State, state, luego no te aguantas, ¿eh? Luego'stás fregando que soy muy pesada. No te aguantas."

Guillermo le dio otro manazo y ella se quitó una alpargata y le golpeó en el hombro desnudo. "¡Ay, ay, no, vieja, no te mandes! Yo te pego quedito."

La golpeó una vez más y ella devolvió el golpe con mayor fuerza en el mismo sitio: "Ay, mamacita linda, no seas pinche; yo nomás te doy dos. Tú das cinco por dos. Ayyy... ¿no ves que me duele el cuerito? Si yo soy fino. Me duele, no creas que no."

"Sí, ¿y a mí tú crés que no me duele?"

Mientras tanto, Herminio se había puesto los pantalones y saltando del tapanco había salido. Julia comenzó el arreglo de las toallas colocándolas, según el tamaño, sobre la cama. Guillermo, jugueteón, continuó: "Qui'hubo, vieja, ¿cuándo te casas conmigo?"

"¡Mira éste! Ya no se conforma con'star pobre, sino hasta loco."

"Qui'hubo, vieja, ¿cuánto vale tu rizo?"

"Ándale, cabrón. Te dije que no me'stuvieras fregando." Él soltó sonoras carcajadas. Mirando Julia que María trataba de saltar desde el tapanco, dijo: "Ándale, si te vas a bajar, no'stés jugando."

María respondió: "No puedo bajarme, Julita. Con suerte me caigo al dar el brinco." Julia fue a bajar a María; la chica salió corriendo y dejó la puerta abierta. Guillermo se sentó a vestirse. Usaba una playera sucia de algodón y calzoncillos de manta burda. Se puso los pantalones de mezclilla gris completamente sucios y metió los pies en los viejos zapatos. Nunca se amarraba las agujetas, ni aun cuando usaba su mejor par de zapatos para ir al centro. Creía que así le duraban más. "Si me los amarró me aprietan, y luego si me sientan, se revientan." En ocasiones Julia se quejaba de su desaliño —greñudo, barbón y desgarrado.

do—, pero él respondía que era mejor mirarse sucio y pobre, porque así la gente pagaría lo que debía.

Sin peinarse ni lavarse, Guillermo se dirigió a su mesa de trabajo en el pasillo, encendió el radio y se sentó a trabajar. En el radio tocaban una canción ranchera que decía: "Cuando andábamos de novios, qué de besitos, qué de regalos; era que'tamos casados, qué de moquetes, qué de trancazos." Guillermo sonrió a su mujer. "Sí, cierto ¿verdá? Cuando andábamos de novios yo te abrazaba y te besaba."

Julia movió la cabeza asintiendo y sonrió: "Estabas 're flaco. canijo viejo, entóns te alcanzaba'brazar con un brazo."

"¿De veras, vieja? ¡A poco!... No seas mentirosa."

"¿Te acuerdas cuando me llevabas a la Villa? Yo me agarraba a veinte uñas, con uñas y dientes y todo, porque creía yo que m'ibas a tirar. Yo sentía miedo porque no te conocía."

"De verdá, vieja, yo t'iba echar al canal." Ambos rieron otra vez. Lola entró llevando la plancha eléctrica y su delantal mojado. Colocó una toalla sobre una silla, quitó el foco y conectó la plancha esperando de pie a que se calentara. Como el delantal estaba muy húmedo lo tendió a secar en el cobertizo. Arrodillada frente a la silla comenzó a planchar un vestido azul que deseaba ponerse para ir al trabajo. Lola tenía cinco vestidos de segunda mano comprados por Julia, y antes de salir, siempre lavaba y planchaba el que había de ponerse. Julia siempre la regañaba por dejar dicha tarea para el último minuto y ahora subía de punto la irritación contra la hijastra. Dirigiéndose al ropero Julia comenzó a sacar vestido tras vestido, todos arrugados.

"¡Mira! Te'bias de poner en ratitos a planchar éstos."

"Ay, sí, Julita; pero... ¿no que tengo qu'ir a trabajar?"

"Y por qué me'chan todas estas garras, mira nomás! En vez de que te pusieras a lavar, vienes y las arrinconas aquí. Ay, qué moler contigo, que toda la vida te 'ta uno diciendo las cosas y nunca me haces caso de nada. Y eso es porque tu padre nunca te dice nada. ¡Abusas! Yo empecé a trabajar cuando muy chica. ¡Escuincla güevona! Yo no sé cómo le vas'cer cuando te cases. Eres como tu madre. No saben hacer nada. ¡Te voy a fregar aunque tu padre se desquite conmigo!"

Guillermo y Lola quedaron silenciosos ante la explosión de Julia. En otra época él hubiera intentado defender el que su hija preferida sintiera el disgusto por el quehacer de la casa, pero Julia siempre discutía el punto. Cuando él decía que Lola trabajaba en un puesto todo el día y tenía derecho a descansar en casa, Julia respondía con justicia que ella vendía toallas todo el día y luego llegaba a limpiar y a cocinar para todos. Cuando Guillermo protestaba diciendo que Lola todavía era muy chica, ella nombraba a las muchachas del vecindario que a los quince años ya eran madres. "Ella va juntarse pronto —decía— y to'vía no

sabe hacer el quihacer." Guillermo no tenía respuestas, todo lo que podía hacer era dar a escondidas, de vez en cuando, algún dinero a su hija. Tenía que conservar la paz con Julia, porque sin ella se arruinaba.

Guillermo prosperó realmente durante los siete años que había vivido con Julia. Aún sentía agradecimiento hacia su amigo Canuto por haberle aconsejado que se "juntara con una mujer más grande que él." Eso fue después que su primera mujer, Esmeralda, lo abandonó para irse con un jovero. Sin un centavo, porque gastó todo el dinero en quitarle los tres hijos a la madre, empezó a buscar a alguien que se hiciera cargo de ellos. Había visto a Julia vendiendo enchiladas a la puerta de los baños a los que concurría todos los sábados y la reconoció como la vecina con cuyo hijo jugó cuando era niño. Puesto que Julia no lo recordaba, él nunca lo mencionó, ni a ella, ni a su hijo Maclovio. Ella le pareció una candidata probable para el matrimonio y se propuso comprarle algo y platicar con ella cada vez que la viera.

Julia también tenía deseos de explayarse y le contó su vida. Su padre fue minero en Guanajuato pero abandonó a la esposa y a los hijos. Vino a México, donde se enamoró de Rufelia, madre de Julia, muchos años menor que él, y vivió con ella en unión libre durante treinta y cinco felices años. En este matrimonio él era bueno y noble, pero muy pobre.

Julia ayudó a su madre a cuidar de la familia; fue a trabajar a una fábrica desde la edad de nueve años, después de haber asistido un año a la escuela. A los catorce años huyó con "el padre de sus hijos" con el que vivió en unión libre, y un año después nació Maclovio, seguido de Yolanda y de otro niño que murió. Su marido no la mantenía y le pegaba cuando estaba borracho. Ella obtenía alojamiento como portera; el día que ració Yolanda, Julia tuvo que levantarse varias veces de la cama para abrir la puerta a los inquilinos. Finalmente, abandonó a su marido y regresó a casa de sus padres, y desde entonces trabajaba para mantener a sus hijos. Con el tiempo, Yolanda y Maclovio se casaron, y ella empezó a vivir con otro hombre que también bebía mucho y que no la mantenía. Después de algunos años, el hombre murió y la madre de Julia vino a vivir con ella a su pequeño cuarto. Y a pesar de tener tres hermanos y una hermana ya casados, sus hijos, una tía materna, muchos amigos y compadres, Julia se sentía sola.

Guillermo pensó que Julia era muy morena y poco atractiva, comparada con su primera esposa de ojos claros y pelo castaño como el de Lola. Julia hablaba y reía ruidosamente, empleaba palabras soeces y con frecuencia olía a alcohol. En ocasiones, cuando Guillermo la encontraba, estaba pasando por una cruda. Pero él necesitaba ayuda y le contó su historia diciendo

claramente que buscaba una esposa que ya no pudiera tener familia, Julia, cuya matriz estaba "fria" después de muchos abortos, le aseguró que no podía embarazarse.

Por su parte, Julia estaba contenta con la juventud de Guillermo, su tez clara y sus modales suaves, y muy impresionada por el hecho de que ni fumaba ni se embriagaba. Cuando él le invitó a pasear en bicicleta, ella aceptó y después de uno o dos paseos por la Villa, acordaron unirse en unión libre. Guillermo y sus tres hijos, el más chico de dos años en esa época, se mudaron al cuarto de Julia. Ella había soñado con poder permanecer en su casa, pero pronto se dio cuenta que tenía que moverse si no quería que los chicos padecieran hambre. También descubrió que la naturaleza plácida de su marido tenía su desventaja, pues por la noche dormía pacíficamente a su lado y sólo en raras ocasiones mostraba interés sexual por ella. Él decía que le atemorizaba que los niños se dieran cuenta y que eso lo inhibía. Pero nunca se enojaba, ni la golpeaba, y ella disfrutaba de su carácter bromista. Se encariñó con él y con los niños, aunque se percataba que tenía que dar más de lo que recibía.

Cuando Guillermo se dio cuenta de que había encontrado una mujer muy trabajadora de la que podía depender, trató de realizar su sueño de emprender negocios. Inició uno de bicicletas con su ex patrono. Los dos hombres invirtieron todo su dinero en cincuenta bicicletas no reclamadas, chocadas o robadas. Guillermo llevó a cabo la reparación y su socio cambió los números de registro "para que todo estuviera legal". Alquilaban y vendían las bicicletas y les fue bien a pesar de que los competidores se las robaban. Más tarde, ampliaron sus operaciones con el negocio de ropa usada. A Guillermo correspondía recabar semanalmente el dinero de la venta en abonos. Cada vez que regresaba, su socio le informaba que les habían robado una bicicleta. La cosa continuó hasta que las existencias se redujeron a diez unidades. Desanimado, Guillermo tomó la parte que le correspondía disolviendo la sociedad. Poco tiempo después su ex socio abrió su propia agencia de bicicletas con una cantidad aproximada de cincuenta de ellas. Fue entonces cuando se dio cuenta de cómo el socio se había robado la propiedad común.

Después de semejante contrariedad, para mantener a la familia, Julia tuvo que vender sus muebles, y además fueron desalojados del cuarto por no pagar la renta. La comadre de Julia, que vivía en el número 5 de la vecindad, les permitió dormir en el suelo de la cocina hasta que pudieran encontrar otro cuarto. Finalmente, la comadre se mudó y les dejó el lugar por cien pesos. Con los ingresos de Julia, compraron muebles de segunda mano y otra vez tuvieron un hogar. Ella proporcionaba el alimento y la ropa, porque Guillermo solamente se hacía responsable del alquiler y del recibo de la luz.

Cierto día, en un puesto de juguetes él vio garrafoncitos de agua en miniatura con los soportes de metal. Pensó en la forma de producirlos a bajo precio y nuevamente se dedicó al comercio. En una fábrica de vidrio compró los garrafones comerciando con trozos de vidrio para reducir el precio. El resto de los materiales —tiras de metal, remaches, cadenas, corchos, rótulos, papel parafinado, alambre y pintura de aluminio— los compró a un costo de veintitrés centavos por juguete. No llevaba la cuenta de la cantidad de garrafones que producía y vendía, pero tenía la impresión de que al principio construía de ciento cincuenta a doscientos diarios. "Trabajaba yo desde la mañana hasta la noche sin descansar, como animal. Cuando menos sentí, ya me estaba volviendo loco. Me estaban platicando y de pronto les contestaba otra cosa, así, sin sentir. Ya estaba yo perdiendo la razón de tanto trabajo como tenía. Ya ni me levantaba de esta mesa, puro trabajo y trabajo."

Con las ganancias de los garrafones de juguete volvió a comprar bicicletas robadas y comenzó a rentarlas otra vez. También se hizo de una hielera que llenó de refrescos embotellados, iniciando así este negocio. Para asegurarse la clientela en su agencia de bicicletas ofrecía un refresco a cada cliente que alquilaba una. Cuando a pesar de todo la policía comenzó a investigar a todas las agencias de bicicletas en un intento por reducir la cantidad de robos, Guillermo vendió al costo, precipitadamente, sus bicicletas "de oportunidad", excepto cinco muy deterioradas. Al terminarse la agencia, también dejó de vender refrescos.

Para rehacerse de su falta de ingresos, llenó una charola con dulces y empezó a venderlos a los chicos del vecindario, continuando su servicio de bicicletas con los escasos clientes que le quedaban. Reunía, además, botellas vacías, pedazos de vidrio y sobrantes de madera. Un amigo velador de un almacén del gobierno, le daba pequeñas cantidades de madera y serrín con la condición de que no los vendiera. Pero él los vendía secretamente, y una o dos veces por semana cambiaba un costal de serrín por unos kilos de carne con el carnicero local.

Otra de sus formas para obtener dinero consistía en proporcionar corriente eléctrica a sus cuatro vecinos más cercanos, pasando extensiones de cordón eléctrico desde su contacto, por entre las paredes. Sus vecinos le pagaban una suma fija mensual, bastante inferior al mínimo que cobraba la Compañía de Luz, y obtenía ganancias por las cuotas reducidas en el consumo mayor de energía. O sea, que a Guillermo convenía el trato, mientras los vecinos utilizaban lámparas débiles y eran parcios en el uso de sus recursos eléctricos. Para proteger sus intereses, Guillermo tenía que convertirse en fisgón; esto condujo a fricciones y, finalmente, a la interrupción del sistema.

En sus horas libres, Guillermo trabajaba en varios inventos.

Tenía muchas esperanzas en un aparato que había construido con varios pedruzcos de metal (el rodillo de una máquina de escribir, una manivela y un corselete de sostén) que aceleraba la forma de pasar las estampas en un juego de lotería para niños. Sobre el rodillo había adaptado un bote perforado con goma; la goma goteaba encima haciendo que rápidamente pasaran las estampas y así se produjeran juegos en mayor cantidad. Pero no tenía dinero para empezar el negocio, ni había explorado la posibilidad de un mercado para colocar el producto.

También trabajó en el diseño de una casa moderna de prostitución, problema al que prestó atención cuando los periódicos publicaron las pésimas condiciones en que se encontraban las casas de mala nota de ahí cerca, en la calle de los Tintoreros. Construyó el modelo en cartón con la esperanza de venderlo al Regente de la ciudad, quien había declarado su intención de mejorar la ciudad. El edificio, con techo de vidrio, carecía de ventanas y sólo tenía dos entradas angostas una al frente y la otra en la parte posterior de un largo pasillo central. En ambos lados del pasillo había cuartos pequeños con cortinas en las entradas. Cada cuarto estaría equipado con dos camas de cemento (para evitar las chinches), colchones, un lavabo y dos asientos también de cemento. Todas las prostitutas deberían usar batas azules y esperar sentadas a los clientes, en lugar de solicitarlos completamente desnudas como en ocasiones lo hacían. El objeto de la puerta posterior era dar facilidades al cliente para que pudiera alejarse sin que se avergonzara cuando cambiara de parecer, como muchas veces en el pasado le sucedió al propio Guillermo.

"Esto es pa que se metan aquí las mujeres de Tintoreros y de por ahí. Como el edificio va a costar dinero, pos se les cobra algo, ¿no?, menos que allí en Tintoreros. Como está cerrado, pos no las pueden ver, ¿no? Entonces el que'n tra por aquí, pos ya sabe a lo que va. Ora que si no le gustó, pos se sale por esta puertecita. Y las cortinas, en vez de puertas, pa no estar abriendo y cerrando. Con dos mujeres en cada cuarto, al año ya está pagado el edificio. Y entonces, ya completo todo, pos se lo llevo a Uruchurtu. Por la idea ahí que me dé mil, dos mil pesos, ¿no cré? Esto me servirá pa empezar otra agencia de bicicletas. Así pos, voy pa'riba. Siempre he'dir al progreso, ¿no?"

Guillermo sabía que sus vecinos y parientes políticos lo criticaban. "Ya sé que dicen cosas de mí. Que estoy mal de la cabeza, que me estoy volviendo loco. Pero no m'importa. Yo sé lo que quiero. Yo me catalogo, ¿no? Yo creo que soy más inteligente que ninguno de aquí, porque'los son más tontos. Ya ve, nadie tiene televisión, ni bicicletas, ni refrigerador, y eso es lo que les da mucho coraje, que yo vaya pa'riba, ¡como si a ellos los perjudicara! Yo por eso prefiero a veces no hacer nada,

pa'que no me molesten. Pero, es un decir, yo hago mis cositas, mis invenciones, ¿no? Y esas no las hace cualquiera, ¿no cré?"

Había continuado la construcción de botelloncitos, pero su negocio comenzó a fracasar cuando un compadre de la vecindad copió su modelo y lo vendió más barato. Ahora sólo hacía doscientos botellones a la semana y los vendía con una ganancia aproximada de setenta y cinco pesos. Comenzó a invertir su dinero en prendas perdidas en los empeños, así como en mercancías robadas que vendía más caras. En cierta ocasión tuvo en su casa tres radios, un reloj pulsera de oro, unas mancuernas de oro y un anillo con una piedra preciosa. Su gran desventaja era la falta de capital; con frecuencia obtenía préstamos de su mujer o de un prestamista, a un interés exorbitante del veinte por ciento cada veinticuatro días.

Para remediar esta situación organizó una especie de sociedad de crédito mutuo a la que llamó simplemente la "caja de ahorros". Los miembros compraban o pagaban uno o más boletos de cinco pesos cada semana y tenían derecho a pedir cien pesos de préstamo con un interés del tres por ciento a la semana. Al final del año el fondo se dividiría entre los socios. Guillermo, que conservaba la caja de ahorro en su casa, recurría a ella en ciertos apuros y devolvía el dinero sin interés. Consideraba éste un privilegio al que tenía derecho, puesto que era el administrador de los fondos. Llenaba cuadernos con nombres, direcciones y números, daba recibos, y cada semana reunía la colecta de los agradecidos miembros, teniendo la responsabilidad de guardar el dinero, que conservaba en una caja de puros en su mesa de trabajo durante el día y debajo de su cama por la noche. "Es como un banco, ¡vaya! Nomás que'l dinero hago de cuenta que soy yo el gerente del banco. Vamos hacer una apariencia. Si algún socio debe, bueno, pos no se los presto hasta que pague. Es como'na sociedad de varios. Es como los rusos hacen, ¡vaya!, que cuando construyen un edificio no es nomás de aquél, sino que tiene muchos dueños. Así yo. Con este dinero, a ver... si le'ntran, pos pa construir una casita, pero entre todos, y después pos se les reparte. Sí, esto es bueno. Porque, en vez de gastárselos... que'n cines, que'n dulces, pos me los traín y aquí se los guardo. Es como'na tandita. Así va creciendo, se hace grande y después... ¡préstales sobre cosas! En vez de que vayan al empeño a que les den cualquier cosa, ¡pos no!, mejor aquí. Así... si Dios quiere, me voy pa'riba."

Guillermo dejó de martillar y abrió la caja del dinero para contarlo. Miró en seguida su cuaderno de notas para saber quién debía aún, y calcular qué tanto iría a tener en caja al terminar el día. Esto lo hacía varias veces diariamente, para descansar y porque vivía su responsabilidad.

Lola seguía planchando arrodillada en el suelo. Julia, parada

a la puerta de entrada, miraba el cielo. "¡Ah, qué aguacero! de anoche! —dijo a su marido—. ¡Qué bueno que te arreglaste! el piso, si no la gua nos inundaba hast'el colchón otra vez."

Guillermo asintió. "Sí, vieja; dicen que llovió re duro. Yo no me di cuenta. Yo'staba en el cine."

Ir al cine era la pasión de Guillermo. Antes de comprar el aparato de televisión casi iba todas las noches. Ahora, dos o tres veces por semana, porque, según decía, ahí pensaba con más claridad y le venían nuevas ideas, especialmente con las películas americanas. Con frecuencia rezaba para tener suerte cuando estaba en el cine, recitando el mismo estríbillo una y otra vez. Aun cuando se quedara dormido, no consideraba ese tiempo como perdido, porque en los sueños seguía rezando para tener suerte. Al principio Julia estuvo molesta —él nunca la llevó al cine y gastaba el dinero—, pero luego ella se dio cuenta de que ir al cine lo ayudaba en cierta forma y dejó de quejarse.

Cuando Julia repitió el cumplido diciendo a su esposo que había salvado la casa de las inundaciones, Guillermo sonrió pero no dijo nada. El asunto le complacía sobremanera, pues había ganado dinero "evitando inundaciones". Había colocado una gran losa de piedra en el umbral de su casa para que no dejara pasar el agua, y elevó el piso de la cocina con tres cargas de cascajo que le obsequió el maestro de obras de una construcción. Cuando los vecinos vieron el arreglo, quisieron hacer lo mismo. "Bueno, si quieren rellenar como yo, yo les vendo los carros de cascajo por diez pesos." Más tarde arregló dar al maestro de obras tres pesos por carga, con lo que obtenía una ganancia de siete pesos. Estaba orgulloso de su astucia. "¿No era negocio? Diga si no. Perá'no tiene qu'star abusado pa ganar aquí y ganar de'ste otro lado, si no... no puedé uno. Eso sí, pos me gané más de cien pesos nomás en eso. Yo digo, ellos salieron beneficiados, porque si hubieran contratado los carros no se les hubiera traído por diez pesos. ¡No, qué va! Pos así es como nos defendemos."

A Julia no le habló de la ganancia, porque hubiera insistido en que ayudara a sus compadres y niños sin cobrarles nada, o tal vez le hubiera hecho gastar el dinero en sus propios hijos. En lugar de eso, en un remate de almoneda compró otro reloj de oro que esperaba mandar limpiar y vender aproximadamente en doscientos pesos. Pero tuvo que volver a empeñarlo porque carecía de fondos para el abono del aparato de televisión.

En la cocina, después de batallar con la renegrida mecha, Julia había encendido la estufa de petróleo. Bajó las azules llamas y colocó, en ambos hornillos, jarras de leche y agua para el café. Mientras hablaba con Guillermo sobre los visitantes de la noche anterior, se rascaba la cabeza.

"Taba'quí don Quintero y la comadre Chole mientras lloviera.

Stá'bamos tomando nuestra cervecita, nos tomamos tres cervezas cada quien, y la cuñada de'ste no se tomaba la suya. Qué gente tan pinche, a mí no me gusta la gente apretada. Tá'bamos diciéndole: 'Andele, tómesela pa que se'che lo'tra'; y la vieja: 'Ay, no; ay, no, no', haciéndose de la boca chiquita. ¡Qué pinche vieja tan gordá!" Y volviéndose a Lola: "¿No'stá muy caliente esa plancha, Lola? Esa plancha ya tiene un año con nosotros y tiene que durar."

Lola se levantó a desconectar el cordón y sacudió el delantal mojado. Su padre dijo, bromista: "¿Y pa qué quieres babero? Nunca llevas." "Ay, papá, que nunca llevo..." Se arrodilló otra vez a planchar uno de los vestidos que Julia le había arrojado antes. En la cocina, y a un brazo de distancia de Guillermo, Julia empezó su trabajo. "¿Le dio dinero l'Agueda?" "Ay, no, no, no me'dado nada, pero al rato la voy a ver; me voy a cobrar."

Julia salió por agua. Unos segundos después se escuchó una voz: "Buenos días, ¿ora no tienen leña?"

"¡Sí, orita, orita voy! —gritó Guillermo—. Mi sombrero... mi sombrero ¿ónde'stá?", preguntó a Lola. Encontró su sombrero viejo de fieltro negro en la hielera de pepsi-coía y dijo: "Vamos a darle la leña a la señora, pobrecita, viene de tan lejos." Al salir tomó una silla. Una viejecita encorvada estaba afuera. Guillermo se subió a la silla y comenzó a bajar leños del techo. La vieja los colocó uno por uno en su rebozo y contando unos cuantos centavos los puso en la mano de Guillermo. El llamó a María, le dio una de las monedas y la envió a comprar una veladora. Casi siempre compraba una veladora para San Martín con el primer dinero que ganaba al día. "Es cuestión de fe. Si lo hago gano el favor de Dios y en todo me va bien."

Regresó a su mesa de trabajo y empezó a martillar tiras de metal encorvadas. Al observar dos cuadernos nuevos de cuentas sobre un montón de cosas en la mesa de la cocina, dijo irritado dirigiéndose a Lola: "¿No te dije que me guardarás esos libritos? ¿No ves que un libro es muy importante? Si se mancha o se pierde, después... después ¿cómo lo hallo? ¿No ves que pierdo las cuentas? Y después... no sabe uno ni a quién le debe, ni quién me debe. ¡Cuando veas mis libros así tirados álzalos!" La hija quedó callada y continuó planchando.

Julia regresó al cuarto gritando a María que tomara la botella y fuera por aceite. En seguida comenzó a revolver el ropero buscando un vestido que ponerse; encontró uno blanco arrugado, que aventó a Lola para que lo planchara. Temblando de modo exagerado, dijo Guillermo: "Dame por aí mi chamarra vieja, siento frío." Julia encontró una chaqueta marrón, destefñida, y se la arrojó.

Lola había estado examinando el vestido blanco. "Pero mire, Julita, todo está descosido de la bastilla, ¿tiene aguja?"

"Yo no sé ónde ponen ustedes las cosas, nunca encuentro nada." Julia y Lola comenzaron a buscar en cajas y en latas hasta que encontraron una aguja. Lola se arrodilló en el suelo y empezó a coser.

Galván, el hijo de nueve años de Yolanda, llegó por Herminio para irse ambos a trabajar. Respetuosamente besó la mano de su abuela y la de Guillermo. Galván y Herminio trabajaban como ayudantes de mecánico en un garaje cercano, en lugar de ir a la escuela. Ni Guillermo ni Julia deseaban enviar a los muchachos a la escuela porque no estaban seguros de que dos o tres años de enseñanza, que era lo máximo que podían esperar para sus hijos, les pudiera ayudar realmente a obtener mejores empleos. Para eso uno tenía que presentar un certificado de sexto año. Julia, que era analfabeta, decía que podía ganar más dinero que muchos que sabían leer y escribir. Ese año, Herminio se había quedado en casa porque estuvo muy enfermo. Sus padres no lo consideraban suficientemente fuerte para ir a la escuela, pero permitían que fuera a trabajar todo el día por dos pesos a la semana.

Mientras Herminio buscaba su cachucha y su chaqueta, Héctor Gómez, el joven que dormía en casa de la vieja Guadalupe, vino a preguntar si tenían cambio de un billete de diez pesos. Guillermo sacudió la cabeza. "Pero si no tenemos dinero; si no, con mucho gusto, de veras, tamos brujas." Héctor dio las gracias y se fue. Por fin Herminio encontró sus cosas y los dos chicos salieron.

Julia comenzó a tender su cama. Quitó el sarape amarillo. Una sábana sucia demasiado pequeña, que se había enrollado en la cabeza durante la noche, dejaba ver el viejo colchón cubierto con costales de yute, demasiado chico, con una almohada larga y angosta que se le añadía al través para aumentarlo. Sin perder tiempo Julia arregló la cama cubriéndola con una vieja colcha. En seguida levantó los objetos del suelo: botellas vacías, trapos, zapatos y papeles. Mientras trabajaba, su nietecita Emma, dos años más chica que Galván, llegó y estuvo de pie mirando a Guillermo trabajar. Estaba descalza, su vestido sucio le colgaba de la espalda, los cabellos largos sin peinar le caían en la cara y le fluía la nariz.

Guillermo le sonrió. "Ay, ya vino la bruja. Qui'hubas, brujita, ¿qué dices?" La niña sonrió pero no dijo nada. Lola, apresurada cosiendo, miraba el reloj sobre la televisión. "Ya, Julia, mire qué horas son: se me va'cer tarde." Como Julia no contestara, Lola se levantó diciendo: "Ya'stá, Julita; ya pláncelo usted." Julia mostró enojo mientras Lola se quitaba los pasadores del pelo y se peinaba. Se puso el vestido azul colgado tras del ropero y arrojó su ropa sucia sobre la cama.

María entró con el aceite. Julia la miró y gritó: "Ay, pero

mira qué vestido... y qué patas; les pesa, verdá de Dios. Solamente las del mesón son así."

"Pero si tú eres igual", dijo Guillermo defendiendo a María.

"¿Sí? Mira, a poco yo amanezco así", y juguetona, Julia levantó el brazo y meciéndolo le pegó en la cara a su marido.

"¡Ay! No me pegues en la cara, después mis quijadas me duelen."

"¿Sí? Pos que te duela todo, a mí qué me importa", dijo ella. Tomó la aguja que Lola había clavado en el calendario y comenzó a coser la banda rota de su delantal. Ambos alzaron la cara para ver a Yolanda que llegaba con su bebé en los brazos. Sin reparar en Guillermo, que no le era simpático, dijo a su madre que su marido no la dejaba salir a trabajar ese día a pesar de que no había dinero en casa. Yolanda muy enojada se sentó en una banca bajo la sombra, y amamantó a su niño.

Una mujer pequeña y delgada se detuvo frente a la "Casa Gutiérrez". Era Anita, la cuñada de Guillermo. "Buenos días —dijo a éste, que siguió trabajando—. ¡Ya ni la'ruelas, hombre! me trais a la vuelta y vuelta y no me das nada." El le debía dinero desde hacía tiempo.

"No, pero ora sí te doy; si no a la tarde, mañana como a las doce o las once."

"Sí, siempre me dices así. ¡Ya ni te creo nada, hombre! Ya ni jodes. Bías decirme si vas a darme o no; ya no todo, cuando menos parte, no que siempre me dices que sí, pero no me dices cuándo."

Guillermo, inalterable, trató de calmarla. "No'mbre, de veras ora te doy. Si ya ves cómo'stado fregado. Ya ves, a todos les tengo que dar, y pos... dónde si no tengo." Miró a Julia como si buscara apoyo. "A mí no me metas en tus líos. Yo no sé nada! Pa mí no has pedido ni un centavo ¡qué! No me jodas, siempre me andas poniendo de parapeto."

Tomás, el hijo pequeño de Yolanda, entró llorando y fue a asirse a las faldas de su abuela. Nadie le prestó atención ni a él ni a Emma mientras Guillermo y su cuñada continuaban hablando.

"Bueno, entóns qué. ¿Me los vas a dar ora, o no? Dime pa no estar dando vueltas."

"Sí, ora te los doy. Porque si tú me haces un favor ¿por qué yo te voy a pagar así? Vino el de la renta; tenía unos centavos y ya no pude darte nada. Pero a ver, dime, si tú tienes unos centavos y viene'l de la renta, ¿a quién prefieres dárselos? Pero de dártelos te los tengo que dar. Es la ley. ¿no?"

"Bueno, entóns qué! ¿Los sigo esperando parada o sentada?" Mirando a Yolanda, Anita se interrumpió para decir: "¿Por qué no vende atole por las mañanas o algo?" Ella sabía que el marido de Yolanda gastaba el salario en embriagarse. Y cuando

Yolanda trataba de ganar algún dinero para alimentar a sus niños se ponía furioso porque abandonaba la casa. Si no hubiera sido por la ayuda de su madre, la situación de Yolanda hubiera sido desesperada.

Guillermo dijo: "Atole por las mañanas ¿y por la noche, qué?" Julia se rió: "Viejo tan grosero, ¡qué cosas dices!"

"Pos sí, hombre, si va vender en las mañanas, también en las noches, ¿no?"

Anita dijo seriamente: "No, deveras, se vende bien en las mañanas atole o pancita pa todos los que amanecen crudos." Y volviéndose a Guillermo dijo: "¿Vengo a la noche, o qué?"

El tomó uno de los cuadernos que estaban en la mesa y mostrándosele dijo: "Mira, todos me tienen que traer. Si no cobro, pos de aquí te pago, al fin yo sé que después yo los repongo a la caja."

"Sí —dijo Julia—, deveras. Todos dan cinco pesos cad' ocho días o cuando tienen." Luego agregó: "Tengo que disparar un cartón de cerveza pa'l santo de Carmela, aquí también vamos a tener pachanga. Es santo de aquí, de la niña esta, la hija de la coma Chole. Le van a'cer su pastel y quién sabe qué más."

"Pos no sé si voy o no. No hay lana."

Anita dijo adiós y salió. Guillermo se volvió a su mujer cruzando los brazos en un gesto de desesperanza. "Bueno, pos ¿cómo le vamos a dar dinero a la señora esa?" "A mí no me metas. Pa mí no pedistes ni un centavo prestado. Yo cómo sé si es pa l'otra vieja, con suerte con ella misma mandas el dinero."

A eso Guillermo respondió en un tono meloso. "No digas eso. Mira, cuand'uno necesita, ya ves que lo saca uno de apuros."

Julia enchufó el cordón de la plancha y se arrodilló a planchar el vestido blanco. Lola se había puesto un suéter verde, roto en el codo y había arrojado tras de la puerta su rollo de ropa sucia. "Julita, ¿y mi pañuelo?", preguntó. Antes que Julia pudiera contestar, dijo Guillermo: "Nunca es bueno que no traigas nada en la bolsa. ¿conque si entras en una casa y quieres sonarte? El clima de uno es diferente. ¿Conque si hace frío? Por eso es bueno..."

Julia interrumpió para preguntar a su hijastra por qué nunca sabía dónde estaban las cosas. Lola no contestó. Yolanda se levantó para marcharse y tendió a su madre un billete de cinco pesos. "Toma, mamá; agarra lo de la tanda." "Ay, pos manda cambiar, ¿no?; yo no tengo ni un centavo." Pero Yolanda dejó el dinero en la silla y salió seguida de su hijito. Emma se quedó mirando cómo planchaba su abuela. Lola, sin el pañuelo, estuvo lista para irse a trabajar. Eran justamente las ocho y treinta. Conforme salía, dijo: "Ay, ¿cuánto costarán la muñequita y las velitas?" En la entrada, una mujer a quien Lola empujó al salir se dirigió a Julia. Esta le dijo: "Buenos días,

Carmelita." Tomó algún dinero de la bolsa de su delantal y dándosele a la mujer dijo: "Gracias, comadrita; ya sabe lo que se le desea." Carmela, que seis años antes se había hecho comadre de Julia cuando trajo al padre que bendijo la "Casa Gutiérrez", murmuró algo y salió apresuradamente. Julia suspiró con alivio: "Bueno, ya'stoy a mano con Carmela. La puedo saludar ya. Ay, pero ni le debía tanto; nomás tres pesos." Julia se levantó entumecida, puso la plancha bajo la mesa, la toalla doblada en la cama, y el vestido recién planchado en el respaldo de la silla. Se volvió y vió a su hermana Inés y a su cuñado Alfredo en la puerta. Alfredo, mucho más joven que su mujer, metió la cabeza y olfateando con malicia dijo: "¡Vámonos, vieja; aquí no dan nada!"

Julia rió. "Pérense, orita orita, frijolitos con queso y un chilito y cafecito negro y ya'stá; lo'stoy haciendo." Apresurada sacudió dos sillas y los visitantes se sentaron. Inés, corpulenta mujer de cuarenta y cuatro años, estaba sin aliento. "Ya nos vamos, si nomás'stamos de pasada."

Alfredo sacó su monedero. "Fíjense qué tan-orrativo me vuelto: traigo cinco maracas en la bolsa desde hace quince días ¡y no los he gastado!" Extendió a Guillermo los cinco pesos, quien los puso en la caja de ahorros registrando una entrada en uno de sus cuadernos. Alfredo continuó: "Pues... yo creo que ora me voy'ir a trabajar fueras de México."

"Sí —dijo Julia—, 'stá muy jodida la calle. Ayer no me vendí nada, nada. L'agua no me dejó, per'ora sí quiero irme temprano —se quedó pensativa por un momento—. Y si no es por l'agua es el maldito agente. L'otro día le quitaron la mercancía a Yolanda y cobraban treinta pesos de multa. ¡Pero les salió cola! La multa valía más de lo que valían las tuallas! Mejor así se quedaron. No nos dejan vender. No sé qué va pasar. Todos nosotros vamos a morirnos de hambre." Todos quedaron silenciosos. La presión del gobierno, amenaza siempre existente para vendedores ambulantes había ido en aumento. Dos veces, el año pasado, Julia fue llevada en el carro de la policía y pasó el día en la cárcel. En ambas ocasiones había tenido que pagar una multa para reclamar la mercancía confiscada. También la sorprendió vendiendo en el mercado un recaudador del gobierno, que le exigió tres pesos por el permiso. Julia no tenía el dinero y él trató de empujarla hacia afuera derribándola en un puesto de verduras. Enojada tomó unos tomates y se los arrojó, y en respuesta él sacó su pistola y amenazó con dispararla. La multitud se agolpó silbándole por abusar de ella y advirtiéndole que no disparara. Él la sacudió y la empujó tan rudamente que le hizo trizas el vestido. Julia se defendió y finalmente escapó.

Después de eso evitaba los mercados y el centro, donde los policías exigían ser cohechados con "mordidas" por los vende-

dores. Caminaba grandes distancias para vender sus toallas a mecánicos en tiendas y garajes, a los borrachos en las cantinas, y a los viandantes. Tenía que trabajar más que antes, pero generalmente se las arreglaba para vender ciento veinte pesos de mercancía cada vez que salía. Guillermo, presuntuoso, decía que ella era la mejor vendedora de la ciudad y que podía vender cualquier cosa a cualquier persona. Cuando no podía obtener dinero, cambiaba toallas por plátanos o por carne. Sus precios eran elásticos, pues dependían de lo que ella pensaba podía pagar el cliente. "Digo —decía Guillermo—, Julia y sus hermanos son muy abusados, todos ellos son famosos en toda la República por buenos que son pa vender."

Pero Julia se preocupaba por el futuro. El Regente había decidido limpiar la ciudad para los turistas americanos, derribando los mercados viejos y construyendo nuevos. No se aceptaban limosneros en las calles, y habían determinado acabar con los vendedores ambulantes. Julia se sentía perseguida y odiaba a la policía y a la administración. Cuando votó por primera vez, firmando con el pulgar, lo hizo porque se rumoreaba que la mujer que no ejercitara su nuevo derecho sería encarcelada. Decía con frecuencia que bajo el régimen de Porfirio Díaz, antes de la Revolución, se vivía mejor porque todo era más barato y había más libertad.

"Antes, los tiempos eran mejores pa nosotros. Nos dejaban trabajar más libremente, podíamos andar pa onde quiera. Ora... pos que ya nos cobran multas, licencias... ¡por cualquier cosa! Entóns había cosas de a dos por un centavo. Ora comemos, pero con más sacrificios."

Alfredo habló: "Pos sí. A mí me ha ido de la jodida. No he podido hacer lo que se llama nada."

Inés preguntó a su hermana si no había comprado un billete de lotería. Julia movió la cabeza negativamente. "To'vía no. Aquí tengo dos números con éste —e indicó a Guillermo—, y otro en una tanda... Nomás no puedo orita." Los cuatro continuaron la charla hasta que los interrumpió una mujer que llevaba un niño cargado en el rebozo: "Buenos días, don Guillermo, aquí le traigo esto." Sacó diez pesos que Guillermo puso en la caja de ahorros. Dio a la mujer dos recibos y escribió en su libro: "Águeda y Carlos. Inés insistió en que Águeda comprara un boleto en su tanda. "No, no puedo orita —dijo moviendo la cabeza—, más con mi'ja que'stá mala del estómago. Yolanda me la'bía de curar, está empachada. Dicen que'lla sabe curar. ¡No hay que ser!" Julia dijo que Yolanda había salido en busca de trabajo, pero que Inés también sabía curar. Inés estuvo de acuerdo en realizar la cura y Águeda comenzó a desvestirse a la criatura. El hijo más pequeño de Yolanda entró y dijo a Inés: "Le habla mi agüelita." Julia hizo un gesto de impaciencia. "Ha

de querer el vestido. Ay, se me olvida y se me olvida. El otro día se lo iba'traer y se me olvidó", dijo Inés. Y salió a hablar con su madre. Cuando regresó colocó a la niña, que lloraba, boca abajo sobre su regazo y empezó a masajearle las piernas mientras todos miraban. Luego volvió a la criatura y tocó el turno a los brazos, las piernas, las manos y el estómago. "Dale para atolito bien hechecito, nomás que de maicena", indicó a la madre. Volviendo a la niña otra vez, le golpeó la espalda, con el puño derecho sobre la mano izquierda abierta. Luego, al darle un tirón de piel, ésta tronó. "Oiga cómo le truena el pellejito, como chicle", dijo Julia. Tanto ella como los otros confiaban plenamente en esta cura porque sabían que era un modo muy antiguo. El invierno pasado, cuando Herminio cayó enfermo, Guillermo había insistido en llevarlo al Hospital Infantil para que lo atendieran "científicamente". Pero cuando vio cómo los doctores asustaban al niño con las inyecciones, los lavados de nariz y las transfusiones, se alarmó demasiado y lo trajo a casa. Llamó a un curandero y Herminio sanó. Guillermo estaba convencido de que su hijo hubiera muerto en el hospital porque el tratamiento de los doctores era "demasiado fuerte" para un niño pequeño.

"Ora ya nomás le pone un lavado intestinal con una cucharada de glicerina líquida, si no, de yerba de tianguis o de hoja sen." Inés entregó a la niña. Águeda empezó a vestirla. Julia había salido a lavarse las manos. Regresó a tiempo para oír que Águeda decía: "Bueno, ya nos vamos; gracias. Ya le venimos a dar molestias: muchas gracias, ¿eh?"

En la puerta, María asomó para preguntar a Julia si necesitaba petróleo; ella iba a comprarlo para la comadre Chole. Julia le dio dinero y un bote, luego tomó una cacerola de peltre desportillada y salió a comprar rebanadas de pan. Eran cortezas y migajas que costaban la mitad de lo que valía un pan entero. Generalmente, compraba la cacerola llena o un kilo aproximadamente.

Solo con las visitas, Guillermo dijo sonriente: "Canija chaparra, si es re canija, ¿verdad?"

"¿Quién? ¿Julia?", dijo Inés.

"Bueno, sí; ella también. Pero la María es re canija. L'otro día que se'staba bañando le digo a Julia, la vamos a'cer repelar. Le digo 'Se va tapar la coladera... ¡híjole!, si hace como un año que no te bañas, mamá.' Nos dice: '¡No, más, par de mulas!' Yo le saco."

Inés y Alfredo rieron. Después de unos momentos Guillermo continuó: "Bueno, si se quedan pa la noche se va poner bueno. Pérense y salen... por sus propios pies."

"No, qué: con el frío que hace ¡quién va querer cerveza!", contestó Alfredo.

"Qué, ¿siempre le vas a comprar la estufa a Julita?", preguntó Inés.

"No sé, quería comprarle su estufa a ésta pero no sé a qué decidirme, si por las bicicletas o por la estufa de ésta. ¿Como cuánto se gasta en gas?"

"Pos no mucho —dijo Inés—, nomás cuando pones frijoles, cosas así. No se gasta mucho. Oye, a propósito de dinero, una'miga mía quería que le prestaras mil quinientos. Da tres de rédito. Ella firma una letra."

"Nosotros teníamos pa prestarle a la Márgara, pero si sabe que'l dinero es nuestro, no nos paga. Hubiéramos empeñado la máquina, pero no nos paga, y así... pa qué. Pero si tienes debías de prestárselos, es dinero seguro", dijo Alfredo.

"Pos si tuviera se los prestaba —dijo Guillermo—, pero'rita de ónde."

Panchita, la nuera de Julia, pasó por la "Casa Gutiérrez" y saludó: "Buenos días." Se veía ostensiblemente embarazada y Alfredo le gritó: "¡Que sea hombre, si no lo devolvemos! —luego agregó—: Así, así debían ser todas las mujeres, no que hay unas viejas más payasas que hasta coraje da, ¡verdá buena! Como una señora que estaba enferma pero andaba apretada la condenada, bien fajada. Un día le dije, ora verás: 'Bueno, pos quién está enferma, ¿usté está enferma?' Dice: 'Ay, no, ni Dios lo quiera.' Bueno, como a los tres días se la tuvieron que llevar porque ya le tocaba. Pinche vieja tan payasa."

Entró Julia y puso la cacerola de pan en la mesa diciendo: "Carmela se va'casar el mes que'ntra."

"¿No que hasta seriembre? Ya'brá cambiado de planes", dijo Alfredo.

"O de otra cosa", contestó Julia maliciosamente.

"Apuesto a que son puras chivas", agregó Alfredo. Inés dijo: "Eso digo yo, que ya nomás van a burlarse. Ya llevan acá su adelanto y todavía de blanco."

Por la vereda de losas Guillermo vio venir al velador a quien apodaban "El Rey", y dijo a Julia: "Ai viene 'El Rey' de la leña. Nomás que venga la María pa que vaya por los palos." Al mismo tiempo que "El Rey" llegó Rufelia, la madre de Julia, pero se mantuvo quieta en la puerta, tras el hombre, mientras éste saludaba a todos. Apresurada salió Julia para lavar una olla en el grifo: "Orita voy —dijo—, nomás que venga la María pa que me ayude."

Inés se levantó y se recargó contra el marco de la puerta. Alfredo examinó un rollo de alambre de cobre que "El Rey" sostenía, y entre ellos comenzaron a discutir su costo. Luego Inés hizo el intento de marcharse, pero su marido le hizo una señal para que esperara, y Guillermo también observó su impaciencia. "¡Ora! Debías de hacer una salsa pa darles aunque sea

una enchilada", dijo. "Sí, orita orita, ya la voy a'cer. Ya orita te la echas, 'Rey'." Julia pasó rozando a su madre, que seguía en la puerta. "Sí, 'Rey', ya vamos a comer."

"Sí, hasta la una —dijo Guillermo, sarcásticamente, dirigiéndose a Alfredo—. A veces a las doce tamos desayunando, ¿tú crés?" Alfredo le guiñó el ojo.

"Anda, tú, ¡no seas hablador!"

Alfredo se jactó: "A la una?... A la una yo ya'stoy comiendo y a las seis ya'stoy cenando... A las ocho desayunamos."

"A poco... deveras", exclamó Julia, dudosa.

Estaba habituada a servir dos comidas al día, y a las horas más convenientes para ella. Si el desayuno se servía tarde, la familia podía pasarse sin almuerzo; ello permitía ahorrar comida y tiempo, que Julia dedicaba a trabajar para obtener la cena. Pero en casa de su hermana las cosas iban mejor. Alfredo era un buen vendedor e Inés no tenía que trabajar, excepto cuando necesitaba dinero extra. Además obtenía algunos pesos trabajando como médium en el Templo de La Luz. Por tan buenas razones podían disfrutar de tres comidas al día.

Julia puso el chile a tostar en la parrilla y se apresuró a pelar el ajo. Inés volvió a sentarse. La madre de Julia se había encaminado al excusado y regresaría a casa de su hija con la esperanza de obtener algo de comer. "El Rey", que observaba a Julia, dijo sonriente: "Si no le desprecio el taco a la reina." Al ver las miradas famélicas que la contemplaban, Julia se movió más rápidamente. No quería que su hermana se fuera sin haber comido. Ella y Guillermo sentían gran respeto por ella, por sus poderes espirituales, y también porque le agradecían el que los hubiera ayudado. En una ocasión curó a Guillermo una infección de la piel, y algunos meses antes, cuando Julia tuvo un ataque de apendicitis, ejecutó "la cirugía espiritual" que le alivió el dolor. Cuando Guillermo abrió su negocio de bicicletas, rezó pidiendo suerte al Santo patrón Martín Caballero, pero hasta que Inés no le trajo ciertas flores blancas y yerbabuena en una jarra de agua, su suerte no mejoró. Tomó el primer dinero que ganó, lo mojó en el agua y roció la entrada de su casa para que no le faltaran clientes. "Ya ni quería que me trajieran las flores, porque luego trabajo no me faltaba... Es más, me sobraba, y ya ni podía'cerlo", dijo Guillermo admirado.

Inés y Alfredo dirigían un centro espiritista en su casa de dos cuartos, ejercían los jueves y viernes, días asociados tradicionalmente con las brujerías. El Templo de La Luz era una combinación de creencias católicas, evangelistas y populares que atraía a católicos de la clase baja, aunque había sido denunciado por los sacerdotes. Guillermo explicaba la forma en que conciliaba su participación en la Iglesia católica y en el Templo de La Luz.

"Las dos religiones son espirituales. La Luz es un templo como de una especie de no buscar males, sino siempre el bien. Allí hay de todo lo de la Iglesia católica, la única diferencia es que una es en español y l'otra en latín. Los padres hablan en latín porque les conviene. En la misa le cuentan en latín la vida de Cristo... uno, pos no entiende nada y sigue yendo a la misa. Si me cuentan la vida de Cristo en español... pos me la prendo de memoria, y entóns l'otro año ¡ya pa qué voy! Y no crea, los curas no dicen sus secretos. ¿Cuándo ha visto usted que un cura deje'l Cristo en la Iglesia?... ¡nunca, nunca! Porque's l'arma de'llos. Con eso se defienden. Es como un diputado que no deja su pistola, ¿por qué?... porque's su arma, ¿no? Su defensa. Así ellos. Y mucha gente se ha'liviado en el templo. Curan enfermedades; y magia negra, con blanca. Aquí en la ciudad hay más brujería que'n los pueblos. Cuando nos enfermamos, no vamos a los doctores ricos... pero... nos sale igual porque vamos al Seguro Social... y lo que no paga uno al médico, nos lo roban en las boticas. En el templo nos curan y hasta la medicina nos dan, por eso sí nos sale muy bien. ¿No cré?"

La reputación de Inés como médium le había proporcionado gran cantidad de seguidores y dedicaba la mayor parte del día al centro espiritista. Había arreglado el cuarto y lo conservaba limpio con cirios y flores. Contra una de las paredes había una escalinata verde de siete escalones, cada uno con un cirio grueso y un jarrón con flores. El último escalón tenía un crucifijo y cuatro lámparas votivas ordenadas en forma de cruz. Arriba, clavado en la pared, el marco triangular de un ojo de mujer del cual emanaban rayos. En una esquina del cuarto, un sillón tapizado de tela roja y blanca que hacía juego con las cortinas de las ventanas. Estos colores hacían honor al Sagrado Corazón. Otros santos eran honrados con telas de otros colores. Durante los ritos, Inés, sentada en el sillón, recargada hacia atrás con los ojos cerrados y los pies descansando en un pequeño tapete, entraba en trance. Como decía Julia: "Ella es guía, es el contacto, ¿no?, entre'l misterio y los creyentes. Ella presta allí su cuerpo material pa recibir las órdenes del Ser, y luego ella las dice así, a la gente."

Frente al sillón de Inés había dos sillas pequeñas acojinadas y con respaldos y cabeceras blancas. Los ayudantes especiales, con ropas blancas, se sentaban en ellas. Sobre la mesa estaban unos botes de aceite y un pequeño barril de bálsamo o de agua bendita, que se empleaban en las curaciones. Se esperaba que la gente que venía a curarse dejara uno o dos pesos para gastos. El resto del cuarto estaba ocupado con bancas para las personas que venían a presenciar las curaciones y a rezar. Había servicios especiales a cargo de Inés, Alfredo y otros "hermanos" y "hermanas" los días primero, nueve y trece de cada mes.

Julia era "hermana" en el Templo de La Luz y asistía fielmente a las reuniones. Estaba "marcada" como médium potencial porque, como Inés, a veces tenía visiones de seres o de sí misma caminando entre las nubes. Pero carecía de tiempo y deseo para desarrollar sus poderes, y estaba contenta con ser una discípula. Guillermo tenía fe en Inés, pero había dejado de asistir al templo porque le ocasionaba un trastorno enfermizo. "Cada vez que voy, presiento así, ¿no?, como que me agarra un ser por dentro. Luego presiento como que traigo un don por dentro y me'ntra un escalofrío, pero fuerte. Hasta siento como que m'enfermo, me tiembla el cuerpo y cuando paso por las plantas del Señor me pongo pior."

Guillermo creía tener ciertos poderes que entraban en conflicto con los de Inés. Tenía visiones de santos caminando por las paredes y de caras en las nubes o en cualquier cosa que viera. También había adivinado ciertos sucesos, entre ellos la caída de un avión y la muerte de Jorge Negrete. Una vez, mientras miraba a dos hombres que se acercaban en bicicletas, dijo a Julia que chocarían y unos momentos después chocaron. A veces sentía que su espíritu era tan fuerte, que se volvía peligroso para otros, y estaba convencido de que, sin querer, había ocasionado la muerte del hijo enfermizo de Maclovio porque lo llevó a bautizar. También se creyó culpable de la muerte del hijo de su hermano porque lo tuvo en brazos el día anterior. Guillermo ya no acariciaba o cargaba a los niños, ni siquiera a los propios, por temor de matarlos.

A la edad de diez años Guillermo trabajó como monaguillo en una iglesia, donde adquirió gran admiración por la vida eclesiástica. El sacerdote lo animó para que ingresara en un monasterio y él estuvo tentado a ello, pero como era un niño demasiado travieso no fue aceptado. Tocaba las campanas a deshoras, se atiborraba de hostias, se embriagaba con el vino de consagrar, deliberadamente escondía el marcador y ponía éste del Misal del revés justamente antes de la misa, y finalmente fue sorprendido con las ropas del sacerdote puestas. Aún hoy, Guillermo pensaba que le gustaría entrar en un monasterio y hacerse sacerdote, pero Julia no lo aprobaba. Cuando mencionaba el tema ella lo interrumpía para decir: "¡Sería mejor que fueras padre de tus hijos!"

Guillermo comenzó a martillar unas tiras de metal en su mesa de trabajo. Julia llamó a María, que rondaba por el pasillo: "Ven, toma, córrele a la tienda y traí treinta de café. Estamos esperando —conforme la niña corría, Julia gritó agregando—, y un tostón de queso añejo. ¡Córrele, viejita!"

Mientras tanto, Alfredo hablaba con Guillermo de la fiesta que iban a tener esa noche. "Entóns qué. ¿Piensas salir por tus propios pies como l'otra noche?"

Julia volteó a mirar a su marido y sonrió. "Estabas re bien cuete, mano... ¡pero qué abusado!"

"Tú ni aguantas nada —agregó Alfredo—; con unas cuantas cervecitas al luego luego te caíste. No aguantas como los hombres."

"Sí, pero qué abusado, cuete cuete, pero este pinche viejo no se pierde. ¡Qué te crés! —dijo Julia y agregó—: ¿Tú vistes todo el rato qu'estuvo durmiendo?... bueno, ¡pos no'ataba! Nomás se hacía... staba con la cabeza baja. Pero era porque'staba aquí don Chucho... ¿te acuerdas? Todo el rato que'l se'stuvo no durmió, pero apenas oyó que se fue... que cai sobre la cama. Pero no durmió, nomás'taba de juzgón, nomás'taba cuidando a don Chucho —y mirando a Guillermo, dijo—: ¡Qué dijistes! Este a mí no me chinga, ¿no?"

Guillermo sonrió con timidez. "Sí, ¿verdá? Pos yo digo que no es bueno dejar las cosas así al descuido. No es que lo'stuviera cuidando, pero tú sabes... el diablo es el diablo." Julia dijo: "Pero apenas se fue, cayó como tronco l'mula este." Todos rieron.

Rufelia, sentada afuera, en una banca junto a la puerta, comentó: "Pero no es peliador, no le da por peliar como'tros que apenas toman y luego luego..."

Guillermo contestó: "Pos pa qué peleo, de todos modos vive uno junto, ¿no?" Alfredo le dio una palmada en la espalda a Guillermo: "Deveras, qué cuete tenía usted." Julia movió la cabeza. "A mí me gustan los jaladores, ¡los que aguantan! La gente apretada hasta me cai gorda. Pa'l santo de Guillermo vamos a'cer una pachanga a todo dar."

"Como la que yo hice l'última vez, ¿verdá viejo?" —dijo Inés codeando a su marido—. De toda la cuadra no hay quien haga una igual a mí."

"De deveras. Aquí, a lo pobrecito, también aquí. Aquí en toda esta vecindá no hay quien haga una pachanga igual a nosotros, ¿no'scierto, viejo? Como cuando llevé esos tres muchachitos a la primera comunión. ¡Me gasté mis quinientos pesos! Sí, me gasté mis fierritos, pero stuvo ¡a todo dar! Les hice una cazuelota de mole... un buen chocolatito... las cervecitas. Yo siempre que hago una fiestecita así, me gusta gastar mis centavitos... pa'cer harto de comer pa que luego no digan!"

"Igual, pa'l santo de Alfredo vamos a'cer una. ¡Que corra el vino!" dijo Inés.

"Hacemos cubas y ponche pa los distinguidos, y pa los demás pulque —Julia empezó a reír de nuevo—, y le hacemos una jugada a la portera. La'cemos que vaya y venga."

El viejo Ignacio vino a entregar el periódico *El Universal*. Dio a Guillermo cinco pesos, tomó el recibo y se fue sin decir palabra. Guillermo apuntó en su libreta, diciendo: "Este es el más

pobre y el más pagador; va'l corriente en su cuenta. Nunca pide prestado. Aquí los ganones son los que no piden, porque'sos a la mer'hora se van a llevar sus lanitas... ¡y qué suave cuando la reciban!"

María entró corriendo y dio a Julia el queso y el café. Esta dio a la niña una palangana amarilla para que la llenara de agua; cuando regresó la envió otra vez por un mandado. "¡Ándale, córrele, hija! Vete a traer un kilo de tortillas." Dio a María setenta y cinco centavos y una servilleta, y comenzó a espolvorear el queso en la salsa picante. La pequeña Emma continuaba recargada en la mesa de la cocina cambiando de postura cada vez que Julia pasaba. Alfredo preguntó a Guillermo acerca de la estufa para Julia. "Pos yo creo que sí, quiero comprársela, y tapar allí —y apuntó al techo bajo de la cocina—. ¿Como en cuánto me saldrá?"

Alfredo sacó un trozo de lápiz de su bolsa y empezó a calcular en un pedazo de papel. "Vamos a ver... ¿vas a comprar las vigas?" "Esas no me cuestan nada. 'El Rey' me las da." Buscó al "Rey", pero había salido calladamente. Alfredo dijo: "¡Ah! Pos entóns como en unos cuarenta y... dos pesos; cuando mucho, los cien. Con eso tienes pa levantarles el techo de la cocina y les queda muy bien pa que puedas meter tu estufa."

Julia había estado escuchando. "Huy —dijo—, entóns sí que las viejas estas sí me linchan. Si de por sí ya ves cómo son de envidiosas... Pos ora sí compramos la estufa de gas, ¡me sacan a patadas de aquí las cabronas! Saltó en seguida para lavar unos trastos. Inés miraba constantemente el reloj encima del aparato de televisión. Era un cuarto para las diez.

Guillermo gritó a su mujer. "¡Ándale, vieja!" Julia estaba de regreso con los trastos limpios. "¡Oh! No me'stés chingando." Movió el resto de los frijoles que se calentaban en la estufa y pidió a Inés que sacara de la lumbre la olla del café; mientras tanto, ella iba a lavar las cucharas. Inés se levantó sin ganas y bamboleándose fue hacia la estufa. "Ay, pero me voy ensuciar toda. Maldita estufa, mira qué sucia está." Con la falda del delantal quitó la olla caliente. Observó luego que Tomás estaba a la puerta y se dirigió a él para examinarle el cuello inflamado. Cuando Julia regresó, dijo: "Este niño de verdá que'stá malo. Si no lo curan, así se va quedar pa cuando sea grande."

Guillermo dijo: "Si no fuera por su abuelita no comían. A ver, ya se largó Yolanda y no sabe si comen sus hijos o no. Y así los deja, como'rita. A ver... no han desayunado. ¿Verdá, Catalina?", preguntó a la hija mayor de Yolanda que en ese momento llegaba a la puerta. La muchacha se fue sin contestar. Guillermo continuó: "Y hasta que no viene Julia de vender, hasta'sa hora, comen. Ya las seis o las siete, veces a las ocho."

"Pero si no la culpo a ella —dijo Alfredo—; es l'otro el que

y si no lo para con la mano le raja usted la cara. También l'otro día a mí, ya ve, me dio con la tapa del sartencito que hasta me hizo ver estrellitas. ¡Y nomás por nada! Déjala que se pare onde'lla quiera. Aquí dentro no puede pasar."

Todos callaban hasta que Rufella refunfuñó de mal humor: "Pos también pa qué son groseros conmigo." Y Julia: "Ay, mamá... a usted quién le hace algo. Toda la vida dice usted lo mismo y no le hacemos nada."

La hija más pequeña de Maclovio entró pidiendo comida y Julia le arregló un taco; luego, guasona, ofreció a Alfredo más chile. Él negó con la cabeza y comenzó otra vez a cantar: "Chile de día y chile de noche..." para recibir otro manazo de su mujer. "Ya cállate, qué dirá la gente, que'sto es una cantina."

Guillermo, que había estado trabajando silencioso durante un rato, dijo: "De veras... ya no hay cantinas y casas de putas en Tintorerías, ¿verdad? Las quitaron de ahí." Alfredo negó e iba a contestar, cuando Inés se levantó. "Ya vámonos, viejo. ¡Ya vámonos!" Cuando él se levantó ella descubrió un agujero en la parte posterior de sus pantalones. Apenado, se cubrió el trasero con la mano, luego se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura.

"No —dijo Inés—, no te pongas visiones, tú. Te has de ver peor con eso. Si no se te ve nada, no seas necio... no te pongas eso." "¡No, qué! Me vaya pasar como allá. Nadie me vía d'cho nada y traía el pantalón roto, y en medio, y al bajar del camión que se me ven los calzones." Todos se rieron. Inés y Alfredo dijeron adiós y se marcharon.

Julia se sentó a tomar su almuerzo, pero fue interrumpida por Yolanda que la hizo sostener al bebé mientras ella llenaba de café con leche una botella de refresco. Se sentó y comenzó a dárselo al niño, mientras leía los anuncios clasificados en el periódico de Guillermo, buscando un trabajo. Julia siguió comiendo y movió la cabeza cuando su madre le dijo: "Bueno, ya me voy y gracias. Vamos a ver qué nos socorre Dios."

Panchita llegó y ante una seña que le hizo su suegra tomó el trasto de los frijoles y el café que quedaba para llevárselos a su casa.

Guillermo gritó a María: "Ya es tarde, ándale, sácame'l costal pa irme a entregar." La niña buscó en el ropero, pero no pudo encontrar el costal. Se dio por vencida y quejóse con Julia de que le dolía la cabeza. Guillermo dijo: "¿Tas mala, verdad, hija? No vayas a la escuela, te va'cer daño."

María negó con la cabeza: "No, papá, sí voy; no me hace daño." "Ahí viene ya 'El Rey', ándale —dijo Guillermo—. Tú, María, y Catalina, vayan por la basura."

Julia estaba amontonando los trastos sucios. "Ay, mira, y yo 'stoy aquí ocupada. "Cuando "El Rey" se detuvo en el marcc

de la puerta, ella dijo: "Pos ya llegaste tarde... Ya todos acabamos. Te voy a dar nomás tu chilito."

"El Rey" sonrió. "Ándale, reina, no le desprecio el taco a la reina; échenclo así, no le hace."

Julia puso salsa picante entre dos tortillas y se las dio en un plato. Él las tomó, dio las gracias y se fue, comiendo.

Julia observó a su marido que revisaba su libreta y le gritó: "Ándale, ándale, si vas ir. Se te va'cer tarde."

"Ya me voy. ¿No les dije que me dieran el costal y un poñuelo? Mira, hace un rato no tenía ni quinto, y mira, ya llegó la lana, pero tovía me faltan de dar éstos. Voy irles a cobrar. Camija Águada, se discutió, dio diez pesos." Julia fue hacia el ropero y encontró inmediatamente el costal. Murmuró, disgustada, que las muchachas nunca encontraban nada. Guillermo atrapó el costal cuando se lo arrojaron y en seguida se puso el sombrero, diciendo: "Bueno, ya me voy. Orita vengo a traír el regulador de la televisión, luego me voy a cobrar y, este... orita vengo."

Julia gritó: "¡No te tardes!, que me agarra l'agua como ayer y luego ya no hago nada. No me hice ni cinco pesos."

Guillermo regresó con la mano extendida. "Págame, que voy a comprar cadena." Ella dijo que le había dado diez pesos. Discutieron hasta concluir que ella le debía cuatro pesos aparte de su deuda total de ciento treinta. Seguía pagando el dinero que le había pedido prestado para la fiesta de la primera comunión. Aceptó en darle los cuatro pesos, y al cuarto para las once él salió con el costal al hombro. Pero a los pocos minutos se le vio regresar por la vereda de losas. "¡Ay, Guillermo, con una chingada, cómo se te va ti en dar vueltas y mira qui'oras son! ¿A qué horas me voy a largar yo?" "Bueno, entón qué... ¿compro la cadena?" Julia, disgustada, casi gritó: "¡Que no!, vaya." Él retrocedió ante su furia y apresuró la marcha. Julia lo miró y movió la cabeza. "Yo no sé qué le pasa a ese hombre. En vez de hacer dinero se ha ido pa'bajo, pa'bajo. Creo que tiene salación. Alguien lo tiene embrujado. Todo tiene empeñado orita y ya le da el cuarto —dijo a Yolanda—. Yo no sé... Mira, cuando yo salgo a vender ya me traigo mis centavos, y él, pos no, no puede. Yo no sé qué tiene. Yo lo catalogo como medio tonto o algo así."

Julia comenzó a jugar con el bebé y casi al momento se contentó. Sostenía al niño sobre su cabeza: "Ay, cabrón, mi'jo ¡tan chulo, papacito!" Lo besó ruidosamente y lo puso en el suelo. Otro velador que cuidaba las casas en la calle se acercó. Julia buscó en la bolsa de su delantal algunas monedas y le dio su propina semanal. Después, el señor Quintero, que vivía en el número 11, se detuvo a saludarla mientras continuaba en dirección hacia la calle.

Ella reanudó la conversación sobre Guillermo. "Pos sí. Yo me comprometí ayudarle con veinticinco cada ocho días, a ver si hace algo. Siquiera que se haga un par de pesos diarios. Ya con la tele... pos ya es alquito más quen'tra. Cuando stá'quí la televisión, se vende muy bien el dulcecito, los chokolatitos y así... va entrando poquito dinero. Ya es algo —sacudió la cabeza con tristeza—. Solo, ese hombre, no haría nada, se fracasaría."

En los primeros años de su matrimonio Julia se había impresionado por la inteligencia de Guillermo y por su certidumbre de que algo grande guardaba el destino para él. Pero los fracasos repetidos en el logro de sus dulces sueños la desilusionaron. Hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que ese deseo de mejorar, lo que él llamaba su "gran ambición", estaba arruinando sus oportunidades para obtener un simple *modus vivendi*. Ella no exigía comodidades para vivir. Con frecuencia decía: "Nací en la pobreza y moriré en la pobreza." Lo único que deseaba era que la aliviaran de la carga de mantener a la familia. Estaba trabajando demasiado y temía por sus nietos e hijastros cuando ya no pudiera continuar. Cuando no andaba vendiendo toallas, no sólo cocinaba, limpiaba, lavaba y planchaba, sino que también preparaba grandes cazuelas de mole, arroz y frijoles, y hacía ocho kilos de tortillas para vender en la calle. Aun con el auxilio de Lola, de María, de Catalina, de una sobrina, y una de sus comadres, que preparaban los múltiples ingredientes del mole, eso era demasiado para ella.

Julia salió a llenar un bote de agua para su baño. Yolanda se fue a su casa con sus hijos. Mientras Julia colocaba el bote de agua en la hornilla, regresaron Catalina y María cargando entre las dos un costal pesado lleno de desechos de madera. Lo dejaron frente a la puerta y corrieron a jugar, pero Julia las llamó y entre las tres lo arrojaron sobre el tejadillo. Panchita pasó a lo largo diciendo: "¿Más leña, Julita?" "Sí. Ya tengo mucha, pero dicen que a caballo dado no se le ve el diente, ¿no?" —dijo Julia—. Pa'lgo ha de servir. Nunca hay que despreciar nada." Y volviéndose a María le dijo: "Traime la escoba, ándale." Barrío la basura hasta hacer un montoncillo, y Catalina la recogió utilizando una placa con el nombre de una calle. Entre unos niños se inició una pelea cerca de los lavaderos y el pequeño Tomás accidentalmente recibió un golpe; comenzó a berrear y Julia gritó a Yolanda que tuviera más cuidado con sus hijos. Ella levantó a su hijo: "¡Ay chata, cómo serás!", dijo Julia.

Yolanda no contestó, arrulló a su hijo durante un rato, lo dejó otra vez en el suelo y regresó a su lavado de ropa, haciéndose a un lado cuando vio venir a su abuela, que se dirigía a la casa con una caja de botones. Rufelia se sentó en una piedra y comenzó a separar botones según su color y tamaño. Aunque dependía de sus hijos para vivir, ganaba dos o tres pesos al día

vendiendo botones, alfileres y garrafoncitos. En ocasiones los vendía en una charola que se suspendía del cuello, pero generalmente iba a la Merced, se sentaba en la acera y extendía sus existencias en un papel de periódico.

"Yo creo que no voy a vender, el día 'stá muy feo. Es la luna que trai toda esta'gua", dijo Rufelia.

"Pos feo o no, me voy a vender —contestó Julia—. A veces ando yo sin zapatos, y las colchas ya 'stán muy de altiro. Pero aquí no se le molesta a él en lo mínimo. Aquí, lo más que pueda yo hacer. Me voy a bañar en casa de Yolanda. Fijese, Lola se va'l baño cada tercer día y se gasta uno cincuenta, pero yo es muy rara la vez que voy. Pos le digo que 'stá bien, al fin y al cabo son sus hijos, pa darles vida de ricos. Pero no 'stá bien, ¿verdá?"

Julia estaba más triste que indignada. La explotación de Guillermo, el abandono en que la tenía, así como su preferencia por Lola, la herían profundamente. También estaba sentida por el hecho de que Lola daba la mayor parte del dinero que ganaba a su padre, y sólo muy rara vez le daba a ella unos cinco o diez pesos.

Pero amaba a sus hijastros y creía que la querían "más que a su papá". El que ellos la necesitaran era la razón de que Julia continuara la unión con Guillermo. Y tenía miedo de vivir sola y comenzar de nuevo a beber alcohol con sus muchas comadres.

"Bueno —dijo Rufelia—, pos ora le dio cuarenta y cinco pesos."

"Pero yo a Guillermo siempre le tengo que star prestando. A veces le presto pa la cadena, y el otro día le di cien de la tandita pa sacar un reló que estaba empeñado. Le costó setecientos el reló y luego nos tenemos que peliar fuerte porque no me paga. A mí me gusta tener... pos la casa con macetitas, arregladita, con... pos por ejemplo... dos o tres o cuatro cubetitas, pa'l servicio, todo ando alzando. No me gusta'ndar pidiéndole a las vecinas. ¡Qué! ayudara parejo! Le digo que otra cosa'bía de ser —Julia hizo una pausa, y continuó con vehemencia—: Toda la vida he sido pobre, desde chiquita he sabido lo que's joderse pa comer el pan. A veces, ay, mamá, me siento demasiado cansada, y hasta me aburro. Me siento enferma, pero digo yo... pos tengo que trabajar... Y ni modo, qué se le hace, ¡un buen día me voy a caer muerta!"

María salió del cuarto con el vestido limpio de Julia, su fondo y calzones hechos de costales de harina, y una toalla. Julia aprobó y se dirigió a casa de Yolanda donde se dio un baño tras de una cortina de costal. Poco antes de las once, Guillermo regresó trayendo en su costal el mencionado regulador para la televisión. "Parece que ai vienen los de la luz a restirar los alambres", dijo a Julia, que se peinaba al sol el cabello mojado. Y disponiéndose a salir otra vez, agregó: "Orita vengo. Es que

andan a los de la luz. Quiero verlos pa que me bajen la corriente que'stá muy alta."

"No, no. Ya no puedo esperar más tiempo. Ya no vas a ningún lado; lo siento, mano." Se puso brillantina en el pelo y *cold-cream* en la cara.

Don Quintero llegó para entregar a Guillermo quince pesos. Este dijo: "Entonces, quedan setenta, compadre." Quintero asintió y esperó su recibo, saliendo en seguida. Julia alzó los ojos hacia el oscuro cielo. Rufelia dijo: "No te va dejar ir." Julia resopló: "Pos a mí, tormenta o no tormenta, con permiso del señor y sin él... ¡me da lo mismo!" A eso, Guillermo sonrió mostrando su puño. "¿Ah, sí? Con un trancazo te volteo con las patas pa'riba." Rufelia se rió, diciendo: "Sí, hombre, ¡tan fácil!, nomás le'chan agua y ya se'stá muriendo."

Pero Guillermo habló con seriedad a su mujer: "Una de dos. O salgo yo y se queda ella, o sale ella y me quedo yo. La casa no puede star cerrada porque luego llegan clientes con composturas. Es, como quien dice, una tiendita: aunque no se venda, está abierta siempre. Usted sabe, cinco, diez pesos que dejan, los meto en el fleje o los meto en la cadena, ya se me hicieron veinte pesos; aquellos veinte pesos los meto en mole con pollo, en lo que sea, ya se hicieron sesenta, y así. Es el chiste."

Julia no le hizo caso. Se puso el montón de toallas al hombro, tomó su bolsa y estuvo lista para salir. Su madre le dijo que recogiera su vestido en casa de Inés, pero ella movió la cabeza diciendo: "No, mamá, no voy pa'llá; voy a l'obrero."

Guillermo le recomendó que no se cansara demasiado y preguntó si al regreso le podría hacer un pago. Ella se encogió de hombros. "Quién sabe cómo me vaya; según, si Dios me socorre." Siguió su camino saludando a los vecinos que trabajaban en el patio bajo los tendidos.

Guillermo la vio alejarse. Se daba cuenta, con pena, de su falta de dominio sobre la mujer. Cuando comenzaron a vivir juntos él pudo poner término a las borracheras de ella fuera de la casa, y mantener alejadas a las amistades con las que bebía. "¿De qué sirve que se ganara veinte o cincuenta pesos diarios, si iba tomárselos de cerveza? Pos qué chiste, ¿no? Y no me gustaba que mis hijas fueran inculcándose'so." Ella le había obedecido más o menos, en esa época, y nunca fue a ninguna parte sin su permiso. La familia de ella le otorgaba el mérito de haberla mejorado, pero las cosas habían cambiado. "Yo perdí el mando, porque ella nomás con que me diga 'me voy a vender', ya con eso qué le puedo decir. Pos se va. Y es que yo tuve la culpa desde un principio, porque si no la hubiera dejado salir a vender, yo seguiría mandando. Pero con eso de que ya va vender, pues ya no me hace caso."

"Yo creo que voy a volver a mandar en la casa cuando pueda

cambiarme de aquí, porque si nos vamos a otra casa ya la familia de'lla no va intervenir en nuestras cosas, ¿no? No que ora, si me peleo con ella, como aquí viven sus hijos, pues ya luego luego ai vienen a meterse, ¿no? Y nomás con que se meta Yolanda, pos ya son dos mujeres y pa qué me voy a pelear con ellas. Por eso yo digo que si nos cambiamos de aquí, ya le voy a restar fuerzas a Julia, ¿no?, porque ya no va tener quién le ayude y yo creo que'lla se da cuenta de'so y por eso no quiere cambiarse. La familia de Julia ai andan diciendo que soy flojo, que soy atenido, pero no se fijan que'stamos así porque les ayudamos a ellos. Si ellos y sus hijos no vinieran a comer a la casa, qué necesidá tuviéramos de andar trabajando tanto. Pero no, no se fijan, nomás ven su conveniencia. Me vinieron a gritar aquí los hermanos de Julia que nomás me'staba aprovechando de'lla porque tenía la televisión a mi nombre, que yo lo que quería era que Julia me ayudara pagar todo, y ya luego abandonarla. Y es que no entienden, ¿ve? Yo se los dije. Julia pos no podía porque tenía que dar una firma de algún conocido con casa o propietario de algo, ¿no? Pero yo sí, por eso'stá la televisión en mi nombre. Las bicicletas también. Bueno. ¿Y qué quieren? —les dije—. ¿Que Julia maneje el negocio? Pero si Julia no sabe nada de bicicletas. Si yo me separara, si yo me fuera de aquí, ¿crén que yo m'iba llevar las cosas? Yo pa qué las quiero. ¿Crén que mis hijas se van ir conmigo? ¡Ya quieren más a Julia que a mí!"

Trabajosamente Rufelia se puso de pie. Repitió a Guillermo que no iba a trabajar.

"No va, en primera porque's santo de Carmela, y luego, dan algo de comer", dijo Guillermo.

"Pos sí, ya sabes que cad'año voy a darle su abrazo." Lentamente se dirigió a la casa de su nieta.

Guillermo conectó el regulador de la televisión que pronto estuvo funcionando. María entró en el cuarto y ambos estuvieron mirándola durante algunos minutos; él dijo: "Ya no, porque se gasta mucha luz." Apagó el aparato y regresó a su mesa de trabajo.

La niña subió al tapanco para arreglar la cama. En un rincón puso las ropas que recogió. Saltó al suelo y comenzó a colocar botellas vacías de refresco en unas cajas, junto a las bicicletas. Del ropero sacó un vestido de algodón burdo, un suéter muy usado y los puso sobre la cama; de una caja, bajo el ropero, tomó tres cuadernos y un libro. Frente al espejo, sonrió a su imagen, alisándose con los dedos el pelo. Se veía contenta, no obstante sus ropas rotas y su apariencia desaseada. Todo lo que deseaba era poder concurrir algunos años a la escuela. Era buena estudiante y su maestra la había estimulado. Un día el director de la escuela preguntó a Guillermo cuál era la causa de la asistencia irregular de la niña, y él mintió diciendo que era débil y siempre estaba

enferma. María estaba librando una batalla perdida por su educación. Nadie en la vecindad pensaba que estudiar fuera importante.

En la cocina María apiló los trastos sucios sobre una tablilla encima de la mesa y buscó el zacate para limpiar la estufa. "Pá, dame pa'l jabón." "¿Qué no hay aí?" De mala gana, Guillermo dio a María veinte centavos.

Yolanda entró y sacó el bote del petróleo. Guillermo la miró visiblemente molesto diciendo: "Llevan todo lo que quieren."

Una nifita llegó a comprar malvaviscos. Gravemente pagó diez centavos que él se guardó en el bolsillo. Cuando María regresó, él dijo: "Al rato viene el policía. ¿Ya no vino ese hombre?" María negó con la cabeza. "Cuando viene a dejar sus cinco pesitos —continuó Guillermo— siempre tengo que darle cuentas. Sí, estas chacharitas tengo que hacerlas diariamente pa poder ir al corriente, si no los socios. . . Es que no me mando yo solo, si me mandara yo solo, ¡huy!, pos que'staría re suave."

María limpió la estufa y se apresuró a lavar los trastos. Hizo multitud de viajes del lavadero a la cocina agobiada bajo el peso de grandes cazuelas de barro, pilas de platos y el pesado molcajete. Colgó las ollas en los clavos e hizo un rápido intento de barrer. Su padre le hablaba de vez en cuando mientras trabajaba. "Si vieran que'sto tá bien estudiado. No hay manera de que lo frieguen a uno, ni que yo friegue. No se puede, porque no se puede. Y así, no me agarran de sorpresa. Ya no vino el policía. . . ese hombre."

Una mujer llegó con una bolsa de cuero llena de botellas vacías. "¿No las compra, don Guillermo?"

Él consintió en comprarlas por dos pesos. "Métalas bajo la mesa; María, allí acomódalas." En voz baja la mujer agregó: "Nomás que no diga, ya ve aquí cómo son. Van decir que ya no tenga ni pa los frijoles." Él negó con la cabeza. "No, no; ya sabe que aquí nomás sabemos usté y yo."

Se oyó una campana en la calle. María saltó y sacó el bote de la basura. "Aí viene la basura, apá, tengo que darme prisa." Las mujeres y las chicas salían de todas las puertas llevando cajas y latas con basura. María esperó su turno y regresó con su bote vacío. "Pá, dame'l peso pa comprar frijoles."

"El peso. ¿Cuál peso, cuáles frijoles?" "Ay, apá; el peso que dejó Julita pa los frijoles."

Con lentitud, Guillermo buscó en su bolsa el dinero. María le pidió, dándole una caja de cerillos, que prendiese la estufa mientras ella corría a la tienda. Guillermo dio un martillazo en el cerillo pero no se prendió. "Antes los cerillos prendían con un golpecito; ora no, ya todo 'stá relajado. Ya no es como más antes; todo salía bueno, ora ya no. ¡Hasta la música!"

Cuando María regresó la estufa no había sido encendida. "Ay,

apá, no prendiste la estufa; ¡voy a llegar tarde a la escuela!" "No llegas tarde si no vas." "Pero voy'ir, apá", dijo la niña, ceñuda. "¿Y por qué trais tanta prisa? Uyyy sííí, vas a ver a tu novio y por eso quieres ir."

María subió a la cama y encendió un papel enrollado en la veladora, prendió la estufa y salió corriendo por el agua para los frijoles. "Voy'ir. No quiero ser ausente. Veras, apá, voy'ir."

Durante un momento Guillermo estuvo silencioso. "Bueno, pero no dejes la'stufa prendida. Tengo que salir a cobrar y no quiero regresar y encontrar la televisión hecha cisco." Guillermo miraba cómo su hija limpiaba los frijoles. "Mi enanita, eres mejor que Lola. Tú sí qu'eres lista, ¿eh, hija?" Luego agregó: "Así que qué te dice Quintero, ¿eh?"

"Ay, apá, no puedo hablar orita, ya se m'hizo tarde."

Catalina llegó y se reclinó en la mesa de la cocina. Guillermo le dijo: "¿Vas a comprar la cadena?" La niña sonrió pero movió la cabeza, negando. "Vamos, y te compro una nieve. . . ¡Por favor!"

La niña era terca. "No me'sté prometiendo, eso dice pero no's cierto."

"Ay, Catalina, no seas así." Guillermo se puso su sombrero negro, se ajustó los pantalones, dijo adiós y salió.

María se sentó a la mesa de trabajo para hacer su tarea. Era la una de la tarde y sólo le quedaba media hora para llegar a la escuela. Catalina buscó pan que comer y salió. Tomás entró y se acostó en el suelo. Unos minutos más tarde llegó Yolanda. Quería que le cuidaran al bebé mientras lavaba la ropa de alguien. Estaba contenta de poder ganar algunos centavos sin abandonar la vecindad.

María aceptó cuidar al niño. "Mi apá no quiso que fuera la escuela porque le voy'ayudar con los garrafones." Cuando el niño comenzó a llorar Catalina entró, llenó una cuchara con azúcar y se la dio. María se irritó pero no dijo nada. Ella también se daba cuenta de que Yolanda y sus hijos tomaban las cosas sin permiso y sin decir gracias.

"Estás re floja, Catalina; desde que te levantaste no has hecho nada. Está toda tu casa regada, no has hecho nada. Por eso t'está grita y grita tu mamá", dijo María. Catalina siguió imperturbable. Palmeó las manos haciendo señas a María para que le arrojara una pelota. María arrojó la bola y sacando un palo que salía de un agujero en el techo corrió hacia el patio. "Vamos a jugar a los aus", dijo Catalina. Jugaron durante unos momentos, pero Yolanda les recordó que cuidaran al niño. Catalina lo levantó del suelo y trató de seguir jugando con él en los brazos.

La hija de Panchita salió con una gran pelota que le habían dado el Día de Reyes. Yolanda dijo: "Es la que le trajeron los Reyes ¿tú crés? Nomás. Pos ya ves qui uno no puede comprarles

nada. Ese día todo está re caro. ¡Ni ganas dan de preguntoni! Había unas muñecotas... ay, pero re chulas. ¡Pero así valían! A ellas nomás les pude comprar sus pelotas."

Tomasito dijo, jalando a María: "¿Los Santos Reyes son mis papás?" Cuando María afirmó, él dijo muy indignado: "No's cierto, son Melchor, Gaspar y Baltasar." Su madre y las niñas se rieron de él, que huyó corriendo.

Ahora Yolanda amamantaba al bebé. "Ora no fuiste a la escuela —dijo a María—. Ay, siquiera que te gusta, pero ¿tú crés?; a Catalina no le gusta nadita la escuela. Ya tiene doce años y va en segundo. ¿tú crés? En cambio, Galván, a ése sí le gusta, pero a ver... tiene que ayudarme. Pero ésta, ya ni le digo nada, pos pa qué. Me dice mi mamá que la'bia de meter así en alguna casa pa que trabaje, así de criadita, ¿verdá? Pero yo no quiero que mis hijos sepan que'n algunas casas son rete encajosos, y no, mejor ay que se'sté en la casa, siquiera me ayuda'cuidar a éstos, mientras yo lavo o hago algo." Yolanda frotó su nariz con la del bebé afectuosamente.

María se fue a casa, puso el radio y se acostó a escuchar la música popular. Eran pasadas las dos y media cuando Guillermo regresó con el costal lleno de botellitas vacías. "¡Ay, cómo sufro! —bromeó mientras su hija le ayudaba a bajar la pesada carga—. ¿No fuiste a la escuela?" "Pos querías que me quedara, ¿verdá?, pa'ayudarte a lavar las botellas, ¿no?", dijo María agriamente.

Guillermo vació el costal. "Traite agua en la tina. Vete lavando mientras éstas. Cuéntale cincuenta botellas." La niña vació una tina vieja que tenía clavos, cajas y un impermeable doblado, y salió por agua. La tina era pesada y el agua se derramó sobre su vestido y sus zapatos cuando la puso en el suelo. Comenzó a contar las botellas. Su padre las sumergía en el agua y las sacudía para enjuagarlas, y las ponía luego a escurrir en un periódico. Indicó a María que pegara las etiquetas en las botellas limpias. Luego dijo: "Échame las pinzas grandes."

Un hombre llegó en bicicleta porque deseaba una compostura. Guillermo le dijo que regresara porque estaba muy ocupado, pero el hombre replicó: "No, maistro, pos la necesito. Mire, se atora de los frenos." Guillermo se levantó a ver. "Hay que comprarle barras nuevas. Orita no voy a salir. Toda la tarde tengo que terminar todo eso y tovía ni empiezo. Mejor la trai el miércoles de la semana qu'entra."

María estaba buscando las pinzas. Las encontró por fin, en la cama del tapanco. Guillermo continuó lavando botellas. "Ya termino de lavar éstas y 'amos pa fuera, ¿eh? Orita'cabamos." María sacó del ropero un bote de pegamento. "Híjole, apesta re feo; hasta me mareo." "Sí, pero tovía pega."

Los dos trabajaron en silencio. Podían escuchar el ruido de trastos en las otras casas. El humo salía de la mayor parte de las

puertas, pues las mujeres estaban cchar'ndo tortillas y empleaban carbón. Guillermo levantó la cabeza y sonrió a su hija. "Ya ves que regresa pronto la vieja. Ella no tarda en vender las tuallas."

"Ay, apacito, ojalá sí: ¡me muero de hambre!"

Guillermo miró con picardía a la niña, diciendo: "Entóns qué. Qué dijo don Quintín, ¿eh?"

"¡Ah! Pos no me acuerdo."

"Dígamelo, no se chivié."

"No, apá, ya no me'stés hablando." María se sonrojaba.

Después de un rato dijo él: "Dame el jaboncito." Ella sólo encontró un pedazo muy pequeño. Luego él pidió más: "Mira, éste ya se acabó." María fue entonces a los lavaderos donde Yolanda estaba lavando ropa, tomó el jabón nuevo que ella se había llevado y se lo trajo a su padre. "Ora dame pa secarme." Le alcanzó un pedazo de toalla. María vació el agua sucia de la tina en el patio, trajo agua limpia y empezó a llenar los garrafoncitos hasta el cuello. Guillermo sacó del costal una bolsa con taponos y se puso a tapar cada botellita. En el ropero encontró un rollo de alambre delgado y un montoncito de papel encerado cortado en ruedas. Colocaba una rueda de papel en el corcho de la botella y oprimiendo el papel hacia abajo lo ataba con el alambre. Esto lo hacía para imitar los alambres sellados de los garrafones de agua purificada que se vendían en toda la ciudad.

María pensaba en la fiesta por venir. "Melín cuando cumplió dos años le hicieron pastel, ora también. Qué suave, ¿verdá?"

Su padre contestó: "Y qué dice don Quintín, ¿eh?" María se puso seria: "Ay, apá, yo no sé! Yo no puedo decir y tú pregunta y pregunta, ya no me digas nada."

Rufelia vino a la puerta. Había una tina junto a los lavaderos y quería saber de quién era. María dijo que no era de ella y la vieja se enojó. "¡Pos recógela, no seas güevona! Ves las cosas de l'otra tiradas y no se las levantas, hombre. ¡Cabronas!" María no contestó y Rufelia fue a recoger la tina.

Poco después de las tres llegó corriendo Herminio a tomar un puñado de pan de la cacerola. "¿No rayaron todavía?", dijo Guillermo. "No, hasta el sábado." Herminio tomó dinero de la chaqueta de su padre. Dijo que quería comprar un taco caliente a algún vendedor en la calle. "No saque tanto dinero, ¿eh? Yo ya sé cuánto tengo aí." Mientras Herminio estaba contando las monedas, su padre le puso sigilosamente un alambre en los tobillos y cuando el chico trató de dar un paso cayó de bruces. Guillermo rió ruidosamente. Y más se divirtió con la broma, porque Herminio pensó que él mismo por descuido se había enredado en el alambre. Cuando el chico se hubo ido, Guillermo dijo a María: "Si soy re maldoso. ¿A ti nunca te he hecho una maldá?"

"A mí sí. Una vez que Catalina y yo traíamos el vestido igual, que me pegas en la cabeza. Tú creíste qu'era ella y me pegaste a mí." Guillermo rió de corazón. "¡Ah! Pero pos si no vi qu'eras mi hija, si no de guaje te pego. Si soy re malora, ¿verdá?"

Mientras trabajaban, María y Guillermo escuchaban el radio. Se transmitía un programa llamado "La policía siempre vigila". Catalina había entrado silenciosamente, y después de un rato llegó don Chucho el panadero. Una de sus piernas, mucho más corta que la otra, lo forzaba a caminar con un balanceo. Era un hombre joven y bien parecido, con bigotillo negro y expresión afable. En una ocasión planeó estudiar en el Instituto Politécnico, pues su padre era dueño de una panadería, pero después que terminó la escuela secundaria le hicieron en la pierna una serie de operaciones muy costosas que empobrecieron a la familia. Con frecuencia Chucho tomaba su bicicleta y llegaba aproximadamente a la misma hora a platicar con Guillermo, y ahora le pedía que apagara el radio. "No, no —dijo Guillermo—. Este programa es muy bueno porque nos enseña cómo protegernos a nosotros mismos, ¿no?"

Luego empezó a explicar como puede reconocerse a un ladrón. Usaban un saco amplio y unos zapatos brillantes de suela de hule. Sus uñas estarían bien cuidadas, excepto en el dedo pulgar e índice de la mano derecha, porque estos dedos los empleaban para sacar las carteras. Guillermo admiraba la habilidad de los carteristas y también estudiaba sus hábitos para evitar ser una de sus víctimas. Cuando era joven había conocido a muchos rateros, y cuando tuvo su agencia de bicicletas, uno de ellos, conocido por El Manos de Seda, la usaba como su oficina privada. Guillermo estaba orgulloso de su amistad con este miembro del bajo mundo.

"No crea, él era muy buena gente. Luego a veces a la agencia llegaba alguna visita a contarnos sus apuraciones. El Manos de Seda nomás le preguntaba que ónde vivía. Muchos llegaban a decirnos que sus hijos estaban enfermos, que no tenían pa las medicinas y El Manos de Seda callado, escuchaba nomás, y cuando menos veíamos ya se había ido. Pero al ratito regresaba con dinero y buscaba por ahí a un chiquillo y le decía: 'Mira, llévale estos cien, doscientos cincuenta pesos, al señor que vive en tal lado.' Sí, si le digo qu'era buena gente; nomás qu'era muy vicioso. Fíjese que de tanta marihuana que fumaba, pos hasta sembraba un poco bajo el piso de la agencia, ¿no?"

La amistad de Guillermo con El Manos de Seda y otros rateros le había sacado de apuros más de una vez, cuando al final del día, después de vender o cobrar regresaba con las bolsas llenas de dinero y se había visto rodeado de atracadores pues era muy frecuente que alguno del grupo fuera uno de sus amigos y lo perdonara.

Chucho dijo que estaba sediento. "Oyes, yo dejé anoche unos centavos de una cerveza, creo que fueron cincuenta, ¿no? Los quiero pa una limonada." Guillermo dijo a su hija que sacara unos cascos para el depósito y trajera tres limonadas o tres "Luhú". Catalina tomó en la mesa el lugar de María y comenzó a pegar etiquetas.

"¿A qué horas llegaste anoche del cine?", preguntó Chucho. "Temprano."

"Ahí está, no tienes dinero y siempre en el cine."

"Ah, sí; pero me gasté nomás un pesito. Yo creo no es mucho, ¿no?"

"Bueno, además cada quien hace lo que quiere, ¿no?", dijo Chucho.

"Eso... ¡eso digo yo!"

Chucho se ofreció a ayudar a Catalina. "Embárralos de engrudo y los pego yo. Así te vas más rápido." Catalina se rehusó. "Sí, ándale, ya ves cómo eres, chaparrita. Yo me muero por tu amor y tú me desprecias porque soy pobre."

Catalina miró a Guillermo y sonrió. En el radio empezaba un programa donde las personas víctimas de accidentes o robos eran entrevistadas por la policía. Guillermo dijo a Chucho que subiera el volumen para escuchar mejor mientras bebían las sodas que María trajo. María hizo a Catalina a un lado para tomar el lugar que previamente tenía y ésta se fue a casa. Cuando todas las etiquetas estuvieron pegadas, María limpió las pequeñas manchas de las orillas. Guillermo pidió a María un trapo para secar algunas botellas. Esta vez ella señaló, impaciente, hacia el ropero. "Ay, apá, pos agárralo de ahí." El insistió y ella se levantó a buscarlo.

Casi eran las cuatro cuando Herminio llegó del trabajo otra vez. "Ya vine. Dame de comer, apá."

Guillermo quería cortar el alambre para los corchos y empezaba a cortarlo cuando escuchó la voz del muchacho. "¿No hay un bolillo?, apá." "No sé", respondió Guillermo, indiferente. "Apá, que vaya la María por treinta de bolillos. Yo ando muy sucio de las manos. Pero dale otros veinte, pa que compre queso, apá. No, mejor me traís un bolillo de a veinte y cuarenta de queso de puerco." Entró en la cocina buscando en los trasteros algo de comer, mientras María salía. Encontró un poco de pan y pidió a Guillermo que pusiera a funcionar la televisión, pero él se negó.

"Apá, me dijo el maestro... ¿Por qué no viene tu papá?" Le dijo: "Porqu'está malo; y por eso, per'ora ya'stá güeno."

Guillermo asintió. El encargado del garage le había ofrecido un trabajo como ayudante de mecánico. Pero él no quiso. Creía que podría ganar más dinero sin estar atado a un trabajo que le quitaba todo el tiempo y era tan mal pagado. Es más, le

fastidiaba pagar cuotas a un sindicato y permitir que el gobierno le redujera del salario los "impuestos", o sea, la cuota para el Seguro Social. Guillermo no se resignaba a la pobreza y soñaba con salir adelante. No era como su mujer o sus vecinos que gastaban sus recursos en bebidas, fiestas, ahijados, iglesia, o en comida, ropas y colegio para los hijos. Él empleaba su dinero astutamente, en forma económica, para poner sus ideas a trabajar y favorecer así sus planes de negocios. Era empresario y jugador, con un sentido elástico de la moralidad y una necesidad crónica de capital.

La familia de Guillermo había sido pobre, pero su padre León fue un hombre inteligente, de recursos. Hijo de un maestro titulado y nieto de un español trabajador, León había enseñado en la escuela, había hecho muebles y juguetes y también fue propietario de un terreno. A los veinticinco años casó formalmente con la madre de Guillermo (una muchachita indígena de trece años) y fue un matrimonio tranquilo. Guillermo jamás vio a su padre regañar o maltratar a su madre, aunque con frecuencia llegaba ebrio a la casa. León era estricto con sus hijos, y hasta llegó a golpear a los mayores, pero también fue afectuoso. Rehusó tomar parte en la Revolución porque le contrariaba la idea de tener que matar al prójimo. Después de la guerra consiguió un trabajo en una mina de plata, en la que trabajó durante veintiocho años como obrero y después como administrador. El dueño americano le proporcionaba determinados favores y trabajos.

Guillermo fue el último de once niños. Cinco de sus hermanos murieron antes que él naciera, y cuando tenía seis años, sólo le quedaban dos hermanos, Everardo y Juan. Ambos rehusaron trabajar en la mina y se fueron a la ciudad de México. De modo que Guillermo creció casi como hijo único y muy solo. Su padre se había convertido en un ebrio consuetudinario y su madre se consumía por Juan, su hijo favorito. Guillermo creía parecerse más a su madre que a su padre, pero sentía que ella lo rechazaba. Toda su vida, le parecía, había sido despreciado por ellos.

Su madre enfermaba con mucha frecuencia y no podía cuidar de él. Una ocasión estuvo parálitica y fue tratada por medio de la brujería. Guillermo recordaba cómo la cargaron quince kilómetros en una silla, hasta la casa del curandero indio, que le sacó alfileres y espinas de maguey de la boca, la cabeza y las rodillas. Durante un mes, asistió para ser curada en esa forma, los jueves y viernes, días de los brujos, hasta que finalmente sanó.

El curandero dijo que había sido embrujada por un vecino envidioso. Guillermo, que en esa fecha tenía siete años aproximadamente, quedó desde entonces con la idea de que su familia estaba destinada a ser blanco de brujerías.

A esa edad lo enviaban solo al campo para que cuidara durante tres días seguidos a los borregos y guajolotes. Durante el día no tenía miedo y se proporcionaba comida cazando pájaros con una resertera y cocinándolos en el fuego. Pero durante la noche su intenso miedo a la oscuridad lo mantenía despierto, pues pensaba que brujas y fantasmas andaban rondando. Cuando tenía ocho años se perdió en el bosque y fue encontrado por la brigada de auxilios cerca de una semana después. A poco tiempo del suceso, su padre empezó a pensar en vender los animales, abandonar las tierras, y posiblemente irse a la ciudad para reunirse con Everardo y Juan. Al final, sin embargo, la hechicería lo decidió todo. Por las noches, la tierra se iluminaba sola y la familia creía que llegaba un fantasma en la oscuridad a buscar el dinero que, según rumores, estaba enterrado en ese lugar. El padre de Guillermo tenía temor de "cualquier dinero que perteneciera a los muertos" y fue así como la familia se mudó a la ciudad.

Tuvieron que caminar una semana para llegar a la ciudad, viaje que hoy se realiza en cinco horas por carretera. Llegaron descalzos, con ropas de campesinos, cargando en la espalda todas sus pertenencias. Everardo dio a Guillermo su primer par de huaraches; luego, zapatos, y poco a poco otras ropas de ciudad. Guillermo entró en el primer grado y fue tan rápido su adelanto, que antes de terminar el año ya estaba en tercero. Con frecuencia no se le permitía ir a la escuela, para que ayudara a su padre a vender mangos y hacer carritos de madera con trozos que Juan robaba en la fábrica donde trabajaba. Sus hermanos se casaron y vivieron en sus propios hogares. Su padre tenía tres trabajos y ganaba cinco pesos diarios, pero gastaba la mayor parte en embriagarse. Sin embargo, por los años de 1930 la comida era barata y comían mejor que en la actualidad la familia de Guillermo. Siempre tuvieron tres comidas al día.

Guillermo obtuvo un trabajo en una agencia de bicicletas y aprendió a repararlas. A los catorce años fue atropellado por un carro cuando iba en bicicleta y estuvo inconsciente durante doce horas con conmoción cerebral. Su familia fue informada de que había muerto y Juan llegó al hospital con un ataúd. Guillermo se recobró, pero durante un mes estuvo sufriendo de tremendos dolores de cabeza y quedó para siempre sordo de un oído.

Continuó trabajando con su padre y hermano, pero como descaba más dinero se buscó otras ocupaciones. En una ocasión tuvo siete trabajos. Entregaba periódicos a las cuatro de la mañana, trabajaba en una fábrica de bicicletas hasta las dos de la tarde, repartía cartas y telegramas el resto de la tarde, hacía juguetes y componía bicicletas por las noches, y además era velador. Consideraba que su mejor trabajo había sido el de la

fábrica de bicicletas porque podía ganar dinero en otras cosas. "Nos pagaban tres pesos por armar una bicicleta. Pero ése no era'l negocio. Lo que hacíamos mi maistro y yo... declarábamos las cajas incompletas. Llegaban allí los paquetes d'Inglaterra, puras bicicletas desarmadas, ¿ve? De todos modos... siempre, eso ya es regla, las cajas llegaban abiertas, descompletas. Casi siempre se clavaban en l'aduana diaquí. Yo me'scondía bajo la ropa las piezas, luego las vendíamos en las tiendas o en la calle. Había muchas que nos compraban, porque... pos se las dábamos baratas... claro es que nos las compraban como pan, ¡así de aprisa se vendían! y muy baratas porque a mí siempre me ha gustado el trabajo'nrado. Es como les digo a mis hijos..."

A Guillermo le iba bien; a veces obtenía treinta pesos al día, pero jugaba y gastaba el dinero en bebidas alcohólicas y en ropa. Cuando se dio cuenta cómo desaparecía su dinero, se alarmó y decidió afiliarse a un grupo vecino que era llamado los "monjes". Era ésa una fraternidad formada por cincuenta jóvenes guiados por un viejo puritano a quien llamaban "Padre". El "Padre" les aconsejaba no fumar, no beber y no ir con mujeres. Decía, según Guillermo: "La carne's blanda, la carne resiente. Si tienes un desmando con tu cuerpo, perjudicas tu salud. Te digo qui uno es com'un puerco, lo cuidas y vive más. Si no te vas con ninguna mujer vas a vivir mucho más y hasta te pones fuerte, engordas." Estas enseñanzas impresionaron a Guillermo, especialmente porque no se referían al juego, que había llegado a ser su pasión. Los "monjes", decía Guillermo, eran "como una religión, así, comu'na secta pa cuidarnos todos. El que se salía de la regla se moría pa nosotros. Hasta las muchachas venían a vernos, nos buscaban... así, como no se imagina; y nosotros, como andábamos... pos no. No teníamos novias, ni nada. ¡Pos ellas andaban rete'ntradas con nosotros! Y como vían que no les hacíamos caso, siban diciendo... 'Ustedes son jotos', y nosotros, pos nomás nos reíamos, ¿no?"

Los "monjes" también llamaron la atención de un grupo de homosexuales que empezaron a asediárlas. Los llevaban al cine, les prestaban dinero sin preguntar cuándo lo pagarían, les servían buenas comidas y así por el estilo. Guillermo los explotó lo mejor que pudo sin acceder a sus pretensiones. En una ocasión el grupo de homosexuales dio una fiesta pródiga en uno de los patios de reunión, con tres orquestas para bailar, comida, bebida, flores y decoración. Los propios homosexuales se ataviaron como las artistas de cine. "Fue una fiesta rete suave. Había una cárcel, allí onde pagaba uno multas, y otra casa onde se casab'uno con cualquiera de los jotos, ¡pos eran los únicos que'staban allí, pero al otro día vinieron los agentes por ellos y se los llevaron al Carmen, ¡presos a todos! Si hubieran venido el día de la fiesta, pos yo también hubier'ido al bote, ¿no cré?" Gui-

llermo sentía simpatía por esos hombres, aunque no cayó en sus hábitos. Creía que se habían convertido en lo que eran porque habían tenido demasiadas mujeres.

Guillermo continuó jugando y pronto se vio envuelto en juegos de baraja y dados, con jugadores profesionales, criminales y distribuidores de drogas. Su hermano mayor, Juan, empezó a preocuparse y le presionó con su autoridad para obligarlo a dejar sus trabajos y venir a desempeñar un empleo en la misma fábrica de papel en que él trabajaba. Juan también trató de interesar a su hermano en el sindicato. Pero Guillermo no se reformaba. En lugar de ello, enseñó a sus compañeros de trabajo a jugar y organizó sus propios juegos.

"Les enseñé a jugar baraja pero di apuesta. Echábamos volados, no crea usted que de a peso, de a cien y de a doscientos pesos cada volado. Hubo ocasiones en que hasta el trabajo nos jugamos, ¡hasta la producción di una semana! Por ejemplo, yo hacía un trabajo que valía doscientos pesos, ¿no?, entonces uno puede sacar un par de zapatos o camisas... Pos también eso jugábamos de apuesta. Hice piores amigos allí. Ya después todos me señalaban como "el jugador". ¡Qué esperanzas tenía yo de recibir mi planta en la fábrica!"

Guillermo confió su temor de perder el trabajo a una muchacha llamada Esmeralda, hija de una mujer dueña de una agencia de bicicletas, y la chica le dio una botella de agua embotellada con la que debía humedecer el umbral de la gerencia de la fábrica. A la semana siguiente le dieron un trabajo de treinta y cinco pesos diarios; Guillermo pensó que desde entonces el gerente estaba embrujado a su favor.

"Y así fue. No creyeron que yo era el malo. Un día que venía el gerente por el corredor revisando la máquina, nosotros tábamos jugando con un trapo de aceite, pero así, hecho bola, y que me la vientan a mí. Ya la iba yo a regresar cuando me gritaron '¡Agua Pascual!' Es que así decíamos cuando se acercaba el gringo, el gerente... ¡Agua Pascual!, pero yo de todos modos que aviento la bola por encima de unas cajas... ¡Que le caí al gerente encima...! ¡Huuuy... la que se armó! Hasta me mandaron llamar a las oficinas. Yo dije pos ya me fregaron, ¿no?, y así en las oficinas, este... que me dice'l gerente que quién había tirado la bola ésa. Entóns allí estaba el secretario del sindicato y entóns le dije: 'Yo fui, señor.' Y él me dijo: 'No, no fuiste tú, ¿por qué te quieres echar la culpa?... Dime quién fue, no le va'pasar nada'... Fíjese, no me creyó y no me corrieron."

En una asamblea sindical Guillermo se enteró del Seguro Social. En caso de enfermedad los trabajadores obtenían sus salarios completos; por operaciones el sindicato pagaría noventa pesos, un peso por cada asociado. Guillermo comenzó a experimentar. Se informó de que si se untaba ajo en las axi-

las y ponía los pies en agua caliente el termómetro colocado en la axila registraría fiebre y él obtendría un descanso de tres días. Esto lo hizo muchas veces, pero no estaba satisfecho de esas pequeñas tretas. Deseaba los novecientos pesos. Hizo el ensayo tomándose veinte barquillos que le ocasionaron una inflamación de garganta y lo enfermaron. El doctor recomendó que le operaran las anginas y Guillermo ganó el dinero.

"Pero yo no me quedé contento. Andaba con la comezón de ganarme otros novecientos pesos. Entónces me empezó a dar un dolorcito aquí, por el lado derecho de la barriga, por aquí abajo. Y un día dije: '¡Voy al doctor!' Pos yo creía qu'era una hernia, ¿no? Yo decía: 'Me operan y me dan otros novecientos.' Ya estaba contento. Pos vi al médico, me examinó. Pos no, '¡qué no tiene usted nada!'... Uuuuh, pos a mí se me cayeron las alas del corazón... '¿No tengo nada? ¿No será que tengo una hernia?' Ya me explicó cómo es l'hernia. Me fui a la fábrica y ya supe cómo podía tener un'hernia y... ai me tienen cargando bultos re pesados, ¡pesadísimos! ¿Y qué cré?... pos que no me pasaba nada. Pero sí, el dolorcito aquí me seguía dando y fijese hasta me subí a un montón de cajas, eso sí, yo me subí pero ya no me pude bajar... ¿y ora? Pos nada, no podía mover la pierna, tiesa, tiesa, dolorida, dolorida que la tenía yo. Después el médico me vio. Luego me dijo: 'Si no se opera dentro de dos horas, no respondo por su vida... hay que sacarle l'apéndice.' Ya cuando me dijo eso, yo ya tenía hartó miedo. Remordimientos tenía yo por l'ambición de ganarme unos pesos; ya estaba yo pa morirme. Pero no, ya ve, me operaron ¡y me dieron mis novecientos pesos!"

Cuando Guillermo se enteró de las indemnizaciones por daños permanentes, pensó en mutilarse. "Yo trabajaba en una máquina prensadora donde había que meter el papel con mucho cuidado, porque si no, perdía uno la mano. Yo me puse a pensar cuánto me darían por un dedo que yo perdiera. Y luego, me puse a pensar cuál dedo no me serviría. Yo no iba perder un ojo, ni una mano, no... Pero dije... bueno, pues un dedo, ¿qué tanto es?... Dije, bueno, pos éste, el dedo de en medio de la mano izquierda no me serviría. Y que lo meto en la máquina y... ¡sentí re feo! Pero no faltó un canijo que me viera y paró la máquina. Nomás me corté'l dedo... sí no... pero me acusaron. Dijeron que me habían visto cómo intencionalmente metí el dedo pa cobrar una indemnización."

A los dieciocho años Guillermo tomó a Esmeralda como concubina, la primera mujer con la que tuvo relaciones sexuales. Sus padres y hermanos estuvieron en desacuerdo porque ella tenía reputación de "loca" o promiscua, y porque exigía buena ropa y buenos zapatos cada mes.

Guillermo jugó más que nunca para mantenerla satisfecha,

adquiriendo muchas deudas con los trabajadores de la fábrica. Luego murió su padre y la carga de los gastos del funeral recayó sobre él.

Antes de morir, el padre de Guillermo dijo a su esposa que durante muchos años había estado ahorrando dinero para pagar los gastos de su entierro. En el fondo de una lata en que León guardaba colillas de cigarrillos que luego volvía a enrollar, Guillermo encontró un montón de monedas, quinientos setenta pesos en total. Los dio a Juan para que arreglara el funeral. Además, cada uno de los hijos recibió dinero de su sindicato a la muerte de su padre. Juan tomó los quinientos setenta pesos y el dinero de su sindicato y compró un lote pequeño para construir una casita. Everardo se metió en una cantina y se emborrachó. El dinero del sindicato le fue robado. Como resultado de ello Guillermo tuvo que pagar todo y se produjo una ruptura permanente entre él y sus hermanos. Ya nunca más confió en ellos.

Poco tiempo después de la muerte de su padre, Esmeralda huyó con los niños. Guillermo jugó y se endrogó cada vez más para pagar a la policía que los buscaba. Terminó con una deuda de tres mil pesos que sabía que nunca podría pagar. Para escapar de sus acreedores se las arregló de modo que lo despidieran de la fábrica. Ese fue su último trabajo y durante dos años vivió en miserable estrechez. Luego conoció a Julia y empezó a hacer negocios por sí mismo.

Guillermo alzó la cara para ver a un hombre que llegaba en bicicleta: "¡Ay, Dios mío!... pos... ora no puedo. Mejor mañana, ¿no? O hasta la semana qu'entra." El cliente se marchó. María llegó con el bolillo y el queso. Herminio había estado esperando, impaciente, y se lo arrebató. "¿Ya ves, apá, cómo es Minio? ¡Pérate, hombre! Deja que te lo parta con el cuchillo. Dame un pedacito."

"¡Ah, qué... Yo estoy trabajando!" "Sí... a ver, yo también trabajo. Le estoy ayudando a mi apá con el garrafón." Herminio dio a María un pedacito de queso.

Don Chucho se había quedado dormido en la banca. Se despertó para decir que el programa de radio era muy malo, pero volvió a dormirse cuando Guillermo rehusó cambiarlo. Una mujer llegó a pagar un dinero a Guillermo. Él tenía hambre y llamó a María que estaba mirando a Catalina y a Yolanda lavar ropa. "A ver si hay peroncitos con chile... Córrtele y a ver si hallas." María tendió la mano para recibir el dinero y luego se quedó cerca de la puerta para decir: "Vaya usted a traír la fruta... ¡le estoy diciendo!" Hizo una mueca y corrió por la vereda, seguida por la mirada penetrante de su padre.

La señora Guadalupe llegó a la puerta y preguntó por Julia. Había estado lavando todo el día y tenía las manos rojas y arru-

gadas por el agua. Guillermo, dedicado a su trabajo, no levantó la cabeza cuando ella salió. Chucho continuaba dormitando, el sombrero en la cara, las piernas abiertas. María regresó lentamente con las manzanitas en un plato. Herminio se lanzó hacia ella y antes de que pudiera detenerlo le arrebató un pedazo de fruta y echó a correr metiéndosele en la boca. María se quejó, pero Guillermo no le hizo caso y comenzó a comer. Empujó a Chucho con el pie diciendo: "Chucho, Chucho, qué pasó con usted... Qui'hubo maistro, ya se quedó dormido."

"Que, que, que... ¡ah!... pos sí. Es que anoche me acosté ya tarde. Ora me levanté muy temprano... ¡pos en la torre, no he dormido casi nada!" Chucho tomó la fruta que le ofrecía Guillermo. Herminio se acercó y dijo: "¿Y yo, apá?" "Que vaya la María a traírte otra." Pero en esta ocasión ella dijo que ya estaba cansada de tanto correr por mandados y se negó a ir. Herminio no dio importancia al asunto y salió a jugar. María salió a su vez comiendo un pedazo de fruta. Una mujer se detuvo a la puerta para pedir cambio de un peso. "No hay, señora, ora 'stamos re brujas." Otros niños llegaron a comprar dulces.

De cuando en cuando, mientras trabajaba, Guillermo retiraba las manos mostrando dolor y se las apretaba. Chucho le preguntó si estaba enfermo. "No, es que a veces que agarro el fleje me lastimo y se me infectan, pero rita ya me duele por el alambre que 'stá muy delgado y me roza. Me'ché una pomada y... pero sigo igual." Los hombres guardaron silencio por algunos momentos. Luego entró María a poner agua a los frijoles y a moverlos. Pidió a su padre dinero para comprar las tortillas.

"¡No qué! Vaya por ellas, ya sabe que después Julia pasa'pagarlas." "Pero si no pago las de ayer, no me las dan."

"Cómo no, si ya las pagó Julia."

"No, ¡que no! No l'emos pagado. Yo no voy, entonces. Luego hasta me da vergüenza porque me regaña. Entóns yo nomás voy por las de mi madrina, ¡yo no voy por éstas, pos qué!"

Catalina llegó y Guillermo la envió por las tortillas. La hijita más pequeña de Maclovio devolvió una botella de limonada que Guillermo hizo rodar con el pie bajo la mesa. La niñita miró durante algún tiempo la charola de dulces y luego salió. "Pos parece que a la chaparra le va ir bien... ¡no viene! Pos mira ya qui horas son! Hay veces que viene más temprano, a veces tarde. Ora quién sabe. Si llueve, al rato ya la tenemos aquí. Pa mí, mejor, porque me ayuda mucho. Pero aunque no quiera, y aunque le diga que si deja d'ir, ella no quiere. Cuando no 'stá ella, ya ve cómo 'stá la casa. A veces se queda sola porque Lola 'stá trabajando. María se va l'a escuela, el Minio con su maistro, yo... pos... entro y salgo, y así. La casa casi siempre 'stá sola."

"¡Pero cuando ella 'stá es re abusada! Hace mole pa vender aquí en la vecindá los domingos. Pero si los de la vecin-

dá ai venían y le pedían fiado, y ni modo de negarse, ¿no? No, pos que ai le pago'l lunes, o que le pago'l martes, y nunca pagaban, pos qué l'iban a pagar, ¿usté cré? Y luego, los hijos de Julia, lo mismo, nunca le pagaban y salía perdiendo; ¿y pa qué?" Guillermo miró afuera el cielo oscurecido. "Ojalá y venga pronto", dijo.

María entró con la servilleta apretando las tortillas. Se las había quitado a Catalina. Molesta todavía con su padre, puso el bulto en una olla y salió sin decir palabra. Inmediatamente llegó Catalina y se llevó las tortillas a su casa. Después de eso, Yolanda entró por el molcajete y la sal. Guillermo observó todo sin decir palabra. Chucho había vuelto a dormirse y el radio hacía llegar música suave. Guillermo llamó a María, que vino muy a su pesar. Quería que lo ayudara a meter las botellas en los soportes ya terminados. María salió corriendo mientras decía: "Orita, orita ti ayudo."

Deseando hablar con alguien Guillermo sacudió a Chucho, que gruñó adormilado. "Quiero comprarle su estufa Julia —dijo—, pero con suerte salimos volando todos. Y aquí se vienen los escuincles de Yolanda, los de Panchita, chamaquitos así que luego vienen y... pos siempre's peligroso. Yo digo, a mí ver, que si tenemos cuidado pos no hay qué temer, pero dice Julia que una desgracia puede suceder. La casa no puede quedarse sola; ya'staría más al pendiente." Chucho no contestó, y él llamó a su hija: "¡María! María, ven, hija, ¿a ónde'stá'l foco, hija? No sé ónde lo puso Lola esta mañana mientras planchaba. Búscamelo." El foco estaba a la vista encima de la televisión, pero Guillermo deseaba a la niña en la casa.

María entró inmediatamente. "Pos aquí 'stá", y se lo dio a su padre.

"Ándale ya... ayúdame a meter l'armazón." Puso etiquetas, corchos, cadenas y alambres en una caja de cartón y se la dio a María para que la guardara en el ropero. Un vez más sacudió a Chucho, que despertó sobresaltado. "¿Ya'cabó, don Guillermo?" Se puso de pie y se estiró; luego tomó una tira de metal y comenzó a aplanarla con el martillo.

Bajo la cama, Guillermo alcanzó unas revistas con grandes letras rojas en la portada que decían URSS y las puso sobre la mesa. María empezó a pasarle las botellas llenas de agua que se hallaban alineadas en una tabla sobre la cama. El las acomodaba en los pequeños soportes oscilantes, juntando la cadena con la presión de las pinzas. Colocaba el juguete completo encima de una revista, y lo envolvía con cuidado arrancando la hoja de un rápido tirón. Pasaba el juguete ya envuelto a María, quien lo acomodaba en un costal cuya boca descansaba en el respaldo de una silla para mantenerlo abierto.

"Acomódalos en el costal, pero bien; porque, mira, tan que-

dando esos buquitos. Tú no sabes bien la Lole así: así si no deja ni un buquito."

La atención de Chucho se centró en el papel de envoltura. Tomó una de las revistas y leyó en voz alta: "Boletín Informativo de la URSS."

"Mire, Guillermo... ¿pos qué no sabe que'sta revista es de los comunistas?"

"Sí, sí; un compadre mío que trabaja en los ferrocarriles cuando vio la revista me dijo lo que's. Pos un día vi un anuncio que decía que se lo mandaban a uno nomás pidiéndole, y lo pedí. Yo aquí lo'cupó, mire usted, traí como veinte páginas y pos aquí me alcanza pa envolver veinte garrafonas. ¡Y no crea que nomás me mandan eso! No, también mandan otros cuadernos, y pos yo tengo pa envolver más garrafonas. Traí muchos muñequitos, yo los miro ai cuando puedo. Pos no li'hace, la revista 'stá registrada como de segunda clase aquí en el correo y pos no puede traer nada contra México, ¿no? Y... pos ya quiere decir que's buena." Chucho estaba leyendo y no contestó.

El interés de Guillermo en la política era muy limitado. Durante las elecciones había votado, pero creía que los resultados ya estaban previstos por el partido en el poder. Leía el diario informativo y escuchaba las noticias por radio y en la televisión, eso era todo. Su padre había apoyado con gran entusiasmo a Lázaro Cárdenas. Cuando las compañías petroleras de México fueron expropiadas, León había dado su máquina de coser al gobierno para ayudar a rescatar el petróleo. Guillermo había contribuido con una gallina. También trabajó su padre en un comité político del Partido Revolución Mexicana pro Cárdenas, "con la esperanza de que le dieran un hueso". Guillermo esperaba poco del gobierno, porque se daba cuenta que era una fuerza policiaca a la que había que someterse. "Obedece o le va pior." Al presidente que más respetaba era Miguel Alemán, porque era estricto. Durante el período administrativo de Alemán, Guillermo hizo su servicio militar. Fue a marchar, durante un año, todos los domingos. Le había impresionado el hecho de que no pudo eludir esta obligación, cuando menos no con la pequeña suma de que era capaz. Los otros períodos presidenciales habían sido "malos" por el alza en el costo de la vida.

No era marcadamente anti gringo y aceptaba olvidar las guerras pasadas. Pensaba que los norteamericanos "tenían mucha personalidad", y que sus inversiones ayudaban a México, pero lamentaba la mala calidad de las armas de los Estados Unidos vendidas a su país. Creía también que los Estados Unidos trataban de mantener alejados a otros extranjeros, japoneses y australianos, que podían ser de gran ayuda para México. "A nosotros nos quieren tener bajo'l yugo. Pos ya les gustó, ¿no?" Se daba cuenta del efecto que había tenido el alza del dólar en el

costo de la vida. "Fijese, como las anilinas vienen de allá, pos ora que subió el dólar subió el precio de la tela y nos las venden más caras, y pos no 'stá bien."

Juan, el hermano, era muy activo en el sindicato. Cuando Guillermo trabajó en la misma fábrica, Juan fue nombrado inesperadamente secretario general del sindicato. La experiencia que Guillermo adquirió en esa oficina lo enseñó a desconfiar de los líderes.

"Los sindicatos es mentira. Agarra el secretario general y junta su paloma, ¿no?, de cuatro-cinco ombres y dice: 'La empresa está dispuesta a pagar los salarios y a pagar lo que se pida', ¿verdá? Y a los otros les dice: 'Aquellos que cobren menos, usted me da'l cincuenta por ciento y a los otros les damos un veinte.' Pos casi la mayoría son puros cacos licenciados... puros que'stán en el gobierno. ¡Ninguno 's honesto! Los líderes más grandes son los más rateros. La C.T.M. es muy poderosa. Si el patrón quiere correr un obrero por faltista o por ratero, ¡ni a patadas!"

Las revistas soviéticas no habían influido en Guillermo a favor del comunismo. "Pos no 'stoy muy enterado, verdá, pero así como platican, pos dicen que's com'una religión que lo somete a uno. Bueno, que somete a los trabajadores a trabajar forzados y... pos yo no creo que'stá muy bien eso... ¿o no? Ora que, pos también qué's eso de que lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. Vamos a ver, pongo una apartencia, si yo hago cien garrafontos, ¿no?, ¡diarios!, cómo voy a dejar que venga'l señor di aquí al lado y me quite cincuenta garrafontos... ¡No! ¡Pos cómo! No'stá bien, ¿no? Ese señor de'nfrente hace sus cubetas, ¿por qué se las había de quitar yo? No, eso no 'stá bien."

Guillermo creía que Rusia "había bajado sus cortinas" porque se preparaba para la guerra. Pero también pensaba que las guerras eran iniciadas por los capitalistas.

"Estados Unidos está cargado de aviones, de miles de barcos, de puro militar... yo digo ¿pa qué los quiere? Pos nomás pa la guerra, ¿no? Ni modo que los tenga'l inservibles, inútiles pa que se'chen a perder. Ora los barcos, pos tantos barcos, es mucho peso en l'agua y como los tienen que mover pos de algún modo, por eso hay guerra. De que los tengan allí a que vayan a pelear... ¡Y claro, al comercio chico no le dejan nada!"

Cuando el costal estuvo lleno, dijo a María que apagara el radio. Chucho, que continuaba leyendo el boletín, alzó los ojos: "Ya li apagaron... ¡No hay que ser...!"

"Sí, pos'tá encendido desde las once, ya tiene hartó."

"Bueno, ¡ni hablar!"

"Además ya se acabaron las comedias, que son las que me gustan. Ya no hay."

"Ta bien, señor Guillermo, si no digo nada: si yo nomás decía. ¿Verdá? ¡Pero ni hablar!" Chucho comenzó otra vez a jugar

con el martillo y el metal. Echándose hacia atrás, Guillermo miró el reloj. "Pos creo que tu mamá va venir tarde. No ha venido. ¡Ay, hijo, ora si no comemos!"

"Ay, no... que no venga tarde. Ojalá que llueva", dijo María. Se levantó y fue a poner agua a los frijoles. No teniendo otra cosa que hacer, de una caja sacó unos calcetines y salió a lavarlos. Chucho dijo que tenía hambre, y se despidió.

Diez minutos antes de las seis llegó Julia. En el hombro traía sólo tres toallas, y en la cabeza, un bulto amarrado en su suéter.

"Qué, ya venistes. ¿Todavía me quieres, vieja?"

Julia sonrió simplemente, bajó el bulto y arrojó las toallas sobre una silla. Sentada en la cama comenzó a contar el montón de pesos de su bolsa. "Mira, pos dirás que no, pero me'ché todo. Vendí todas, nomás quedaron esas tres." Era difícil contar en la oscuridad del cuarto. "Ponte'l foco, Guillermo, ya no veo." El único contacto para la luz estaba en la cocina, pero Guillermo había puesto en el cuarto una extensión para la radio y la televisión. Allí conectó un foco, que encendió.

"Sí, ora sí me fue bien, gracias a Dios. Mira, ciento diecinueve pesos me vendí. Ya me daba el cuarto y no había vendido nada. Pero después vi a una'miga y yo creo me dio suerte, ¿no crés?"

Muy contenta, Julia guardó el dinero en un viejo monedero negro, metiéndolo después en el seno. De otra bolsa que llevaba en el delantal sacó algunas monedas. "Vete a traír un jitomate di a veinte, de'sos medio apachurrados pa'cer el sudadero ese que'stá'i." Se levantó y fue a la cocina. "¿Le'charon sal a los frijoles?" —los probó y fueron de su gusto—. "Ta bien, ya'stán cocidos. Orita comemos."

"Pos ándale", dijo Guillermo.

"¡Ay, hasta me duelen mis patas de tanto andar! Qué feos tan los mercados esos nuevos. Ni se puedi uno defender. Me quería yo atajar l'agua, pos ¿que crés que pude? De un lado y otro me caía... Quedé empapadita."

"Qué, ¿llovió, vieja?"

"No, l'otro día. ¡Ay, mis patitas me duelen!" Catalina entró en ese momento. "Se cayó el niño re fuerte y se pegó en la cabeza", dijo a su abuela.

"¿Se cayó?... ¿Verdá de Dios?"

Yolanda apareció con cara preocupada y exclamó: "Sí, de la cama. Esta que no lo cuidó."

"¿De verdá? Porque si me'stán majeando verán."

Guillermo dijo: "Ese pinche escuincle, tanto lo 'stán cuidando que se va'morir."

Yolanda lo miró y soltó la risa. Julia se percató de que era broma y estirando el brazo atrapó a Catalina por el cuello diciendo: "Canija chaparra, no mi ande tomando el pelo porque un día me la voy a chingar."

Entonces entró la pequeña Emma y con cara seria dijo: "Se cayó el niño, Catalina lo tiró."

Todos rieron menos Julia: "No mi anden jugando de chanzas; ya le iba'dar sus trancazos pa que se le quite lo tarugo." Pero en seguida también ella comenzó a reír.

Guillermo se había puesto el sombrero y con el costal lleno de botellas al hombro se disponía a salir. "Ya me voy ir entregar, porque si no voy ora ya mañana quién sabe no los quiera. Ya ves que de un momento a otro se vende. Pos en la mañana cuando lo vi me dijo: 'Tráigame los que tenga y se lleva la lana al chas, chas.' Si esto se vende, ora nomás deja que'mpiece a'cer la lotería y verás cómo entran más fierritos. ¡Canijo si no me los agarra!"

Julia, que cuchicheaba con Yolanda, no contestó. Guillermo se acercó a ellas y levantó la voz: "Ya les dije lo que dijo. Si no me lo quieren crer pos no me crean." Las mujeres continuaron hablando y Guillermo trataba de oír lo que decían, cuando entró Galván buscando a su madre.

"Entóns qué, ¿no les pagó el maistro?"

Herminio contestó: "No, ya le dije que hasta'l sábado."

"Pinche, cabrón viejo ese —dijo Julia—. No les ha pagado en tres semanas."

"Eso sí, pos es que no le han caído composturas. Si no, ya les hubiera dado. Ya ves, otras veces que le caen, pos luego luego les da, ¿verdá, m'hijo?"

Galván dijo que sí, y salió corriendo a jugar. Julia y Yolanda continuaron su conversación privada. Súbitamente, Julia exclamó: "¡Que no!... yo nomás dije anoche que habíamos tomad'una cervecita, anoche, aquí, aquí adentro, que... que no sea'blador!"

Guillermo estaba muy interesado en lo que seguía. Intervino para confirmar lo poco que había escuchado: "¿Que se muera tu mamá, vieja?, ¿que se le'ncaje un dolor ya sabes ónde sí's cierto?"

Julia se volvió a mirarlo, sonriente: "¡Anda, vete al carajo, tú ni sabes!"

"Vamos, vieja, ¡dilo!" Julia se negó a decírselo y salió con Yolanda. Guillermo la siguió. Herminio llegó corriendo por la vereda agitando un billete. Preguntó a su padre que si lo cambiaba.

"Qué, ¿ya tan pronto rayaron?"

"Sí, la mitá yo y la mitá Galván. L'otro hasta'l sábado porque no tiene dinero mi maistro."

"A lo mejor ya rayaste todo sin decirnos, canijo", dijo Julia.

Herminio entró en la casa. Estaba contento y brincaba gritando: "Voy a vestirme pronto... ya me voy a comer... ¡el chocolate de la Melín!"

Cuando regresó María con el jitomate, Julia desenvolvió el paquete de su suéter y sacó un cucurucho de chiles verdes, otro de sal y un envoltorio de papel periódico con el sudadero. Pedacera y pellejos de res que Julia cambiaba por toallas en el Rastro. Una o dos veces por semana lo servía frito como carne de puerco con cebollas, ajos y jitomates. Demasiado hambriento para resistir, Guillermo se comió un chocolate de la venta, teniendo cuidado de no ser visto, ya que los miembros de la familia tenían estrictamente prohibido comer dulce. La vieja Rufelia llegó hasta el cobertizo, el rebozo en los hombros y quejándose del frío. Dio a Catalina cincuenta centavos para que trajera chinchol en un vaso, de la cantina de enfrente. Don Chucho llegó en su bicicleta y dijo que sería mejor comprar la botella ahora que él estaba allí.

"Si yo nomás quiero pa' entrar en calor", dijo Rufelia.

"¿Y nomás usted?", preguntó, bromista.

"Bueno, pos también pa' usted. Nomás deje que vayan por él."

Cuando Catalina regresó con la bebida, Rufelia la ofreció primero a Chucho. Este tomó el vaso y exclamó después de tomar un trago: "¡Ay, hijo de la pelona! Si esto sí que's pura lumbre. Siento mi pancita caliente, caliente."

Rufelia rió: "¿Pos no que'ra muy bueno pa' tomar? Mire, yo la tomo y ni siquiera."

Chucho la ofreció a Guillermo, que rehusó. "¡Ah!, qué collón", dijo Julia. Pero ella también la rechazó diciendo que prefería tomarla por la noche, después de la cena.

Con una servilleta llena de tortillas, entró Yolanda, las puso en una olla y se quedó para hablar con su madre. Guillermo y Chucho discutían de bebidas con Rufelia; Catalina peleaba con sus hermanos, María entró cantando con el bebé en brazos, Chucho empezó a bromear con Catalina persiguiéndola mientras ella trataba de evadirlo. "Ay, Catalina, yo que me muero por tí y tú que ni me horcas." Herminio buscaba sus ropas limpias. Quería que María se las buscara, pero ella se negaba. Así comenzaron a discutir. El sitio se hallaba muy concurrido y ruidoso. Tirando de la oreja a María, Julia le ordenó que buscara las ropas de Herminio, pero ella entregó el bebé a Yolanda y salió corriendo. Herminio encontró finalmente una camisa limpia y pantalones, y tras la puerta del ropero comenzó a vestirse. Arrojó su ropa de trabajo bajo la cama y al salir del rincón tropezó con su padre. "Míralo tú, Minio. Pinche Minio, ¡nomás me pegas y te rompo la cabeza!", dijo éste.

Herminio rió: "No, apá, no t'ice nada."

Yolanda se marchó con sus hijos; Julia cuidaba que la carne se cociera. "Bueno, después de todo, aquí ni semos tan caros pa' comer", dijo, dirigiéndose a su madre.

Durante unos momentos, la casa estuvo silenciosa, mientras

todos alrededor, de pie o sentados, esperaban la comida. A las siete de la noche Julia comenzó a servir. A María y a Herminio les dio un plato de chicharroncitos, frijoles y tres tortillas. Haciendo a un lado los objetos de la mesa de trabajo, invitó a Chucho a comer allí: "Ándele, véngase a echar una enchiladita aunque sea." Chucho declinó la invitación diciendo que comería más tarde y encargó a María una cerveza.

Julia sirvió a su madre. Guillermo salió al excusado. Tan pronto como salió, rápidamente Julia se dirigió al costal de garrafondos de juguete y sacó cuatro. Llevándolos en el hombro imitó a los vendedores de agua electropura y todos rieron. Sabían que siempre tomaba algunos juguetes para venderlos. Siempre empleaba ese dinero en comprar algo para los chicos. Escondió las botellas en el ropero y regresó a la estufa para calentar las tortillas. María llegó con la cerveza. Herminio eructó y la niña le dio un manazo. "¡Cállate, Minio, no seas animal!"

Sólo Chucho intervino entre los niños que peleaban: "Déjalo, María. Es consciente que's una falta de educación, pero'ra no hay... este, cómo te diré... pos reglas."

Catalina vino a comer y se sentó junto a Rufelia en el escalón de entrada. Julia comía de pie junto a la estufa. Cuando apareció Guillermo, Herminio se quitó de la mesa para ceder el sitio a su padre. Julia sirvió a su marido tan pronto como se hubo sentado, y éste comenzó a comer con avidez.

Parada en la puerta, Yolanda con una chaqueta de hombre puesta veía llegar por la vereda, dando traspiés, a Rafael su marido. Doña Guadalupe se detuvo en la puerta. Al verla, dijo Julia: "Qué dices, ¿cómo te sientes, chata?"

"Ay, pos vieras cómo me duele l'corazón. Desde que mataron a mi'jo me duele. No sé por qué se me'a cargado tanto y le rezo todas las noches." Hacía dos años que su hijo había muerto apuñalado en una pelea por una muchacha.

"¿Sabe lo que pasa? —dijo Chucho—. Que usted se'sta' auto-sugestionando y eso es malísimo pal individuo."

"Ya's lavado mucho, mujer. Ha de ser tanta fregadera como yo. Ya'stoy cansada de tanto."

"Aay, sí, chata", dijo Julia.

"Lo que pasa es que mi comadre ya'sta' muy trabajada. Ya'sta' grande, ya necesita descansar", añadió Rufelia.

"Pos sí, pero a ver... qué se le hace", dijo Guadalupe y echó los hombros hacia atrás quejándose de que le dolía la espalda. Sin ostentación, Julia le alargó un plato con comida. Ella se fue a su casa llevándose lo.

Guillermo, que había limpiado su plato, se puso de pie para salir. "Échame mi chamarra —dijo a su mujer—; ya me voy entregar el garrafón." Julia le arrojó la prenda y él salió con su costal al hombro.

Unos cinco minutos después Chucho se levantó para salir. "Es una desgracia que yo, tan joven, tenga que trabajar." Julia y Rufelia sonrieron. Herminio corrió para decir a su padre que pusiera discos para la fiesta de Melín. Se detuvo un momento, decepcionado al no encontrarlo. "Miren éste —dijo Julia—, ¡de ónde salió tan complacidor!"

El chico regresó a casa de Melín para ver la preparación de la fiesta. Un momento después, Julia escuchó los gritos de alguien. María entró corriendo para decir que Herminio le había pegado a Melín. "Minio, Minio, ¡ven acá! —gritó Julia, y en voz baja dijo a su madre—: Ora verá este re cabrón."

Herminio no llegó y enviaron a María por él. Ambos regresaron peleando y pegándose.

"¿Ya ve, Julita, cómo es Minio? Me dio un trancazote. No más está de perro."

Herminio dijo agresivamente: "Sí, ¡pos pa qué se mete! ¡A usted qué l'importa!, ella me pegó primero. A poco voy a dejar que me pegue."

"Mira, Minio, escuincle condenado, ¡métete! Yo no quiero líos con naiden. Métete, es mejor que te metas." Julia estaba enojada.

"No, mamá, no. Mejor me'stoy con Galván." Herminio corrió a casa de Yolanda perseguido por María.

Sin interesarse más en el asunto, Julia se sentó en la cama y se quitó los zapatos. "Tanto que me duelen los pies de andar. Pero si no li hace uno así, no come. ¡Con eso de que ta todo tan caro! ¿Verdá? Se balanceaba hacia atrás y adelante apretándose los pies. Los trastos sucios seguían en la mesa. El suelo estaba cubierto literalmente de papeles y botellas de cerveza y de refrescos. Afuera, en el patio, Julia y Rufelia oían a los niños correr y reír.

Cerca de las siete y media llegó Lola. Sonrió muy complacida y sacó una muñequita de azúcar de una bolsa de papel. Las mujeres admiraron la muñeca. Lola decidió llevarla a casa de Melín antes de cenar. Al salir ella, Galván entró gritando a su abuela:

"Mamá, dame de comer; ¡ándale, que ya mi anda de hambre!"

Julia lo miró sin moverse: "¿Pos qué no te dio tu madre?"

"No, dijo que me dieras tú. ¿Ya me das de comer?"

Julia se levantó torciendo el gesto al ponerse los zapatos: "Ay chingao, no lo dejan 'uno descansar. Déjame darle de comer a éste, ¡y ya no me tes jodiendo, hijo de tu madre!" Encendió la estufa para calentar la comida y salió hacia el grifo a lavar algunos trastos y llenar la cafetera. Cuando estaba sirviendo a Galván, llegó Catalina y pidió de comer. Julia, aunque impaciente, la sirvió: "A ver, presta. Qué moler con ustedes, verdá de Dios, ¿qué no tienen su madre, o qué?"

Rufelia, acurrucada en la puerta y muy envuelta en su rebo-

zo, dijo: "Al rato ya me voy a'costar, 'stá'ciendo mucho frío, cala mucho 'l frío."

Herminio, Emma y Tomás entraron saltando y cantando.

"¡Ya es hora, ya es hora!"

Julia los echó: "Sálganse de aquí, con una chingada, que'stamos platicando."

Lola regresó muy contenta de que a Melín le gustara la muñeca.

"Sí, le quedó bien. Se ve re bonita. A las velitas también les compré rositas pa que se pudieran poner mejor." Se sentó a la mesita en la cocina y Julia le sirvió su cena.

Herminio volvió a entrar seguido de Emma y Tomás y fue a buscar su suéter en el ropero. Emma y Tomás vieron a Lola comiendo, y Emma dijo en forma petulante: "Bueno, qué, ¿yo no voy a comer?"

Julia, que estaba calentando unas tortillas, respondió un tanto ausente: "Sí, sí, orita."

Melín entró corriendo para mostrar a su abuela Julia sus zapatos nuevos.

"Ah, pos si 'stán re bonitos; ora cuídalos."

Muy excitados y hablando al mismo tiempo, entraron seis chiquillos tras de Melín. Lola los observó sonriente: "Óigalos, ya 'stán listos, 'stán con la tentación", dijo a Julia.

"Pos sí, son criaturas", respondió ésta. Luego pidió a María que subiera al tapanco a buscar algo de confeti allí guardado. "Pa echarle a la del santo." María encontró la olla y se la dio a Julia. Los chicos la rodearon gritando y ella se vio obligada a levantarla por encima de su cabeza.

"¡Pérense! —gritó—, no le doy nada'naiden. Es pa la del santo. ¡Sáquense de aquí!" Los chicos desaparecieron ruidosamente.

Julia pensó que no era suficiente confeti y envió a Herminio a comprar otros veinte centavos. María lo acompañó. Galván entró peinándose. Lola lo detuvo, diciendo:

"Ay, mira; si este chiquito trai mi peine."

"¡Su peine! Ni's cierto pa que vea, lo traiba Jorge en el patio y se lo quité."

"Sí's cierto, antier en la mañana lo dejé ai encima de la tele."

Galván arrojó el peine sobre la mesa. "¡Ai 'stá su cochino peine! Total, ni cuesta ni un centavo", dijo y salió.

Lola lo recogió: "Voy a peinar a Melín; el espejo allá 'stá más grande que aquí."

María regresó sola. Se quejó de dolor de cabeza y se sentó en la cama.

"Esta niña 'stá mal", dijo Rufelia.

"Sí —dijo Julia—, desde ayer dice que le duele la cabeza y le dan ganas de volver. Yo digo que 'stá recargada del estó-

mago en primero; en segunda, que tiene lombrices, y en tercer, que está en el desarrollo. Tú sabes. Mañana, primero Dios, la voy a purgar."

Mientras tanto, María había sacado del ropero sus zapatos buenos y se los había puesto, luego salió al patio a jugar con los otros niños.

Rufelia se levantó con lentitud.

"Ya me voy acostar, Julia. Ay, por favorcito me chas un pedazo de cobija; ¡ese cuarto 'stá re frío, hombre! Luego en la madrugada lo siento. No seas mala, hombre."

"Sí, mamacita, sí. Después se la doy a uno d'éstos pa que se la lleven."

Después de salir Rufelia, Julia empezó a reunir los trastos sucios en una palangana.

"¿Qué haces, Julia?"

Julia alzó los ojos y vio que en el marco de la puerta estaba Anita con su hija. Las invitó a pasar y colocó una silla cerca de la cama. Anita tomó asiento y comenzó a mirar las fotografías que estaban encima de la televisión. Una era composición de un retrato de Guillermo y otro de Julia; ella lucía en sus veinte años y había hecho que el fotógrafo le hiciera el arreglo con una instantánea actual de Guillermo. Otra era de Maclovio y la tercera mostraba a los tres hijos de Guillermo vestidos para la primera comunión. La hija de Anita era tímida y estuvo de pie junto a su madre hasta que dos niñas de la vecindad la invitaron a salir a jugar.

Catalina entró preguntando a Julia:

"¿Y cómo van a poner el tocadiscos si 'stá re feo el patio?"

"Pos bárrele, échale una cubetita di agua y bárrele tantito. Andale, siquiera pa que no anden en el lodo", contestó ella. Catalina fue por agua y con ella regó el suelo frente al número 5. Julia hizo un gesto de aprobación.

Herminio, Galván y Tomás llegaron corriendo.

"Órale, amá, aquí 'stá el confeti colorao. Revuélvelo pa que nos alcancen a echar a todos."

Herminio dio a su madre un cucurucho de confeti. Galván trató de arrebatárselo, pero ella le dio un manazo rápido en la mano. "Ténse, ¡chingao! Ora sáquense por allá. Ora no les doy nada pa que no 'stén de'ncimosos."

Los muchachos salieron disgustados y Julia guardó el confeti.

Panchita calladamente comenzó a servir cucharadas de frijoles y carne en dos de sus cazuelas. Julia contó doce tortillas, las envolvió en una servilleta y se las dio a su nuera, que llevó todo a su casa. Generalmente Panchita y Maclovio usaban sus propios trastos y comían en su casa. Guillermo regresó.

"¿Ya 'stás aquí, tú?", dijo a Anita poniendo su costal vacío en el tapanco.

"Pos sí, yo tam'én vine al pastel."

Dirigiéndose a su mujer, dijo Guillermo: "¿No vino el gendarme?"

Julia lo miró alarmada: "¿El gendarme?... No, no ha venido."

"Yo creo viene mañana, ése's segurito. En la mañana ya lo tengo aquí. Toma esto, después te doy 'otro. No más déjame reposar un ratito."

"Ta bueno —dijo Anita tomando el dinero—; ya orita, como quien dice, me debes poquito."

"Es que, mira: Al darte todo a ti, no le doy nada a ellos, así que tengo que calcularme, ¿no? A ver, a ti te doy esto, al otro le doy 'otro y así. No nomás a uno. Pa mí, apenas me dicen algo, así de que 'stán mal y ya me convencieron. Sabe usted, ése's mi lado flaco: la palabra que tengo. Yo digo esto, y esto lo cumplo, ¿no? Entóns ya saben por ónde me sacan a mí las cosas, porque yo no los puedo ver llorando, y ya lo saben... Así soy yo. Y eso es de que... si no te había dado es porque no tengo, es como te digo... mira, tengo que dar... apúntale al."

Guillermo tomó un pedazo de papel y recargado en la pared comenzó a escribir números: "Voy a enseñarte lo que tengo que pagar cada semana." Anita se levantó para mirar por encima de su hombro.

Julia se quitó los zapatos y se acostó en la cama para aliviar un poco su dolor de espalda: "Qué ¿ya vas a empezar? Vete al carajo. Es como digo yo, ¿no? ¿Pa qué te'chas drogas? Pa mí no pides ni un centavo. Sólo tú sabes qué li haces al dinero."

"No, pérate. Mira, vieja, la cosa es así. Ta bien como tú dices que no es ni un centavo pa ti, ¿no? Pero yo'rita tengo empeñado todo, bueno... qué li hago. Por orita todo es sufrir, tengo mala suerte, 'stoy perdiendo en el juego, ¿no? Yo lo qui ora digo es que nomás un as en la mano, porque si no tuviera nada ya 'staría muerto. Orita los otros son los que tienen tres ases, pero voy a renacer, y entóns voy a tener los cuatro ases. Cuatro oportunidades, cuatro buenas suertes, otra vez."

Julia y Anita escucharon a Guillermo sin interrumpirle. Lola entró silenciosa e hizo señas a Julia a espaldas de su padre. Estaban esperando para traer el pastel que había de partirse mientras tocaban *Las mañanitas*. Julia se incorporó y dijo: "Gutiérrez, que le pongas un ratito el tocadiscos a la del santo."

Algunos niños se apifaron tras de Lola. Luego, el hermano mayor de Melón entró llevando por sobre la cabeza de los chicos el pastel de cumpleaños, color de rosa.

"A ver —gritó Julia levantándose y buscando sus zapatos—, háganse, que no me dejan maniobrar. Sálganse pa fuera."

Los niños obedecieron y Julia colocó una mesita de noche en el pasillo y la cubrió con un periódico.

"Ora sí, ponlo aunque sea'lo pobrecito... como no hay mantel, pos aunque sea' aquí en esto."

El muchacho bajó el pastel y los chiquillos volvieron a amontonarse. Guillermo buscó entre los discos, encontró el que buscaba y puso a funcionar el tocadiscos. Herminio saltaba impaciente.

"Qué pasó, apá... apá... ya pon los discos, ¿no?"

"Orita, orita que vengan los compadres y la del santo, ¿no?", contestó Guillermo.

La madre de Melín llegó con una olla de chocolate humeante. Los niños, incapaces de contenerse, gritaban, saltaban y se apretujaban con gran contento. La hermana más chica de Melín llegó con los platos de cartón y las servilletas, y los puso sobre la mesita. Mientras tanto, Julia, que había observado el piso cubierto de basura, trataba de barrer entre las piernas de los niños. Finalmente, irritada por tanto niño, los alzó en vilo. En el tapanco colocó a Herminio, Galván, Tomás y a otros cuatro más; a tres los sentó en la cama y a los nueve restantes les permitió permanecer de pie alrededor del pastel. Guillermo tomó su lugar junto a la televisión cerca de Anita. Lola estaba en la cocina y los demás adultos esperaban afuera, bajo el cobertizo. La señora Guadalupe miró hacia adentro y continuó su camino moviendo la cabeza. Todos estaban impacientes porque llegara Melín y su padre, para que comenzara la fiesta. Cuando al final aparecieron, hubo aplausos y gritos.

"¡La del santo, la del santo, la del santo!"

Mientras Guillermo dejaba oír *Las mañanitas*, la señora Chole servía jícaras de chocolate caliente. Los niños esperaban su turno impacientes, frotándose las manos y riendo unos con otros. Desde el tapanco, Galván gritó:

"¡Ah, sí, verdá, aquí no nos dan...! ¡Mamá Julia!, ¡mamá Julia! ¡A nosotros!"

Julia, que ayudaba a Chole a pasar el chocolate, no lo oyó entre tanta boruca.

"Apágate por aí el foco, Gutiérrez, van a encender el pastel."

Con ayuda de Lola, Melín encendió el pastel en la oscuridad. Todos le recordaron que pidiera un deseo. Hubo un momento de silencio y Melín dijo: "¡Ya!" Había formulado su deseo e inmediatamente los niños clamaban porque partiera el pastel.

Las mañanitas tocaban a su fin y Guillermo puso una canción popular. Miró un montón de discos y refunfuñó, dirigiéndose a Anita:

"Mire, pa que vea, esto es lo que llamo dinero muerto. Mire tanto dinero gastado que tengo aquí y pa qué, ¡pa nada!"

"Ah, pero cuando menos lo divierte", dijo Anita en voz alta.

El sacudió la cabeza: "Pos sí, yo no digo que no, pero esto se invierte y no se saca. Puro dinero gastado de balde." Le fasti-

diaba tocar los discos sin cobrar. Había soñado con alquilar el tocadiscos y los discos para bailes semanales, como hacían algunas personas en las vecindades grandes. Pero, gracias a su mujer, más de la mitad de las doce familias eran compadres, y dos, familiares. A todos éstos no se les podía cobrar. Las familias que quedaban eran demasiado pobres o hubieran pensado que él era poco amable, si les cobraba. Sus propios hijos le hubieran llamado miserable si rehusara tocar la música en las fiestas de la vecindad. Guillermo miró con disgusto a la multitud ruidosa de su casa.

"¡Cállense! ¡No griten!", gritó, pero ninguno lo escuchó ni prestó atención.

Julia dijo a Chucho que bajara el confeti del tapanco y lo arrojara sobre los niños. Melín cortó la primera tajada de pastel y se hizo a un lado para dejar a su madre que terminara mientras todos observaban. A cada uno le sirvieron una tajada delgadita de pastel en un plato de cartón. Los muchachos de la plataforma comenzaron a pelear y Julia los regañó, amenazándolos con echarlos fuera. Cuando hubieron comido el pastel, tres de los niños más grandes salieron al patio a bailar. Gritaron que la música no se oía en el patio y Guillermo le subió el volumen, Julia observó que Lola había rehusado el chocolate y el pastel.

"Mira esta payasa que no quiere tomar el chocolate. ¡Entóns pa qué'stá'quí! Que no sea grosera. ¡Ni que fueras india de allá del cerro, mana! Tienes que cenar, qué no ni qué no."

Lola sonrió apenada, pero la señora Chole también la incitó a comer. "Sí, Lola, sí; mira, toma tantito, nomás pa que acompañes a mi'ja. ¿Pos no que tú eres la madrina?"

Persuadida, Lola empezó a comer. Julia comprobó que todos los chicos habían sido servidos. Su yerno Rafael, todavía borracho, llegó tambaleándose hasta la puerta y parpadeando miró hacia adentro:

"¡Ah, hijo! Madre Santísima, cuánto escuincle."

Yolanda le dio un codazo en las costillas y se quedó callado. Anita y su hija estaban dispuestas a irse. Les dieron un pedazo extra de pastel para que llevaran a su casa. Ahora los chicos corrían hacia el patio para bailar alborotadamente unos con otros en el escabroso piso. Julia empezó a servir a los adultos sentados bajo el cobertizo y dentro de la casa. Allí estaba el señor Avelino y Lupe su mujer, del número 2, compadres de Julia por el Niño Jesús; la comadre Chita, del número 10, madrina de confirmación de María; el señor Aurelio y su mujer Alicia, padrinos de confirmación de Herminio, y muchos otros vecinos. La corpulenta Ana rehusó el chocolate y preguntó a qué hora iban a servir la cerveza. Chucho hizo reír a todos cantando con la música del disco. Se levantó haciendo ademanes como de sacar pistolas y dijo:

"Con esta música y un par de pistolas, ¡puros muertos y heridos!"

Alguien le gritó: "¡Hombre! ¡Te duró mucho la mariguana!"

Todos estaban alegres, excepto Guillermo, que permanecía en el cuarto cuidando el aparato de televisión. Mientras los discos tocaban él leía su periódico. Julia entró para ordenar un poco. Reunió los platos de papel, colocó la mesita de noche en su sitio y sacó las sillas para que se sentaran las personas mayores que miraban bailar a los chicos. El suelo estaba cubierto de confeti, pero decidió posponer el barrido, para la mañana siguiente. Saló por agua y la vertió sobre los trastos sucios en la palangana que colocó bajo el brasero. Luego se puso un suéter y salió a reunirse con los demás. Algunos estaban esperándola para despedirse.

"Muchas gracias, muy agradecidos por todo."

"Al contrario, gracias a ustedes que vinieron a su pobre casa."

Eran las nueve y media y todos los niños continuaban danzando con gran entusiasmo. "¡Que se pasen la pareja!", gritaban cuando cambiaban el disco.

Lola no se había sumado a los bailadores, pero permanecía en la puerta mirando. Chucho la animaba a bailar, pero ella rehusó. Yolanda, cargando a su bebé, observaba a su hijo más grande bailar.

"Mira, mira a ese Galván, ¿ves?, sí que sabe bailar. Si luego hasta le dan sus quintos pa que baile."

"Pos dile que baile un rocan rol", dijo Lola, pero Guillermo no tenía música de *rock and roll*.

Chucho, incapaz de contenerse por más tiempo, jaló a una de las mujeres y bailó con ella. Ella no quería hacer pareja con él por la forma en que cojeaba con la pierna corta, pero los otros lo animaron y no la dejaba retirarse. Chucho comenzó a payasear para disimular su defecto y todos se rieron de buena gana de él.

Julia reunió botellas vacías de cerveza en su cuarto. En seguida sacó dinero del monedero que guardaba en el seno y fue con Chole y otra vecina a comprar cerveza. Cuando regresaron, eran casi las diez de la noche. Sólo quedaban cuatro parejas bailando y cuatro personas mirando el baile sentadas afuera. Hermínio y María se habían subido a su tapanco y sin desvestirse se habían dormido. Lola bailaba con Chucho mientras Guillermo, molesto, los miraba desde la puerta. Su hija estaba en la edad de las inquietudes y los peligros porque entre los trece y los dieciocho años "la flor está en su plenitud, está en la edad peligrosa, inquieta, ¿verdad?, y hay que cuidarla". Él había aconsejado a Lola ser cuidadosa hasta que tuviera los dieciocho años; después de eso, podía casarse o hacer lo que quisiera.

"Después de sa edad, ya entóns la flor está muerta, se apaga y ya será más calmada."

Guillermo temía que Lola saliera como su madre, pero hasta ese momento parecía tener su propio temperamento flemático. Él nunca entendió los arrebatos temperamentales de Esmeralda, ni tampoco que lo hubiera abandonado tres veces, siempre ocho meses después del nacimiento de un hijo. "Yo nunca l'hice nada. Pos yo sin tomar, sin fumar, sin mujeres... bueno, yo sin nada. Así es que del trabajo a mi casa, de la casa a la fábrica." En ocasiones lo amenazó con matarlo y también a los niños, y en una ocasión lo cortó con un cuchillo y hasta le salió sangre. Esto lo asustó tanto, que cuando se fue por la tercera vez sintió alivio. Su única preocupación entonces fue que se había llevado a los niños. Pero, aún después de haber recobrado a los niños y de vivir con Julia, seguía teniendo miedo a su primera mujer. Creía que era una bruja que había hechizado a su patrono en la fábrica, que lo había hechizado a él para casarse con ella, y que antes de irse la última vez, lo dejó embrujado. Y contó cómo sucedió.

"Una vez llegué borracho, ¿verdad?, muy cansado, como a las once de la mañana, porque entóns yo trabajaba en la United en el turno de la noche, y yo dije, pues me voy a echar un suefrito, ¿no? Pues para reponerme. Yo tenía que ntrar hasta las diez de la noche, pues me alcanzaba bien el tiempo, pero no podía dormir. Mi mujer andaba de acá pa allá, nomás dando vueltas. Y que oigo que dice: 'Hoy sí me lo chupo, al cabo hoy es martes.' Yo me asusté. Ella nomás esperaba que yo me durmiera, ¿no? Ella desde mucho antes ya quería 'cerne mal. Hasta su hermana le decía que no m'hiciera eso, pero ella quería fregarme. Yo me decía: 'Ésta va 'star pensando que no la of', pero pues yo ya sabía lo que traía ella, ¿no? Yo le dije: 'Sabes, ya me voy a trabajar, pero voy orita porque quiero ver al doctor del Seguro. Me siento mal.' Fui a ver al doctor... y qué cre usted... que me va dando la noche libre pa que descansara. Pero fijese cómo se fue juntando todo, ¿no? Yo regresé, venía pensando que l'iba'cair, ¿no? Entóns en la casa había dos entraditas. Una en la cocina y otra en el cuarto onde dormíamos. Entré por el cuarto y no había nadie, nadie. Estaba sola la casa. Nomás que en la pieza había cuatro velas, así como haciendo un cuadro. Yo me quedé mirando aquello. Ora tovía hasta parece que lo siento, como que alguien me dijo'métete', y así hasta que sentí que me'mpujaron del hombro. Y me metí. Apenas entré en el cuarto ése, luego luego me'mpezó a doler la cabeza, como si tuviera un cuchillo. No se me quitaba por nada. Me dieron medicinas, gasté en médicos y nada... hasta que fui a ver una señora que hacía limpias, y ella m'hizo una limpia y me alivié."

Según él, aún después de abandonarlo, Esmeralda, trató de hacerle daño. Se daba cuenta que cuando algún familiar de ella venía a verlo, él o cualquiera de los niños caía enfermo. Final-

mente tuvo que decirles que no vinieran. Ahora, y al oscurecer, podía oler en ocasiones el fuerte perfume de Esmeralda, y darse cuenta de que trataba de llegar a él. En seguida le daba un tremendo calambre en una pierna o en el cuello, tan fuerte que lo hacía gritar de dolor. Cuantas veces llegaba enfermo, sospechaba de Esmeralda. Pero estaba contento de que no molestara a los niños. Los dos más chicos sólo habían tenido algunas enfermedades, y Lola estaba en buen estado de salud.

Al cuarto para las once Guillermo apagó el tocadiscos. Tomó una lámpara de mano y salió al excusado. Luego dijo buenas noches a los invitados y entró en su casa. Apagó la luz y se metió en la cama en ropa interior. Unos minutos después entró Lola, entrecerró la puerta para evitar un poco la luz del foco de la cocina, se puso un vestido viejo y trepó al tapanco junto a sus hermanos dormidos.

Julia, sentada bajo el cobertizo, tomaba y hablaba con los invitados que quedaban: don Chucho, la comadre Chita, Guadalupe e Ignacio, que se les agregó. Julia decía que para el próximo año, cuando Lola cumpliera los quince, le gustaría dar una gran fiesta para todos.

"¿Tú crés coma, que con quinientos no li'haga su fiestecita de quince a Lola? ¡Me canso, ganso! Si eso fue lo que gasté en tres... pos ora en una, ¡cómo no voy a poder! Me requete canso. Primero Dios, voy a juntar pa'cerle su fiestecita... ¿como con cuánto le compraré'l vestido? ¡Después de todo, ya va'ser señorita!"

El pequeño grupo discutió precios y brindó por la futura fiesta. Guadalupe dijo: "Ay, cómo se va'l dinero, ¿verdá?... En l'orita, en l'orita que se va... Pero yo tengo fe en Dios... todo se lo dejo a Dios. Dios tarda, pero siempre paga. Primero Dios, y el Santísimo Señor de Chalma me ha de hacer el milagro de socorrerme."

Chucho comentó: "Lástima que no fui vieja pa que Dios me mantuviera."

"Ni hablar, como soy macho tengo que pagar por todo, ¡por todo!", contestó Ignacio.

Ambos brindaron por las damas. Julia volvió a hablar de las cosas que le preocupaban, la dificultad para vender toallas, lo cansada que se sentía de tanto trabajar, el alto costo de la vida. "Pero —agregó— la esperanza muere al último." Y continuó planeando la fiesta para el santo de Guillermo. Conforme tomaban cerveza ella y sus amistades, brindaban una y otra vez.

Eran aproximadamente las once treinta cuando decayó la conversación y el grupo se dispersó. Cuando sus invitados se marcharon, Julia recogió las botellas vacías y las puso bajo la mesa de la cocina, metió las sillas y la gran bacínica blanca que afuera

se había ventilado todo el día y echó el cerrojo interior de la puerta de entrada. Antes de meterse en la cama, miró a los niños dormidos a la tenue luz de la veladora, y los cubrió con la delgada manta.

EN LOS SUBURBIOS DE LA CIUDAD DE MEXICO

LA FAMILIA SANCHEZ

EN EL lecho salitroso y seco de lo que fuera el antiguo lago de Texcoco, se levantaba la colonia El Dorado en los límites noreste de la ciudad de México, una colonia nueva sólo de cinco años atrás. Era una colonia proletaria, sin agua, drenaje ni electricidad y la mayor parte de sus casas estaban habitadas por los propietarios, aunque algunas de ellas eran verdaderas chozas. Había un solo camino sin pavimentar, una capilla sin terminar y dos pequeñas tiendas. La provisión de éstas era muy limitada: pan, bebidas dulces, fruta, verduras, velas, petróleo para las estufas y nada más. Una línea de autobuses con viejas unidades desvencijadas comunicaba a la colonia con la cercana Villa de Guadalupe y otras partes del centro de la ciudad; a las cinco de la mañana salía el primero. Se suponía que el resto del día, y hasta la medianoche, los autobuses circulaban cada media hora, pero la verdad era que el intervalo se alargaba en ocasiones hasta una hora.

Los habitantes de la colonia se quejaron más de una vez del servicio tan deficiente, pero hasta el momento nada se había hecho para mejorarlo.

La casa de los Sánchez se levantaba al descubierto en la llanura sin árboles, a cierta distancia del polvoso camino, en un conjunto de cinco a seis casas. Era, con mucho, la más grande y sólidamente construida y la única casa con una acera estrecha frente a ella. Por fuera era un bloque gris, rectangular, especie de fortaleza. Sus cuatro paredes presentaban el mismo despliegue de cemento ininterrumpido, excepto en el angosto frente donde quedaba la puerta. El plan original de la casa incluía ventanas hacia el exterior, pero Jesús Sánchez decidió colocarlas sólo en las paredes interiores que daban a un patio. Quizá algún día, pensó, podría aumentar un segundo piso a la casa. Con esta idea dejó un refuerzo de vigas de acero en sus paredes, cuyos ángulos sobresalían dando un aspecto inacabado al edificio. Aun así, la casa de Jesús Sánchez era mucho más alta que las que la rodeaban. Cuando se asomaba al pretil de la azotea le era posible ver los techos de sus vecinos y hasta sus patios, donde las mujeres solían trabajar. También podía ver a lo lejos, a través del polvoso y monótono yermo, el azul intenso de las montañas.

Frente a la entrada, quedaba el patio desnudo bajo el ancho cielo; en él, algunas cubetas para el agua y en ocasiones uno que otro pollo deambulando. Era un patio muy limpio. Jesús exigía que se mantuviera aseado, y cuando el sol daba de lleno sobre el cemento gris, se veía resplandeciente y blanco. A la derecha de la puerta se alzaba la escalera prominente que conducía hacia la azotea, también de cemento. En un claro, bajo la escalera, estaba el lavadero que usaba la familia; más allá, a lo largo

y a la derecha, dos cuartos para animales, el primero destinado a los pichones, el segundo a los puercos. Al final del patio un gallinero y otro sitio adicional para pichones, uno para el perro y un excusado sin terminar, ya cubierto. Los cuartos de los animales, igual que los ocupados por la familia, habían sido enyesados cuidadosamente. De hecho, los animales jugaban un importante papel en el hogar, y en ocasiones Lupita se preguntaba si Jesús había construido la casa para los animales o para la familia.

A la izquierda, se alzaba un chiquero con un techo endeble de cartón y láminas, única parte un tanto descuidada en toda la casa. El resto de este lado del rectángulo se destinaba a vivienda de la familia. Primero una cocina y en seguida dos cuartos. De la cocina hacia el patio, se abrían una puerta y una ventana, pero interiormente la cocina no comunicaba con los cuartos: ambos tenían ventanas, pero sólo uno tenía entrada al patio. Dentro, los cuartos se comunicaban sin puerta. Los dos eran del mismo tamaño y, a diferencia de la cocina, habían sido blanqueados. Se veían muy ordenados, incluso con exceso, con algunas imágenes religiosas y calendarios en las paredes y chucherías.

Al amanecer del primero de enero de 1957, todo estaba silencioso en casa de los Sánchez. Hasta Popo y Amapolo, los perros guardianes protectores de los animales, estaban en silencio. Jesús, el padre, despertó, alcanzó su lámpara de mano y dirigió el haz de luz sobre el reloj de pared. Eran apenas las cinco y cuarto, de modo que tornó a dormir. Dormía en la cama matrimonial que Consuelo, hija de su primera mujer, compró para sí con el dinero que ganó como taquígrafa. En un principio Consuelo durmió en esa cama, pero como su padre decidiera que "se perdía en ella" por ser tan grande, con el tiempo la tomó para él. Sin embargo, cuando Jesús pasaba las noches con Dalila, la esposa joven, en su otra casa, Consuelo se cambiaba del catre pequeño a la cama grande.

Lupe, la mayor de las mujeres de Jesús, dormía en el mismo cuarto en un pequeño catre, rara vez con su marido. Durante las vacaciones escolares, cuando Daniel, de nueve años, hijo de su hermana, se quedaba con ella, como esa noche precisamente, compartía su lecho con Clotilde, su nieta de ocho años. Actualmente la familia de Clotilde vivía cerca, pero la noche anterior, cuando la niña debía regresar a casa, estaba tan adormilada, que Lupe insistió en que se quedara; eso quería decir que ella tendría que dormir en la misma orilla de la cama.

En el cuarto del padre dormía el resto de la familia. Las dos hijas de Jesús y Lupe, María Elena y Antonia, y los niños de Antonia, Carmela y Julio, éste de once meses.

Consuelo, la hijastra de Lupe, dormía en la misma pieza. A las seis y cuarto Jesús volvió a despertar. Se le había hecho tarde. Rápidamente comenzó a vestirse. Primero un pantalón azul de mezclilla, con amplias y fuertes bolsas de franela donde frecuentemente llevaba grandes sumas de dinero que el patrono del restaurante le daba a guardar. En este restaurante para la clase media, Jesús trabajaba como jefe de cocina y compraba el mandado desde hacía casi treinta años. Sobre los pantalones de mezclilla azul se puso un overol de color gris para proteger los bolsillos interiores, de los rateros que abundaban en los mercados y calles de la ciudad. El resto de su ropa fue: calcetines, zapatos recios, una camisa, un suéter azul de lana con cuello alto y una chaqueta de mezclilla.

Bajo de estatura, como de metro y medio, Jesús daba la impresión de un hombre rechoncho porque siempre usaba ropas muy gruesas ya hiciera buen o mal tiempo. No poseía un traje común y corriente ni otros zapatos que los del trabajo. Su rostro apacible era de rasgos indígenas con pómulos prominentes, nariz recta, cejas espesas y ojos pequeños. Tenía pelo negro, pero el color de piel bastante claro; su edad actual era de cuarenta y ocho años. En un lebrillo sobre el lavadero se lavó la cara y las manos con jabón corriente, en la cocina se enjuagó la boca dos o tres veces y se secó con un pañuelo grande. Rápidamente se peinó y se puso el sombrero. El vestirse y asearse le habían tomado muy poco tiempo, pues era un hombre de movimientos rápidos, enérgico en todo lo que hacía.

Jesús era muy trabajador. Le parecía que toda su vida había trabajado, y que nunca había tenido infancia. Recordaba haber sido un niño solitario y triste porque sus hermanos eran mucho más grandes que él y su padre nunca le compró juguetes, ni le permitió tener amigos. Su padre fue un arriero analfabeto que llegó a ser dueño de una gran tienda de comestibles en su pueblo, en Veracruz. Durante la Revolución, la tienda fue arrasada y el hijo mayor murió peleando. Otro hijo se mató en un accidente, y el tercero murió asesinado. Cuando Jesús tenía ocho años su padre dejó abandonada a la familia. Entonces, él, su madre y otro hermano se vieron obligados a trabajar como peones en una hacienda.

Años después, murió la madre de Jesús y él regresó con su padre, que había vuelto a establecer su tienda. Allí trabajó hasta que cumplió doce años. El padre era muy exigente y Jesús creció inquieto anhelando liberarse. Abandonó la casa paterna para emplearse como segador de caña durante la zafra, y posteriormente trabajó en los molinos de caña. El trabajo era agotador y apenas ganaba lo indispensable para subsistir. Realmente supo lo que era el hambre, pues trabajaba a veces desde muy temprano en la mañana hasta por la noche, sin comer. El recuerdo de

esos días era tan amargo, que al hablar de ello sus ojos se llenaban de lágrimas.

Cuando frisaba en los dieciséis años Jesús se marchó a la ciudad de México con un hombre que le ofreció trabajo. A los pocos días fue despedido sin más explicación. Solo, y sin un centavo, llevando bajo el brazo una pequeña caja con sus pertenencias, caminó por las calles de la ciudad.

"Al voy yo, pasando hambre de vuelta. No tenía ni un centavo, y como dicen algunas gentes 'donde todo falta Dios asiste'. En ese momento pasó un señor como bajado del cielo y me preguntó si quería trabajar. Me preguntó si yo tenía referencias y dije: 'No señor, no me conoce nadie aquí.' Yo pidiéndole a Dios que me diera algún trabajo. Necesitaba yo trabajo para comer."

El hombre empleó a Jesús en una tienda.

"Trabajaba de las seis de la mañana a las nueve de la noche, sin descansar. Tomaba el desayuno en la tienda, helado. No tenía tiempo para tomarlo caliente. Iba a dejar pedidos a domicilio. Al voy con las cajas, ¡apenas podía! Un día el señor Velázquez llevó un muchacho descalzo y me dijo: 'Oye, Jesús, este muchacho se va quedar en tu lugar y tú vas a buscar trabajo. Mañana mismo te vas de aquí.' Sin más ni más. 'Está bien, señor Velázquez.' No había que decir palabra. No tenía adónde irme. Volvía a quedarme a media calle."

Finalmente, medio muerto de hambre, con su caja bajo el brazo, Jesús encontró trabajo como lavaplatos en el restaurante "La Gloria", donde los otros empleados se burlaron de él y le apodaron "Jesusito". Al principio, trabajó quince horas diarias por ochenta centavos y las comidas, pero más tarde fue ascendiendo a ayudante de cocina, panadero, nevero, y por último a responsable de las provisiones con cuatro mozos para ayudarlo. Actualmente, treinta años después, recibía el salario mínimo de once pesos por las ocho horas de trabajo, aunque también obtenía otras ganancias en diversas formas. Rara vez faltaba a su trabajo y era considerado muy eficaz y digno de confianza por sus patronos.

Lupe despertó cuando Jesús se disponía a salir. Él sólo dijo: "Voy a mandar unas cosas con Avelino." Avelino era un muchacho de quince años que Jesús empleaba como mandadero y ayudante de todo. Lupe asintió y no dijo nada, pero se levantó y salió hasta la puerta con él. Ya de salida, Jesús miró en la caseta de los pichones. Estaba muy orgulloso de su magnífica cría de pichones y los cuidaba muchísimo. En la puerta, Lupe tomó la linterna y, cuando él se hubo ido, aseguró la puerta con el pasador.

Jesús apresuró el paso hacia la terminal de autobuses. Tenía

muchas responsabilidades y era hombre muy ocupado. Mantenía tres hogares diferentes situados en sitios muy apartados de la ciudad, y la mayor parte de su tiempo libre lo pasaba en viajes de una casa a otra en visitas diarias. Generalmente iba primero a la casa de su mujer favorita, la joven Dalila, con la que había estado viviendo durante los últimos dos años. Aquí comía, tenía su ropa, y generalmente dormía. Dalila, de veintiséis años, era la madre de su hija más pequeña, una nena de dos meses. La familia de Dalila incluía un hijo del primer esposo, su madre, y los cuatro hijos de Manuel, el hijo mayor de Jesús, cuya mujer había muerto.

Después de comer y de una breve siesta, Jesús tomaba el autobús para ir a casa de Lupe, y de ahí iba a visitar a su hija Marta, que vivía con sus hijos en un cuarto de la vecindad de La Casa Grande. Hacía aproximadamente treinta años, Jesús tuvo su primer hogar, cerca de esta misma vecindad, cuando a los dieciocho años de edad se unió libremente con Leonor, su primera mujer. Algo mayor que Jesús, y madre soltera de un niño que murió, Leonor también trabajaba en el restaurante "La Gloria". Procrearon dos hijos, Manuel y Roberto, uno seguido del otro; y como Jesús sospechara que Leonor tenía relaciones con otro hombre, durante algún tiempo la abandonó. Inclusive llegó a sospechar que sus hijos bien podían no ser suyos. Fue durante esta época cuando sostuvo relaciones con Lupe, quien dio a luz a Antonia. Después regresó con Leonor y procrearon dos hijos más, Consuelo y Marta. Leonor murió cinco años después dejando cuatro hijos: Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. Jesús encontró una segunda esposa, Elena, quien no tuvo familia pero fue una buena madre para sus hijos. Cuando Elena murió él intentó criar a los niños con ayuda de una sirvienta. Con Lupe no fundó un hogar porque temía que hubiera dificultades entre los medio hermanos. Sus temores no fueron vanos. Cuando posteriormente Antonia vino a vivir a La Casa Grande con los otros niños, su medio hermano, Roberto, quedó prendado de ella, profundamente, sin esperanza.

En La Casa Grande, el hogar que ahora sostenía Jesús era principalmente para su hija Marta, madre abandonada, con tres niñas, a la edad de veintiún años. Sin faltar nunca, todos los días a las siete de la noche Jesús traía a Marta alimentos y diez pesos para gastos. Además daba un peso a cada una de sus nietecitas. Allí dormía también Roberto, pero se hacía cargo de sus propios gastos. Todos ignoraban dónde vivía Manuel. Consuelo vivió allí hasta que tuvo un serio disgusto con su padre por causa de Dalila, y él la corrió. La chica se fue a Monterrey en compañía de un joven llamado Mario, pero a los pocos meses se sintió muy enferma y telegrafió a su padre pidiendo ayuda. Jesús pidió prestados setecientos pesos para gastos de viaje y

trajo a Consuelo a vivir a la casa de Lupe hasta que se restableció. Mientras la muchacha estuvo enferma, él iba a la colonia todas las tardes a las cinco. Allí dormía dos o tres veces por semana.

Aunque este lugar de la colonia no era muy conveniente para Jesús, él estaba contento de haber decidido, cuatro años atrás, la compra de ese lote y la construcción de la casa. Deseaba un hogar permanente para Antonia y sus hijitos, ya que no era posible confiar en el marido de Antonia para que los mantuviera. También necesitó Jesús de un sitio para criar a los animales que vendía para aumentar sus ingresos. Durante algún tiempo alquiló un corral en las afueras de la ciudad, y diariamente, con lluvia o sol, tomaba el autobús a las cuatro de la mañana para ir a limpiar y alimentar a los animales. Luego, de regreso, a la hora en que todo el mundo salía hacia sus trabajos, dormitaba de pie entre la muchedumbre. Era demasiado para él, y cuando ganó 2 500 pesos en la Lotería Nacional, comenzó a soñar en construir su casa propia.

Un día, Isabel, hija del primer marido de Lupe, le dijo que en El Dorado, colonia en que ella vivía, vendían un lote con dos cuartuchos en 2 500 pesos. De su ganancia en la lotería le quedaban 1 700 pesos, pero tenía un magnífico ejemplar de cerdo semental. En un auto de alquiler metió el cerdo, rápidamente fue a la colonia y en un momento cerró el trato; según dijo: "Todo derecho, legal y limpio." Días después vendió otro cerdo, compró material de construcción y empezó a levantar su nuevo hogar. Era un proyecto demasiado ambicioso que significaba mucho para él y lo único que decía cuando hablaba de ello, era: "Puedo decir que es un palacio, pues... nunca he tenido nada..."

Durante mucho tiempo Jesús estuvo pensando en que Lupe se hiciera cargo de los animales, ayudándole así con la pesada carga. Era persona seria y responsable. El le tenía confianza, pero no sabía cómo llevar a cabo su plan porque, además, era orgullosa e insistía siempre en ser independiente. En los muchos años de sus relaciones y a pesar de tener dos hijas, Antonia y María Elena, rara vez vivieron juntos. Tal como lo pensó, Lupe no pudo resistirse a su ofrecimiento de vivir cerca de su hija Isabel y de sus amados nietos en el nuevo hogar. Tampoco quería ella privar a Antonia de un hogar mejor para sus hijos. Los intereses de las hijas siempre fueron muy importantes para Lupe. Por primera vez en treinta años, dejó el trabajo en el restaurante "La Gloria", y renunció a ganar dinero. Se mudó a la colonia con sus dos hijas más pequeñas y sus dos nietos, mientras Jesús continuaba construyendo la casa nueva.

Pero Lupe no estaba contenta en la colonia. Al principio tuvieron que vivir en la diminuta choza de piso de tierra, con todo y los animales. Era húmeda y en ella se colaba el viento del des-

poblado llano. Lupe sufrió de reumatismo durante cuatro horribles meses. Para ella era muy deprimente vivir allí aun cuando la casa ya estaba terminada, pues la mayor parte de su vida vivió en las vecindades de la ciudad, rodeada de gente, amigos y vecinos. Después de cuatro años, todavía se sentía temerosa del silencio y el aislamiento de su nuevo hogar. Su eterno miedo a los fantasmas la mortificaba ahora más que nunca. Se sentía nerviosa si abría la puerta de entrada, y por las noches, si alguien llamaba a la puerta, subía a la azotea para ver quién era. El miedo a los ladrones nunca la abandonaba.

"Cualquier día entran y una aquí encerrada hasta el fondo, sin poder pedir auxilio, ni poder correr ni nada. Jesús no siente miedo. ¡Claro! Como él se larga y nosotras aquí nos quedamos. Aquí en la otra casa viven seis hombres, y luego acá, en esta otra esquina, el señor con su escopeta... así es que me conformo. Y aquí los perros. Pero de todos modos, no te creas." Si ella hubiera sabido que Jesús se buscaría otra mujer en cuya casa dormiría la mayor parte de los días, Lupe seguramente no hubiera aceptado mudarse a la colonia.

Cuando su marido se marchó, Lupe revisó también la caseta de los pichones. Fue al excusado, regresó a la alcoba donde suavemente acarició a su sobrino Daniel y le arregló las ropas de la cama para taparle mejor. El muchacho era como otro hijo suyo, pues casi siempre había estado con ella, desde que nació. Su madre Elvira, hermana de Lupe, trabajaba como mesera en un café desde que la abandonó su marido y no podía hacerse cargo del niño. Dos años después, Daniel tuvo que regresar con ella porque la colonia El Dorado carecía de escuela. Ahora sólo estaba con Lupe durante las vacaciones escolares.

Lupe entró en el cuarto del padre a ver si todo estaba en orden. Nadie despertó, pero el bebé empezó a lloriquear. Antonia lo arrulló soñolienta, diciendo: "Duérmete, duérmete", y le dio el pecho. Pronto la casa estuvo de nuevo en silencio. Lupe también había regresado a la cama. Eran las siete y cuarto cuando se levantó para iniciar el día. Se arregló el vestido que no se había quitado para dormir y se alisó el pelo. Cuando Jesús estaba allí, Lupe nunca se desvestía; en otras ocasiones se ponía ropas viejas para dormir. Ahora se puso un suéter desteñido de color marrón, y se envolvió la cabeza y los hombros en su rebozo de diario. En una caja, al pie de la cama, guardó su almohada redonda, especial. Estaba cardíaca y la almohada que ella misma hizo la mantenía más levantada mientras dormía, permitiéndole respirar con mayor facilidad.

Aunque era aproximadamente de la misma estatura que Jesús, Lupe era de constitución más pesada, y en contraste con la brusquedad y rapidez de él, era lenta y torpe en sus movimien-

tos. De cara agraciada pero de voluminoso pecho, Lupe se veía desaliñada y no hacía ningún intento para mejorar su apariencia. Nunca se maquilló la cara, y recogía su pelo oscuro, alisado despreocupadamente, en una trenza o sujeto en chongo. Se preocupaba de su apariencia sólo en las raras ocasiones en que salía. Cuando se le preguntaba su edad, Lupe siempre respondía: "Criatura del señor, yo no sé ni la edad que tengo." En presencia de extraños o conocidos, era callada y retraída.

Abrió las jaulas de los pichones para que volaran libremente durante el día. En seguida se dirigió al lavadero y se lavó las manos antes de limpiar la olla de la leche que deseaba tener lista para cuando llegara el lechero. Pagaba a uno cincuenta el litro. En las tiendas de la CEIMSA, la leche sólo costaba ochenta centavos, pero la colonia no tenía tiendas de la CEIMSA, y además había quien decía que los niños se enfermaban con ella porque era adulterada. La familia de Lupe tenía que conformarse con sólo tres litros de leche diarios, que tomaban con café o con cereales cocidos. Consuelo bebía un gran vaso todos los días porque así lo había ordenado su padre. Isabel, que casi siempre llegaba con sus cuatro niños a la hora del desayuno, para pasar el día, traía consigo leche que agregaba a las existencias de la casa. Cuando había muy poco dinero para comprarla, los adultos bebían infusión de canela, de limón o de naranjo.

Lupe comenzó a alinear los botes de veinte litros en el patio para no correr a buscarlos cuando pasara el carro del agua. Se empleaban ocho latas para llevar el agua del camión a la casa. El agua se vertía en grandes tanques, que había en el patio, cubiertos con tapas que los protegían del polvo y de los animales de la casa. Había que gastar parcamente la provisión diaria de agua, ya que se necesitaba tanto para los animales como para la familia. Chacha, la puerca, así como los perros, frecuentemente eran bañados, pues Jesús insistía en que también ellos debían mantenerse limpios.

Ahora era tiempo de que Lupe fuera por el pan. No se hacían entregas de pan en la colonia, ni tampoco había panaderías. Los tenderos traían el pan de la ciudad por las mañanas y por las tardes. En ocasiones el pan se acababa, y en otras, los tenderos sólo realizaban un viaje a la ciudad, de modo que, si no se apresuraba a llegar temprano, podría quedarse sin pan. Hizo una pausa, sin embargo, para observar el vuelo de los pichones dibujado contra el cielo matinal y para ofrecerles puñados de trigo que regó en el suelo. Los pollos, en las altas perchas de sus gallineros no podían bajarse sin ayuda, y hoy, como todos los días, Lupe los ayudó a bajar uno por uno. Luego, abandonó la casa caminando lentamente entre la tierra suelta. Sus pies eran muy sensibles, y al caminar le dolían.

Atribuía los dolores de pies a los muchos años que trabajó en el restaurante "La Gloria", primero como ayudante de cocina y luego como cocinera. Fue allí donde conoció a Jesús. Durante los dos primeros años, ambos trabajaban en distintos turnos y no se conocían. Cuando llegaron a conocerse y tuvieron una rápida aventura, Lupe casi no sabía nada acerca de él. No fue hasta que estuvo embarazada cuando supo que él tenía mujer y dos hijos. Él era el segundo hombre que la decepcionaba de esta manera. Y quedó profundamente dolida. Juan, el padre de sus dos hijas, Elida e Isabel, también resultó con mujer e hijos. Pero, cuando menos, Juan la quería y le puso un hogar para ella y las niñas. Pudo haberse quedado con él en Querétaro y dejar que la mantuviera. Era bien parecido y ella lo amó desde el momento en que la cortejó. La conoció sentada en el balcón de la casa de su tía y comenzó a mandarle recados amorosos.

"O me sentaba yo en el balcón y pasaba en su caballo, muy alto, muy apuesto. Pero tomaba mucho. Se emborrachaba y luego echaba balazos frente a la puerta, y todas acá, asustadísimas. Y era de los que se robaban a las muchachas: ya había dicho que tenía yo que ser su mujer por la buena o por la mala. A ése sí lo quería, pero era muy celoso. Era muy celoso. Celosísimo. Pero dicen que 'celoso, mañoso', ¿eh? A mí nunca me sacaba al cine ni a ninguna parte, qué porque le hacía daño el aire a la niña, que porque llegaba muy cansado... y así, ¿eh? Total, que nunca llegaba el día que me sacara a dar una vuelta. Yo era muy mensita. Pues te imaginas, venida del pueblo. Claro, que con este señor pues jamás lo molestaba con que quiero ir a tal parte, ¿eh? ¡Nunca! Ya sabes por qué no me sacaba, por temor a que me vieran con él. ¡Como ya era casado!... Pero, mira, ¡qué bien supo fingir! Ni quién se diera cuenta. Y cuando me di cuenta ¡anda atarantado éste! Pero ya era tarde, ya tenía yo a estas dos chiquitas... pues ya qué le hacía. A la casa no faltaba. Eso sí, notaba yo que veces llegaba tarde, pero entonces no había eso de que '¿Por qué llegas tarde?', o '¿Dónde fuiste?' ¡No, mi almita! Entonces se quedaba uno callada la boca. Por se decía 'El hombre es de la calle, y la mujer de su casa.' Me decían: 'Teniendo la mujer lo suficiente en su casa, no tiene por qué celar al hombre. El hombre es libre, el hombre es de la calle.' Así, pues, a querer o no, pues me aguantaba. Hasta cuando lo encontré, y dije: '¡Ah!, conque éstos son tus pretextos y tus celitos...' Entonces ya no hubo más remedio que me pusiera yo a trabajar para mantener a mis hijas", contaba Lupe.

Con Jesús, todo había sido distinto. Casi de inmediato demostró indiferencia, sin hacer caso de su embarazo. Parecía aliado de que ella no le exigiera nada. Lo peor de todo para Lupe

era que tenía que continuar trabajando en "La Gloria", y desde luego, lo veía constantemente.

"Yo sufrí la pena negra. Eso de tener que trabajar y estar soportando a tus compañeras que ya te dicen que'sto, que l'otro. Me decían las muchachas del café: 'Ay, ¡tu viejo!' ¡Qué mi viejo, ni qué nada! Me decían: 'Tu príncipe anda de Romeo.' Les decía yo: '¿Sí?, pos déjenlo que haga su luchita.' Pos ni modo, a ver... qué hace uno. Tiene uno necesidad de trabajar. Eso de estar enferma ¡y tener que trabajar hasta el último momento! Porque no creas que había de que le daban a uno permiso para faltar, ¡no!, ¡qué va! Y qué bueno lo dejaran a uno descansar los cuarenta días. Yo a los ocho días ai estoy de nuevo en el trabajo, cargando cosas pesadas, en lo frío, y sin sentarme un solo momento."

Después que nació Antonia, la vida aún fue más difícil para Lupe. "Cuando mis hijas estaban chiquitas, sufría horrores, ¡vaya! Una vez me lanzaron a la calle por no tener pa pagar la renta. Me sacaron mis cositas al patio. ¿Qué tantas tenía? Nomás una mesita, ese cajón, y unos banquitos; y dos cajoncitos de'sos de jabón donde tenía yo mi ropa y la de'llas, y un petate. Estaba lloviendo, y yo ai llorando abajo de la mesa, con las tres enfermas del sarampión y... ¡nada más agarré a mis hijas, y a llorar! De buscar a Jesús, nunca lo hice. Fue cuando conocí a Bertita. Allá vivía ella y me dijo: 'Señora, traiga usted a dormir aquí a las niñas. Yo no lo hago por usted, sino por las niñas. Tráigalas y aquí las acostamos.' Pues ya metí 'mis muebles'. Y me dice que mientras que buscaba alguna casa, ai me podía quedar por unos ocho o veinte días. ¡Qué ocho ni qué veinte días: fueron años! Su adoración era Antonia; la quería mucho. Todavía cuando murió, dijo que a nadie sentía dejar como a Tonía. Era muy buena con éstas. Yo, pos Dios se lo pague. Pues también tengo que reconocerle, ¿verdad? Siempre viví arrimada con ella. Cuando esta Antonia se enfermó, me decía Bertita: 'Señora, esta criatura necesita su padre.' Hasta que por fin le dije. Y él vino a verla muchas veces. Pero no te creas que me veía, ¿eh? Ya iba yo y les servía el té, les servía y me volvía yo a salir. ¡Qué iba yo a estar viendo la cara! No me hablaba él, pues no le hablaba yo. Cuando llegaba, casi siempre estaba yo lavando —pues los lavaderos estaban así a la entrada, y luego en seguida la puerta de la pieza—. Pues pasaba Jesús junto a mí, y como si no hubiera nadie, y volvía a salir, y lo mismo. Jamás me dirigía la palabra. Yo pensaba: '¡Vaya con este atarantado!, ¿eh? Pero nomás. Nunca me atrevía a decirle nada. Bertita era la que platicaba con él. Se sentaban los dos, ella en una silla que él le compró, y él en una grande y platicaban. Yo nomás desde acá del lavadero veía cómo platicaban, pero no entraba. No podía entrar. Ya luego salía él y se iba sin decirme adiós."

Sin embargo, Jesús fue tan bueno con Antonia que cuando él buscó a Lupe, ésta no lo rechazó, y tuvieron otros dos niños, uno de los cuales murió. La relación sólo trajo más amarguras y dificultades a Lupe.

"Ya cuando sabía yo que estaba enferma, ¡ay, ay!, todo era llorar. Pero, a ver, ¿qué hacía? Bertita me decía: 'Señora, ya hicimos el encargo, ¿verdá? Bueno, pues ya está hecho y ahora no queda otra cosa, nada más tiene que enfrentarse a lo que venga.' Le decía yo: 'Ay, Bertita, que mire... que esto, que mire, que l'otro...' 'Nada, nada, señora mía, lo buscamos... lo aguantamos.' Así que ai tienes, a querer o no, pues que viene una y viene l'otra. Había una niña chiquita, pero bonita, bonita. Toda la cara de su padre tenía cuando murió, la nariz, la boca, el pelo... todo lo tenía de él. Fue la única más bonita; tenía un color como rosita, como blanquita, ¿eh?, que era muy difícil de encontrar. Su padre ni la conoció ya hasta que estaba tendida. Ya fue y la vio y, como siempre, dijo: '¿Por qué no hablan, por qué no dicen? ¿Cómo va uno a saber? ¡Si ni para eso son buenas!' Yo ni le contestaba nada; tenía yo coraje. ¡A poco no iba a saber que tenía una hija y que tenía que ver por ellas! Cuando nació Malena, yo nomás chillaba. Me decía Bertita —en paz descansen—: 'La oscuridad de la noche y la debilidad de la carne.' Y yo, ¿pos qué querías que contestara? Me fue de una suerte... ¡de perro bailarín! ¡Vaya! La pobre de Malena tuvo también una suerte... que ¡vaya! A Antonia, que era la más barbera, sí. Jesús le daba para sus útiles, para sus zapatos, pero lo que es Malena y yo... ¡ni un centavo le merecemos! Una vez me dijo: 'Yo te daré dinero para mis hijas; pero para ellas, no. No son mis hijas.' Le dije: 'Yo trabajo, y cuando le doy a una le doy a todas. No me fijo que sí a una sí y a la otra no, porque todas son mis hijas.' ¡Ya no contestó nada. Lo mismo el otro señor padre de Elida e Isabel. Me dijo que no me ayudaba porque tenía a Antonia y Malena. Ni uno ni otro me ayudaba para mantener a mis hijas. Cuando veía a Jesús, siempre decía yo con la esperanza de que ayudara: 'A ver si ahora sí.' Pero nunca se llegó ese día. A él no le ha costado un centavo, ni yo le pido.

"Me acuerdo que una vez, un día de Reyes, yo como siempre no tenía ni qué, ¡vaya, ni qué darles! Y ai tienes que dije: 'Pues me voy a llevar a mis muchachitas al cine para que no vean nada,' ya ves que en todas partes los Santos Reyes y... ya ves, ¿eh? Bueno, mí Malena estaba chiquita y ai iba yo caminando por la calle con mi muchachita; las otras no, porque ya estaban grandes y a querer o no se aguantaban, pero Malena pues era la más chiquilla y no hallaba qué darle. Ibamos al cine y la llevaba yo así, tapada con mi chalecito, cuando venía una pareja de novios, ¿eh? Dios se los ha de pagar porque yo no tengo... y me dicen: 'Ay, señora, mire, no se vaya usted a ofender, pero

mire, tenga esta caja, para algo le ha de servir, si no pa su niña, pa usted, pero no se vaya usted a ofender.' Yo lá recibí: 'Ay, pos muchas gracias, Dios se lo pague.' ¡Qué me iba yo a ofender ni qué nada! ¡De lo que pedía yo mi limosna! Y fíjate, traía queso de ese que se hace chicloso, pescado salado, galletas, y... quién sabe qué más. Pues ya esa vez ni fui al cine; me regresé con mis muchachitas a darles también a ellas.

"Yo sufrí, pero me puse abusada pa darles de comer a las cuatro. Y así ha sido toda la vida. Luego, cuando ya vivíamos acá en Rosario... —ya había muerto Bertita, ¿eh?—, pues sí, fíjate nomás, Jesús llegaba a la puerta, se paraba y si veía que había alguien en la pieza decía: 'Vengo cuando estés desocupada', se salía y ya cuando me asomaba era porque había bajado las escaleras y ya iba llegando al zaguán. Ya sabía yo que él llegaba nomás por el airecito que dejaba. Pero mira, así de pronto, como un rayo. ¡Vaya —decía yo—, tch, tch, que vino Jesús! Y no le volvía yo a ver la cara hasta los quince días, al mes, los tres meses. Y si llegaba y entraba otra vez la vecina, hacía lo mismo. Nomás aventaba lo que llevara en la mano y se salía. Ya cuando tenía más confianza, no. Entonces a quien corría era a la vecina. Ya también ella sabía. Nomás oía que decían: 'Ai viene don Jesús', y se paraba volada. ¡Pero si corría! Me decía: 'Ya me voy, Lupita; después vengo, ¿eh?' Se salía toda escurridita con su jarrito de café negro y su cigarrito. Porque ya sabía que si llegaba Jesús y la encontraba, le decía: 'Señora, ya es muy tarde para las visitas.' Yo me voltiaba pa la estufa, pa no soltar la risa. A veces así era; pero otras, me daba coraje."

Lupe no admitía, ni aun para sí misma, que resentía el trato que Jesús le daba. A sus hijas les decía que ya estaba acostumbrada a su silencio y a su distancia. "Ahora si viene y me habla, bien; y si no, también." Pero para sí misma agregaba: "Luego cuando me habla es únicamente pa decirme qué es lo que debo hacer con los animales: 'A éstos los cambias; a éstos los barres; este pichón está enfermo.' Pero de ai en fuera ni más me dice." Antes de Dalila, Lupe pudo disfrutar un poco de alguna que otra broma con él cuando venía de visita. Su respuesta habitual era: "Hazte chistosa, hazte chistosa." Pero después se enojaba con la más inocente de las bromas. Una vez llegó con un par de zapatos nuevos y ella dijo: "Conque estrenando, ¿no?"

Pero su respuesta la calló bruscamente cuando contestó: "Sí, para eso trabajo, para comprarme lo que yo quiera. También esas viejas cotorras del café están friegue y friegue con mis zapatos nuevos. Total, si los compré es porque tengo. No puede uno ponerse nada porque luego luego lo están fisgando a uno. ¡Qué les importa!"

Sus visitas se hicieron más cortas y casi a nadie le hablaba; sólo a Antonio y a sus niños. A veces llegaba y se iba tan pronto

que Lupe ni siquiera se daba cuenta de que había venido. Ponía el dinero y la comida en la mesa y se marchaba en el mismo autobús que lo había traído. Luego, durante algún tiempo, dejó de venir por completo. Avelino traía la comida, el mandado y el dinero.

Mientras Lupe fue por el pan, el resto de la familia continuaba durmiendo. La pequeña Clotilde se despertó y, sentándose en la cama, comenzó a cantar una cancioncita que aprendió de su abuelita:

*Estaba el señor don Gato,
sentado en su silla de oro,
¡miau!*

Lupe entonaba la canción cuando estaba de buen humor, pero a Clotilde le parecía que su abuelita estaba triste o enojada la mayoría de las veces. La niña se interrumpió para llamarla: "Mamá Pita, mamá Pita..." Como nadie le contestó tornó a dormir. Después de un rato volvió a despertar y en esta ocasión dejó la cama y fue a mirarse en el espejo del tocador, pero le estorbaba un Nacimiento de Navidad que había allí encima. Se encaramó a una silla para ver mejor y comenzó a alisarse el pelo con los dedos. Mientras tanto parloteaba con Consuelo, que ahora despertaba.

"¿Tú crés? Mira nada más cómo se me arrugó mi vestido, y ora no me van a cambiar hasta el domingo. Mi mamá es así."

Clotilde se puso sus viejos zapatos rojos y, vestida para el día, salió rumbo a su casa.

Casi eran las ocho cuando Lupe regresó con el pan y encontró al lechero esperándola en la puerta. Entró rápidamente a la cocina, dejó la bolsa del mandado —hecha de fibra de maguey— y salió a pagar al muchacho y a traer la leche. Ya era hora de preparar el desayuno. Encendió la estufa de tractolina y puso la leche a hervir, lavó algunos trastos sucios de la noche anterior —los necesarios para el desayuno— y puso a hervir agua para el café.

La cocina de esta casa era más grande que cualquiera de los dos cuartos, por eso se recibían en ella las visitas. La familia también se sentaba a leer o a coser allí; era un cuarto desnudo, de paredes oscuras, pero el brasero de cemento de cuatro metros de largo, de un rojo oscuro, daba un cierto color a la cocina. La familia ya no empleaba las hornillas de carbón desde hacía mucho tiempo, pero el brasero era el sitio adecuado para la estufa y los trastos, cazuelas y ollas, así como para amontonar las cacerolas sucias. También había en la cocina una pequeña mesa redonda en que comía la familia, trasteros y utensilios propios del lugar, y una gran tina de lata cubierta con tablas donde se guardaban los trastos limpios para protegerlos de la fina capa

de polvo que siempre estaba presente en el aire de la cocina. Mientras esperaba a que hirvieran el agua y la leche, Lupe disponía de un poco de tiempo. Silenciosamente, para no despertar a los niños que dormían, se dirigió al ropero en el extremo del otro cuarto y comenzó a hurgar papeles guardados en cajas de zapatos buscando una receta que el doctor le había dado. No podía encontrarla y empezó a decirse en voz muy baja: "No me digas Pita, que ya no la encuentras. ¿Será o no será? ¿Onde la dejaste, Pita?"

Guardó las cajas de zapatos en el ropero, fue a la cocina y buscó un bote en el que guardaba dinero, agujas, hilo, botones, los juguetes de plástico de Daniel y papeles de ella. La receta tampoco estaba allí; regresó al dormitorio para buscar una vez más en las cajas de zapatos, sin tener éxito. A Consuelo, que ya estaba despierta completamente, le dijo:

"Carajo, fíjate que ya busqué por todas partes y no encuentro la receta. ¡La guardo tan bien!"

"¿No está en su caja donde pone su almohada?"

"No sé. Yo por aquí la puse, pero por las porfías de Ana... Voy a ver."

En esa caja, en la bolsa de un delantal, Lupe encontró un papel. Su cara se iluminó con alivio, pero no era la receta.

"Yo creí que era este amarillo, mira, pero no, es un papel. ¡Carambas conmigo! —una vez más volvió a buscar en las cajas de zapatos y en esta ocasión casi de inmediato la encontró—. Mírala, aquí está. Aquí estabas y yo de loca buscándote. ¡Ah, caracho, que memoria la mía!"

Guardó con cuidado la receta en su bolsa. Había estado muy ansiosa buscándola porque ese día se la iba a llevar a su hija Elida, que la iba a surtir. Al salir de la pieza hizo un guiño a Consuelo y dijo, bromista: "Oye a tus hermanos (los pollos). Vamos a darles de comer. Para eso los criamos. Le digo a tu papá anoche: 'Para eso los compramos, para comérmolos, señor.'" Lupe rió ruidosamente recordando su broma de Jesús. Sabía bien que a Jesús no le gustaban las bromas de ninguna clase, y menos cuando él era el blanco de ellas. Esta broma se refería a una película y a un actor muy conocido, el Chato Ortín.

"En la película —dijo Lupe— el Chato Ortín, que en paz descansa, trabajaba en casa de un viejo ricachón, ¿eh? Y llega el señor y le dice: '¿Nada para mí, Margarito?', y le dice el Chato Ortín: 'Nos hablaron por teléfono para invitarnos a una fiesta; a ver si podemos ir, señor.' 'Dirás que me hablaron para invitarme, para ver si voy.' 'Es igual, señor, es igual.' Luego el señor llega a su biblioteca y destapa la caja de los puros y le pregunta a Margarito —el criado, que es el Chato Ortín—: 'Eh, qué, ¿dónde están los puros.' 'Nos los fumamos ya, señor; para eso los compramos, ¿no, señor?'"

Consuelo rió también, aun cuando generalmente no soportaba la crítica que se hacía de su padre. Pero la analogía era muy adecuada. Lupe no era la que compraba los pollos y ni decía nada sobre si se los comían o no. A pesar de que ella y sus hijas los criaban, no tenían libertad para matar un pollo, y ni siquiera para comer un huevo. De vez en cuando Jesús llevaba tres o cuatro animales crecidos a su hija Marta, pero si faltaba un pichón en la caseta se enojaba con Lupe. Consuelo y Marta compadecían a Lupe, pero no se atrevían a decir nada en contra de su padre.

Lupe regresó a la cocina para preparar el desayuno a Consuelo. Había entre ambas, hijastra y madrastra, una relación amistosa sin casi ningún roce, ni el menor desacuerdo o pleito. Consuelo se sentía segura con Lupe. Sabía que Lupe nunca estaría entre ella y su padre como había sucedido con Antonia y Dalila. Lupe no era imperativa ni exigente; de hecho, su actitud era de orgullosa distancia hacia Jesús, lo que daba confianza a Consuelo. Consuelo fue aceptada por Lupe cuando Jesús la trajo enferma, y siguiendo las órdenes del padre la alimentó mejor que al resto de la familia. Jesús siempre se había preocupado por la salud de esta hija; cuando tenía cuatro años la llamaba "fiaca". Ahora, a pesar de que tenía veintitrés años, aún se preocupaba por ella.

El desayuno de Consuelo consistía en una taza de café con leche, un guisado del día anterior y un huevo crudo. Cuando iba a trabajar, Lupe le preparaba el desayuno muy temprano, hirviendo aparte una poca de leche. Hoy, puesto que no se sentía bien y se quedaba en casa, podía esperar a que hirvieran los tres litros. En la estufa, nada hervía aún. Lupe comenzó a picar parte de las lechugas que Jesús enviaba diariamente para los pollos. Mientras tanto, Daniel su sobrino se había levantado y llegaba a la cocina. Lupe hablaba con él como si hablara consigo.

"Ayer me dice Elida: 'Dame la receta, mamá, para comprarte la inyección. A ver si ahora que venga Eduardo te compro las pastillas. (Eduardo era su esposo.) Al rato me voy a llevarte la receta.' Fíjate, la inyección cuesta once pesos y las pastillas igual. Imagínate si no han de estar caras las medicinas ahora. ¡Qué barbaridad! Antes no costaban tanto. Si las cosas hubieran estado como ahora de caras, para poder comprar una inyección me hubiera quedado sin comer ocho días."

Lupe sacó, de un costal, maíz entero y comenzó a quebrarlo en el metate. Este alimento era para unos pollitos que habían salido en la camada de una guajolota. Clotilde, que había ido a su casa y regresaba a la de su abuela, observó la maniobra durante algunos minutos y dijo: "Mamá Pita, ya tengo hambre, ¿me das un pan?" Lupe respondió que lo tomara, pero la niña

cambió de opinión: "No, mamá Pita, mejor me espero, si no después mi mamá me dice que pa qué como."

En la segunda recámara el pequeño Julio comenzó a llorar despertando a su madre Antonia, que se sentó a cambiarlo de pañales. Julio siempre lloraba cuando estaba mojado. María Elena y Carmela, a pesar de estar en la misma cama, continuaban profundamente dormidas. Eran las ocho y veinte, y Antonia debía levantarse. Se quitó el vestido con que había dormido y tomando hilo y aguja del ropero comenzó a remendar su fondo viejo y roto. El bebé no volvió a dormirse; acostado balbuceaba. Antonia lo sentó en la cama y besándole la mejilla dijo: "Bueno, hijo, vamos a planchar, porque si no, tu papá llega y me arrastra de las greñas —besó otra vez al nene, ahora en la nariz—. Tan chulo mi'jo; es hermoso. Igualito a su mamá, ¿o qué no?"

Consuelo sonrió y comenzó a vestirse.

Remendado el fondo, Antonia se puso una falda de su hermana María Elena —el vestido con que durmió estaba arrugado—, luego un suéter verde con agujeros en las mangas. Frente al espejo se peinó un poco y se dirigió al lavadero. El agua estaba fría y gritó: "Ay, mamacita linda, se congeló mi mano! Pita, ¿por qué eres tan maldosa, eh? Me dejas que me hiele mis manitas de princesa."

Desde la cocina, Lupe contestó: "Sí, encanto, ¿no quieres que la ponga a calentar para que no se te perjudiquen tus manitas de princesa? ¡Anda!, atarantada ésta, aprenda a las mujeres fuertes y sanas como yo." Lupe y Antonia rieron.

Antonia, de veintisiete años, era un poco más alta y robusta que Consuelo. Tenía la nariz prominente y de puente plano. Nadie la hubiera llamado bonita, pero era más ingeniosa y aguda que la tímida Consuelo. Antonia gustaba bromear a costa suya y de los demás, y con frecuencia sus bromas eran agresivas y ridiculizaban a la gente. Como su padre, era de movimientos rápidos y muy trabajadora, pero daba la impresión de trabajar con tensión. Era capaz y responsable, y un gran número de obligaciones hogareñas descansaban en ella. Su pelo oscuro era rizado y lo llevaba largo hasta el hombro. Su ropa era como la de toda esposa de la clase humilde: vestido de algodón, suéter y bozo. De todos los hijos, Consuelo era la única que tenía mejores vestidos y un abrigo completo que ella misma se compró, después de trabajar muchos años.

Consuelo apareció en la cocina y Lupe le dijo: "Tu padre dice que, como hay escasez de masa, va a comprar el maíz para que pongamos el nixtamal y muélamos aquí. ¿Qué te parece, eh? Que el rabo te crece y las orejas desaparecen."

Antes que Consuelo pudiera contestar, Antonia, que venía cruzando el patio, habló: "Ay, te vacilaron, pirinola, te vacilaron", y se escuchó su risa.

Consuelo esperó callada, y muy seria respondió: "Mejor me voy, ¿no? Ya no quiero oír."

Ahí terminó el tema.

Antonia decidió no lavar hasta que saliera el sol y templara el agua. Mientras tanto puso la plancha sobre la flama de la estufa. Iba a planchar las ropas de Francisco.

"Tú sabes, Pita, lo exigente que es este hombre", dijo a su madre con voz aññada como si se mofara del marido.

Ambas mujeres, ella y Lupe, rieron. Antonia empezó a leer el periódico que su padre llevó la noche anterior, y en seguida dijo a su madre: "Yo creí que te habías ido a la masa, Pita."

"Eso pensaba: irme desde a las cinco."

"Te hubieras ido con mi papá, Pita."

"Sí —contestó Lupe—, como ayer que nos íbamos Daniel y yo. Era tarde y él se nos adelantó. Yo creo que estaba esperando a que nos fuéramos primero, ¿verdad? Después nos vio y se hizo disimulado, ¿eh? Dice Daniel: 'Mira, mamá, ahí está mi papá'; le digo: 'Cállate, cállate.' Después de un ratito se acerca al reloj y estira así la cabeza, ¿eh?, y me dice: 'Qué, ¿todavía están aquí?' Él ya tenía como media hora esperando el camión. Le digo: 'Pus sí, señor.' Se hizo el desentendido y le pregunta al despachador: 'Ora sí han tardado los camiones, ¿verdad?' En eso llegó el camión y nos dijo: 'Súbanse ustedes.' Yo creo que pensaba que iba a llegar pronto el otro, ¿eh?, pero como vio que no llegaba se tuvo que subir al mismo camión y nos pagó el pasaje. Ya le había yo dado el peso al chofer para que se cobrara. Cuando se sentó me dice: 'Me salió cola.' Y ¡sí!, porque me dio el cambio y mi peso. Ya no tuve que pagar yo.

"Cuando llegamos a la Villa tu papá me dice: 'Aquí te bajas tú, yo me sigo.' Fue cuando le dije: 'No, yo no me bajo aquí, no tengo que hacer nada en la Villa.' ¡Y no me bajé! Y dijo luego: 'Aquí puedes tomar el trolebús y te deja en la esquina.' Pero le dije: 'No, no me bajo aquí.' Ya entonces se calló él, ¿eh?, pero se veía que quería que me bajara yo rápido. Por fin me bajé en la esquina del cine. Él me siguió y me dice: 'Yo voy a ver a la Gordá' (su hija Marta)."

Lupe rió al terminar su historia y Antonia la secundó. Ambas mujeres creían, desde luego, que Jesús no iba a visitar a Marta, sino a Dalila, y todos sus intentos en el autobús tenían por fin que Lupe no supiera el lugar adonde se dirigía.

"Él creía que yo no sabía de la Dalila, ¿eh? Pero no falta quien le diga a uno. ¡Si lo conozco, y sé sus jugadas! Ya sé que cuando se compone mucho y está de mal humor con todos, es porque anda tras de alguna, ¡el viejo condenado! En eso sí es rete listo. Y lo que más le gusta son las jovencitas. Orita 'stá joven todavía, pero ya vendrán tiempos en que esté viejo

y entonces... ¡ya veré! ¿De modo que se creía que no sabía yo nada de la tal Dalila? Un día en que no hallaba su chamarra le dijo a Antonia: 'Búscame mi chamarra, niña, la dejé por ahí'; Antonia dijo: 'No, papá, no 'stá aquí, la dejaste en el café.' Se quedó pensando y dijo: '¡Ah, sí, sí; en el café.' Estaba atarantado y casi se echó de cabeza. Hace años que no tiene ropa aquí. Cómo cambian los tiempos. Antes daba mujer yo le lavaba y le planchaba, pero luego dijo: 'No, voy a llevarle mi ropa a Marta porque todo el día no tiene que hacer, deja que ella lo haga.' Desde entonces, nunca volví a lavarle su ropa. Ya no sé qué hace con ella, ¡aquí ni siquiera tiene un par de calcetines!"

Lupe nunca había visto a Dalila, pero sabía cómo se habían entendido Jesús y ella. Dos años antes, cuando la esposa de Manuel murió, dejó cuatro niños abandonados. Esto significaba cuatro nietos que Jesús tendría que mantener, porque Manuel era un vagabundo y se desentendía de sus responsabilidades. Dalila era hermana de la mujer de Manuel, y fue la propia Consuelo la que sugirió que la persona indicada para criar a los hijos de Manuel era Dalila, sin pensar que su padre la quería después por mujer. A Dalila le agradó encontrar un hogar. Acababa de abandonar a un marido borracho y tenía un niño que mantener. Se mudó al cuarto de por sí apiñado de La Casa Grande y muy pronto —según Consuelo— "se apropió del lugar". Después de pelear durante un año con Consuelo, que la aborrecía, Dalila regresó a casa de su madre, se llevó a su hijo, a los cuatro hijos de Manuel, y a Jesús. Recientemente, Dalila había amenazado a Jesús con abandonarlo si continuaba yendo a la casa de Lupe y manteniendo a tanta gente.

Lupe sabía todo esto y, aunque trataba de ocultarlo, veía a Dalila con no poca hostilidad. Lo que más temía era morir sin confesión por no haber cumplido con el sacramento del matrimonio como las anteriores esposas de Jesús. Cuando Leonora, la primera esposa, estaba en agonía, Jesús corrió por el sacerdote para que los casara en el último momento y así "salvar su alma". Sólo que llegó muy tarde. Pero ahora que tenía a Dalila no parecía probable que hiciera lo mismo. Lupe se confió a Consuelo diciendo que "el día en que alguna de las dos esté muy grave el padre no nos confesará. Cuando llegue la hora, él tendrá que escoger, o se casa con ella o conmigo. Pero yo creo que será con ella, porque yo ya estoy vieja. Entonces sabré que no cuento".

Cuando Lupe supo que Dalila estaba embarazada se quejó y protestó de esa unión con Jesús. En forma violenta dijo a Jesús que tenía hijos en diversas partes con distintas mujeres. Su respuesta fue amenazante: "No tienes derecho de ser tan alzada —dijo él—; tienes comida y casa que no cualquiera la tiene, ¿y qué si tengo hijos contigo?, son suficientemente gran-

des para trabajar y para sostenerse. Si sigues molestando con el asunto de Dalila tendrás que largarte de aquí y trabajar para mantenerte. Y no te ayudará. Si no quieres estar aquí, esta casa se le quedará a uno de mis hijos." Después de esta escena, Lupe estuvo en cama con reumatismo, durante dos o tres meses.

Poco después de las nueve, Antonia salió de la cocina para ver a sus hijos. Siempre estaba pendiente de ellos. Carmelo fue enfermizo desde que nació y Antonia se inquietaba por ella constantemente, sin ocultar la ansiedad que le producía la salud de la niña. También era excesivamente cuidadosa con su hijo y no permitía que se arrastrara en el suelo o que estuviera fuera de la casa mucho tiempo, por lo que el niño permanecía casi siempre quieto, sentado en la cama o dentro de una caja, y mostraba gran temor de caminar. Ambos niños eran de tez clara como su padre y Antonia los mantenía dentro de la casa para evitar que se quemaran al sol.

Lupe los protegía tanto como la propia madre. Con frecuencia les decía: "No jueguen con el agua fría, no se quiten los zapatos, no jueguen en la tierra." Ella y Antonia les ponían los suéteres desde temprano por la tarde, cuando todavía el sol estaba fuerte.

Consuelo no cesaba de admirar la devoción que Antonia mostraba por sus hijos. Para ella, que perdió a su madre cuando tenía cuatro años, estos hijos parcialmente abandonados y sin dinero habidos fuera de matrimonio eran los más afortunados del mundo, puesto que tenían una madre amorosa. Sin embargo, tanto Jesús como su otra medio hermana Marta, la criticaban por proteger con exceso a los hijos. Él la regañaba por mimarlos tanto, y por no permitir que el niño se ejercitara, pero Antonia se encolerizaba tremendamente y respondía enojada a su padre.

Antonia entró en el cuarto en el momento en que su hermana María Elena despertaba, y dirigiéndose al lado de la cama en que ésta se hallaba dijo: "Echa tus petacotas para otro lado, no me dejas sentar."

"Habladora, ni te estorbo, ni que las tuviera como de gigante", dijo María Elena, adormilada.

Antonia se sentó y comenzó a quitarse la falda antes que su hermana viera que la llevaba puesta. María Elena, estirando brazos y piernas, empujó accidentalmente a su hermana, fuera de la cama. Antonia cayó al suelo riendo, y dijo: "Mira tú, tía petacas, ora no me paro y no me paro."

Antonia se levantó sobándose mientras María Elena reía hasta que su hermana le dio una nalgada, diciendo: "Andale, ya párate, no te hagas la graciosa, vas a despertar a mi'ja. Si no te paras, te tumbo de la cama."

María Elena comenzó a vestirse; primero se quitó la bata

de algodón que usaba como camión. Usaba fondos de algodón grueso porque su madre creía que usando fondos de tela ligera "se agarra mucha frialdá". Se puso una blusa de algodón, la falda que Antonia le puso en la mano y los zapatos. Sin saco ni suéter, salió al patio a lavarse la cara y las manos en el agua fría del lavadero. Cuando Antonia regresaba a la cocina la vio allí y dijo: "¿Y ora tú, escuincia, qué andas quedando bien, o te vas amarrar alguien o qué? ¿Por qué te lavas a estas horas?" Las bromas de esta clase invariablemente despertaban la ira de María Elena porque detestaba a los hombres, según decía, y nunca tendría que ver nada con ellos. En esta ocasión no se alteró como esperaba Antonia, y sin decir palabra regresó al cuarto para secarse con un trapo y peinarse.

En la cocina, Lupe hacía el café con leche. Antonia extendió un pedazo de cobija sobre la mesa, para planchar y tener lista la ropa de Francisco para cuando se le ocurriera venir a verla. Podría ser ese mismo día o podría pasar mucho tiempo —nunca lo sabía—. En esos momentos llegó Isabel cargando a Olivia, una nena de dieciocho meses, y seguida por María, de cuatro años, y Pancho, de seis. Primero se asomó a mirar si estaba listo el café y dijo: "Mamá, orita vengo, voy por el pan, aí están los muchachos."

María Elena, que también llegaba en ese momento, preguntó a Isabel cómo se sentía. Isabel tenía ocho meses de embarazo y, como todos sus hijos nacían antes de tiempo, la familia estaba pendiente de cualquier signo que pudiera significar el nacimiento prematuro.

Antonia tuvo que posponer su planchado porque la familia necesitaba la mesa para el desayuno. En lugar de planchar se fue a tender las camas, comenzando por la de su padre, la única en buenas condiciones. Mientras sacudía el cobertor dijo a Consuelo: "Mira qué suave está la cobija de mi papá. Se ve muy bonito el pájaro, ¿verdad?", y la manejó con cuidado porque su padre la apreciaba mucho.

Daniel, que había vuelto a dormirse, seguía en la cama de Lupe. "Ya párate tú, pelotas —le dijo Antonia—; mira nomás, pareces gusano moviéndote pa'llá y pa'cá." Daniel se sentó y se puso sus pantalones viejos de gabardina. Medio dormido aún, se dobló para ponerse los zapatos, olvidando abrocharse los pantalones. "Abróchate aí, mira nada más, ¿no te da vergüenza?" Y Antonia pasó en seguida al angosto catre de Consuelo. "Mmmm, qué me dura —dijo—. Si dicen que todas las cosas se parecen a su dueño." Consuelo soltó la risa sin importarle la alusión a su delgadez corporal. Cuando reía, su cara se iluminaba y se veía bonita. Antonia pensó que era una lástima que no pudiera ser más alegre. Siempre tomaba las cosas demasiado en serio.

Carmelita despertó y Antonia fue a tomarla en sus brazos

para acariciarla. La niña estaba apática y tenía calor. Antonia sospechó que tendría fiebre: "¿Qué tiene mi niña? ¿Quiere su cafecito?" Carmela levantó la cabeza y unas gotas de sangre le fluyeron de la naricita. Rápidamente Antonia sacó un pañal de la caja en que guardaba la ropa de Julio y lo puso en la nariz de la niña. Solamente eran unas cuantas gotas. Preocupada, Antonia dijo a Consuelo: "Es la fuerte debilidad de esta niña." Los doctores del Seguro Social le habían dicho que la niña estaba muy débil. Tres veces estuvo tan enferma, que hasta tuvo convulsiones. Pero Antonia no sabía lo que podría hacer. El dinero que ganaba lavando la ropa a su media hermana Elida no era suficiente para comprar el alimento y la medicina que la niña necesitaba. Con cuidado la puso en la cama y fue a amamantar a Julio, que estaba jugando en el suelo. Carmela esperó hasta que su madre estuvo desocupada y pudo atenderla, ponerle sus calcetines y lavarle la cara con un trapo húmedo. Puesto que el agua estaba tan fría, Antonia le limpió la cara a la nena con crema limpiadora, y la peinó.

Levantado ya Daniel, Antonia pudo arreglar la cama de su madre. Después de colocar a sus hijos Julio y Carmela en la cama de Consuelo, arregló la suya tardando más tiempo que con las otras. En su cama, Antonia tenía un viejo sobretodo, dos sacos, una sábana, una cobija, el hule de la niña, una cobija doblada que cubría el hule de la niña, un pedazo de manta de cielo para cubrir a Carmela y que no le picaran las cobijas, dos almohadas de algodón y tres cojines. Conforme colgaba los sacos en el ropero, Antonia decía a su hijo, que le pedía le tomara en brazos: "Ah, latoso, mañoso, ¿tú qué dijiste? ¿Ya ves que sí? ¡Pos no!" En lugar de alzarlo levantó los pañales mojados y salió a tenderlos a la azotea. Antes de lavarlos los usaba repetidas veces y a consecuencia de ello, en ocasiones, Julio tenía la piel irritada.

Desde la cocina, Lupe alcanzó a ver a una guajolota en el patio. Tenía una pierna lastimada de tan mala manera, que ahora estaba coja. "¡Ah!, mala madre —le dijo—, por andar vacilando no puedes tener tus pollitos. Por eso te voy a torcer el pescuezo. Le digo a tu padre que no tiene chiste que compre los animalitos o los huevos y los eche a las pípilas —dijo Lupe, dirigiéndose a Consuelo—. El chiste es que ellas pongan y ellas saquen los pollos, eso sí, pero comprarlos no. Pero ni modo, tu padre dice que es su gusto, que nadie le da dinero para comprar nada." Lupe levantó los hombros y se dirigió a lavar unos jarros y un gran vaso de vidrio que empleaba Consuelo para su café con leche.

Mientras tanto, recordando que tenía que hacer un mandado, María Elena se apresuraba. La invitaron para madrina en el Día de la Candelaria y tenía que vestir al Niño Dios. Como le rompió un dedo al muñeco, lo llevó a componer y este día pensaba

recargarlo. María Elena sólo tenía dieciocho años, pero era muy activa en asuntos de la Iglesia. En el pasado diciembre estuvo encargada de una kermés a beneficio de la construcción de la capilla en la colonia. Hasta el momento, la construcción sólo tenía cuatro paredes, la mitad del techo y parte del piso de concreto. Constantemente se hacían actos de beneficio para reunir fondos y terminarla.

María Elena se limpió la cara con crema, se lavó los pies, se puso medias y un saco que Francisco le había regalado a Antonia. Isabel entró en la pieza y del pretil de la ventana tomó una caja de zapatos, que contenía los adornos dorados y los trozos de la tela para el vestido del Niño Dios. Comenzó a coser y María Elena le preguntó si la ayudaba. "Andale", dijo Isabel y ambas cosieron sin hablar.

Los niños de Isabel entraron corriendo.

"Mamá, Clotilde no me quiere dar mi palo", gritó Pancho.

"No es cierto. Ni es suyo. María me lo dio", gritó a su vez Clotilde.

"Yo no sé nada, yo no sé nada", dijo María.

Sentados en una cama y riéndose del alboroto estaban Daniel y Olivia, cuando Antonia apareció en el umbral.

"¿Qué se traen ustedes? ¿Por qué pelean? Isabel, míralos que no hagan ruido. Carmela está mala y éstos con su escándalo."

Isabel, que había permanecido callada cosiendo, ahora dijo: "¡Pancho, Clotilde, María, sálganse a jugar afuera! Muchachos latosos."

Los niños corrieron hacia la cocina para ver si Lupe les hacía justicia.

Antonia estaba atendiendo a su nena cuando Lupe llegó hasta la pieza. Como se produjo una corriente de aire Antonia dijo: "Cierra la puerta, mamá, voy a cambiar al niño." Lupe acarició la cabecita del niño y dijo, cariñosa: "Ay, ay, qué feo mi niño chiquito", y salió rumbo a la cocina seguida de María Elena e Isabel. Consuelo permaneció en el cuarto.

"Ya me quedé sin dinero —dijo Antonia a Consuelo—. Ayer le di su yema de huevo, antier le compre un muslo de pollo, tres cincuenta. No, eso fue el lunes. El martes le compré un alón por dos cincuenta y ayer le di chocolate también. La quería llevar al Hospital de Nutrición, pero ya sé yo lo que recetan los doctores. Pero, a ver, de qué me sirve. Si yo no tengo un gasto así, de diario. Si así fuera, pues no me preocuparía, pero así..."

Antonia habló con cierto enojo de su "mala suerte". Francisco, que nunca se preocupaba por los hijos, era la clase de hombre que gustaba tener una amante después de otra y su libertad para disfrutar con sus amigos. Allí era donde dejaba el dinero. Pero a Antonia le decía que ganaba muy poco como chofer de auto de alquiler o como trabajador de la Coca-cola, y que

debía pagar su comida, su lavandería y al Seguro Social, así como el préstamo que obtuvo de su hermana. Al principio Antonia aceptó sus excusas. No tenía otra posibilidad, pues lo amaba y se sentía morir sin él.

La unión de Antonia con Francisco comenzó seis años atrás sin el conocimiento y aprobación del padre. Cuando Jesús lo supo, ya era tarde para detenerla. Antonia no tenía miedo de ser castigada porque sabía que su padre tenía causarle uno de sus ataques. Jesús la golpeó severamente cuando supo de una aventura con otro hombre, pero ahora sabía que cuando ella peleaba con Francisco o no lo veía, dejaba de comer. Jesús tuvo que ceder y consentir en la unión.

La relación entre Antonia y su padre fue muy estrecha durante muchos años. Ella era su hija favorita y su amor por él llegaba a la pasión. Antonia no conoció a su padre hasta que tuvo ocho años, pues prácticamente él las abandonó a ella, a su madre y hermana. Antonia vivía con su madre y hermanas en la casa de Bertita, cuando tuvo conciencia de que a diferencia de otros niños, ella no tenía padre.

"Empecé a preguntar a mi mamá y ella me llevaba a la plaza en las mañanas, al callejón de Incas para ver pasar a mi papá. Era cuando mi papá andaba en la plaza a esa hora, y cuando iba ya de regreso para el café, pasaba por el callejón; era cuando mi mamá me decía: 'Ese es tu padre.' Yo lo veía pasar entre los coches. Nosotras estábamos escondidas, que no nos viera él. Ni yo misma me explico cómo fue naciendo el cariño tan grande siendo que no lo tenía yo a mi lado, ¿no? Pero entre más pasaba el tiempo y yo... creciendo, me entraba mucha tristeza por no verlo, por no poder hablarle, siendo que no había sentido ni una caricia. Qué raro, ¿verdad? Dice mi mamá que sí me acarició, pero de meses. Pero cómo me iba yo a acordar de meses, ¿no?"

"Entonces me empezó a entrar mucha tristeza. A la hora de comer me acordaba de él y lloraba y ya no seguía comiendo, a pesar de que me hacían burla Porfirio (el hijo de crianza de mi abuelita) y las muchachas, porque lloraba por mi papá. Y sí, me acuerdo rete bien. Me acuerdo que estaba así sentada, me iba a llevar la cuchara a la boca y me quedaba así... Porfirio me decía: '¿Ya vas a chillar por tu papá?' Y nomás con eso era para que ya no me pasara la comida y me soltara a llorar. Todo el día me la pasaba triste. Fue cuando me vino un agotamiento, caí en la cama, de no poderme mover."

"Cuando me vino el agotamiento, mira, era aquí donde no podía mover los brazos, no podía moverme a pesar de las medicinas que me daban. Fue cuando mi abuelita Bertita empezó a insistir a mi mamá para que me trajera a mi papá a verme; pero ella siempre se oponía, decía que no estaba aquí en la ciudad."

Decía que a lo mejor ya se había muerto, ¡siendo que trabajaban en el mismo café!

"Pero mi madre no lo veía porque los dos trabajaban a diferentes horas. Hasta que un día se vieron y mi papá le preguntó: '¿Cómo está la niña?' Le contestó mi mamá: 'Pos cómo ha de estar: ¡muriéndose!' '¡Cómo! Pues por qué no me hablan, cómo puede uno saber: ¡No avisan!' En seguida entró mi papá a la casa. Inmediatamente que lo vi me enderecé gritando y al momento que se arrimaba a la cama le estiré los brazos para abrazarlo y llorando le dije: 'Papá, ¿por qué no habías venido? Yo te he extrañado mucho. Cuando te veía siempre pasabas corriendo...' Y él abrazándome y apretándome contra su pecho me dijo: 'Hija mía, no llores que te hace daño', y suavemente me acostó otra vez y mi güelita y él lloraron junto conmigo de la emoción de ese momento. En seguida le pedí a mi mamá de comer y mi güelita dijo: 'Es la mejor medicina que ha recibido mi hija', y de ahí pa adelante me fui pa arriba: en una semana me alivié.

"Ya entonces mi papá iba cada tercer día a verme. Desde entonces hasta la fecha, ¿no? Pero nunca llegó con las manos vacías. Entonces se hizo cargo de vestirme. Cada quincena llegaba cargado de víveres, pero todo se lo entregaba a mi güelita; con mi mamá no se entendía para nada; ella nomás cuando llegaba le servía té negro, a él y a mi güelita.

"Veía a mi papá muy amable, muy tierno, siempre me hablaba con mucho cariño, y a mí me caía re bien, ¿no? Pues tanto año de no saber lo que era una caricia de padre. Era mi adoración. Sabía que tenía más hermanos. No me acuerdo bien, creo lo oí en la plática. Pero no sentí ningún coraje, pues como no nos conocíamos no nos tomábamos en cuenta."

Cuando Antonia tenía catorce años Jesús la trajo a vivir con él y sus otros hijos en La Casa Grande; así conoció a sus medios hermanos y hermanas. Al principio se la vio feliz y muy pronto dominó a la familia. Hacía gran parte del trabajo hogareño, cantaba y bromeaba con los amigos y con los vecinos. Con el tiempo encontró un novio que la dejó para casarse con una amiga de ella. Esto sucedió cuando Antonia tenía como diecinueve años; fue cuando empezó a mostrar síntomas de un grave trastorno. En esa época dormía en la misma cama que Consuelo, quien se dio cuenta que rechinaba los dientes y arañaba las paredes, la cama y las sábanas. Un día cayó al suelo con un ataque. Roberto y Manuel la cargaron hasta la cama y vieron cómo le salía agua de la boca. Le dieron a oler alcohol, humo de cigarro y cebolla tratando de que volviera en sí, pero sin lograrlo. Comenzó a morderse la lengua y cuando Roberto trató de abrirle la boca le mordió la mano. Cuando Manuel intentó hacer lo mismo, también lo mordió. Se jalaba el cabello y

parecía reírse, aunque a todas vistas estaba inconsciente. Finalmente, cuando el ataque ya duraba media hora, Consuelo le puso un chile verde en la boca y súbitamente volvió en sí.

Los ataques continuaron, se hicieron peores y más peligrosos. Cuando ya reaccionaba directamente contra otras personas, su padre alquiló un cuarto cercano en la vecindad y la encerró en él. Fueron llamados dos doctores, pero no tuvieron éxito. Entonces Jesús se llevó a Antonia a la casa de su madre en la calle de Rosario, pero los ataques no terminaron. Durante uno de sus ataques más fuertes, llamaron a cuatro jóvenes para que la contuvieran; uno de ellos era Francisco. Por fin pusieron a Antonia en un sanatorio particular. Allí mejoró, aunque cuando salió todavía le daban los ataques. A su regreso a la casa volvió a encontrarse con Francisco y comenzó a vivir con él.

Durante la enfermedad de Antonia, Jesús estaba preocupado y triste. Cuando recibía noticias del sanatorio diciendo que estaba peor, él lloraba a escondidas de sus otros hijos. Hizo lo que pudo. A las enfermeras en general les llevaba regalos, fruta o verduras, y a las que en especial cuidaban a Antonia, les llevaba flores y a veces dinero. Quería estar seguro de que su hija recibiría tan bueno o mejor cuidado como los demás pacientes. Hizo esto a pesar de que la enfermedad de Antonia lo hundía económicamente. Cuando Antonia estaba encinta trató de causarse un aborto porque Francisco así se lo exigió. No tuvo éxito, pero volvió a caer gravemente enferma, y otra vez su padre llamó a los doctores. Fue patente que Francisco no intentaba asumir responsabilidad alguna respecto de Antonia y su hijo, y Jesús sufragó todos los gastos de hospital y medicinas. Cuando Carmela se enfermaba había más recetas de doctor que el abuelo pagaba.

Durante mucho tiempo Antonia consideró una obligación todo lo que su padre hizo por ella. Si él no satisfacía sus caprichos, se enojaba y le gritaba. Quería mejores ropas que sus hermanas, y las obtenía. Todas sus hermanas estaban celosas. Según Martha, su padre permitía que Antonia tuviera todos sus antojos. "Él la quiso más que a nosotros y ella reinó y mandó en esta casa. Yo creo que fue porque una vez la abandonó. Empleaba su enfermedad para asustar a mi pobre padre y que le diera todo lo que quería. Nadie podía con ella; sólo Francisco. Tan pronto como él llegaba para llevársela, ella se calmaba. Era una gata de primera."

Después de que nació Carmela, Antonia se hizo más calmada y menos exigente con su padre. Comenzó a apreciar lo que él había hecho y seguía haciendo por ella. Aún más, cuando se mudaron a la colonia El Dorado, volvió a ser hacendosa. Se hizo cargo de los animales y ayudó a Lupe en gran parte del trabajo de la casa.

Ahora, en el cuarto de la casa, Antonia cambiaba de ropa a Carmela y le ponía un payasito de franela para mantenerla caliente. Dijo a la niña que no podía salir porque estaba un poco malita.

"Sí, mamá —dijo la nena—, pero dame mi café."

"Sí, mi'jita; a ver: ¿qué quiere mi consentida?"

En la cocina, Lupe servía el desayuno a los hijos de Isabel, y a Daniel café con leche, frijoles del día anterior y pan. Para Carmela, sin embargo, hizo una taza de chocolate con la yema de un huevo y la llevó al cuarto. Antonia se sentó con la niña mientras comía para que no derramara el chocolate.

"Pobrecita de mi'ja —dijo Antonia a Consuelo—, tanto que ha sufrido con las enfermedades. Ya ves, tan malita que se vio cuando chiquita: agonizó tres veces; yo sentía que me volvía loca. La primera vez nada más pegué el grito: '¡Mamá, mi'ja!', y vinieron corriendo mi mamá y mi papá. Ellos también lloraron. La niña ya no respiraba, se me estiró; bueno, ¡yo sentía que me moría! Mi papá nomás me abrazó y me dijo: 'Valor, muchacha, voy por el médico.' Se salió por el médico y nos quedamos mi mamá y yo, pero mi'ja ya ni respiraba, ya se había estirado. También las otras dos veces; por eso ves que me da tanto miedo que salga cuando tiene tos o catarro, porque luego luego le da la neumonía. Esa vez ya no la contaba, pero no, ¡ya ves!, gracias a Dios sigue viviendo. Lo malo es que se me enferme de la tos o de catarro, y ya estuvo que no sale en ocho días. Pero ya se va a aliviar ahora mi niña; ¿verdad, hija, que ya te vas a poner bien?", dijo Antonia volviéndose a la niña y alisándole el pelo.

Antonia recordó que tenía que arregiar la ropa de Francisco. "Voy a robar un pedacito de trapo de mi mamá para remendar las bolsas", dijo sonriendo y se dirigió hacia una caja donde Lupe guardaba recortes de tela. Rápidamente puso la caja en su sitio, porque si Lupe la encontraba, realmente podía ponerse muy enojada.

En la cocina Antonia y Consuelo se encontraron con que Isabel, Lupe y María Elena habían desayunado. Antonia preguntó a María Elena si quería llevar los pantalones de Francisco a un vecino que hacía zurcidos.

María Elena aceptó y dijo a Daniel: "Apúrate, hijo, que ya nos vamos."

Daniel se peinó poniéndose agua y brillantina, se talló la cara con un trapo seco y salió con María Elena. Pronto regresaron.

Afuera se escuchó el ruido de un motor y Lupe salió a la puerta. "Ese carro también andaba ayer por aquí —dijo cuando regresó—. Dos muchachos andan vendiendo cobijas de lana; se habían atrasado con los pagos del coche y necesitaban dinero. Por eso querían vender pronto y a tan bajo precio. Yo les dije

que no podía comprar nada porque soy tan pobre como la Cenicienta."

Lupe sonrió y en el patio comenzó a echar alfalfa a los pollos. María Elena se sirvió otra taza de café y se sentó a la mesa junto a Antonia, que estaba desayunando. "Tonia —le dijo con gran seriedad—, quiero comprar los huarachitos y la silla; yo los doró. Si ya los compro dorados me cuestan el doble, y así, nada más los pinto y me sale más barato. A ver si ahora que vaya a recoger el Niño Dios paso a ver cuánto cuestan, pero si tú vas a la plaza, también te fijas."

"Sí, Malena, pero me compras mis chocolates, ¿eh? Pero si no, ¡no te pompo nada!"

María Elena estaba molesta. Sabía que su hermana bromeaba, pero a ella no le gustaban las bromas, sobre todo cuando se referían a algo tan importante para ella como la iglesia. María Elena era una muchacha seria y, aunque a veces estaba de buen humor, su alegría podía desvanecerse súbitamente y se encerraba en sí misma rehusando hablar con nadie. Ahora se quedó en silencio e intentó continuar su costura mientras Antonia decía riendo: "Y ¿qué? ¿Que no me quieres tú? ¡Yo me quiero solita! ¡Ay, pero si tan mona que es mi hermanita!"

María Elena no contestó. Antonia sacó la bolsa de algodón donde guardaba la ropa de planchar. Su madre había puesto ya las planchas sobre la estufa para que se calentaran. Después de algún tiempo en que ninguna de las dos dijo una sola palabra, María Elena comenzó de nuevo a hablar con su hermana.

"Fíjate que el otro día estábamos ensayando y me preguntó Lilia, la Presidenta del Comité, ésa que te digo que es muy presumida, que tiene una trenza parada como cola de caballo; me dice: 'Oyes, ¿cuántas hermanas tienes?'; le digo: '¿Por qué?'; me dice: 'Porque vi entrar en tu casa el otro día una muchacha que no había visto. ¿Quién es?'; le dije: 'Pues es mi hermana Consuelo.'"

María Elena continuó: "El otro día su mamá platicaba con una de las mamás de las muchachas. Estaban comprando la leche. La mamá de esta Lilia, le dijo a la otra señora: 'Ya me voy, son las siete y media. Porque como ora Lilia está trabajando con licenciado, la tengo que levantar temprano para que pueda estar a tiempo en su trabajo. Son tres, y los que llegan los tiene que atender.' ¿Tú crés? Con eso quiso humillar a la señora, claro, ¡total, la señora ni le estaba preguntando nada! Si trabaja con licenciado, pues allá ella. Nadie le pregunta nada y ¡claro! le cayó mal a la señora. Siempre están presumiendo que tienen buenos empleos todas las muchachas. Nos quieren humillar."

"Sí —contestó Antonia—, a mí me ha dicho que trabaja en

una compañía muy importante y quién sabe qué, pero es mentira, está trabajando en una lavandería de por aquí, cerca de la Villa. Y si quiera fuera de lujo, pero es de esas que están todas sucias, muy feo."

María Elena dijo a su vez: "No, pero ¿no ves que ahora ya cambió de empleo?"

Las hermanas permanecieron calladas hasta que Antonia dijo: "¡Ah, cómo sufro! Y yo sueña y sueña a ese viejo feo. Soñé que lo abrazaba. ¡Ay corazón, por qué sufres!" Esta vez ambas rieron.

Mientras tanto, Lupe seguía haciendo cosas antes de salir para casa de Elida. Daniel, que iba a acompañar a Lupe, se abrochaba los pantalones. "Andale, hijo —dijo ella—, así ya déjalo; ándale, que si dan las once ya no podemos salir." Tomó a Daniel de la mano y se dirigió a la puerta recomendando a Antonia: "Barres el patio, me pones una olla de agua, cambias los pichones, tengan cuidado con los pollos chiquitos, le cambias la paja a la chacha..."

"Sí, sí —contestó Antonia—, pero ya vete." Cuando su madre hubo salido cruzó los brazos y dijo: "Ay, ay, Pita, pues ¿qué soy pulpo o qué?", y al decir eso se enredó los cabellos, haciendo reír a sus hermanas.

Antonia fue al cuarto a ver a sus hijos. A Consuelo, que la acompañaba, le dijo: "Ay, tú, tengo que plancharle su ropa; pero no, mejor no, mejor me voy a la plaza porque si no, llega y ya después no puedo hacer nada, porque tengo que estar con el niño."

"¿Va a venir?", preguntó Isabel, que también vino a la pieza.

"Sí, me dijo que estaría aquí a las doce y ya son las once. Si no me apuro me agarra aquí."

De debajo de la cama Antonia sacó la bacinica que usaba Carmela por la noche y la vació en el excusado al final del patio; luego comenzó a barrer los cuartos, bajo las camas, en los rincones, bajo el ropero que había sido un regalo de su padre el día de su santo. Barrió la basura hacia fuera, al patio, murmurando una canción mientras trabajaba y volviendo de vez en cuando para sonreírse con sus niños. Empleando un pañal viejo sacudió los muebles y al último fue por la jerga del piso que estaba amarrada a un palo. Julio, balbuceando y estirándose, accidentalmente dio una patada a su hermanita. Antonia le detuvo el pie, diciendo:

"¿Cómo se atreve usted a pegarle a su hermana mayor? ¡Eso sí que no se lo permito, caballero! Retire usted inmediatamente los pies; si no, me lo como —e hizo cosquillas al niño—. Ay, qué mi'jo tan chulo, sacó toda la cara de su madre. Igualito a mí. ¿No ves mis ojos azules, mi pelo güero? ¿O qué no, lo dudas?"

Luego fue a la cocina a limpiar de trastos la mesa. Sentado en el quicio de la puerta vio a Pancho. "Tú, niño, abróchate ahí, ¿es que no puedes ver?" Pancho se abrochó los pantalones y se fue jugando, golpeando pequeñas piedrecitas con otra mayor. Antonia terminó sus quehaceres y comenzó a arreglarse para ir al mercado. Se enjuagó las manos, se puso crema limpiadora en la cara y en las manos. "Me la trajo mi querubín. Sí, aunque él diga que no, yo vivo en su corazoncito." Se peinó con mayor cuidado esta vez y se humedeció el cabello. "Y ora tú, ¿no vas a ir a trabajar? —dijo a Consuelo—. ¡Ay, qué vida tan suave! Bueno, entonces yo me voy a la plaza. Si quieres venir conmigo, ¡arréglate, muchacha! Yo así no te llevo, ¡nos vaya a cargar el carro de la Castañeda!"

"¡Ay, qué vacilón! ¡Qué rico vacilón", cantó Consuelo.

En la cocina Antonia sacó la canasta del mandado y puso en ella un vaso grande y una botella vacía. Regresó a la pieza y se cambió el vestido. "Oyes, ¿me trasparente? —preguntó a Consuelo—. ¿No? ¡Ay, qué lástima!" Se peinó otra vez y se limpió los pies con crema limpiadora.

"Apúrate si vas, ya nada más voy aquí a la tienda a ver si encuentro crema y nos vamos", dijo a Consuelo y salió.

Mientras eso sucedía, Isabel peinaba a sus niños. "Nomás mira qué cabeza —dijo—. ¿Es pelo o arena? Les digo que se peinen, pero no. Es que son flojos y por eso no hacen caso."

Antonia regresó de la tienda sin el *cold cream* porque "no se veía muy bueno y podía haber hecho daño a mi Carmela." Sacó todos los juguetes de Carmela y se los dio para jugar. La niña se alegró porque generalmente su madre sólo le daba para jugar la muñeca. En el Día de Reyes Antonia compró juguetes muy caros: la muñeca costó ochenta pesos; un juego de té, treinta; un vagón, quince; para que Carmela pudiera tener tan buenas cosas como los otros niños de la familia.

Después de ponerle un suéter y una gorra al bebé, Antonia se puso su rebozo de lana verde y tras de envolver al niño estuvo lista para salir. Eran las once cuarenta y cinco. Las dos hermanas iniciaron el camino hacia la terminal de autobuses. No habían salido juntas con frecuencia a ninguna parte, ya que su actual amistad era reciente. Antonia llegó a la vida de Consuelo en forma súbita, cuando tenía once años y todavía estaba en la escuela primaria. Consuelo vivía bastante contenta con su padre y su madrastra Elena, sin más contratiempos que las peleas con sus hermanos y hermana. Luego, Elena enfermó de tuberculosis y Jesús tuvo que aislarla en un cuarto de la vecindad, por lo que se vio obligado a tomar a una sirvienta vieja para que cuidara de sus hijos. En esa época, Antonia, que había terminado el sexto año en la escuela, comenzó a vagar por las calles mientras Lupe estaba en el trabajo. Fue entonces cuando Jesús

decidió llevársela con él a La Casa Grande, donde alguien pudiera cuidarla un poco.

Desde el principio, Consuelo vio en Antonia una amenaza. "La noche que llegó a la casa casi no me di cuenta. Ya estaba dormida cuando mi padre la llevó a la casa. Al otro día me encontré con una cara nueva en casa. Estaba conmigo en la cama. ¿Por qué no saludas a tu hermana?", dijo mi papá. Mis hermanos sí le hablaron a ella; yo no; me envolví en una capita de lana y salí al patio. No le dirigí la palabra, sólo la observaba de lejos. Estaba yo celosísima. Nunca antes había visto a mi padre con nadie. ¿Cómo era posible que Antonia existiera? Pero no me atreví a preguntar a mi papá y él no me dio razón.

"Cuando Antonia llegó, cambió por completo mi papá. Esa noche me negué a cenar creyendo que iba a ser como en muchas otras ocasiones. Cuando no quería comer, entonces con cariño mi padre me preguntaba qué era lo que quería y mandaba traer antojitos. Esa noche no fue así. Me acosté sin tomar alimento y mi padre ya no me hizo caso; empezó a leer el periódico a Antonia. Yo bajo las cobijas contenía el llanto. Pensaba que si lloraba era avergonzarme ante la nueva persona que era mi hermana.

"En multitud de ocasiones el sabor de las lágrimas era parte de mi café. '¡Deja de payasear y come!', era lo que mi padre decía. Ya no le importó si yo lloraba. El día que vi que Antonia le contestaba y mi padre no decía nada, no podía yo creer la reacción de mi papá que no contestaba nada a las majaderías de ella. En nuestro caso no alzábamos ni la vista cuando nos regañaba, ni Manuel que era el mayor. En cambio, ella podía gritarle libremente. Cuando le compraba un vestido a Antonia debía ser de calidad superior al nuestro. Casi siempre mi padre le daba las cosas a ella para que las repartiera. Todas estas imposiciones me hacían sentir como si fuera yo nadie en la casa.

"Empezó también la mentira continua para con nosotros. Por las tardes, cuando llegaba mi padre, Antonia ya estaba arreglada y se salía. Me decían que iban al doctor, pero iban al cine. Los veía alejarse por el patio. Tonia lo tomaba del brazo y juntos caminaban. Cuando salía mi papá con nosotros siempre nos llevaba agarrados fuertemente del brazo y alzándolo hasta el hombro, así que cuando llegábamos a casa mi brazo me dolía. A mis hermanos ni les permitía que se acercaran a él; casi siempre iban adelante o atrás, pero nunca junto a él.

"Claro es que me hacía yo misma muchas preguntas. Por las noches la cabeza me daba vueltas y muchas veces en la oscuridad del cuarto me perdía. Algunas veces, cuando lloraba, Antonia me trataba de consolar, pero siempre la rechazaba. No aceptaba sus palabras ni sus minos. '¿Qué tienes, Consuelo, por qué lloras?, ¿te regañó mi papá?' Esta última pregunta

se me hacía tan cruel, que si hubiera podido le hubiera volteado un bofetón. Por las noches mi hermana trataba de leerme un cuento o el periódico. Veía yo mal esto. Pensaba que sólo lo hacía para ganarse más a mi padre, y así, cuando ella empezaba a leer, daba yo la espalda en algunas ocasiones, y otras, me hacía la dormida.

"No entendí que Antonia fue la mayor. Sólo me di cuenta que mi padre la quiso más. Cuando crecimos un poco más, comencé a dudar si era yo hija verdadera de mi padre; esto es, pensé si mi padre sería otro hombre. Eso sentía cuando veía la indiferencia de mi padre, no sólo para mí sino para Martha, que había sido su consentida y que ahora hasta llegó a pegarle cuando una vez se quejó de Antonia. Él nunca me pegó, pero sus palabras eran peor que latigazos, pero nunca le respondí. No podía, las palabras se me ahogaban, sólo las pensaba y me hacían sentir el deseo de correr y no ver a nadie."

Consuelo luchó por merecer la atención de su padre tratando de no molestarlo con peticiones, estudiando mucho para complacerlo, yendo a trabajar y vistiéndose con arreglo, pero sólo tuvo éxito cuando lo trastornaba con sus celos y su infelicidad. Cuando dos años atrás su padre tomó a Dalila por mujer, Consuelo cambió el odio que sentía por Antonia hacia Dalila; ella, más que Antonia, le había robado a su padre y su hogar. Consuelo culpaba a Jesús de haber tenido que huir con un hombre a quien no quería, para tratar de hallar paz y un hogar propio. Pero sin haberlo logrado fue traída otra vez por su padre en un triste estado de debilidad. En casa de Lupe, Consuelo encontró seguridad temporal y la bondad necesaria para mejorar de salud. Estaba agradecida con su madrastra y con sus dos medias hermanas, y trataba de llevarse bien con ellas a toda costa.

Consuelo y Antonia caminaron bajo un sol ya alto que quemaba fuertemente. No había muchas personas en la calle. A lo lejos, algunos colonos sacaban sus botes, de veinte litros para el reparto diario del agua. Cuando Antonia vio eso gritó a Isabel, que permanecía parada a la puerta de la casa: "¡Isabel, si viene mamá, si viene la pipa, que ella saque los botes; yo ya me voy; si se quedan sin agua yo no respondo! ¡Chipote con sangre sea chico o grande!"

El autobús estaba en la terminal. Antonia se separó de Consuelo para ir a pagar las tortillas que después recogería, y dejar la botella del aceite. Como temía que no le alcanzara el tiempo, sólo pagó las tortillas y corriendo cruzó la calle con la botella en la mano para subir al vehículo y pagar con la feria que le dio Consuelo. El autobús traqueteó bamboleándose por muchas calles antes de que Antonia dijera, refiriéndose al niño: "Ves, no es latoso, nada, nada; mira, ya se va a dormir, ¡siquiera!"

Mirando por la ventanilla agregó: "Mejor nos vamos de una vez hasta la Merced, sirve que lo que aquí compro por un cuarto, allá compro por un kilo. Fíjate que aquí el cuarto de jitomate está a ochenta y en la Merced el kilo está a sesenta. Mejor nos vamos allá."

Después de una media hora de viaje, el autobús llegó al mercado. Antonia dijo a su hermana: "Ahora sí, prepárate a entrar a lo bueno y cuida tus lindos pieses de princesa, porque aquí vas a salir con los dedos hechos puré. De veras, Consuelo, tú casi nunca vienes a la plaza, ¿verdad?"

Consuelo rió conforme iniciaban la marcha hacia el mercado. Un hombre que pasaba murmuró algo a Antonia; ella respondió en voz alta: "¿Sí? ¡Infeliz! ¿Y no quiere también a mi marido? ¡Estúpido!"

El hombre le había dicho: "Tienes chula la boca."

Dentro del mercado se dirigieron a los puestos de vísceras. Antonia decidió comprar un kilo de hígado porque ya era muy tarde y podía prepararse rápidamente frito con cebollas. Hoy podía comprar carne porque había tomado algunos ahorros de Francisco. Con frecuencia, la comida de la familia se reducía a arroz con frijoles o fideo con frijoles.

Antonia estaba cansada y trató de poner de pie frente a ella al niño mientras hacían las compras, pero como estaba medio dormido se bamboleó y volvió a levantarlo. Compraron crema, dos kilos de jitomate y un kilo de cebollas. En los puestos de fruta, dos rebanadas de piña y kilo y medio de plátanos. La familia podría comer plátanos fritos con crema. Disfrutaban mucho este platillo y a veces era el sustituto de la carne. También compraron aceite para cocinar, medio kilo de fideos y en un puesto de juguetes dos changuitos que sólo costaron diez centavos cada uno. El final de la compra fueron dulces para toda la familia, cuarenta centavos de chocolates y veinte de melcocha. En total, Antonia gastó once pesos y cuarenta centavos.

Al llegar a la terminal de autobuses, las hermanas vieron que tenían que esperar algunos minutos el vehículo. Antonia compró una coca-cola y dijo: "Ay, mamá, a ver si ahorita que estoy tomando mi coca viene el camión y nos deja; ya es tarde, son las dos y cuando llegamos eran las doce veinte. ¡Híjole, ya ha de estar allá el güerejo!"

Consuelo, que miraba el escaparate de una tienda, dijo: "Me gustaría comprar una de esas crinolinas."

Antonia asintió y dijo con entusiasmo: "¿Habías visto cosas tan lindas? Aquí hay ropa bastante buena y de calidad; no creas que es corriente. Aquí también vienen a comprar ropa gente bien vestida. El otro día estaba una señora comprando un vestido de ciento cincuenta, pero ¡ay, Dios, qué vestido! Estaba re bonito. Lo que me gustó mucho fue ese vestido color de rosa

como para mi Carmela. Quisiera comprarle uno, pero mejor unos pantaloncitos para el frío, no que ya ves ¡qué fríos!, y ella casi no tiene qué taparse.

Julio estiró la manita para jalar el pelo a su madre y ella le sonrió: "Mi'jo, tan chulo; cuando sea grande se va a traer del rabo a todas las viejas. ¡Pero no, tú vas a ser un doncello, y cuidadito de la vieja mañosa, latosa, que trate de pervertir a mi rey! Ay, tú, y el camión no viene; si no viene, no comemos."

Cuando terminó su refresco, Antonia compró una bolsa grande de papel. La canasta era pequeña para todo lo que habían comprado y los plátanos estaban a punto de caerse. "Todo en una sola bolsa es muy pesado —dijo Antonia, y mirando hacia el reloj de la torre en la iglesia de la Soledad, agregó: ¡Oh!, es tarde, las dos y diez. Si tomamos un camión de primera después tenemos que ir paradas haciendo solitos." El autobús de segunda clase llegó; mientras Consuelo cargaba la canasta, Antonia apretó su bulto en la bolsa de papel y aseguró a su niño, lista para abrirse paso si era necesario. "Aquí viene el camión. ¡Abusada, muchacha, abusada!", dijo a Consuelo. El autobús paró frente a ellas por casualidad, y así pudieron subir antes que todo el gentío.

"Uff, que si no me pongo abusada, mira nomás, mira nomás, ahorita estuviéramos hechas pasas. Ojalá que se vaya el camión por la avenida y así nos vamos aprisa, porque si sale por el zócalo me doy tres sentones en una piedra."

Un chico vendía revistas por veinte centavos y Consuelo compró una de aventuras. Antonia leyó un momento y exclamó: "Qué gordos, ya va a morir y siempre se salva. ¿Tú crés?"

Estuvieron de suerte, según ellas, cuando vieron que el autobús enfiló por la ruta más corta. En la calle de Avelina, Antonia dijo a Consuelo apuntando hacia un edificio: "¿Ves aquel edificio? ¿Sí? Bueno, ¡pues ése no es! —cuando terminó de reír de su propia broma continuó—: Después del edificio que te dije, al otro lado, es la casa de la hermana del Güero. Ahí tiene mi cuñada su casa, lástima que sean tan pesados. Yo ya tuve mi primer pleito con ella; bueno, no pleito, pero no nos ponemos de acuerdo ella y yo desde el día que... ¿Tú crés? Yo arreglando y perfumando a mi'ja ese día que fui a su casa, ¿y todo para qué?, para que ella me dijera que esperaba que su hermano tuviera otra cosa mejor. Desde ese día ya no he vuelto. ¿Para qué? No quiero verla, ella con su vida y yo con la mía. ¿No crés? Ese día sí sentí muy feo que me despreciaran a mi Carmela. Ahí me tienes bañándola desde tempranito, peinándola; le puse su mejor vestidito. Se veía muy bonita mi'ja. Ya ves, como es güera como su padre, se veía muy bonita toda de color de rosa. Yo poniéndome guapa y todo para que al fin la vieja esa me dijera: 'Pues yo esperaba que Francisco tuviera otra cosa

mejor. Él se merece otra cosa.' Me dio tanto coraje, Consuelo, que desde entonces ya no he vuelto a su casa."

"Yo también me sentiría igual", dijo Consuelo calurosamente.

Antonia continuó: "Él sí quiere. Luego me dice que vayamos con su hermana. Pero yo no quiero; ¿para qué?, ¿nada más para hacer corajes? Mejor no. Quien la lleva es mi niño, mi Julito; él qué culpa tiene. Él llevó a mi niño, el inocente." Antonia hablaba en voz baja, muy seria, luego continuó: "Él quiere que nos casemos, pero digo... a la mejor así me quita a mis hijos, y por eso, mejor no. Le digo que así estamos bien. Para qué nos casamos, con suerte nada más quiere quitarme mis hijos."

"También quiere poner la casa, pero con eso de que le da a su hermana cada ocho días, casi no le queda dinero. Ahora me está dando sesenta pesos semanales para guardar. A veces me da más para que cuando tengamos lo suficiente podamos comprar los muebles y alquilar una casa. Yo no sé por qué rumbo me gustaría vivir; y sí quiero, por un lado, pero por otro no. Porque ahorita me dice eso y al rato que está enojado me dice que no. Por eso mejor ya ni lo tomo en cuenta, nada más le digo que sí."

"¿Cómo me voy a salir de la casa nada más así? Luego mis dos hijos la llevarían, y ellos qué culpa tienen, pobrecitos. Siquiera en la casa de mi papá, mal que bien, mejor dicho, ¡no hay que ser!, muy bien, tienen qué comer a diario y duermen bien. Pero si me voy con él no sé si cumpliría lo que me dice o sólo son mentiras. Quisiera agarrarle la palabra, pero mejor no. Así estoy bien con mi papá. Fíjate que me dicen que anda por aí de volado; pero, como te digo, ya no le hago caso. Antes sí, hummm, pobre de él si sabía yo que anduviera con alguien, eran unos pleitos... pero de veras pleitos. Luego me decía que ya hasta me tenía miedo, pero también así lo quería yo. Ahora ya no, ahora tengo a mis hijos y, si él se larga con otra, allá él, que no lo vea yo y así estamos bien."

Antonia continuó: "Una vez mi papá le daba uno de los cuartos que estaban desocupados; bueno, cuando empezaban a construir. Le dijo que para que no se sintiera arrimado que le pagara la renta. Yo no creo que mi papá lo hiciera por los fierros, sino porque yo me sintiera más segura y ellos también, ¿no crés? Pero me dijo él que no. Que ni con su familia ni con la mía. Y de eso yo tuve la culpa. Porque fíjate que al principio que todavía nos amábamos me dijo que iba a poner la casa, que su hermana le rentaba una de las habitaciones y que yo podía cocinar y lavar allí en la misma casa. Entonces yo no quise. Le dije que sí ponía la casa que la pusiera, pero que ni con su familia ni con la mía. Y ahora aquí me tienes; si le hubiera agarrado la palabra esa vez yo creo ahora estuviera mejor, porque así se hubiera acostumbrado a tener que pagar y después

yo hubiera buscado otra casa. Pero ahora ya no, ya es tarde, ¡o quién sabe! Su hermana lo quiere mucho pero desgraciadamente a mí no me quiere, y como yo no quise vivir en su casa, pues ahora tampoco el Güero quiere que vivamos cerca de la mía. Ni con tu familia ni con la mía, dijimos los dos. Yo creo que la casa la vamos a poner para el mes de noviembre si es que antes no nos enojamos, porque si nos enojamos ya estuvo que no hicimos nada de vuelta."

Consuelo estuvo escuchando a Antonia sin interrumpirla. Ella tenía muy mala opinión de Francisco, como en general de todo hombre, y pensó que era mejor no hablar por temor a enojar a Antonia. Antonia había tenido una serie de disgustos con su madre y hermanas porque habían manifestado su desaprobación a su marido.

El autobús se detuvo bruscamente y Antonia casi fue arrojada del asiento. "¡Animall, por eso suceden tantas desgracias —dijo muy enojada al chofer—. ¡Nunca ven por dónde van, parece que están bizcos!"

"No es mi culpa, señora —contestó el chofer—. Ese ruletero se metió a la izquierda; no me dio tiempo de desviarlo."

Antonia ya no contestó, pero conforme se acercaban a la terminal, ella dijo en voz lo suficientemente alta para que lo oyeran los que estaban cerca de ella: "Ora sí, ya vamos llegando a Pénjamo, el camión se vino rápido, y no tardamos arriba de tres horas." Algunos pasajeros rieron y el chofer se volvió a mirarla. Antonia arregló a su hijo y sus cosas y dijo al chofer: "Calma, calma, que aquí voy a bajar yo. ¡Andale, tú, muchacha, no te quedes atrás porque los hombres son malignos!"

Otra vez en la calle, Antonia observó que los botes para el agua seguían alineados en las calles. Era visible que el camión del agua no había llegado. Esto significaba que se retardaría el trabajo de la casa. Ya cerca de su casa las hermanas encontraron a Clotilde su sobrina que sacaba una lata para el agua y una cubeta vacías.

"¿Ya vino mamá Pita, hija?", preguntó Antonia.

La niña respondió que no y Antonia se apresuró hacia la casa diciendo: "Ahora sí, mi mamá sí que se pasea bien y bonito. Ayer se fue temprano y regresó a las seis, y ahora ya ves a qué horas se fue y quién sabe a qué horas regrese. Bueno, ya llegamos; ¡al fin!"

"Martha está aquí", les dijo Clotilde; pero no le contestaron por la prisa que traían.

Martha (hija de Leonor, la primera esposa de Jesús) venía con frecuencia con sus tres pequeñas hijas a visitar la casa de la colonia. Como el resto de la familia, guardaba las tortillas y el pan duro para Chacha (la puerca) y había traído un saco lleno. Además estimaba a Lupe, que siempre fue hospitalaria

con ella y nunca la dejaba marchar sin ofrecerle algo de comer, aunque hubiera poco en la casa, y sin olvidar darle la feria para el transporte. Con Antonia, su media hermana, se llevaba más íntimamente que con sus otras hermanas, porque, como ella decía, "más o menos, las dos estamos en la misma situación".

María Elena, con el negro pelo prendido con pasadores, arrojada frente a la casa en la orilla de la banqueta quitaba las piedrecitas que obstruían el caño del agua que salía del patio a la calle y que los niños en sus juegos habían dejado caer esa mañana. El canal de cemento, de unos treinta centímetros de ancho, estaba atascado.

"¿Pues hasta dónde fueron? Yo creí que ya no volvían", dijo María Elena a Antonia mientras ésta cruzaba el patio.

"Nos pasamos a la Merced, manita", contestó Antonia.

En el patio, las dos hijas mayores de Martha jugaban con sus primos. Antonia colocó la bolsa sobre la mesa de la cocina y saludó a Martha que con su niña en brazos allí estaba. Antonia arregló la andadera de Julio, puso dos pañales en el asiento y colocó allí al niño; en seguida tomó un chocolate y un juguete y se dirigió hacia el dormitorio. Se detuvo a preguntar: "¿No ha llorado mi'ja? ¿No ha salido al patio?"

Isabel, que estaba hablando con Martha, contestó: "No, está durmiendo."

Antonia entró de puntitas en el cuarto, colocó el chocolate y el juguete al lado de Carmela y volvió a salir de puntitas. Era tarde y todavía tenía mucho que hacer, pero siempre se podía hacer tiempo para hablar con Martha. Consuelo, cansada del viaje a la plaza, se fue a acostar un rato. Isabel tomó su costura y se sentó en el patio donde podía ver jugar a los niños. Antonia y Martha quedaron solas en la cocina.

"Manita —dijo Antonia—, yo no te doy razón, pero yo siento que se me mueve algo."

"A lo mejor tienes un chorro de lombrices", dijo Martha.

"El doctor me dijo que tengo la cara de una embarazada. Si es niño casi no se me nota la barriga hasta después de los cuatro meses, y si es niña se nota más pronto."

"A lo mejor ya estás de nuevo."

"Le dije al viejo que sentía que se me meneaba algo y él me contestó que no fuera a salir con mis sandeces; y yo le dije: 'Entonces ya no me estés limando.' El otro día me dijo mi papá: '¿Ya estás enferma de nuevo?'"

"Mi papá inmediatamente se da cuenta de todo."

"Sí, hasta me espantó mi papá."

"No es difícil que salgas enferma, y yo por eso ya no me acerco a mi viejo."

Isabel, que había llegado hasta la puerta de la cocina, preguntó: "Martha, ¿qué tú ya no has encargado?"

"No, no tengo gallo, y además ya clausuré la fábrica."

Riéndose dijo Antonia: "Ahora Martha está en huelga, está en rojo y negro."

"Bueno —contestó Isabel—, ahora que venga Crispín le quita los sellos y empieza a funcionar."

Antonia continuó su conversación.

"Vino el Güero el lunes. Tenía ganas de estar conmigo; pero qué, como yo estaba convaleciente de la gripa no tenía ni ganas de comer, menos de estarme meneando. El se enojó y me dijo: 'Cuando tú tienes ganas inmediatamente se ha de hacer, y cuando yo quiero tocarte, siempre pones tu jetota. Y eso de que, teniendo mi mujer, tenga que irme con las frutas de la calle, y tener que pagar...'"

"¿Te dio dinero?"

"Después me dijo que no le habían pagado y no me va a dar centavos. Dijo: 'Y ya sé que de no darte dinero no te puedo ni hablar.' Él se fue pero en dos días volvió, otra vez con ganas y todavía sin dinero."

"Así son los hombres."

"Me dijo: Andale, dile a tu mamá que vas a cenar o algo. Tengo ganas de estar contigo y nos bañamos en un hotel.' Y le dije: '¿Y cómo crés que voy a meter a mi'jo en el hotel y que mi mamá iba a creer que sólo iba a cenar o a bañar? Si todavía fuera de día le podía echar mentiras, pero en la noche ¿dónde hay baños?' Y él me dijo: '¿Qué tiene que decir tu mamá si eres mi mujer?' Por eso se enojó y no me dio dinero. Si estoy enferma se enoja; él no quiere tener más familia. Sangrón, ni que las estuviera criando y las cargara adonde va."

"Tu viejo está como Crispín. Dan algo a cambio de algo. Tan gordos y tan sangrones que son."

"Vas a ver cómo después viene con la cola entre las piernas."

"¿Tú lo perdonas?"

"¿Qué me queda? Pues sí me enoja me deja la semana que entra sin gasto."

"A mí no me la pegas, a lo mejor Julio ya está chípil", dijo Martha refiriéndose al probable embarazo de Antonia y al desmedro y lloriqueo que por celos, según creencia popular, todo niño amamantado sufría cuando la madre volvía a concebir.

"Fíjate, he ido tres o cuatro veces con el Güero desde que nació Julio", y cambió de tema.

"Pues ahora en qué fachas ando, con qué greñas, con qué vestido. Y ya ni chiches tengo, ya estoy flaca. Cuando estuve con mi papá tuve todo lo que quería. Ya no estoy deseosa de nada y me da pena que me diga: 'Cómo te trae el Güero, como mendiga.' Cuando voy a pasear procuro ir con lo mejorcito que tengo; si no, me quedo en casa."

"¿Qué pasó con la casa que Francisco te iba a poner?"

"Me dio dinero para comprar un colchón, pero yo agarré los centavos para las medicinas y el gasto, y Elida me vendió un colchón en sesenta pesos. Ahora quiero comprar trastes. Estaba yo viendo los cuartos de las palomas y calculando si cabemos allí los cuatro. ¿No quieres entrar a verlo?"

"No, Tonia, porque me llenaba de corucos.

"Le digo a mi viejo que le digamos a mi papá a ver si nos arregia ese cuarto y nos lo renta. El Güero dice que mejor veamos que nos lo dé y nosotros lo arreglamos, ¿y tú creés que cuesta tan poco? Y no me hallo de dejar a mi mamá. Pero si ahora mi viejo dice que ya encontró la casa en tal lado, no me importa y tendré que irme con él."

Martha se puso de pie y dijo que ya no podía esperar a Lupe. Llamó a sus hijas y se despidió. Mientras se encaminaba hacia la terminal de autobuses, pensaba en lo que hacen sufrir los hombres a las mujeres. En su propia familia, Elida había resultado embarazada antes de casarse, y tanto Isabel como Antonia habían tenido abortos antes de cumplir los veinte años. Sospechaba que la enfermedad de Consuelo en Monterrey se debió a un aborto. Lupe, que ignoraba los tempranos accidentes de sus hijas, también había sido decepcionada por los hombres. En el caso de Antonia, cuando estuvo embarazada de Carmela, Francisco la abandonó diciendo que no deseaba hijos, especialmente con una mujer loca. La pobre Antonia quedó hecha una ruina después de eso. Luego se fue a trabajar a un cabaret donde le pagaban por bailar con los hombres y por hacerlos beber. A Martha le había dicho que nunca pasó la noche con ninguno, pero muchas veces Martha la vio al mediodía durmiendo todavía, borracha.

Después de un año Francisco vio a Antonia bebiendo con hombres en el cabaret, y cuando ellos la dejaron sola se llegó hasta ella para decirle: "Ahora tomas conmigo, te voy a pagar también."

La pura vista de Francisco hizo que Antonia se serenara. Él se embriagó y golpeó a Antonia cuando ya no quería tomar. "Pero él tiene derecho a pegarme, es mi viejo", dijo Antonia a Martha. Se fueron a un hotel donde ambos se golpearon. A los pocos días, Antonia dejó el cabaret. Cuando Julio nació, Francisco dijo que no era suyo. Martha pensó: "¡Pobre Antonia! No creo que el Güero se junte con ella nunca, pero Tonia está muy ilusionada. Con razón está afligida porque a lo mejor ya está de nuevo."

Cuando Marta se fue, Antonia comenzó a trabajar con rapidez porque era muy tarde; temía que su padre llegara antes que la casa estuviera limpia. Quitó todas las cosas que había sobre el brasero y fregó los ladrillos con escobeta y jabón. Al terminar, los colores brillaban de nuevo. Volvió a colocar todo en su

lugar y limpió la mesa; sobre la mesa subió las bancas y descombarazó el sitio de muchas cosas que allí se acumulaban: una puerta de alambre, una cubeta y una tina de hojalata en que Lupe guardaba diversos artículos. También fue hasta el cuarto de los pichones para limpiarlo. Cambió los periódicos de los nidos, sacó las cazuelitas para el agua y los alimentos, barrió el piso, reunió toda la basura y la tiró en el barril que había bajo la escalera. Sacudió las perchas de los pollos que Jesús había puesto en el excusado y volvió a barrer y a reunir la basura para echarla en el barril. Después limpió las casetas de arriba donde estaban los mejores pichones. En el cubículo inferior sacudió los costales en que dormían los perros y barrió el piso. Finalmente barrió el patio y cambió el agua sucia de las cazuelas de los pichones, para volver a ponerlas en su sitio.

Hizo una pausa porque sentía mucho calor y se secó la frente. "¡Chi... huahual! Y ese viejo no viene —se refería al repartidor de agua—. Qué maña de tenerlo a uno esperando, como si uno tuviera el quehacer de ellos. A ver, ¿ora hasta cuándo voy a darles de beber a los animales?... No, pues hasta que venga ese ¡viejo chirrisco!"

La llegada de la pipa era un suceso diario muy importante en la colonia, ya que esta parte de la ciudad carecía de provisión de agua. Pero la entrega era irregular y llegaba a horas inesperadas. Durante algún tiempo, el camión llegó a las cinco de la mañana y no había más remedio que levantarse a esa hora para recibirla. Con tiempo frío o no, la gente se levantaba medio vestida para recibir el agua. Cuando el agua llegaba muy temprano por la mañana, o muy tarde por la noche, Jesús se levantaba también si estaba en la casa, para ver que nada pasara a sus hijas a esas horas. Una de las muchachas se formaba haciendo cola mientras la otra acarreaba los botes llenos hasta la puerta donde Lupe los recibía para verterlos en los grandes tinacos.

Antonia, que había reunido toda la basura a la entrada del patio, fue hasta el tonel que la contenía para traerlo; en el camino miró que dos palomos peleaban y dijo: "¡Oyes tú, celoso mañoso, déjala! —y dirigiéndose a Isabel añadió—: No puede uno dejarlos solitos porque ya están peliando." Se volvió hacia los pollos que andaban sobre el montón de basura reunida y gritó: "¡Sáquense de aquí, bucnos para nada! Mira nada más cómo me regaron la basura. ¡A ver, tú, Coreana, dame dos huevos!", dijo a una gallina. Espantó a los animales con la escoba hasta encerrarlos en el gallinero, pero tuvo que volver a reunir la basura que habían esparcido.

Desde la puerta de la cocina el nene le tendió los brazos. Antonia dijo: "Qué, hijo... déjame terminar y orita voy —y hablando con Isabel comentó—: Mejor voy a sacar a mi Julio,

pero si lo saco en la andadera se me puede voltear, mejor voy a traer un cajón para sentarlo." Del cuarto sacó una gran caja de madera en la que colocó una frazada y dos almohadas. Aquí sentó al niño y le dio una sonaja para jugar.

Su trabajo siguiente era barrer la azotea, así como las escaleras que a ella conducían. Luego le quedaba por barrer el piso de la cocina. El barrer la azotea ocasionaba tanto polvo, que regó una poca de agua. Comenzó a entonar una melodía que en ocasiones cantaba Francisco.

Abajo, Isabel dijo: "Yo creo que el pipero no va a venir, ya es rete tarde."

"¡Ay, no; que sí venga! Qué no, ni qué no. Yo no tengo nada de agua, fíjate, me agarré lavando mis mesitas y así estoy tira y tira el agua, y no me quedó namás que una olla."

Antonia contestó: "Que sí venga aunque sea a las seis, pero sí tiene que venir."

Para entonces, ya había barrido la cocina y puesto los muebles en su sitio. Se dirigió hasta la porqueriza y barrió la paja. En voz alta comentó: "¡Me lleva el tren! ¿Y ahora con qué lavo aquí si ya nada más tenemos esa poquita de agua? ¿Cómo le haré? Y lo malo es que ya mero viene mi papá y va a mirar esto sucio. Bueno, se lo dejo a Avelino, al fin y al cabo es trabajo de él, después de todo —y volviéndose a Isabel continuó—: ¿Tú crés? Avelino cuando empezaba a venir los primeros días nos acarrea agua del pozo, tiraba la basura, le barría a la Chacha y tenía que poner la paja. Pero ahora ya se hace zonzó, pero'ra sí se lo voy a dejar a él. Allá él sí barre y cambia la paja; yo nada más le hago por un ladito."

Dudando si lo hacía o no, finalmente dio un poco de agua a los animales y se dirigió a la cocina para preparar la comida. Isabel estaba planchando. Su hija Clotilde se la quedó mirando y dijo: "Oyes, mamá, ¿por qué estás tan gorda? Te ves re fea así, no me gustas ni tantito."

Isabel iba a responder, pero María y Pancho iniciaron una pelea. Clotilde les gritó: "Cállense, ¡qué latita, no lo dejan a uno en paz!"

Isabel reprendió a su hija diciendo: "Cállate tú, déjalos que griten. Pero al rato me la pagan, ¡pelones estos!" Mirando el vestido que planchaba, Isabel dijo: "Tan bonito mi vestido, ¡lástima de ropa! No puede tenerla uno limpia, si no por el agua, por la tierra. Total, que no puede uno guardarla limpia. ¿Tú crés? Mira los vestidos. Ya viste qué bonitos se veían y tanto trabajo que me costó hacerlos, y mira ahora, ya ni me dan ganas de hacerles nada, más tarda uno cosiendo, que ellos en romperlos y ensuciarlos."

"Sí, tú, por eso tráelos encuerados, como apaches, por eso guárdales su ropita —dijo Antonia, y haciendo un carfío en la

cabeza a Isabel, agregó—: No seas tontita, mi'ja, no seas tonta."

María Elena llegó llevando un trocito de una piedra que quería desalojar del caño. Se la veía desanimada. "Mira —le dijo Antonia, bromista—, debías de practicar tu taquí o taco, como se diga, para cuando entres a trabajar tengas práctica en eso y puedas con el trabajo." María Elena se sonrojó, molesta, y salió sin contestar. Antonia se refería a que la chica abandonó sus estudios de taquígrafa y luego se negó a buscar un trabajo. Había dicho: "¿Por qué yo he de trabajar? Si tiene la obligación mi papá de mantenerme." María Elena creía que una muchacha sin casar debía permanecer en su hogar, donde no podría ser molestada por los hombres. Decía que le parecía horrible trabajar en una oficina entre los hombres. A pesar de ello, no era feliz en su casa; deseaba una vida mejor, un hogar bello y buena ropa.

Antonia empezó a guisar el arroz. Isabel terminó de planchar y se sentó en la tina cerca de la puerta de la cocina. Julio lloró porque su pañal estaba mojado, y Antonia se lo cambió. Como a las tres y media tocaron a la puerta. Isabel quitó la piedra que sostenía la tranca y abrió. Lupe y Daniel entraron.

"Ay, Pita —dijo Antonia—, ora sí me vacilaste re feo, uno aquí ta espera y espera y tú paseando de la mano de un hombre por la calle", y guiñó el ojo a Daniel.

Lupe, demasiado cansada para contestar, se dejó caer en una silla y se abanicó con su rebozo. Después de un rato dijo: "Antonia, ¿arreglaste los palomos? Andale, que va'venir tu padre y nos cuelga."

María Elena regresó a la cocina. "Daniel, tráeme el martillo —dijo—, a ver si haciéndole así se despedaza; eso está muy duro. Isabel, ¿ya ves luego por qué les doy sus cocos a esos pelones?"

Isabel sabía que María Elena estaba enojada con los muchachos, pero por el momento no respondió; después dijo: "Sí, manita, cuando los veas que están de latosos mejor mándalos para la casa."

La joven salió con su martillo diciendo: "Pero no ha de ganar la piedra. Si ella no manda. Mando yo."

Lupe seguía cansada y acalorada. "Caracho con este bochoro, y mira, no puedo quitarme el suéter. Mira, cualquiera diría que el vestido todavía está bueno; pero no, está roto de la espalda. Bueno, descosido. Pero para el caso da lo mismo, tengo que coserlo pero'rita no puedo quitarlo."

Antonia dijo: "Ay, mamá, pues quitátele allá adentro, aquí dentro de la casa quién te ve."

Pero Lupe se fue a parar a la sombra de las escaleras y continuó abanicándose. María Elena golpeaba la piedra con un palo

de serba sin lograr partirla. Antonia dijo: "Bueno, mamá, ahora te toca a ti; yo voy a lavar el excusado que está muy sucio, y estos pollos ya ves qué lata dan. Yo no quería agarrar el agua del tinaco, pero ni modo."

Puesto que el arroz ya casi estaba listo, Lupe le dijo que podía tomar el agua.

Antonia llevó una escoba, una escobeta y un cubo de agua a la caseta del excusado. Roció agua en el piso y barrió también. En la cocina, Lupe, ya menos acalorada, se lavó las manos y después de secárselas en su delantal comenzó a sacar las cosas que trajo en la bolsa. La mayor parte era alimento para los animales; pero, igual que Antonia, también trajo arroz y jitamate. "Bueno; después de todo más vale que sobre y no que falte", comentó.

"Mamá, ¿me das este pedazo de plátano?", preguntó Isabel.

"No, mejor come de esos otros porque tu padre no ha mandado plátano para los animales. Tengo que guardar cacho por cabeza. Mira, mejor agarra uno de éstos. Ayer trajo arroz. Ya hacía como quince días... bueno, no estoy muy segura cuánto tiempo, pero no mandaba. Me dice: 'Aquí están esos dos kilos de arroz.' Le digo: 'Eso apenas será un veinte.'"

"Ya, cómo serás, cómo exageras", dijo Isabel. Antonia entró y preguntó a su madre si había mirado el arroz. Lupe lo probó y dijo que estaba bueno; luego ordenó a Isabel que picara cuatro lechugas para los pollos. Antonia se apresuró a regresar al quehacer diciendo a Isabel: "Mamá, por favor, ¿luego me haces el guacamole mientras yo termino?" Afuera, al pasar junto a María Elena, le dio una nalgada, diciendo: "Apúrate, tú, escuincla mañosa, latosa, malas mañas." María Elena estaba cantando y no contestó.

Lupe lavó el hígado que trajo Antonia y calentó el aceite en una cacerola. María Elena entró llevando en la mano la piedra que había azolvado el caño y dijo: "Mira, al fin triunfé, si no había de poder ella más que yo. Mira, ¿está grande, verdad? Ya ves, si yo dije: 'No, y no.'"

Lupe le sonrió y ella salió a lavarse las manos y los pies con la menor cantidad de agua posible; se secó en el dormitorio, se peinó y se puso crema en las manos, cara y pies.

La nenita Carmela seguía dormida y María Elena tuvo cuidado de no despertarla, pero cuando salió de la recámara Antonia le preguntó: "¿No ha despertado mi'ja? Ya ha dormido mucho, mejor le voy a dar su sopa."

"No, mejor déjala que duerma, porque si despierta va a querer salir a la cocina y va a enfermarse de vuelta", respondió María Elena.

Antonia olvidó el asunto y terminó de limpiar el excusado. Se lavó las manos, y fue a acostarse en la cama de su padre.

"¡Qué calor, uff! Ahora sí que tengo calor, pero oíta me voy a quitar todo y así me estoy desnuda a ver si así se me pasa tanta calor."

Se quitó el vestido y el fondo, pero sabiendo que todavía quedaban muchas cosas por hacer, se puso una blusa y una falda delgadas, se recogió el cabello prendiéndoselo con pasadores y regresó a la cocina. Isabel hacía el guacamole y Lupe freía el hígado. Antonia se sentó a amamantar a su hijo.

Eran pasadas las cuatro de la tarde, pero la pipa del agua no había llegado aún y todos estaban preocupados.

"Yo no sé qué vamos hacer ahora sin agua —dijo Lupe—. Ya lo ves tú, Tonia, que te la acabaste. ¡Ándale, ahora me acarreas del pozo!"

"Hay una poca todavía, muy poquita pero todavía hay agua. Te alcanza para lavar los trastes de la comida", contestó Antonia.

"Sí, hombre, los empiezo a lavar con el agua ¿y los enjuago con qué? ¿Con qué, con tierra?", dijo Isabel.

"Ya cállense —intervino María Elena—; total, oíta acarreo del pozo y ya. ¿Para qué tanta alegata?"

"Ahora que venga el pipero le damos un baño entre todas, van a ver, voy a aconsejar a las muchachas", dijo Isabel.

"Qué baño ni qué nada, apúrate a los trastes."

"Eso es, así se hace, que se calle la boca esa escuincla que nomás está hablando necedades", dijo Antonia.

"A veces me dan ganas de cachetear al viejo chirrisco, pero no puedo porque está muy grandote", dijo Isabel.

"Sí, chistosites —dijo Lupe—, que no vaya viniendo y ya verán qué hacen del agua, y lo malo es que el carro no viene tampoco ahora. Y para mañana el desayuno, y ahora la cena, ¿qué vamos a hacer? No podemos quejarnos porque como esta colonia no está en la lista de las que reparten agua, pues saldría igual si nos quejamos. Si nos hacen la parada porque el otro señor la quiso hacer, pero si no, tendríamos que ir hasta la otra colonia como antes. Gracias al primer pipero ahora tenemos agua cerca; ¡ay!, pero eso sí, era como capataz, bote que se adelantaba, bote que iba a rodar por allá con todo y agua y ya no daba más. Si veía que alguna sacaba agua por segunda vez, nos castigaba a todas y nos dejaba sin agua dos o tres días. ¿Te acuerdas? ¡Qué días! Confórmense con que venga a las seis."

"Bueno, entonces nada más a enjuagar los que necesitamos. ¿Cuántos somos?", dijo María Elena.

"Ay, mensota, pues cuenta —dijo Antonia—. Mira: Isabel y los niños son cinco. Nosotros somos cuatro, pues ya somos nueve."

"Uuuu, pues entonces mejor lavo todos de una vez —dijo María Elena—, pero ¿y si no me alcanza el agua?"

"Dejen de comadrear, dejen de comadrear y lave cada quien lo suyo", dijo Lupe.

Inmediatamente Antonia, Isabel y los niños protestaron.

"¡Ah, qué! Después de trabajar como negra, ¿todavía voy a lavar mi plato? ¡Yo no!", dijo Antonia.

"Yo estoy mala. Yo no puedo", dijo Isabel.

"¡Ah, ya! Nadie puede, ¿verdad? Entonces de todos modos yo soy la amolada", fue el comentario de María Elena.

Lupe sólo reía con la discusión. Durante un momento hubo silencio. En seguida dijo Lupe:

"Elida ya me compró las pastillas. Pobrecita de mi'ja, Dios le ha de dar porque yo no tengo nada."

Uno de los guajolotes pequeños de a doce pesos llegó por atrás de Isabel, que accidentalmente lo pisó. "¡Ay, no pises a los pollos! ¡Mira, no te fijas! ¡Fíjate, por Dios Santo!", dijo Lupe, alarmada.

Se oyó un suave toque a la puerta y María Elena, que andaba fuera en ese momento, abrió para dar paso a Avelino. Éste se quitó el sombrero de palma a manera de saludo y directamente fue hasta la cocina donde entregó a Lupe un saco lleno de cosas que enviaba Jesús; en seguida se dirigió hacia la porqueriza.

"Avelino —dijo Lupe—, vas a tener que acarrear agua del pozo; fíjate que no tenemos agua, nada. Pero te traes una poca, si no con qué vas a bañar a la Chacha."

El muchacho asintió con un gesto. Lupe le dio la pértiga para el hombro y dos botes; él se marchó. Antonia cargó a su niño dormido hacia la recámara y regresó a la cocina para preguntar a su madre si podía ayudar en algo. Cuando Lupe le dijo que no, fue hacia los pichones para revisar cómo estaban. En el patio, de repente, Antonia empezó a saltar. Isabel, que la vio por la ventana, preguntó: "Y tú, ¿qué tienes?"

"Me estoy sacudiendo los corucos", respondió ella.

"¿A poco así? Se te van a alborotar más, mejor báñate."

"Sí, me estoy bañando, pero en sudor. A ver si ahora que venga el pipero me doy un baño rápido, rápido como sé dárme los."

María Elena continuaba cantando. "Ya, ya manita, prefiero que platiquemos, no me hagas sufrir", dijo Antonia.

María Elena continuó cantando y Antonia fue a la cocina a preparar la comida de Chacha, la puerca. En una cubeta puso bastante masa. "¿Y ora con qué hago la comida de la Chacha si no hay ni gota de agua?", exclamó, dirigiéndose a su madre. Isabel se ofreció a traer de su casa una poca de agua: "Te voy a traer tantita porque si no, me quedo sin gota y con suerte no viene el pipero", y salió. Mientras esperaba, Antonia rompió algunas tortillas duras que echó en la cubeta y comenzó a vaciar el saco que mandó Jesús con Avelino. Había costalitos de trigo

y de maíz para los animales, y también provisiones para la familia: cuatro lechugas grandes, dos barras de jabón, azúcar, pan blanco, y un kilo de café.

María Elena entró en la cocina y recogiendo un pedazo de plátano que habían estado picando los pollos comenzó a comerlo.

"¡Mamá! —gritó Antonia—. ¡María Elena está mordiendo el pájaro!"

"¿Qué?"

"Que está mordiendo el pájaro y con todo y plumas."

"Qué barbaridad, y ¿cómo puede comérselo vivo?"

"No es cierto, mamá, Tonía nomás está de habladora."

"Déjala, déjala a ella en paz. Si Malena se come el pájaro, no importa, al fin para eso lo compramos, como dijo el Chato Ortín."

Cuando Isabel regresó con el agua, Antonia echó parte en la cubeta y llevó su comida a la Chacha. Tomó a la marrana por las orejas, diciendo: "Ya, ya, Chacha, ya ahorita te doy tu comilonona. ¿Quién pompó cosita buena?" Luego fue a la cocina a buscar los huesos que su padre mandó para los perros: "Mira, qué les ha de tocar a los pobres, ¡si nada más son puros huesos! Y también tiene que alcanzar el gato, ¡de verdad! Le hubiera comprado sus pellejos al gato. Bueno, ni modo, de aquí tiene que alcanzar. ¿Tú gustas un pedazo?"

La comida estaba lista poco después de las cuatro. Lupe servía tarde el desayuno y la comida para que no sintieran hambre a la hora de la cena. Ésa era la forma de ahorrar dinero en la comida durante muchos años. Los niños eran servidos primero para que los adultos pudieran comer sin interrupciones. Lupe comenzó a servir cucharadas de arroz a los niños sentados a la mesa, Daniel, Olivia y Clotilde en un lado, María y Pancho en el otro. Clotilde dijo: "Andale, mamá Pita, que me muerdo de hambre, me desmayo."

Isabel, sentada en una esquina del cuarto cerca de la estufa, comentó: "¿Tú crés, mamá, lo que me dice Clotilde? Me dice el otro día: 'Ay, mana, tira un cacho de pared porque aquí ya no cabes.' ¿Tú crés? Se me figura que estoy como ballena."

"No, como ballena no, pero sí como globo", dijo Lupe.

En la azotea de la casa Antonia repartía la comida entre los perros. Con el pie mantenía separados a los animales para darles su parte. Sacando la cabeza por la ventana, Lupe le preguntó: "¿Cuántos kilos de tortillas pagaste?"

"Namás dos toneladas."

"¡Chistosa! Te pregunto cuántos kilos pagaste, no cuánto es lo que te comes. Anda tú por ellas, Malena —dijo la madre en voz alta—, porque si va Antonia regresa sin nada."

"¿Acaso tú crés, Pita, que tengo la trompa de elefante? —gritó

Antonia desde arriba—. Tú sí me insultas re feo. O'vérás con mi apá."

"Díle, díle, al fin que ni le tengo miedo. ¿Qué será, mi compadre o qué?"

María Elena se fue a la tortillería. Avelino regresó del pozo y comenzó a lavar a la puerca. Antonia bajó de la azotea porque hacía mucho calor y preguntó, refiriéndose al gato:

"Mamá, y el Bolo, ¿dónde lo escondiste?"

"Ha de estar en la pieza, ya ves que éstos no lo dejan salir; pobrecito, y tanto que nos ayuda. Ya ves, empezaban los ratones, y nada más lo trajo tu padre y como por arte de magia desaparecieron esos animales."

"Por eso digo yo que debías de darle un pedazo de hígado."

"Y tú ¡te comes lo que le toca a él! ¡Ándale! Si no tengo para tantos."

Eran las cuatro y media cuando María Elena regresó con las tortillas. Lupe las colocó en un plato sobre la mesa. Como los niños había terminado de comer, Antonia se sentó con rapidez. Lupe le dirigió una mirada de desaprobación y ella contestó: "Es que ya tengo hambre. Además, recuerda: yo también tengo que darle a mis dos angelitos de comer."

"Bueno —dijo Lupe—, siéntense todos ahorita, porque después ya no doy." Sus hijas y Consuelo se sentaron inmediatamente, Isabel con alguna dificultad. Lupe se sentó en la esquina cerca de la estufa para servir con más facilidad. Primero pasó el plato a Consuelo y Antonia se inclinó sobre él para ver qué tanto llevaba. Durante un rato hubo silencio mientras comían. Luego dijo Antonia: "Orita vengo, mamá, mientras sírveme. Le voy a dar a mi Carmela su sopita."

Cuando Antonia regresó a la mesa, su madre le dio un pedazo de hígado con guacamole y ensalada de lechuga. María Elena dijo: "Tengo que terminar el vestido del Niño, porque si no, va a llegar el día, y fíjate todavía cuánto me falta."

"Sí —dijo Isabel—, todos lo podemos hacer un rato, ¿pero y la corona?"

"Bueno, le digo a Élida que me la cosa, al fin ella sí sabe hacerlas bonitas."

"Sí, de veras —dijo Lupe—. Cuando todavía era soltera ella vestía al Niño, año con año. Ella compraba todo, desde la aguja hasta la silla, y quedaba tan bien, que después sus compañeras de trabajo le pedían que vistiera a los suyos. Nada más que ella nunca quiso; decía que era mucho trabajo."

"A ver a mí cómo me queda —dijo María Elena—, yo voy a pulirme, desde luego."

"Sí, manita, yo creo te va a quedar bien. Ya con esto te preparas a sacudir santos con tu plumerito y tu escobita", añadió Antonia, aludiendo a que María Elena sería una solterona.

"Mamá, ¿no puedes callarla?", protestó María Elena, mientras Isabel se reía sonoramente.

La madre sólo dijo: "Paciencia, niña, paciencia, no te des por vencida."

Lupe les sirvió frijoles y a Consuelo le sirvió además plátanos con crema. Al momento Antonia se quejó: "Sí, verdá, cómo a mí no me das, nomás a ella porque es la consentida. Me tienes flaca cual si fuera una lombriz. ¡Ya no quiero nada!"

Estirando el brazo como si fuera a retirar los frijoles que había dado a Antonia, Lupe dijo:

"Qué, ¿ya no quieres nada?, ¡pues dámelo, criatura de mi alma!"

"¡Ah, sí, ¿verdá? —contestó Antonia—, ¿tú qué dijiste? ¡Ya la dejé sin comer!"

"¿De qué color pintaré los adornos del vestido? —preguntó María Elena a Isabel—, ¿dorado o rojo?"

"¿De rojo? ¡Ay, Malena, si todo se debe pintar de dorado!", respondió la interpelada.

Antonia agregó: "Sí, Malena, mensa mensa, y tu cara te ayuda." En esta ocasión nadie hizo caso.

"¿No quieres ensalada, Malena? —dijo Lupe—. Aquí hay tantita."

"¡Ah!, sí, ¿por qué mejor no me das plátano con crema, verdad?"

"Ya no hay. ¡Ya no muelan, caracho, niñas! Si quieres, toma, ¡cómete toda la olla!, dijo la madre, y pasó lo poco que quedaba a María Elena.

"¿Y por qué a mí no me das?", dijo Antonia.

"Tómatala, tómala toda tú —dijo María Elena, enojada—. ¡Caray, Tonia, pareces una escuincla de escuela; todo lo llevas a broma. Ni quién te esté hablando y ya estás metiendo la pata; siempre estás payaseando."

"Oh, tú, escuincla amargada, ¡tú qué sabes de la vida!"

María Elena se levantó rápidamente de la mesa y corrió hacia la recámara, se puso un abrigo, se peinó y diciendo a su madre que iba a recoger el Niño Dios salió de la casa.

Antonia no terminó de comer hasta las cinco de la tarde.

"Ahora sí —dijo—, voy a plancharle los pantalones a mi viejo el Güerejo."

Lupe, preocupada con lo suyo, dijo: "Tu padre no viene ahorita, ya estuvo que llega hasta las ocho para irse a las ocho y cinco."

"Bueno, bueno, a la hora que sea, mi papá viene, ¿no?"

Lupe cambió de tema: "Oye, ¿y tiró la basura este Avelino? ¿O hizo como otras veces? Nomás nos deja las cubetas afuera."

Antonia salió a comprobar: el muchacho se la había llevado.

"Qué bueno —dijo Lupe—, se ahorró el trabajo Malena."

A las cinco cuarenta y cinco se escucharon tres fuertes toques en la puerta de entrada. Lupe, que estaba a punto de comer más ensalada, se apresuró a abrir. Sabía que era Jesús porque sus toques eran inconfundibles y que no le gustaba esperar. Jesús entró rápidamente llevando un saco de tela en la mano, caminó unos pasos y dejó atrás a Lupe, que permaneció junto a la puerta el tiempo necesario para volver a atrancarla. El hombre se veía preocupado; preguntó por Consuelo, y cuando su mujer le respondió que estaba en la cocina rápidamente se dirigió hacia allá. Puso el saco sobre la mesa y preguntó a Consuelo: "¿Ahora no trabajaste, madre?"

"No papá, no trabajé."

Consuelo esperaba que le preguntara cómo se sentía, pero su padre sólo la miró en silencio y ella bajó los ojos. Como siempre, ella no hubiera podido decir qué estaba pensando él.

Consuelo se parecía a su padre. Tenía su mismo pelo oscuro, sus pequeños ojos negros y pómulos salientes; a pesar de ello, Jesús dudaba si era su hija. Tenía la misma terquedad, empecinamiento y maneras de su madre y siempre estaba interfiriendo en su vida. Estuvo a punto de separarlo de Dalila, la única persona con la que actualmente se sentía ligado y a la que amaba. Cuando vivieron juntos en La Casa Grande, Dalila se quejó de la insolencia de Consuelo y de sus celos. Consuelo llamó a Dalila mujer de la calle, capaz de acostarse con cualquiera, y la acusó además de haber embrujado a Jesús. En venganza, Dalila dejó de preparar los alimentos para Consuelo y no permitió que los hijos de Manuel, a los que Consuelo ayudó a criar, hablaran a su tía. Por las noches, cuando Consuelo regresaba del trabajo, no había cena para ella o nadie acudía a su toque en la puerta. Tenía que buscar comida y un sitio para dormir con alguna vecina amiga. Una noche, Jesús llegó a la casa y encontró a Consuelo peleando violentamente con Dalila. Él dijo a su hija que se marchara y no regresara más. Consuelo, en un arrebato de ira, arrancó el retrato del padre de un marco de plata que ella le había regalado y lo pisoteó gritando que si le ocurría algo sería culpa de él y salió corriendo. Jesús supo después que había ido con su tía Guadalupe en una vecindad cercana; él despreciaba a Guadalupe y a su marido porque eran unos borrachos que vivían en la miseria. Más tarde aparecieron en La Casa Grande Consuelo y el joven Mario, que deseaba casarse con ella y pedía al padre la bendición de la unión.

Jesús, enojado todavía, se los quitó de encima con cajas destempladas. Dos meses más tarde Consuelo telegrafió desde Monterrey.

Hoy Jesús deseaba que Consuelo no enfermara, pues quería conciliarse con Dalila y pasar el mejor tiempo posible en casa de Lupe.

"¿No te sientes bien?", preguntó, y su voz era fría a pesar de que se preocupaba mucho si alguien enfermaba en la familia.

"No es nada, papá —dijo Consuelo—, mañana ya podré trabajar."

Tan pronto como Antonia oyó la voz de su padre, llegó a la cocina y de inmediato él preguntó por Carmela. "Está mejor, papacito; ahora ya no tiene calentura, pero todavía no la saco."

"Vaya, hombre —dijo Jesús—, ya puedo estar tranquilo. No que nunca puede uno estar tranquilo, cuando no uno, el otro, y ¡ay, ay, ay!, estando todos sanos estoy tranquilo, pero cuando hay enfermo... bueno, ¡no puedo trabajar!"

Del saco tomó su periódico *Las Últimas Noticias*. Tanto Isabel como Consuelo le ofrecieron en seguida sus sillas, pero sin prestar atención él se sentó en la tina cerca de la puerta de la cocina. Nadie habló, pues todos sabían que quería silencio.

Jesús tenía su manera peculiar de aislarse de las personas aun cuando se encontrara rodeado de ellas, como en el restaurante lleno de gente, en los mercados y en medio de la multitud de sus tres casas. Él siempre fue una figura solitaria porque desconfiaba de las personas y no las comprendía. Nunca tuvo amigos y era indiferente con sus escasos pacientes. Tampoco quería que sus mujeres y sus hijos tuvieran amigos, y muy rara vez les permitía visitas. Cuando los hijos fueron pequeños los mantuvo encerrados con llave en el cuarto donde vivían, y tenían que escapar cuando él no estaba presente para poder jugar en los patios de La Casa Grande.

Jesús achacaba las dificultades de sus hijos a la mala influencia de sus amigos vecinos. Decía que la mejor (y única) herencia recibida de su padre fue un consejo: "No te juntes con amigos porque no es bueno. Es mejor que andes solo por tu propio camino. Si eres bueno o malo, sólo a tí te ha de importar y a nadie más." Jesús hubiera seguido el consejo de su padre al pie de la letra si su propia necesidad de un hogar y una esposa no lo hubieran empujado a tanta complicación.

Los perros llegaron a la cocina. Él los acarició, diciendo: "Popo, échate, vete para afuera, tienes buenos lomos para barbacoa, ¡vete para afuera! Tú, Amapolo, no me tienes tan contento: que se larga de parranda y deja a su hermano solo." Los perros se echaron a los pies de Jesús, pero como Lupe viera que no le dejaban leer el periódico con tranquilidad, los alejó con la escoba.

Tan pronto como Jesús terminó de leer los encabezados del periódico, se puso de pie en un movimiento rápido, diciendo: "¡Bueno, me voy!" Tomó su sombrero de palma y subió a la azotea de la casa para mirar si venía el autobús. En un momento regresó y fue hasta la recámara para ver a su nietecita.

"¿Cómo estás, madre? Te voy a traer tus chocolates, ¿eh, hija?"

Acarició la cabeza de la niña y fue hacia el cuarto anexo de los pichones. Abrió el cubículo donde guardaban los mejores pichones y se quedó mirándolos. En seguida cerró la puerta y abandonó la casa sin decir adiós.

Antonia vino a la cocina con los brazos llenos de ropa que planchar.

"¿Ya se fue tu padre?", preguntó Lupe.

"No, Pita, creo está en la azotea."

"¡Ah! Yo preguntaba porque... como siempre avisa, ¿verdad?"

"¿Y por qué es tan igualado mi papi, Pita, y a todos les dice tú?"

"Siempre ha llamado a todos así. Siempre me ha dicho, para cualquier cosa que él quiere, 'tú'. Lo mismo a Malena, siempre le dice 'tú', casi nunca le he oído que diga Marielena. Tú, muchacha. Oye tú, esto; oye tú, l'otro; pero casi nunca me llama por mi nombre." Mientras hablaba, Lupe terminó de comer sus frijoles. "Tienen el mismo genio Malena y él —agregó—, tú siempre has sido muy barbera. Luego andabas tras de l': 'Papá, ¿me llevas al cine?', o '¿me compras esto, o l'otro?' O las cosas del colegio. Esta Malena no. Por el contrario, si lo veía enojado tampoco le hablaba. En verdad ahora está flaca, pero cuando estaba chiquita era muy gordita, pero ahora ya ves."

Antonia, que la estuvo escuchando, respondió:

"Sí, mamá, tan delgada como ahora, se le saltan más los ojos. Como los tengo yo, bueno, yo los tengo tan saltados porque me pusieron el electroshock cuando estuve enferma."

Durante un momento las dos mujeres permanecieron calladas. Luego, sonriendo, Antonia preguntó:

"¿Mamá, tú crés que yo sea tan fea? ¿Entonces por eso se espantó mi viejo?"

"¿Tu viejo? ¡Criatura!, ¿es que no puedes olvidarte por un momento de ese horripilante ser? —y volviéndose hacia Consuelo agregó—: Me dice el Güero el otro día: 'Lupita, ¿a cuál de sus yernos quiere más?' Le digo: 'Pues yo, Güero, es difícil decirle, todos son tan 'buenos', ¿verdad?, que nunca maltratan a mis hijas. Pero si usted quiere que le diga, le diré: A ninguno quiero, ni a usted, ni a Eduardo, ni a Gabriel. Todos me han hecho sufrir a mis hijas; desde luego, también ellas no son unas santas, ¿verdad? Pero, como usted sabe, una madre no puede ver sufrir a sus hijas.'"

Antonia opinó: "No, Pita, estás equivocada, ya ves, Eduardo sí tiene muy bien a Élide. Le da sus veinte pesos o veinticinco diarios de gasto. Ya le compró su televisor, la lleva donde ella quiere y, ya ves, todos sus niños tienen bastante ropita que ponerse. En cuanto a Gabriel, bueno, Isabel quiso venirse para

acá, no le da más porque no tiene, ¿de dónde va a sacar más? Le da lo que tiene."

"Sí, hija —contestó Lupe—, tú dirás lo que quieras, pero a mí ninguno me pasa. Los trato así, verdá, porque quiero que traten bien a mis hijas, pero a mí en lo personal ninguno me tiene tan contenta, ¡todos son hombres!"

"Ya, Pita, entonces qué querías, ¿que fueran mujeres? Tú sí, Pita, la amuelas. Yo por mi parte quiero mucho a mi viejo."

"Sí, criatura —dijo la madre—, pero el amor no da zapatos ni comida. No comes besos ni calzas suspiros. Pero, en fin... Yo quiero al que menos maltrate a mis hijas, pero como eso no se va a poder, ¿verdad?, pues así seguiremos."

La conversación terminó cuando Antonia entró en la pieza a ver a sus hijos. Isabel estaba a punto de marcharse; todos los días se iba al oscurecer. Cuando abrió la puerta, empujando a sus niños ante ella, oyó una algarabía en la calle. El camión del agua llegaba por fin. De todas direcciones salían las mujeres y los niños; cada miembro de la familia llevaba botes o cubetas. Los muchachos con balancines y botes corrían de un lado a otro ofreciendo sus servicios; la mayoría cobraba quince centavos por un bote de agua. Tanta actividad levantó una nube de polvo, pero esto a nadie importaba; obtener el agua era lo urgente.

Tan pronto como Antonia oyó el camión del agua, tomó dos baldes y salió corriendo. María Elena salió gritando: "¡La pipa! ¡La pipa! ¡Ándale, que ya están allá los botes! ¡Córrele! ¡La pipa!"

Lupe salió y destapó los tinacos que estaban en el patio. El Departamento de Aguas y Saneamiento enviaba cada pipa con el líquido justo para cierto número de familias. Si una familia se las arreglaba para obtener más agua de la que le tocaba, otras recibían menos o se quedaban sin agua. Era responsabilidad del chofer del camión distribuir con equidad el líquido, y no era fácil. Él hizo las reglas: todos los botes debían ser de veinte litros, estar pintados de azul y tener ciertos números en blanco. No se usarían baldes. Cada familia tenía derecho a ocho botes y no más. Pero la gente de la colonia se deleitaba en engañar al chofer de la pipa y en llevarse tanta agua como podía. Hasta se ayudaban unos a otros en el juego, aunque los que estaban al final de la cola corrieran el riesgo de quedarse sin agua.

El chofer, de pie junto a las tomas de agua y rodeado de botes, los llenaba con rapidez. Conforme llenaba uno, lo ponía a un lado, y el dueño lo reclamaba. El ayudante del chofer caminaba de un lado para otro cuidando que nadie se formara dos veces en la cola. Parada un poco adelante de María Elena y de Isabel, Antonia estaba un poco nerviosa porque no llevaba botes, sino baldes. Oyó al chofer que decía:

"Primero los pares; no, espérense tantito. Esas cubetas no entran. No, usted ya tomó agua. ¡Tú, chiquillo! ¿Por qué no está tu mamá? ¡Háblale! ¡Qué mujeres!, dejan venir a los chiquillos solos y después están chillando que no alcanzan agua, ¿qué no comprenden que éstos no pueden? Esas cubetas no entran. Les doy cuatro días de plazo para que pinten todos los botes. Si dentro de cuatro días los botes no están todos igual, ya lo saben: ¡no hay agua!"

Antonia decidió lo que haría con las cubetas. Llamó a Consuelo y le murmuró: "Métete tú, dile que eres nueva aquí —como Consuelo se resistía, ella insistió—: Sí, ándale, no seas mensa, así agarramos más agua!"

Consuelo cedió y tomó el lugar de Antonia. Cuando el chofer la vio con las cubetas, dijo llevándose las manos a la cabeza: "Ya dije que las cubetas no entran. ¡Mujeres, por Dios!"

"Pero es que soy nueva, yo no sabía", dijo Consuelo.

Las personas que los rodeaban la apoyaron: "Sí, ¡no hay que ser!, dele agua, apenas llegó ayer. Sí, que le dé agua, pobre, no sabía."

El chofer volvió a mirar a Consuelo. Con las manos en las caderas la examinó. Vio que no tenía mucha semejanza con las otras mujeres de la colonia, con sus cabellos cortos y tacones altos.

"Y usted qué vino hacer acá con estas viejas cotorras, ¿se perdió? A lo macho, ¿vive usted aquí? ¿No me engaña? Bueno, tome la que quiera, pero conste: le doy también cuatro días para que compre sus botes y los pinte; si no, no hay agua", le dijo.

Antonia estuvo observando a distancia. Cuando las cubetas estuvieron llenas fue a ayudar a Consuelo. Una vez lejos del chofer, Antonia dijo a Consuelo que regresara a la cola y tratara de obtener más agua en las cubetas. Mientras tanto, Consuelo pidió a unos muchachos que acarrearán el agua vertiéndola en sus botes. Tan pronto como toda el agua fue llevada a la casa, Consuelo sacó monedas sueltas y pagó a los muchachos. "¡Oh, no, qué barbaridad! —dijo Lupe—, tú no andas en estas danzas; toma, te devuelvo lo que pagaste." Trató de dar el dinero a Consuelo, pero ella no aceptó. Antonia estiró las manos, diciendo: "Échalo de bolo, Pita, yo lo cacho."

"Sí, hombre, ¿tú qué dijiste? Mirate, tan abusadita."

"¡Ah, ah!, ves, Pita, cómo eres. Yo soy como la Cenicienta, trabajo todo el día como una negra y ¡ni un quinto me das!"

"¿Quieres dinero? Trabaja, negra, trabaja como Facundo. Pa que el pan que te comes te sepa mejor."

"¡Ya, Pita!, ¿todavía más? ¡No me quieras tanto, Pita!"

Madre e hija rieron sonoramente mientras entraban en la cocina. Casi eran las seis y treinta y ya estaba oscuro. Lupe

encendió dos velas y comenzó a limpiar la mesa, amontonando los trastos sucios en el brasero. Antonia volvió a calentar las planchas y comenzó a planchar los pantalones de Francisco. Ahora que Isabel y sus niños se habían marchado, la casa estaba en silencio.

Consuelo fue a la recámara para hacer compañía a Carmela y a Julio porque a Antonia no le gustaba que estuvieran solos en la oscuridad. Ella siempre temió a las tinieblas y no quería que sus hijos se asustaran. Todas las mujeres de la casa, excepto Consuelo, creían en fantasmas y en aparecidos. Lupe se asustaba con la muerte que venía a cazarla. Decía que le picaba las costillas cuando se agachaba y que le arrojaba bolitas de migajón en el restaurante "La Gloria" cuando trabajaba allí de noche. Cuando se cambió a la colonia El Dorado, la molestaron más. Alguien le dijo más tarde que la "espantaban" porque les rezaba a las buenas ánimas en lugar de maldecirlas. Uno debe maldecir a las ánimas buenas y rezar a las malas para que no lo anden cazando. Lupe decía que los espíritus ya no venían a la casa desde que dejó de rezar a las ánimas. Sin embargo, decía a Antonia que no dejara solo a Julio, especialmente porque no había sido bautizado. Cuando Antonia se veía obligada a dejarlo solo por un momento, siempre colocaba un crucifijo a su lado para que lo protegiera de todo mal.

Buscando su rebozo, Lupe vino hasta la recámara y dijo a Consuelo: "Orita vengo, voy por la leche y el pan y las velas; si no, después ya no alcanzo. Bueno, la leche sí, pero el pan y las velas. Ya ves, la tienda la cierran temprano y... ¡ay! Tener que ir allá, ¡Dios mío! Si vieras lo pesado que se me hace. No es tanto el camino, sino que me duelen mucho los pies con el frío, ¡esta reuma no me deja! Pero es peor cuando llueve. Yo creo que aquí llueve tan fuerte porque no hay nada que defienda; además, estamos muy próximas a los cerros. En tiempo de aguas nada más se oyen los rayos que caen en el cerro. ¡De dar miedo, vaya!"

Antonia entró con la ropa que había planchado. "Qué, ¿de qué hablan? ¿Están hablando de mí? Díganmelo en mi cara."

"No, le platico a Consuelo cómo es el tiempo de aguas aquí, ¡vaya! ¿Te acuerdas?"

"Sí, ¡cómo no he de acordarme! Si en ese tiempo llevábamos amoladas buenas. Fíjate, Consuelo, los aguaceros que caían tan fuertes, y luego la pipa que llegaba a las cuatro o cinco de la mañana. A veces a las tres ya estaba tocando el claxon y, ni modo, teníamos que salir a recibirla con lámparas. Yo me ponía el impermeable de mi papá y con la lámpara sorda, ¡ai voy. A veces los zapatos se me quedaban encajados en la tierra y tenía que regresar a buscarlos y... ¡ay! ¿Nomás te das cuenta! ¿Ahora en tiempo de aguas? ¡Verás qué suave llueve! A mí hasta

me da miedo. Llovía tan fuerte que luego nos poníamos a rezar, y es que... de veras, nomás se oye ¡zooooommm! Parece que el cerro se parte."

Carmela interrumpió a su madre para preguntar: "Mamá, ¿dónde está Bolo? Pobrecito, no ha comido."

"Ya le di su sopita, hija", contestó Antonia tocando la frente de su hija.

"¿Tiene calentura todavía? —dijo Lupe. Antonia dijo que no, y Lupe continuó: Me alegro, porque si no, córrale pa'llá y córrale pa'cá. Es lo que también me da miedo de esta colonia: si se enferma uno en la noche, ¿dónde agarra uno las medicinas? Así que aquí, si te mueres, bien muerta y ya. Otra cosa, fíjate que los que se mueren aquí ya no permiten que los entierren uno en el panteón de la Villa, tiene uno que ir hasta el pueblo de Ozumba porque aquí ya no caben. Así es de que... ahora ni morir es bueno. Ahora, si te mueres, te mueres parada, para que no ocupes tanto lugar."

"No te quejes, Pita —dijo Antonia—, ya tienes tu casita. Si tú tienes tus cositas, lo malo es que eres muy modesta."

"¿Tus cositas? ¿Cuáles cositas? La casa es de tu padre, los animales también, así es que el día que él quiera nos echa a Malena y a mí a la calle. Porque tú te vas con tu señor, ¿no? Con tu 'esposo'. ¡Ah, caracho! Si vieras qué mal se oye en la boca de una persona que no esté casada y diga 'mi esposo'. ¡Me re patea el alma, vaya!"

"Sí, tú porque no amas a mi papi, por eso dices."

"Yo no, yo siempre le he llamado Jesús. Cuando trabajaba yo en el café me decían las muchachas: 'Ai viene tu esposo, ai viene tu príncipe.' Esto me calaba de verdad. Tú sabes, ¡tener que tolerar a todas! ¡Ni modo, está uno trabajando!"

María Elena llegó con una caja de zapatos donde estaba el Niño Dios cuidadosamente envuelto en papel de China. "¡Mira, mamá, qué bien quedó! No se nota cuál dedo es el que está roto."

"De veras, ¿cuál fue?"

"Éste, el cordial, pero ahora lo tengo que tratar con mucho cuidado porque si se vuelve a caer me vuelve a costar otros cinco pesos, y yo creo Elida ya no me los vuelve a dar. Además, ya está muy cerca el Levantamiento. La voy a poner aquí, pero no le pongas nada encima, nada, tú, Antonia, que tienes la mala costumbre de poner en dondequiera las cosas."

"¿Quién lo quebró? ¿Quién lo quebró", dijo Antonia.

"Pues yo fui, pero..."

"Ai 'stá. Entóns ¿por qué me dices a mí? Lo que pasa es que te gusta hacerme repelar ¡escuñca ésta! Y el daño es para mí Julio, ¡mensa! Ni quien te toque tus cosas y ya estás de chocante."

"Bueno, bueno, yo nomás decía."

Tan pronto como estuvo guardada la pequeña imagen del Niño Dios, Antonia se acostó en la cama para alimentar a su bebé, María Elena colgó el abrigo que le había prestado Antonia, y Lupe recordó de súbito que tenía que ir a la tienda. Era difícil ponerse de pie; después de haber estado sentada, los pies se le inflamaban y le dolían cuando trataba de moverlos. María Elena se ofreció a ir, pero Lupe insistió en cumplir con su cometido. A las siete y cuarto dejó la casa, diciendo: "Voy a dejar la puerta abierta. Tú, Tonia, no se vayan a dormir como la otra vez que tuvo que brincarse Malena."

Cuando hubo salido, dijo sonriendo Antonia a Consuelo: "Fíjate que una vez, ya hace tiempo, mi mamá y Malena se fueron al cine creyendo que no venía mi papá. Yo me quedé sola con mis hijos; dijeron que iban a regresar temprano. Pues yo las esperé hasta las diez y no venían; bueno, que me gana el sueño. Me quedé dormida como tronco, y no oí nada." En ese momento se oyó ladrar a un perro allá en la calle. Sentándose en la cama, dijo Antonia: "Oye, de seguro que por ahí anda algún desconocido. Luego por las noches los perros ladran mucho; a mí me da miedo de que vaya entrar alguno y robe. Cuando estoy sola mejor me siento allá en la azótea a pensar, porque aquí adentro se me imagina que entra alguien y no lo veo."

Antonia dejó de hablar. Sus hijitos Julio y Carmela estaban dormidos, y Antonia también se quedó dormida. Consuelo se dirigió hacia la cocina donde María Elena cosía silenciosa a la luz de la vela.

"Se ve muy bonita —dijo—. Ojalá que yo también pudiera hacer las cosas tan bien como tú y Elida. Mi papá dice que yo no valgo nada y tiene razón, ¿verdad?"

Consuelo pensó en la cara severa de su padre. Él fue con ella más duro que con ninguna de sus otras hermanas, excepto cuando estuvo enferma, y nunca le dijo una palabra de aliento. Ella trabajó mucho para mejorarse, pero cuando su padre la observaba con buena ropa y amistades de la clase media, la regañaba diciendo: "No olvides a qué esfera social perteneces; si no, vas a recibir un bofetón de los demás. Conforme en que hayas estudiado tres o cuatro años; eso no quiere decir que te sientas ya gente de sociedad. Mírate en el espejo primero y dime a qué clase correspondes. Yo fui siempre humilde y siempre lo seré; yo no recibo bofetones de nadie."

Consuelo se sentía desalentada por todos los desaires que había recibido, no sólo de su familia y vecinos en La Casa Grande, sino también de otras personas que la miraban con desprecio como a una presumida. Se sentía confusa, pero sabía que deseaba alejarse de esa vecindad tan llena de gente, así como de sus hermanos y hermanas a quienes infructuosamente había

tratado de ayudar o de servir. En cuanto a Mario, nunca lo amó. Si se huyó con él fue por despecho de su padre y porque no tenía hogar. Consuelo tomó una lima de uñas y lentamente comenzó a limárselas. María Elena le dijo, tratando de consolarla: "No hagas caso, así es mi papá."

Después de una media hora, Lupe regresó a casa sin haber podido comprar el pan. En la tienda se había acabado. Esa noche tendrían que comer los bolillos que trajo Jesús. Puso a hervir un litro de leche para el café. "¡Caracho, que nunca encuentra uno nada! —comentó—: Si no cierran temprano, entonces temprano se acaba el pan, y así. Toda mi caminata de balde. Bueno, gracias a que la leche me la apartan, que si no... tampoco hubiéramos tenido leche. Nada más canela, hojas de naranjo o café negro."

Nadie habló y la casa quedó en silencio. Antonia estaba dormida y era ella la que daba vida a todo. A las ocho de la noche el vecindario estaba muy tranquilo. El largo crepúsculo terminaba y llegaba la noche. En la oscuridad lejana la roja luz intermitente del faro del Peñón era visible. En otra dirección también podían verse las luces rojas del aeropuerto de Santa Lucía, especialmente las de la pista que se extendían hacia el norte y parecían tocar el cerro del Elefante para confundirse con las luces principales de la carretera a Laredo. Tras de las colinas hacia el sur, el cielo se iluminaba con las luces de la ciudad. La pequeña colonia El Dorado, en comparación, se veía más oscura.

Lupe rompió el silencio diciendo a María Elena: "Oye, y los pollos, ¿están todos en su lugar? ¿O tengo que ir a acomodarlos?"

"Yo no sé, yo no los he subido al palo."

"Entonces cuidas la leche; ahorita vengo, voy a ver si ya todos están adentro." Lupe tomó la linterna y fue hasta el gallinero. Colocó la luz en el suelo alumbrando a los animales y en seguida los arregló. Al gallo lo puso en la percha más alta; debajo, las gallinas, y en las perchas más bajas, los guajolotes, ya que eran más pesados y podrían matar a los pollos si caían sobre ellos. En el palomar se aseguró de que no faltaba ninguna ave, de que no había ratas ahí y de que el trasto del agua tenía líquido. A su regreso a la cocina dijo a María Elena: "Trae una vela aquí, que está muy oscuro y se ve muy feo." Inmediatamente María Elena llevó una vela y la pusieron en el lavadero, alumbrando el patio. Ambas regresaron a la cocina donde la leche ya estaba hervida y lista el agua para el café.

María Elena terminó de coser la bastilla del vestido del Niño Dios. Pensó que hasta allí iba muy bien y mostró a su madre el trabajo. Ahora, la bastilla necesitaba plancharse.

"¿Vas a ocupar esta lumbre, mamá?"

"No, pon la plancha mientras viene tu padre. Ya no ha de

tardar, digo, si es que viene. Porque si no, puedes tener la plancha en la lumbre toda la noche si quieres."

"No, nada más para planchar esto, mamá. ¿Para qué quiero tener las planchas toda la noche? Es más lo que gastaría de petróleo que lo que voy a planchar."

Lupe sonrió y no dijo nada. Mientras María Elena esperaba que se calentara la plancha, tomó un periódico y comenzó a leer en voz alta lo que sucedía en la guerra de Hungría. La foto de un niño mal herido y sangrante llamó su atención y se lo mostró a su madre. Lupe la empujó a un lado: "¡Ay, no!, por vida tuya no me enseñes. Ya no quiero saber nada más de guerras. Es horrible, Dios mío: ¿Cómo puede existir en el mundo tanta crueldad? ¡Dios nos libre de una guerra, yo creo desaparecería el mundo! Tan horribles que son. Fíjate, me acuerdo cuando fue la Revolución aquí. Nada más veía yo a lo lejos de la casa: estaba una ventana así y mi tía siempre las tenía cerradas, pero yo, ya sabes, la curiosidad, veía que se descuidaban tantito y abría las puertas de la ventana, y nomás veía yo los cuerpos cómo se mecían en los árboles, de los carrancistas, de los zapatistas, de los que agarraban así, ¿verdad?, y los colgaban. Me acuerdo muy bien cómo se oían las balas y los gritos. ¡Ya vienen los zapatistas! ¡Ya vienen los carrancistas!", y a esconder todas las muchachas.

"Mi tía escondía a su hija, a mí no porque todavía era yo muy chica, pero mi prima sí, ya era una señorita. La metían en el sótano dentro de unos costales y con bastante ropa encima. Ropa, sillas y, en fin, lo que encontraban a la mano, así que cuando llegaban los soldados, únicamente nos veían a ella y a mí. ¡Que horrible, Dios mío!, que voltearas para todos lados y lo único que vieras eran nada más los cuerpos colgando, meciéndose con el aire.

"Pero entonces sí se luchaba con más valor. Ahora no, ahora te pueden matar y tú ni sabes de dónde vienen las balas. Con eso de que hay cañones, bombas y no sé que, lo hacen a uno desaparecer instantáneamente."

"Yo creo que así están aquí —dijo María Elena, refiriéndose a Hungría—, nada más que ellos sí que están más amolados porque un hombre sin armas no puede luchar, como estos pobrecitos."

"Ay, ¡ya, ya! Por vida tuya, no me platiques más. No quiero soñarlo a la noche, porque quiero dormir bien, si no..."

Por segunda vez en este día, se oyeron tres fuertes toques en la puerta de entrada y otra vez Lupe los reconoció y rápidamente fue a abrir haciendo una pausa para preguntar quién era. Quitó la tranca y entró Jesús.

"¿Hace frío?", preguntó ella.

"No, no mucho, un poco", dijo él.

"Pero ¿hay niebla?"

"Sí, pero no hace mucho frío. No es niebla, es el polvo que alzó el camión. Cierra y métete."

Lupe no dijo más, cerró la puerta y la atrancó. Eran las ocho y media. Jesús se dirigió a la primera recámara, pero cuando vio que Antonia y sus niños estaban dormidos no entró a buscar su linterna para inspeccionar los pichones. En lugar de ello dejó su saco y el sombrero en el tocador y se sentó en la cama. Lupe lo siguió y puso una silla cerca de la cama para colocar la lámpara de petróleo. Jesús arregió la flama y tomando de la bolsa trasera de su pantalón un ejemplar de la revista *Life* en español, lo colocó en la silla y comenzó a leer. Lupe se acercó a Antonia y la movió con suavidad:

"Tonía, ¿no vas a tomar tu café?"

"Sí, Pita, ya voy."

"¡Ándale!, no te vayas a dormir."

"¿Dormir? Pero si ya estoy, Pita."

Lupe movió la cabeza y regresó a la cocina donde María Elena seguía planchando.

"Malena, quita las cosas, que ya van a cenar."

"Pero si todavía no acabo."

"Mañana lo haces. Hay más tiempo que vida."

Sin otra protesta María Elena recogió sus cosas y se sentó a la mesa. Lupe le sirvió un vaso de café con leche. Luego puso una sartén en el fuego para freír frijoles y volver a calentar el hígado que quedó de la comida. Sobre la mesa, puso una bolsa con pan, que abrió para que se sirvieran con libertad.

"Ándale, háblale a Tonía, si no, yo no respondo, chipote con sangre. Luego está chillando que no le doy de comer. Dile que si viene o quiere que se lo lleve yo allá."

En ese momento Antonia entró en la cocina.

"¿Qué murmuran de mí, Pita? Díganmelo en mi cara, no se rajen. Si nomás da uno la espalda y ya están murmurando. ¡Murmuradoras!"

"Ay sí, tú, a ti ni quien te eche un lazo y ya estás hablando", dijo María Elena.

"¿Ya lo ves, Pita?, ¿por qué no educas a tus hijas? Dile que no me falte el respeto, yo soy la mayor. ¿O la hago entender a catorrazos?"

Lupe, sonriendo a Antonia, dijo:

"Sí, hombre, no seas mala con tu Juan. Bueno, ¡síéntense!, y si no, yo ya no doy después."

Antonia se sentó junto a su madre y preguntó: "Pita, ¿tú crés que mis manos ten sucias?"

"¡Lávatelas, qué! Y todavía me preguntas si están sucias."

"¡Ay!, pero caliéntame el agua. Me puede dar una pulmonía, cuata, y luego mis angelitos quién los cuida."

"Ándale, atarantada. ¡qué caliéntame el agua ni qué nada! No te lavas, no hay cosa."

Antonia salió hacia el fregadero a lavarse las manos en agua fría. De regreso a la cocina entró en el cuarto a preguntar a su padre si quería tomar café. Él asintió y ella dijo: "¡Ándale, mamá Pita! Mi papá quiere café caliente."

Lupe alzó la cara, extrañada: "¿De veras?", y vació un poco de café en un pozuelo de peltre donde se calentaba más rápidamente. No era ya frecuente que su marido comiera con ellas. En breves momentos llevó una taza hacia el cuarto.

Jesús dijo: "Mira, aquí dice que...", pero fue interrumpido por Carmela, que despertó y preguntó por su madre. Jesús fue hasta la cama de la niña y le tocó la frente. "Orita viene tu mamá, ¿eh? hija. ¿No te duele tu cabecita?" Carmela no contestó y Jesús se sentó otra vez diciendo a Lupe —que había permanecido de pie junto a la silla con la taza de café en la mano—: "Dile a Tonía que venga a ver a la niña."

Pero ya Antonia venía a ver a su hija, para volver en seguida a la cocina: "¿Apartaste tantita leche para Carmelita, mamá?"

"Sí, pero nada más muy poquita. Llévate el pan también y la nata de en la mañana."

Mientras Carmela comía, Antonia habló con su padre.

"Papá, ¿a qué horas eran cuando llegaste?"

"Las ocho y media."

"Porque dijo Isabel que si la niña no estaba bien, ella iba a venir a inyectarla."

"¿Inyectarle qué?"

"El hemostyl, papacito. Son las que le recetaron en el Seguro. Pero yo creo que ya no hay necesidad, todo el día ha estado jugando aquí adentro y ha comido bien todo lo que le he dado."

"Entonces para qué la inyectas. Si no saben hacer las cosas, mejor no las hagan. Una medicina siempre tiene que ser recetada por el médico."

"Bueno, que no la inyecte", y Antonia quedó callada.

En la cocina, Consuelo, María Elena y Lupe terminaban su cena. Eran más de las nueve cuando Isabel llegó a la casa a decir a su madre que si le echaba un poco de café negro en un trasto que llevaba. Su marido había pedido, dijo ella, y no le quedaba ya.

"Sí —dijo Lupe—, aquí está, agárralo."

María Elena acompañó a Isabel a su casa. Lupe fue a la recámara para ver si Jesús necesitaba algo más. Si no, apagaría la estufa y todos se irían a la cama. Se dirigió al último cuarto para decir a Antonia que viniera a terminar su cena, que había tenido que interrumpir.

"¿Ya venías por mí, Pita? ¡Ya! Si aunque digas que no, yo soy tu consentida."

"Sí, María, no seas mala con tu Juan. ¡La consentida tú! ¡Mírala, qué modesta!"

"Entonces, ¿no me quieres, Pita?"

"Ay, sí, sí, sí te quiero, mi'ja chula."

Antonia se sentó a terminar su arroz y café. Tomó el periódico que estuvo leyendo María Elena y miró la sección de cines.

"Mira, mamá, aquí está la película que tantas veces has querido ver. Está en el 'Sonora' y no cobran más que \$ 1.50."

"Pues aunque cobraran cincuenta centavos, yo no puedo ir. Nunca tengo tiempo. Fíjate, ya he tratado de ver cuatro veces esta misma película y nunca he podido verla completa."

"Pero ahora sí puedes ir, Pita, cuando mi papá no venga."

"Sí, como el otro día. Fíjate que Malena y yo fuimos al cine, y salimos un poco tarde. Imagínate que veníamos confiadas en que tu papá no estaba, y llegamos y tocamos la puerta. Le digo a Malena: 'Lo bueno es que tu papá no viene ahora, si no, nos colgaba.' Cuando en ese momento se abre la puerta y dice tu padre: '¿Qué horas son éstas de andar en la calle? ¿No las dejé en la casa?' —Antonia y su madre rieron—. Y es que en verdad uno no sabe ni cuándo está o cuándo no. Yo creo ya lo hace por hacerme enojar. Pero imagínate, yo estaba segura que tu papá no venía, se va abriendo la puerta y lo primero que oigo es a tu padre. Ya nos metimos como el perrito que se tragó el jabón, con el rabo entre las piernas."

"Pero ni se enojó, Pita" —agregó Antonia. La madre no contestó, Antonia ya no insistió. Después de un momento de silencio—: "Y ese viejo feo no vino, pero mañana sí me voy desde temprano para que no me encuentren. Al fin quien hace sus corajes es él, no yo. Si no vino ahora, ya mañana vendrá."

Lupe fue por otra vela que puso en un bote de lata. "A ver si ésta sí dura, no que las otras mira qué fea luz dan —dijo a su hija—. Aquí en la tienda salen muy feas. La luz que dan son como de muerto. Las que trajo tu papá el otro día salieron mejor que éstas; bueno, él sabe dónde salen mejor. Aquí en esta colonia no puede uno encontrar nada, ¡vaya, lo que se llama nada! Allá siquiera a las horas de la noche que fueran corría uno a las tiendas o la farmacia y no se apuraba uno por nada, ¡pero aquí...!"

"No, no, Pita, no digas eso porque me da coraje, puede uno ir a la Villa. Pero cómo eres exagerada, mamá, a todo le pones peros. Se me figura que estamos en el desierto. No arruines a mi colonia; es cierto, es cierto que es pobre, pero al menos aquí te sientes más en paz, ¿o no? Aquí estamos retiradas del bullicio de los camiones, de los coches, de las vecinas. En una vecindá no puedes hacer nada sin que otro lo sepa luego luego. Aquí no tenemos líos con los vecinos, no se dan cuenta de lo que hacemos."

"Tú dirás lo que quieras, pero estamos muy lejos de todo."

"Pita, te digo que estás equivocada. Aquí mis hijos nadie me les pega y pueden correr y saltar por todos lados sin que nadie les diga nada, y allá no. No pueden salir, porque ya están peleando."

"Bueno, bueno, no vamos a discutir por eso, ¿verdad? Además ya es hora de dormir, yo creo por eso estás tan habladora."

"Sí, Pita, tienes razón, ya tengo mucho sueño. ¿Me duermes? ¿Me siento en tus rodillas como cuando era yo chiquita?"

"¡Chico burrote voy a cargar! ¡Tú qué crés!"

Luego, comenzó Lupe a amontonar los trastos sucios.

En la recámara, Jesús estuvo leyendo sin decir palabra ni mirar quién entraba o salía. Se había quitado las ropas de mezcilla y las había colgado en el respaldo de la silla. Finalmente dejó a un lado las revistas y fue por la caja en que guardaba con llave sus papeles más valiosos. Cuando se mudó con Dalila no se llevó esta caja porque no confiaba en la familia de ella. En Lupe tenía confianza y sentía que allí estaba segura. Sacó dos libretas. En una apuntaba las compras que hacía para el restaurante "La Gloria" y en la otra los gastos para el nuevo hogar de Dalila.

En las bolsas de su ropa buscó un lápiz, halló uno grande que partió a la mitad y con su navaja sacó punta a un pedazo. Estudió los apuntes, sacó varias hojas de papel de sus bolsillos y en la libreta copió las anotaciones. La familia estaba habituada a verlo hacer esto, pero nadie sabía realmente nada de sus asuntos económicos y nunca se atrevían a preguntarle. Jesús descubrió que era imposible mantener a una familia tan grande como la suya con su escaso salario, y durante muchos años estuvo vendiendo cerdos, pájaros cantores, y otros animales. Eran éstos los que le proporcionaban la mayor parte de sus ingresos. Las grandes cantidades de comida que compraba para sus tres casas no le costaban mucho, porque como comprador de provisiones para "La Gloria", tenía sus arreglos especiales con los vendedores en los mercados. También tuvo mucha suerte en la lotería.

Jesús consideraba injusto su sueldo de once pesos diarios. A sus patronos les prestó servicios muy valiosos por más de treinta años, pero pensaba que no lo apreciaban. "Después de tantos años de servicios y de enriquecerse con el sudor de sus empleados, los patronos no sentían responsabilidad." Hacía tres meses que Jesús fue operado de una hernia y el restaurante no le dio ni un centavo. Años atrás, se bonificaba a los trabajadores con diez o quince pesos en la Navidad, pero esa costumbre había desaparecido.

Tampoco era de mucha ayuda para Jesús el sindicato al que pertenecía. "¿Los sindicatos? No hay esperanzas allí, señor. Asambleas no tenemos hace años. Así es que nomás llegan los recibos:

cinco pesos mensuales. Cuando se muere una persona, damos cinco pesos por cabeza para los parientes del muerto; pues yo no creo que con frecuencia se esté muriendo la gente ahí. El dinero se va al bolsillo de los líderes. En el sindicato que yo tengo, uno tiene una o dos casas, y tiene dieciséis roches de alcohol." Tampoco creía Jesús en la política. "De aquí no, señor, porque lo más sucio es la política. Hay mucho de podrido ahí, mucha sangre de por medio. ¿Cuántas gentes mueren cuando alguien llega al poder? Claro, el pueblo falta de preparación, falta de cultura es como un rebaño que lo va guiando el que lo anda cuidando. Si lo ve usted en los sindicatos nomás cuando hay asamblea. ¿Aprobado? Todos aprueban. No saben ni qué es aprobación. La gente, las masas, se dejan llevar por la voz de cualquier vivaracho que haya por ahí. Y si usted quiere de momento hablarles, hacerles entender, ver las razones, ver que no es conveniente lo que se va a aprobar, ni le escuchan a usted. ¿Así es como se pueden arreglar las cosas?"

Jesús creía que la vida había sido mejor antes de la época de Cárdenas porque la gente trabajaba más duro y todo era más barato. El asociaba el costo de la vida, no con la segunda Guerra Mundial, sino con la expropiación del petróleo mexicano, porque como decía "entonces subió el dólar". Lo que más necesitaba el país, solía decir, era un gobierno bueno y estricto.

"Tanta libertad y tanta cosa perjudica a la gente. Cerrar el ochenta por ciento de cantinas y centros de vicio, abrir más escuelas y tener más vigilancia sobre la juventud de pobres y ricos. Se está hundiendo el pueblo mexicano por falta de hombría y por tanta porquería que hay.

"¿Por qué se van miles y miles de braceros fuera de México? Porque faltan garantías aquí, hay salarios muy raquíticos, miserables salarios que no pueden mantener ninguna familia. El campesino siempre come frijoles de la olla y salsa molcajetada. Eso es todo lo que come el campesino semidesnudo toda su vida. No progresa, no sale adelante porque no hay ayuda, no hay garantía para él.

"Es que hay que vivir dentro de las familias para conocer qué enfermedades han sufrido, y cómo pueden curarse, y que vean aquella miseria que está viviendo aquella gente. Es que esos señores gobernantes no; andan en sus coches muy lujosos y muchos millones en el banco, pero no ven para abajo donde está la gente pobre. ¡Qué van a meterse por ahí, ni en carro! Andan por allá en el centro, pero no donde vive la gente humilde. Desconocen esa vida miserable que lleva esa gente... Hacen falta otros gobernantes que estudien mejor el problema de México y que hagan algo por el pueblo, por el obrero y por el campesino, porque son los que necesitan más ayuda. Cada día lo están ahorcando más... Y si en otros países, verdad, no les gusta

un presidente, una hepatitis y otro. Aquí no. Aquí deba haber eso. ¡No hay nada! Fajuto de cianuro. ¿Cardiaco? Sí. Le hace falta a muchos presidentes y a muchos gobernadores, a muchos jefes de policía. Bueno, es feo decirlo y reconocerlo porque son compatriotas, ¿eh?, son mexicanos, pero contra la verdad nadie puede.

"Yo hasta le he dicho a algunas gentes: A mí me gustaría que hubiera aquí un presidente americano en México. Entonces veríamos cómo cambiaba México y progresaba. A recoger todos los golfos, todos los vagos. ¿Que no te gusta trabajar? ¡A las Isias Marías para toda tu vida! Nada de dinerito y así vienen de vuelta. Allá déjenlos. Son parásitos."

En la otra pieza, el niño Julio despertó llorando. "Espérate, ya viene tu mamá —dijo Jesús—. ¿Qué, qué?, hijo, duérmete."

Como el niño seguía llorando, su abuelo lo tomó en brazos. Antonia entró y vio a su padre arrullando al nene en sus rodillas y cantándole. El niño arrebató el cigarrillo de la boca de su abuelo, pero como estaba apagado, éste no hizo caso. Jesús nunca encendía los cigarrillos, todo el día conservaba uno en la boca, tiraba uno cada cinco o diez minutos y usaba otro, nuevo y fresco.

Antonia se detuvo un momento en la puerta poniéndose crema limpiadora en las manos. De una caja tomó dos pañales y dijo: "Dámelo, papacito, lo voy a cambiar." Cuando acostó al niño le hizo el signo de la cruz, bendiciéndolo. Desvistió a Carmela y la puso junto al niño.

María Elena entró bostezando y estirando los brazos.

"A ver, tú —dijo el padre—, si puedes sacar la suma de los gastos. La quiero para mañana cuando venga. Tanto tiempo con eso y no puedes entregármela."

"¡Oh, pos yo no puedo! La hago y la vuelvo hacer y no puedo. Pero mañana voy a terminarla."

"¿Cómo que no puedes?"

"Sí, papá, porque son muchas hojas."

En el umbral apareció Antonia para recomendar: "¡Fues que la saque Consuelo! ¿No, apá? Al fin ella tiene más estudio."

"¡Éstos que nunca ayudan a uno en nada! —exclamó Jesús algo enojado—. Están viendo las cosas y no se acomiden."

Había estado tratando de obtener el total correcto desde hacía dos días, sin lograrlo. Cuando Consuelo le ofreció su ayuda no le prestó atención. A María Elena le dijo que tenía que hacer ese trabajo para el día siguiente cuando él llegara.

Sintiendo que su padre no tenía nada más que decirles, las hijas ya no hicieron comentarios. Jesús continuó con sus números. Consuelo fue hasta la cocina y Antonia arregló su cama para acostarse. Colocó una almohada pequeña y colgó un trapo de la cabecera para evitar las corrientes de aire. En el sitio de su

hermana menor puso dos almohadas que sacó de la caja de Lupe. María Elena, que estaba sentada en la cama en que dormía Daniel, vio un pañal en el suelo y levantándolo dijo a Antonia en voz baja: "¡Mira! Dondequiera dejas las cosas, Tonia, no puedes alzarlas." Ella no contestó porque en presencia de Jesús no podía haber disputas.

Eran las once de la noche cuando María Elena se desvistió y se quitó el vestido y los zapatos, así como los pasadores del pelo. Se puso un vestido viejo de algodón y colocó su ropa sobre la bolsa donde se guardaban las cosas de planchar. En seguida se acostó a los pies de la cama junto a Carmela. Mientras tanto, Antonia había cubierto el espejo con un trapo porque, según decía, veía visiones. Cuando alguien moría, también cubrían el espejo, porque la familia creía que la muerte se reflejaba en los espejos. Antonia apagó la vela, pero dejó la veladora encendida. Sacó los abrigos del ropero y los extendió en la cama, echando sobre los pies de María Elena un grueso suéter de lana.

En su cuarto, Jesús dejó los números, apagó la luz y se metió en la cama. Se sentía aún molesto y no podía dormir. Cuando se enojaba con sus hijas se afectaba físicamente. En una ocasión dijo: "Me enoja tanto con estos mis hijos que a veces siento como que va a paralizarse la mitad de mi cuerpo —los hijos lo decepcionaron terriblemente—. No salieron buenos. Crecieron en la capital donde uno puede estudiar, pero no quisieron educación." Su hijo mayor, Manuel, se casó a los quince años, y ahora, a los treinta, no daba un centavo para mantener a sus hijos huérfanos de madre. Roberto estuvo dos veces en la Penitenciaría. Jesús esperaba que "sentaran cabeza y se pegaran a un trabajo", pero no lo hacían.

"Mis hijos se fracasaron porque quieren empezar de arriba para abajo. Primero quieren un montón de dinero y después ponerse a trabajar en cualquier cosa. ¿Quién va a triunfar así? Así es un fracaso constante."

Consuelo también era una cabeza dura que no aceptó su consejo. El quiso que se mejorara a sí misma por su propio bien, pero se hizo demasiado ambiciosa. Jesús creía que estos tres hijos se parecían a su madre Leonor, que fue de "carácter fuerte", ardiente, celosa y afecta a la bebida. Pero aun Martha, que le había sido más adicta, casó con un irresponsable.

Las hijas que tuvo con Lupe fueron más afortunadas porque tuvieron madre. Esto, creía Jesús, "valía todo el oro del mundo", especialmente porque Lupe era buena mujer, "muy recta en todo lo que hacía".

Jesús creía que, de todas las mujeres que tuvo, Lupe era la más parecida a su madre y la respetaba por eso. Aunque sus hijas también le ocasionaron sinsabores; Antonia había sido desenfrenada y "loca por los hombres". Se hubiera hecho pros-

tituta si no hubiera sido por él. Su larga enfermedad le ocasionó muchas penas —hasta le hacía llorar el recordarlo— y ahora tenía que mantenerla a ella y a sus hijos. María Elena siempre estuvo pegada a las faldas de su madre. Perdió la escuela porque tenía miedo de trabajar y pasaba todo el tiempo en la iglesia, protegida por su madre.

"¿Cómo va a tener tantos pecados que tiene que estar metida en la iglesia todo el día?" Aunque Jesús se tenía por un buen católico, rara vez asistía a la iglesia y criticaba a los que iban.

"A mí no me gusta salir echando cuetes, llevar a los santos flores y tantas cosas, para que sepan que yo soy católico. Dios no quiere veladoras, lo que quiere son más acciones, ¿no? De la puerta para acá, estoy yo."

Con frecuencia Jesús comparaba su vida con la de sus hijos y se preguntaba qué era lo que había estado mal. Pensaba que había sido un buen padre. No había abandonado a sus hijos (excepto a Antonia), los castigó severamente cuando cometieron faltas, y les concedió oportunidades que él nunca tuvo. Pensó que en realidad había hecho mucho por ellos. "La mayoría de las veces les puede uno hacer más daño alimentándolos y teniéndoles la mesa puesta todo el tiempo, porque no se preocupan por hacer nada por sí mismos. Aunque yo soy una persona sin educación, me doy cuenta de mis errores." Con frecuencia, Jesús culpaba a otras cosas de sus problemas.

"Mis penas se deben al mal ambiente en que mis hijos crecieron. Pero ¿a quién culpar? ¿A mi mala suerte? ¿A la falta de orientación? Yo no sé, pero así sigo. Voy cargado como burro."

Siempre que Jesús hablaba de estas cosas, sus ojos se llenaban de lágrimas. Decía: "La humanidad es muy egoísta. Quizá las cosas no caminan porque antes era Dios Padre quien mandaba, ahora es Dios Hijo."

Con cierta perplejidad estoica pensaba en las muchas responsabilidades que afrontaba —sus esposas, sus hijos, los hijos de sus hijos— y en lo mucho que aún tendría que trabajar. Sólo descansaba un día al año, el primero de Mayo. Era cuestión de saber qué tanto tiempo podría soportar la carga.

"Yo sé que tengo la responsabilidad de todo, ¿verdad?, especialmente los chamaquitos. Primero por Dios y después por mis nietos estoy de pie y estoy marcando el paso. En el centro, en el tráfico, ando con cuidado. No me cuido por mí mismo, sino por las criaturas. Yo no les daré muchas cosas, pero por lo menos van viviendo, van creciendo y ojalá que Dios me permita verlos un poquito más grandes cuando ya puedan ganar su pan."

En los últimos años, Jesús se había hecho constructor. Su mayor ambición era dejar un lugar para vivir a todos sus hijos y nietos. Por eso estaba construyendo otra casa más. "Yo quiero

dejarles un cuarto, una casita humilde, echarme la barda y que no haya quien les diga nada. Ya es un baluarte para ellos cuando me caiga yo y no me pare."

Para Lupe, el día no había terminado aún. En la cocina preparaba alimento para los animales. Después de darles de comer, azuzó a Popo y Amapolo para que subieran a la azotea. Consuelo sostenía la vela mientras ella abría la portezuela de la porqueriza y dejaba el alimento de la cerda.

"Ahora sí, ya vámonos a acostar, ya todos comimos —dijo Lupe—. Gracias a Dios que me dio un pan sin merecerlo, ¿verdad? Pero la verdad es que yo sí lo merezco. ¿Cómo que me dio un pan sin merecerlo? ¿Entonces todo el trabajo?" Sonrió mientras llenaba una pequeña vasija con agua y la ponía en la mesa.

"¿Ya se acostó tu padre?", preguntó a Consuelo.

"No."

"¿Estás segura? Porque si no, entramos y nos va a echar la viga. Luego dice que no puede descansar, que no tiene descanso, que dondequiera hay ruido y no sé qué más."

Lentamente, Lupe salió al patio a formar los botes vacíos del agua y apagar la vela. Vio que la luz en el cuarto de Jesús estaba apagada. "Mira, ¿no decías que no? —dijo a Consuelo—, ya se acostó tu padre. ¡Andale, acuéstate!, si no, te va a regañar. Yo todavía voy a ver a tu hermano el gato."

Lupe vació arroz en el trasto del gato y con la vela en la mano salió nuevamente a buscar al animal. Revisó la puerta asegurándose que la tranca estaba en su lugar y empujó la piedra hacia la viga. De regreso en la cocina cubrió la jaula del pájaro, abrió la ventana que quedaba arriba de la estufa, y cerró la cocina con una aldaba. Entró en la recámara y cerró la puerta.

En los cuartos, todos dormían. Silenciosamente, Lupe abrió un poco las ventanas y apagó la vela. Vio que Antonia estaba durmiendo sobre las cobijas e insistió en que se desvistiera. Antonia se levantó, se quitó los zapatos, el suéter y el vestido, y volvió a acostarse junto a Julio; en seguida, Lupe fue hasta donde dormía Daniel, le quitó los pantalones y la camisa y lo tapó cuidadosamente. Daniel había jugado todo el día afuera y dormía roncando. Sacó luego su almohada de la caja y la puso a los pies de la cama donde dormían ella y Daniel. Luego se sentó para quitarse los pasadores y las peinetas. Puso una silla contra la puerta, estiró el costal que servía de tapete a la cama de Jesús, fue a ver la veladora, y atenuó su luz poniendo ante ella un bote de talco.

Al cuarto para las doce Lupe se metió en la cama. Los autobuses habían dejado de circular y el único ruido que podía oír eran las pisadas de los perros, que se acomodaban para dormir en el techo de la casa.

ZONA RESIDENCIAL

LA FAMILIA CASTRO

LAS CALLES se veían desiertas a pesar de que casi eran las diez de la mañana y en el resto de la ciudad hacía horas que la gente trabajaba. En Polanco, sector residencial y aristocrático de la ciudad de México, la gente se levanta tarde. Era el inicio de las vacaciones escolares, y en casa de la familia Castro, aún dormían los hijos y los padres; la servidumbre, levantada no hacía mucho tiempo, trabajaba.

Los Castro eran una familia típica de nuevos ricos que prosperaron después de la Revolución. David Castro bien valía algunos millones. Era propietario de un negocio de cemento lo suficientemente importante para anunciarse por radio y televisión. Poseía, además de su hogar en Polanco, dos tiendas, dos casas de apartamentos y una casa de campo en Acapulco. A pesar de ello, su familia no vivía como las demás familias de la clase acomodada. Su casa, situada en una de las partes menos ricas de Polanco, era modesta. Una enorme reja de hierro cerrada noche y día franqueaba el acceso a un jardín de pasto inglés mal cuidado, con plantas y flores y una entrada de automóvil. La casa, construida en dos pisos, de piedra blanca y cemento, tenía en la planta baja la sala, el comedor y la cocina, así como un medio baño; en la planta superior, tres alcobas y el cuarto de baño.

El mobiliario era caro, y algunos muebles eran de buen gusto. No había cuadros, a excepción de una reproducción de la Virgen de Guadalupe que decoraba la entrada. Tampoco había material de lectura; sólo algunas revistas muy comunes y ciertos números del *Selecciones del Reader's Digest* esparcidos por la sala. Las novelas que leía Isabel, la mujer de David Castro, eran adquiridas como préstamo de su hermana o de una biblioteca, y permanecían amontonadas cerca de su cama en una mesa de noche.

Tres eran las sirvientas de la familia: cocinera, recamarera y lavandera. Vivían en las habitaciones para criados en la azotea de la casa. Antes de que la familia hiciera su aparición para desayunar, Josefina, la recamarera, hacía el aseo de la planta baja. Retiró los muebles, limpió con la aspiradora los tapetes que cubrían la sala y el comedor, y volvió a colocar todo en su sitio cuidadosamente. Procuró no tocar el aparato de televisión ni la máquina grabadora que David había comprado a los muchachos, pues si éstos observaban el más leve cambio en ellos se ponían muy groseros. Sacudió el polvo a los objetos de porcelana y cristal cortado que decoraban la sala, y también las teclas del piano, que nadie en la familia sabía tocar. En seguida, para entibiar el ambiente, encendió el calentador de gas que simulaba un conjunto de leños encendidos dentro de la chimenea. Las botellas de coñac, whisky y licores que estaban a la vista sobre

un aparador de caoba también debían sacudirse. Finalmente extendió, sobre la cubierta de cristal de la mesa, un mantel de lino bordado y colocó seis platos acompañados de los cubiertos de plata de uso diario. El juego de cubiertos de lujo, grabados con las letras D. C., sólo se usaban en ocasiones muy especiales y permanecía guardado bajo llave, desde una vez que los ladrones entraron en la casa y por poco se llevan todo. Un vaso de jugo de naranja en cada sitio y un centro de mesa con gladiolas completaron el arreglo de la mesa.

Al terminar su labor en el comedor, Josefina salió a sacudir el *Lincoln* convertible último modelo en negro y amarillo propiedad del señor. Este trabajo fue desempeñado cuidadosamente, ya que dicho automóvil significaba mucho para David Castro. En un tiempo Isabel también tuvo a su disposición un automóvil para ella y para llevar a los chicos a la escuela, pero su esposo lo vendió porque, según dijo, le facilitaba el abandonar la casa con mayor frecuencia.

En la cocina, Juana la cocinera hablaba con su hija Concepción, mientras ésta pelaba y cortaba en pedazos una papaya, de la cual comía pequeños trozos de vez en cuando. La chica, de tez morena y doce años de edad, tenía muy complacida a su madre porque había aprobado el año escolar.

"Me alegro, hija. Pronto trabajarás en otra cosa y dejaremos de aguantar tantas tarugadas de estas gentes que creén que porque tienen dinero pueden gritarle a uno lo que se les ocurre. Esos escuincles del diablo ya me tienen hasta el copete. No han de tardar en bajar gritando. Si te dicen algo... ¡no te dejes! ¿Por qué te han de humillar?"

Juana preparó la masa para el pancake y colocó, sobre la flama de la estufa de esmalte, la plancha tortera para tenerla lista a la hora del desayuno. Del refrigerador sacó la mantequilla y la miel de maple; del trastero, un tarro de mermelada, y dio todo a Concepción para que lo acomodara en la mesa del comedor.

En la azotea de la casa, Eufemia la lavandera lavaba el gran montón de ropa que la familia Castro ensuciaba a diario. Cuando Eufemia comenzó a trabajar en esta casa, se sorprendió de la cantidad de ropa que la familia poseía y del hecho de que se mudaran todos los días. En la azotea, el gran lavadero de cemento con agua corriente y su tallador eran impresionantes. Sólo que para ella era mucho más placentero lavar la ropa en su pueblo natal, donde las mujeres se congregaban en el río, frotaban la ropa con jabón-lejía y la golpeaban contra las piedras mientras entre sí hacían circular la charla y las bromas. En este lugar había más adelanto y mayor soledad. Permanecía aquí porque estaba bien pagada, comía mucho mejor que nunca y dormía en una cama (con la recamarera). En su pueblo, dormía en el suelo, en un petate.

A las once, sonó dos veces el timbre en la cocina. Era la señal de que los señores estaban despiertos y preparándose para bajar a desayunar. Generalmente durante las días de vacaciones se levantaban un poco más temprano, como a las diez o diez y media, pero la noche anterior David llegó muy tarde —eran realmente las cinco de la mañana— y su mujer Isabel se sentía resfriada y con deseos de permanecer en cama. Durante la época de clases, ella se levantaba a las seis treinta para enviar a los niños a la escuela. Asistían a tres escuelas particulares diferentes y los horarios para el desayuno y la comida, así como los autobuses escolares, además de los hábitos independientes de su marido, mantenían ocupada a Isabel mañana y tarde.

Isabel tocó el timbre desde la recámara del señor donde dormía con él en una cama matrimonial. Cuando se llevaban armoniosamente usaban la cama doble; cuando reñían, David enviaba la cama al sótano y la reemplazaba por camas gemelas. La recámara era muy amplia y costosamente amueblada. El piso estaba cubierto con una gruesa alfombra, y la cama con una colcha de satén color oro. De la cabecera pendía un crucifijo dorado.

"Chaparra —dijo David a su mujer—, al llegar anoche te noté irritada, ¿qué ¿tienes fiebre?"

"No sé —dijo Isabel—, pero desde anoche me siento mal. Voy a tocar el timbre para que preparen el desayuno y me despierten a los niños. Oye, ¿por qué llegaste tan tarde? Otra vez en posadas, ¿eh?"

"Ya vas a empezar. Ya sabes cómo me molesta que me reclames. Yo sé lo que hago y se acabó. ¿No quedamos ya en eso?" David habló pronunciando deliberadamente, como siempre, todas las palabras con cuidado, y exagerando las vocales. Estaba orgulloso de su habilidad para hablar bien, pero cuando estaba enojado, rápidamente cambiaba su vocabulario por vulgaridades y un argot que revelaban lo bajo de su extracción.

"Bueno, sí, pero es demasiado. Tus hijos están recibiendo un malísimo ejemplo. Por eso ninguno me tiene respeto."

"No te tienen respeto porque no los sabes tratar. Fíjate que cuando yo estoy aquí son unos corderitos. ¿Dónde quedó tu psicología?"

"Seguro, tu psicología es muy especial... a base de golpes."

"¿Qué quieres decir, ¿que soy un ogro con mis hijos?" David había levantado la voz hasta el grito.

"Yo no digo eso. A ti sí te tienen miedo porque puedes privarlos de muchas cosas y porque eres hombre. Pero qué tal cuando te vas. Los habías de acostumbrar a obedecerme. No sabes cuánto me hacen renegar; sobre todo Rolando, parece que ni soy su madre. Pero ya han visto tantas cosas entre nosotros."

"Ya cállate —dijo David—. Vamos a acabar por pelearnos, como siempre, y ya estoy fastidiado. Quisiera que hubiera algo de tranquilidad en esta maldita casa. Cuando no peleas por dinero peleas porque llego tarde, o por otras cosas, pero no te falta motivo."

Isabel guardó silencio. Se levantó, se calzó un par de pantuflas de seda color rosa y se puso una larga bata de piqué español con encaje sobre el camisón rosa de nailon transparente. De treinta y cuatro años de edad y madre de cuatro hijos, todavía era hermosa y se veía joven; era esbelta, de facciones delicadas, el cutis claro y los ojos grandes de color café, el pelo corto y rizado teñido de color cobrizo. Muy meticulosa con su persona y sus ropas, guardaba una cuidadosa dieta, ya que tendía a aumentar de peso fácilmente. Se esforzaba constantemente por mantener su apariencia juvenil. Nunca decía su edad verdadera cuando alguien la interrogaba.

Isabel se dirigió al cuarto de su hija donde desde hacía poco más de una hora la niña jugaba silenciosamente con sus muñecas. Momentos antes la nena intentó entrar al cuarto de sus padres, pero al escuchar que discutían regresó a su cama. La recámara de Lourdes no era muy amplia pero estaba ricamente amueblada con una alfombra, una cama de niña con colchón de resortes, un buró, una cómoda, una mesa de noche y dos sillas pequeñas. Tenía también un closet donde guardaba sus complicados juguetes. Cuando entró la madre, la niña comenzó a saltar en la cama.

"Mamacita, anoche soñé con muchos angelitos que iban volando entre muchas nubes. ¿Por qué no venías a verme?"

"Estaba platicando con tu pay, mi nena, ¿por qué no fuiste tú? Anda, ponte tu batita y tus pantuflas para que bajemos a desayunar. Ya es rete tarde."

"Estuve gritándole a Josefina, pero no vino; quería que me trajera agua."

"Vamos, levántate, nena. Ahorita vengo, voy a ver a tus hermanos a ver si ya despertaron. Están muy silenciosos. No sé qué diabluras estén haciendo." Justamente entonces se oyó un grito.

"Ese es el Gordo —dijo Isabel—. Seguro que le pegaron." Corrió hacia el cuarto de los muchachos y encontró una batalla campal. En el suelo yacían almohadas y cobijas, y Juan, el hijo varón más pequeño, estaba sentado en un rincón y gemía amargamente.

"¿Qué te pasó, mi vida?", preguntó Isabel.

"Me pegó Rolando, me pegó muy fuerte en la espalda."

"Sí le pegué, ¡y qué! —respondió Rolando—. Pero que te diga por qué. Andale collón, marica, dile a mamá por qué te pegué. Fíjate, mamá, que desarrolló mi regalo y si no me doy cuenta lo saca de la caja. Es un canijo que no se aguanta."

"¡No es cierto! ¡No es cierto!", el niño lloraba desesperadamente. Perpleja, sin saber a quién creer, Isabel se volvió a Manuel que era sordo y usaba un aparato auditivo.

"Dime tú, hijo, tú que eres el más seriecito de todos, ¿quién tuvo la culpa?"

"Mira, may, es cierto que el Gordo desarrolló el regalo. Estábamos todavía dormidos y se levantó muy quedito para ver todos los regalos. Ya desarrolló el suyo, míralo, y luego siguió con los de nosotros, pero el Güero lo vio y se levantó a pegarle. Ni le pegó tan fuerte, ¡es hipócrita!"

Isabel fue hasta el closet y miró cómo, efectivamente, en el suelo había multitud de cajas. Una de ellas estaba abierta y podían verse el suéter, la camiseta y dos pantalones vaqueros que contenía; la otra estaba medio abierta. Regresó hasta Juan, que lloraba más silenciosamente.

"Ya, ya, hijito. Pero ¿por qué haces eso? Tanto trabajo que costó que envolvieran los regalos y tú no te puedes esperar. Ya cállate porque, si tu padre los oye, capaz que viene y empieza a pegarles a todos. Está de mal humor y si se enoja no nos va a dar para comprar el arbolito de Navidad."

"Sí, mano —dice Manuel a Juan—, ya cállate, si no después pagamos justos por pecadores y pay se desquita con todos. A ver si luego no nos deja jugar con el tren que nos compró."

Los tres niños enmudecieron súbitamente y quedaron quietos en sus camas. La recámara tenía además dos cómodas, dos burós, dos sillas acojinadas y un sillón; y como a ellos no les duraría una alfombra, el piso estaba cubierto de linóleo; en el closet, guardados, toda clase de juguetes.

Eran las once treinta cuando David Castro se levantó. Sobre la pijama de seda se puso una bata roja de pana, metió los pies en las pantuflas de piel y salió hacia el baño donde se encerró para tomar su ducha diaria. Inmediatamente llamó a Isabel diciendo que no había jabón; ella le llevó una pastilla de lavanda inglesa que él compraba para su uso personal. También Isabel guardaba fuera del alcance de los niños su propio jabón.

Para vigilar la preparación del desayuno, Isabel bajó a la cocina. Fuertemente asida de la mano de su madre, Lourdes bajó con ella. La niñita llevaba una bata de lana sobre su camisón de franela y unas pantuflas de fieltro rojo con figura de conejo. Lourdes sólo tenía seis años, era una niña linda e inteligente, muy apegada a su madre y la favorita de sus padres. Con ella, David Castro se mostraba siempre amable, pues siempre había deseado una hija.

Sólo después de que Lourdes vino al mundo había empezado a dar dinero a su mujer mensualmente para gastos personales.

En la cocina, Isabel dijo a la cocinera:

"Vamos a ver la masa para los *hotcakes*. ¿Qué pasa con usted,

Juana? Todos los días le digo cómo ha de preparar esto y siempre lo deja muy espeso. ¿Cuándo va a aprender? Bueno, de sabor está bien. Mire, así debe quedar." Y agregó un poco más de leche a la mezcla mientras Juana observaba, pues sabía que la señora cocinaba bien.

"¿Está bien caliente todo?"

"Sí, señora. Ya está todo listo. Dispénsame usted, pero yo creía que ya estaba bien la masa esa. Ya verá cómo no me vuelve a suceder.

"Oye, hija —dijo Juana, dirigiéndose a Concepción—, háblale a Josefina, porque ya van a bajar los señores."

En unos minutos Concepción regresó con Josefina, quien entró empujando las puertas de resorte que había entre la cocina y el comedor. Seguida de Lourdes, Isabel fue al comedor a inspeccionar la mesa. Cuando comprobó que todo estaba en orden volvió a subir, dirigiéndose a la pieza de los muchachos. Los chicos, aún en pijamas, gritábanse unos a otros y saltaban de cama en cama.

Cuando la madre entró no se detuvieron, a pesar de que los nombró uno a uno. Como último recurso fue a su propia alcoba y regresó con un viejo cinturón de piel en la mano. Los muchachos detuvieron su juego tan pronto como vieron el cinturón. "Andenles, muchachos. Su padre ya va a salir del baño y si los ve así, sin vestirse, se va a enojar."

Los chicos se pusieron sus pantuflas y batas y bajaron corriendo y gritando. Juan, el más joven, se deslizó por el pasamanos a pesar de los esfuerzos de Isabel para evitarlo. Lourdes se mantuvo junto a su madre, fuertemente asida de su bata.

Desde lo alto de la escalera, Isabel gritó a los niños:

"¡Lávense las manos! Que cuando yo baje ya estén sentaditos a la mesa, listos para cuando llegue su padre."

En ese momento, David salió del cuarto de baño; se había recortado el pequeño bigote y lucía perfectamente rasurado (empleaba una rasuradora eléctrica); olía a *Yardley*, su colonia favorita. El pelo largo, cuidadosamente peinado sobre la parte superior de la cabeza para cubrir la calvicie. En la recámara, Isabel extendía la ropa interior de David, quien no tardó más de cinco minutos en vestirse completamente, con pantalones gris perla, una camisa sport de color azul, una chaqueta también sport de lana, en dos tonos; calcetines de listas azules y zapatos de piel y ante negro. En la bolsa superior de la chaqueta colocó el pañuelo blanco y azul que Isabel le había doblado cuidadosamente.

David Castro era un hombre de cuarenta y siete años que trataba de ocultar su edad vistiéndose juvenilmente. Más bien era chaparro, como de un metro sesenta, tenía la piel trigueña y manchada, el pelo todavía negro y la apariencia general saludable y dinámica; si no guapo, sí atractivo. Sus ropas caras

tendían a lo llamativo. Con un traje inglés de dos tonos, a veces usaba un suéter de cuello alto de color brillante y unos zapatos de dos colores, así como ciertas joyas. David era muy pródigo para gastar dinero en sí mismo; poseía varias docenas de trajes y chaquetas y muchos pares de zapatos que apenas cabían en el enorme guardarropa de la recámara.

Llevando a Lourdes de la mano, David e Isabel comenzaron a bajar las escaleras.

"Oye, viejo —comenzó a decir Isabel—, los muchachos quieren que les pongamos el árbol de Navidad. Ya estamos a dieciocho y ya no los aguanto."

"Bueno, ¿y por qué no se los compras?"

"Porque no tengo dinero, ¡vaya! ¿Crés que con el gasto me alcanza para todo? Todo está muy caro y por acá más. Anda, no seas codo, dame siquiera cincuenta pesos."

"¡Cincuenta pesos! Pues ¿qué vas a comprar cincuenta árboles?", preguntó David con una sonrisa.

"Qué cincuenta ni qué cincuenta. Lo que pasa es que con eso de la prohibición de vender árboles, los que tienen algunos los dan re caros. Andan por las nubes."

"No muélas. Después te los doy. Vamos a desayunar primero, que ya me anda de hambre."

"Papy —dijo Lourdes—, no seas malo. Ya mis primos tienen su árbol y nosotros no. Está muy chulo, con muchos foguitos y esferas. Mary le puso en la punta una estrellita. Dice que es la de los Reyes Magos y que si no le pongo estrella a mi árbol no llega Santa."

"¿Qué Santa?", dijo el padre.

"¡Santa Clos! ¿Qué no sabes?"

"Bueno, en mis tiempos los que venían eran los Reyes Magos, aunque yo no recibí nunca un regalo. Seguro que como yo era tan pobre y ni zapatos tenía..."

"Ya, papy, ¿a poco ni zapatos tenías?", dijo Rolando.

"¡Claro! ¿Qué creen que todos los niños tienen lo que ustedes? Por eso no saben apreciar nada. Ya ven, el tren eléctrico ni caso le hacen y no costó cualquier bagatela."

"¿Cuánto te costó, papy?", preguntó Manuel.

"Qué les importa. Mucho, mucho dinero. ¿No es cierto, vieja?"

"Yo ni sé. ¿Cuándo me dices lo que cuestan las cosas?"

"Bueno, bueno, vamos a desayunar."

David Castro estaba orgulloso de sí mismo, de ser un hombre que había subido por su propio esfuerzo, pues había salido de los barrios bajos. Nunca perdía oportunidad para decir a sus hijos lo pobre que había sido. Él y su hermano crecieron en la peor colonia de la ciudad de México, donde su madre regentaba una casa de mala fama. David no recordaba a su padre, pero su ma-

dre y sus tías le hicieron guardar una imagen viva de él con palabras amargas y hostiles. Su padre abandonó a su esposa legítima y a sus dos hijos, para vivir con la madre de David. Pero cuando estalló la Revolución se fue a pelear y nunca más se volvió a saber de él. La madre de David quedó en el mayor desamparo y miseria, y para dar de comer a sus hijos durante la lucha armada tuvo que volver los ojos hacia el negocio más lucrativo que se le ofrecía. De esta manera, David creció entre prostitutas, criminales, borrachos y drogadictos.

La madre era cariñosa, abnegada e indulgente con los niños. Dio de mamar a David hasta que tenía cinco años y en una ocasión platicó a Isabel, riendo, cómo David exigía que le diera el pecho llamándola hija de puta si no accedía inmediatamente. También permitió que David fuera a la escuela primaria, destacado privilegio para un niño de su clase. Pero él resintió la forma en que ella ganaba el dinero y nunca se sobrepuso a la hostilidad que por ella sentía.

Durante corto tiempo fue miembro de una banda de rufianes, ingería drogas y obtenía dinero alquilando muchachas para los salones de baile; luego se apartó de esa vida y se metió de aprendiz de carpintería. Era enérgico y ambicioso y comenzó a prosperar.

Más tarde abrió su propia maderería y carpintería, donde proporcionó trabajo a su hermano y a su madre. Lentamente aumentó su negocio por medio de créditos obtenidos en los bancos mediante contratos de trabajo. Su mayor oportunidad la tuvo cuando su hermano, quien murió por haber fumado una dosis excesiva de marihuana, se las arregló para facilitarle una gran suma de dinero a fin de que iniciara el negocio del cemento. Isabel sospechaba que el hermano de David había robado ese dinero o lo había ganado jugando, porque antes no tenía un centavo.

Conforme crecía el negocio, David intentó satisfacer sus ambiciones literarias en otro trabajo donde redactaba anuncios. De esta nueva actividad disfrutó bastante porque tenía facilidad para escribir, pero tan pronto como demostró su habilidad, la abandonó y se dedicó por entero a los negocios, donde su energía, audacia y astucia, que lindaban con la falta de escrúpulos, le fueron muy útiles.

A las doce del día la familia se sentó a la mesa. Isabel hizo sonar una campanita de plata y Josefina, quien esperaba allí mismo, presentó una fuente de *pancakes*.

"Mamá —dijo Lourdes—, a mí nomás me das uno."

"Te vas a tomar lo que te sirva tu madre, nena. No sé por qué reuegan tanto de la comida. Fuera bueno que sintieran lo que es el hambre de verdad", dijo el padre.

"¿A poco tú sí sabes, papy?", dijo Manuel.

"No he de saber... ¿A poco creen que siempre he tenido dinero? Yo me he levantado hasta donde estoy por mí mismo, pero mi buen trabajo me ha costado. Eso sí, siempre le llevaba dinero a mi madre, de donde fuera. ¡Y qué esperanzas que le contestara como ustedes le contestan a su madre! A ver, ya cállense y coman pronto, y bien. Tú, Juan, ¿para qué crés que se hicieron los cubiertos? ¿Qué no tienes cuchillo que estás partiendo los jotqueis con la mano?"

"Oh, papy, es que Manuel me lo escondió."

"No es cierto, papy. Este escuincle chillón de todo se queja. Ya no podemos ni tocarlo con un dedo porque de todo grita."

"Es que así son ustedes con él —dijo Isabel—; ya lo tienen escamado."

"No es cierto, may, es que este escuincle es una lata, ¿verdad, tú, Sordo?"

"No le digas así a tu hermano —dijo ella, irritada—; no está sordo. Y no tienes derecho a molestarlo. Cállate y come. Mira, ya tiraste la miel en el mantel. ¡Cochino! Parece que nunca has comido en una mesa."

David intervino:

"Deja al muchacho y come tú también. ¿A poco te estás poniendo a dieta para no engordar? Mira, a tu edad ya todo lo que se haga para conservar la línea es por demás", y guiñó los ojos a los chicos.

"Sí, claro, a ti te parezco vieja, pero no creas que tú estás tan jovencito. Además a otros no les pareceré tan vieja."

David rió sonoramente y con gran calma ingirió gran número de pancakes. Este desayuno se había hecho costumbre desde que, en una ocasión, Isabel trajo a la casa una caja de harina mezclada especialmente para *hotcakes*, adquirida en un supermercado cercano, cinco años atrás. David ya no extrañaba su desayuno de frijoles refritos con tortillas y chile. Al igual que otros miembros de la nueva clase media y alta de México, era un gran admirador de los Estados Unidos y aceptaba sin reservas muchas de sus costumbres y formas de vida como superiores a las propias. De hecho, Santa Claus, el árbol de Navidad y la harina mezclada para los *hotcakes*, hasta muy poco antes tan extraños a México, pronto se iban haciendo tradicionales de la sociedad mexicana.

Josefina estaba de pie cerca de Isabel esperando nuevas órdenes.

"Oye, tú, mensa, tráeme más de estas tortas. No te quedes ahí parada como idiota", dijo Juan.

"¿Ves, David, cómo son estos muchachos? No respetan a nadie."

"Déjalos, mujer, para eso pagamos", contestó él.

Josefina se dirigió de inmediato a la cocina desde donde se podía oír su llanto. Cuando regresó con una charola de *pancakes* todavía tenía húmedos los ojos. Colocó la fuente cerca de Isabel y regresó a la cocina.

Durante unos momentos todos permanecieron callados. De pronto, se escuchó un grito que dio Lourdes e hizo saltar a todos.

"¿Qué te pasa, nena?", preguntó David.

"Rolando me dio una patada por debajo de la mesa, papá", contestó ella y comenzó a llorar.

"No es cierto, papy, es que extendí la pierna y la toqué sin querer."

"Sin querer. No sé qué tiene este muchacho, parece que se le ha metido el diablo. No se detiene por nada, a nadie le tiene consideraciones", dijo la madre.

"Ay, mamá, cómo eres. No es cierto, no es cierto", dijo Rolando en forma petulante.

"Bueno, ya cállense todos, que me van a hacer enojar y como sigan dando lata me llevo el tren y adiós regalo de Navidad", dijo David.

"Es lo que habías de hacer, viejo —dijo Isabel—, a ver si estos muchachos endemoniados entienden así. Pero nomás les prometes..."

"Ya verán cómo no va a ser promesa. Tú me tienes al tanto de cómo se portan. Ya verán."

"No, papy —dijo Manuel—, nosotros qué culpa tenemos. ¿Ves, mamy? Tú vas a ser culpable de que papy se lleve el tren. Cómo eres mala."

"Pero ¿ves, David, cómo me dicen éstos? No me tienen respeto. Hasta que no te dé con el cuero... vas a ver."

"No, mamy, luego luego el cuero; ni que fuéramos animales."

David terminó de desayunar y subió a lavarse los dientes para bajar en pocos minutos.

Lourdes había dejado de llorar y en voz melosa dijo a su padre:

"Papy, Santa Cíos me va a traer una casa de muñecas. Eso quiero, pero no sé..."

"Sí, mi reina, tú sí te portas bien, no como estos diablos. Le voy a escribir a Santa Cíos para que te traiga tu casa de muñecas. Pero ¿por qué no le escribes tú, mi vida? Ya sabes."

El teléfono sonó y Manuel, el más cercano al aparato, contestó:

"Bueno, ¿quién habla? Es para ti, mamy."

"¿Quién es?"

"Es mi tía Elena. Dice que vengas pronto."

Isabel tomó el auricular. David esperó y los niños guardaron silencio a una señal de él.

"Bueno. Sí, sí, soy yo. Fue Manuel. Apenas estamos desayunando, pero ya vamos a acabar. Claro que sí quiero el coche. No, no te lo entretengo mucha, nomás voy al centro a comprarte unas botitas y un pantalón a la nena. Bueno, si vas a salir con Mauricio ¿para qué quieres el coche? El te lleva y te trae. ¡No hombre!, te digo que a las tres a más tardar. Sí, ¡claro!, lo lleno de gasolina. ¿Cuándo te lo he regresado sin gasolina? Bueno, entonces así quedamos. Paso a recogerlo como dentro de una hora... Oye, ¿cómo está el niño?... ¡Oh, qué lindo! Pero ya está mejor, ¿no? ¿Qué leche le estás dando ahora? Bueno, pero te las arreglas de todos modos, ¿no?"

"Oye, vieja —interrumpió David—, ya cueлга, después de todo dentro de un rato la vas a ver."

"Nada, no, nada pasó —continuó Isabel—; es que David ya se va. No, no, ya no te llamo, nos vemos dentro de un rato. Bueno... si te vas antes, déjame las llaves con Bertha. Está bien, sí, adiós." Isabel colgó el auricular y toda la familia salió para despedir a David.

"Apúrate, chaparra —dijo David—, ya son las doce y media. Voy a llegar tarde a la oficina y son una bola de flojos. Si el patrón no llega, nadie trabaja."

"¿Y por qué te apuras? ¿Qué tu hijo no llega temprano?"

Isabel se refería al hijo que David tuvo con la primera mujer con quien vivió en unión libre. David nunca mantuvo a esa mujer, ni al hijo, pero cuando ella murió, él ayudó al muchacho dándole trabajo.

"Sí, mujercita, pero ni en él puedo confiar. Todos están mirando siempre lo que pueden sacar de uno. Adiós, niños. Pórtense bien con su madre, porque si no, Santa Cíos no va a venir."

"Papy —dijo Manuel—, ¿nos llevas al cine a la noche? Quiero ver *El planeta desconocido*."

"Ya veremos, ya veremos, si llego temprano."

"Oh, sí, no nos dejes plantados —dijo Isabel—. Ayer dijiste que nos ibas a llevar y mira nomás a qué horas llegaste. Andale."

"Sí, papy, sí", dijeron los niños a coro.

David subió a su carro e Isabel, llamando a Rolando, dijo:

"Abre la reja; la llave está en la maceta, allí —y volviéndose a su marido—: Oye, ¿vas a venir a comer?"

"Yo creo, ¿por qué? Ah, ya sé, porque vas a salir..."

"No, no es por eso. Es porque luego te está uno espera y espera, y nada que llegas. Voy a salir, pero nomás voy cerca. Me voy a llevar a la nena y dejo en casa de Elena a Rolando, porque si se quedan aquí todos juntos, ya ves, saltan astillas de cristiano."

"Bueno, así nos vemos. Adiós, chaparra —David sacó la cabeza y besó a su esposa en la mejilla—. Pórtense bien, ¿eh?"

"Yo siempre me porto bien, qué crés."

David hizo retroceder el carro hasta la reja. Manejaba con gran aplomo y pronto se perdió al final de la calle. Isabel permaneció mirando en la dirección en que había desaparecido. Su esposo la intrigaba. Realmente, ella no podría decir si la amaba o la odiaba. A veces era agradable y cariñoso: "Se la bebe a uno en un vaso de agua", solía decir. En ocasiones era brutal y se complacía en desdeñarla. La obligaba a mendigarle el dinero y la hería con pequeñas provocaciones alardeando de ser un Don Juan. En una ocasión llegó hasta el grado de pedir que le aplicara una inyección que resultó ser testosterona, hormona masculina para estimular su potencia sexual. Y puesto que a ella sólo le exigía relaciones una vez por mes, pensó que se aplicaba las hormonas "para ser más macho con su querida". Tanta ira sintió Isabel en ese momento, que al darle un piquetazo con la aguja ésta se rompió y tuvieron que hacerle una operación para sacársela.

También se quejaba Isabel de que nunca podía discutir con David, porque siempre insistía él en tener la razón, pensando que no valía la pena escuchar las razones de ella. "Nunca me da crédito", decía. Cuando se interesaba por sus asuntos personales o de negocios, y era tierna y cariñosa, la rechazaba. Era "como si pusiera una barrera" que no podía salvar.

Isabel creía que David trataba de aislarla de la gente con cuya compañía disfrutaba. Antes tenían cenas e invitados a fiestas en su casa, y con frecuencia le pedían a ella que tocara la guitarra. "Pero David no podía soportar que la gente me hablara y ya no quiso tener más reuniones." Tuvo que dejar a sus amistades y limitarse a visitar a su propia familia. Iba con frecuencia al cine y hacía muchas compras. Ahora hacía ya muchos años que no tocaba la guitarra.

Rara vez la llevaba David con él cuando salía con sus amigos, en su mayor parte políticos y hombres de negocios. Le gustaba asistir a los clubes nocturnos o a los restaurantes caros en donde, sin pensarlo mucho, dilapidaba el dinero. Isabel le había visto gastar hasta dos mil pesos en una noche. También gastaba mucho en los toros y apostando en el béisbol, sus espectáculos favoritos. Con los amigos bebía mucho y se volvía escandaloso y agresivo. Le gustaba la lucha libre y tenía un truco para abrazar y levantar a sus amigos en vilo, para mostrar la fuerza de sus brazos. En una ocasión rompió así las costillas a un amigo.

Hubo una época en que Isabel intentó mejorar las buenas maneras de David, así como sus gustos; quiso "civilizarlo", según decía. Aunque ella no había recibido educación para entender el arte, disfrutaba con él y exigía a su esposo que la llevara al teatro y a la ópera, a los conciertos y a las galerías de exposiciones artísticas. Estas salidas "culturales" aburrían a David y les puso fin.

Isabel vio que Rolando había cerrado la reja y entraba en la casa. Entonces llamó a los otros niños:

"Miren, niños, váyanse a jugar al jardín, allá atrás, para que a mí me dejen tranquila disponer la comida y arreglarme."

Juan preguntó:

"May, ¿qué, vas a salir?"

"Sí, Gordito, pero me voy a llevar nada más a la nena. Tú y Manuel se van a quedar aquí muy quietecitos."

"No, mamy. ¿Por qué nomás llevas a la nena? Llévame a mí. Echas mentiras porque te llevas también a Rolando." Y Juan comenzó a llorar.

"Ya cállate, Juan, mira que me vas a hacer enojar y entonces no te traigo cuentos. Ya cállate y vete con tus hermanos."

Juan subió a su cuarto a cambiarse de ropa, pues todavía estaba en pijama. Recordó Isabel que los niños aún no se habían vestido y gritó desde las escaleras:

"¡Rolando! ¡Manuel! Se me van a bañar todos antes de vestirse. Pero cuidado y no lo hagan porque verán. Nomás que uno por uno, porque si no, me ponen perdido el baño."

En seguida se dirigió a la cocina: "Josefina, ven pronto."

Las sirvientas estaban desayunando, pero Josefina salió al instante:

"Mande usted, señora."

"¿Ya les pusiste la ropa a los muchachos? Tiene uno que andar tras de ustedes porque si no, no hacen caso de nada."

"Sí, señora, ya todos tienen la ropa lista encima de sus camas. Les puse como me dijo: calzoncillos, camiseta, blusa, calcetines y pantalón. No falta nada."

"Bueno, vete a acabar de desayunar para que arregles pronto la casa, tengo que salir y quiero que me planches una ropa."

"Dígame cuál de una vez, señora, si no luego me regaña porque no está lista."

"¡Cómo son escandalosas! Mira, quiero la falda esa de cuadros verdes que me prestó mi hermana y el suéter negro de cuello alto. Plánchalos bien y no me vayas a quemar nada, como hiciste con mi camisa blanca que me la tostaste todo el cuello. ¡Buenas para nada!"

"Yo no fui, señora —dijo la muchacha casi llorando—, fue Eufemia que por estar platicando con Juana dejó re caliente la plancha y luego no se fijó cómo estaba."

"¿Y por qué no me dijiste?"

"Porque Eufemia me dijo que me rompía el hocico si le decía a usted algo, y yo, francamente, le tengo miedo. Está re fuertota; como es tan india... Por favor, no le diga usted que yo se lo dije, porque quién sabe."

"No tengas cuidado. Pero tienes que decirme las cosas, si no, ¿cómo voy a saber quién las hace mal?"

"Es que, como soy nueva, todo me lo cargan."

"Anda, vete; me avisas cuando esté listo todo. Llama a Juana para que le diga lo que tiene que hacer de comer."

Josefina regresó a la cocina. Lourdes, sentada en el banquillo del piano, intentaba tocar. Isabel le acarició la mejilla.

"¿Te gusta el piano, nena? ¿Quieres estudiar como tu prima?"

"No, mami, la maestra es muy regañona."

"Pero mira, mi vida, después tocarías muy bonito para que te oyera tu papy y tus primos también. Ahora estás chiquita y pronto aprendes. No seas tonta, después se arrepiente uno de no haber estudiado a tiempo."

"No, no, may, no quiero. Luego Rolando me va a pegar porque dice que el piano es suyo, que a él se lo compró mi papy. El otro día le pegó a Manuel porque empezó a tocar los changuitos."

Juana entró y dijo:

"¿Me llamaba usted, señora? Me dijo Josefina que me hablaba."

"Sí, quiero que me digas qué pensaste hacer para la comida."

"Ay, señora, ora dígame usted. Yo ya ni sé, nada les gusta a los niños y luego hasta me lo avientan. Ora dígame usted."

"Mira, vas hacer sopa de verduras, arroz blanco, tortitas de plátano y milanesas enchiladas con ensalada de lechuga romanita."

"¿Y de postre qué?"

"Yo te traigo helado de la calle."

"Qué, ¿va a salir la señora? No deje a todos los niños, empiezan a pelearse y no nos hacen caso; a veces hasta nos pegan de patadas. Lléveselos. Un día les va a pasar algo y a mí francamente me da miedo."

"No te preocupes, mujer; anda a tu quehacer. Yo nomás voy a salir un rato. Regreso luego. Nomás se van a quedar Manuel y Juan. Vete luego, si no, la comida no va a estar."

"¿Sabe, señora? Yo creo que es mejor que en la noche me diga usted lo que quiere de comer, así mientras se levantan me voy al super y traigo todo, porque después son puras carreras."

"Bueno, así lo voy a hacer. Después me haces cuentas del billete de a cincuenta que te di. No te mandes, ¿eh?"

Juana regresó a la cocina. En ese momento, en el piso de arriba se oyó una tremolina seguida de gemidos e Isabel corrió gritando:

"¡Ora, Manuel! A ver, ¿qué pasa?"

Al llegar arriba encontró a los chicos encerrados en el cuarto de baño. Llamó a la puerta pero no abrieron. Volvió a llamar más fuerte, gritando:

"¡Si no me abren les va a ir mal! Malditos muchachos! Abren, Rolando, abre porque si no la van a llevar todos." Y con el puño golpeaba en la puerta que al final se abrió. Miró el piso del baño inundado y con un rincón a Manuel desnudo, congado, llorando.

"¿Y ora qué pasó? ¿Quién te pegó?"

"Fue el Rolando, me pegó porque no quería darme el jabón."

"Sí, mamá, pero es que me echó jabón en los ojos y no me dejaba enjuagarme en la regadera, y luego me aventó y me resbalé."

"¿No les dije que se bañaran uno por uno? Van a ver."

Isabel estaba muy enojada, sacó el cinto y con él dio dos golpes a Rolando, quien furioso murmuraba entre dientes.

"¿Oyes, mamá? —dijo Juan—, está diciendo de groserías y te las dice a ti."

"Hablador, chismoso, vieja. No es cierto, mamá, yo ni digo nada."

"¡Yal, por amor de Dios. Ustedes no me quieren. Me van a matar. No sé cómo puedo aguantarlos. Me están acabando la vida todos los días, pero verán el año que entra: con él internos van a ir a dar a una escuela. Ése va a ser su castigo por lo mal que se portan. Ya no los aguanto. Ya verán. Les doy cinco minutos para que se sequen y se vayan a vestir."

Salió dando un portazo con enojo y fue a su dormitorio diciendo en voz alta: "¡Claro!, qué me van a respetar estos hijos de la chingada, ¡con el ejemplo que les da su padre! Codo desgraciado; le duele todo lo que puede darme. Ojalá me muriera, porque lo que es éstos me van a matar muy pronto. Ahora todavía puedo con ellos, ¿y después? Estos no han visto sino lo que él me hace todos los días. ¡Puras viejas! Los lleva con la querida y por eso siguen su ejemplo."

Isabel estaba pensando en la ocasión en que, tres años antes, su marido llevó a su amante a Acapulco y también a los niños. Una noche Rolando salió de la cama y fue a espiar a su padre. Cuando lo vio metido en la cama con otra mujer, su primera reacción fue dar un portazo que hizo añicos el espejo que estaba enmarcado en la puerta. Su padre se llegó hasta él con violencia y lo golpeó tan fuerte con una correa, que los verdugones le dejaron cicatrices permanentes.

Cuando Isabel vio los verdugones en el cuerpo de su hijo lo obligó a decir qué había pasado. Él consintió en confesar siempre y cuando ella prometiera no decirlo a su padre. Isabel escribió un anónimo dirigido a ella misma, en el que hablaba del viaje a Acapulco. En esta forma se lo mostró al marido. Tuvieron amargas peleas al respecto, pero David no dejó a su amante.

Antes de que se cumplieran los cinco minutos, los niños salie-

ron del baño uno a uno, con las toallas alrededor de la cintura. Silenciosos se dirigieron a su cuarto y comenzaron a vestirse.

"Si cuando yo acabe de bañar a la niña no han terminado de vestirse, ya se pueden componer. No me tardo, porque yo no voy a bañarme. Dense prisa."

Mientras Isabel desvestía a la pequeña Lourdes ésta trató de consolarla: "No te enojés, mamacita. Avisa a mi papy para que castigue a los muchachos. Escríbele a Santa Cios para que no les traiga nada. Pero no te enojés. Luego te hace daño enojarte y te pones mala. Andale, ya, dame un besito. No te enojés, mami."

"No, mi hijita, no me enojo. Es que estos condenados me sacan de mis casillas."

Isabel abrazó a la niña, consciente del gran consuelo que le proporcionaba. Era la única de sus hijos que parecía normal y agradable, y no le daba preocupaciones. Los otros tres eran irrespetuosos, de malas maneras y hasta crueles, no sólo entre sí, sino con su madre y con su hermana, y especialmente con los sirvientes. En la escuela eran malos estudiantes y tenían problemas de conducta. Rolando y Manuel ya habían sido expulsados de diversas escuelas. Rolando, apenas de catorce años, estaba adquiriendo amaneramientos afeminados, y el director de la escuela alarmó a Isabel diciéndole que lo llevara con un psiquiatra. Sin embargo, David pensó que la cosa no era tan seria y se rehusó a discutir los problemas familiares con extraños. Dijo que los psiquiatras volvían más loca a la gente, y que sólo los tontos iban a consultar. Él se consideraba suficientemente capaz de manejar a sus hijos sin que nadie le diera consejo.

Isabel bañó a su hija con una esponja de plástico, la enjuagó en la regadera y le secó el cuerpo y el pelo con dos toallas gruesas. Las toallas se guardaban junto con otra ropa blanca del baño, el jabón, el papel sanitario y los artículos de limpieza de la casa, en un closet cercano. Frotó a la nena con loción de *Helena Rubinstein*, le puso talco y la dejó envuelta en una toalla mientras fue a la recámara por sus ropas. Empezó a vestirla con una camisita de lana, unos calzoncitos blancos con encaje, un fondito azul también con encajes y un vestido azul de algodón con bordados de colores. Le puso calcetines azules del color del vestido, y unos zapatitos blancos. Finalmente, Isabel cepilló el pelo de su hija con un cepillo nailon, y en seguida la peinó. Lourdes se alejaba tratando de evitar que la peinaran, pero su madre Isabel la sostuvo con suavidad hablándole afectuosamente:

"Ya, nena, ya. Si no te dejas, me tardo más. ¿No ves que tenemos que salir y se nos está haciendo tarde?"

"¿Voy contigo, mami?"

"Claro que sí, mi nena. Sólo que te quieras quedar con tu prima, pero a lo mejor ella no va a estar porque va a salir. Tú tía es seguro que se va a llevar a Rosalba, porque a tu tío no le gusta que se quede sola y la nana es muy mena."

"Sí. ¿Si tía Elena se queda, me dejas con ella? Quiero jugar a las muñecas como el otro día."

"Sí, mi linda, pero ahora estate quietecita para que yo me pueda arreglar."

Juan tocó en la puerta del baño: "Ya acabamos, mami. Vamos a salir un rato aquí enfrente. ¿Nos dejas sacar las bicis?"

"Sí, sí, salgan adonde quieran. La cosa es que me dejen en paz un rato. No se vayan lejos porque cuando más me tardo una media hora."

Los muchachos bajaron corriendo, salvo Juan, que intentaba bajar deslizándose boca abajo por el pasamanos hasta que lo consiguió. Abrieron la puerta al jardín y salieron gritando en forma destemplada. Cuando llegaron a la reja, Isabel a su vez gritó desde una ventana:

"Tengan cuidado, que apenas ayer la arreglaron los albañiles. No la vayan a tirar de nuevo. Tú, Rolando, álzala tantito y que Manuel la abra con cuidado."

Mientras sacaban las bicicletas con precaución, ella observó la maniobra.

"Sí. Así, ahora ciérrenla de nuevo y ponle el pasador."

Los chicos montaron en sus bicicletas y comenzaron a jugar carreras en la calle sin tránsito. Isabel los observó durante algunos minutos y les advirtió, antes de retirarse de la ventana: "Tengan cuidado." Tomando a Lourdes de la mano se dirigió a su propia recámara para vestirse. Su resfrío era bastante fuerte y decidió no tomar su baño cotidiano.

De la parte superior de su tocador cubierto con cortinas doradas, tomó los tarros de cosméticos y comenzó a maquillarse. Primero la crema limpiadora, que luego se quitó con una toalla de papel tissú; en seguida una loción refrescante y luego su crema de día. También se puso un poco de colorete líquido en las mejillas y se pintó los labios con un color que le iba bien con el de la piel. Con un lápiz ocre se perfiló las cejas pensando en que ya era tiempo de ir a que se las depilaran. Con otro lápiz se sombreó el contorno de los ojos en el párpado inferior, lo que hacía parecer sus ojos más grandes. En los párpados superiores se puso sombra azul, y rímel en las pestañas, que alargadas con otras postizas, que ella misma se colocaba cada dos semanas, no le permitían lavarse la cara.

El pesado maquillaje daba a Isabel un aire teatral, acentuado por los vestidos ajustados y provocativos, así como por las joyas llamativas con que se adornaba. Su madre le había enseñado a emplear sus encantos personales para abrirse paso en el mundo.

La madre de Isabel, obstaculizada por un marido inútil empleado en la burocracia, había hecho la mayor parte de sus relaciones sociales a través de sus parientes ricos, lo que le permitía conservar la fachada. Se las arregló para dar a su hijo mayor una carrera profesional y para enviar a los dos más chicos a la escuela secundaria. En cuanto a sus tres hijas, calculó con acierto que podrían pescar un marido rico, y ninguna de ellas pasó del tercer año escolar. En la casa enseñó a sus hijas las labores domésticas, pero lo que mayormente la preocupaba era su virginidad. Desde que tuvieron quince años, esta madre hizo que una partera las examinara mensualmente, pero como Isabel había perdido su virginidad casi después de la fiesta de quince años, la partera fue obligada por la madre a guardar el secreto.

A los dieciséis años, Isabel había sido seducida por un viejo, amigo de confianza de la familia y había dado a luz una niña, en gran secreto. La niña fue adoptada por la madre de Isabel y nadie sabía su verdadero parentesco.

Isabel conoció a David durante un baile y lo encontró atractivo. Animada por la madre, quien estaba deslumbrada por su dinero, se dejó seducir por él en el cuarto posterior de su oficina. Después se fueron a Acapulco e informaron a sus familiares que se habían escapado. David prometió casarse con ella, pero una vez que se entregó a él, ya no hubo ceremonia. Ella tuvo que conformarse con su palabra de que la mantendría con todo lo necesario. Al principio tuvo preocupaciones pensando que vivía en pecado y dejó de ir a confesarse, pero David, que no tenía escrúpulos religiosos, no se preocupó por no poder confesarse. Él nunca había sido un asiduo asistente a la iglesia. A la Villa iba cada mes para pedir ayuda a la Virgen de Guadalupe, ya que creía que de otro modo, no prosperaría. Isabel resolvió su problema rezando todas las mañanas y por las noches, en su casa. Acompañaba a su esposo a la Villa, y solamente iba sola cuando necesitaba algún "milagro", pero había resuelto educar a sus hijos religiosamente dentro de la fe católica.

Los primeros cinco años de su vida con David fueron felices. Era tímida en la vida sexual y no obtenía mucho placer del acto, pero su marido parecía satisfecho y era atento y amable, aunque periódicamente la abandonaba para irse en largos viajes de "negocios". Ella tardó mucho en saber que estos viajes eran en compañía de otra mujer. Él había vuelto a sus costumbres de soltero, tenía casi siempre una amante a la que mantenía en "la casa chica".

Después, David comenzó a abandonar a su esposa y a sus hijos, en ocasiones faltó incluso hasta dos semanas de su casa y dejó a Isabel sin alimentos ni dinero. Durante estos periodos ella empeñaba o vendía los objetos de plata o los muebles, aunque nunca sus propias alhajas o sus ropas, y también pedía dinero

prestado a su familia. Cuando se quejaba, David la amenazaba con abandonarla o ponía fin a la discusión dándole un golpe.

Isabel soportó todo esto "por los hijos", hasta que en una ocasión David se excedió. Llegó tarde por la noche, algo bebido, y dijo a Isabel que se moviera un poco para hacerle lugar en la cama. Ella respondió que no podía porque Lourdes estaba dormida con ella. Él la empujó con tanta violencia que ella y la niña cayeron de la cama. Lourdes despertó llorando, y muy enojada, Isabel lo llamó bruto. David siempre se encolerizaba más cuando su mujer le respondía en forma agresiva. Cayó sobre ella con los puños, y además la pateó mientras estaba en el suelo. Sus gritos despertaron a los hijos, que corrieron a auxiliarla. Rolando tomó un jarrón y amenazó a su padre, pero David empujó a los niños fuera del cuarto. Sin mirar a su mujer que gritaba de dolor, abandonó la casa y no regresó en tres semanas. Isabel fue hospitalizada, con la clavícula rota.

En esta ocasión la conducta de David había ido más allá de los límites que ella y la familia soportaban, de modo que Isabel consultó a un abogado acerca de la forma de separarse. Se dio cuenta, sin embargo, que su marido había arreglado sus asuntos de tal manera, que no era posible tocar su dinero y ella no podía demandarlo para que la mantuviera. Isabel pensó llevarse a Lourdes e ir a vivir con su madre. Pensó también en buscar un trabajo que les permitiera vivir a ella y a la niña, pero no pudo decidirse a abandonar a sus hijos. Por ellos, según creía, se había sacrificado y sufría a su marido.

Después de la reconciliación, y a sugerencias del esposo, Isabel sufrió una operación quirúrgica esterilizadora que al mismo tiempo le arregló las distensiones y desgarramientos vaginales ocasionados por el nacimiento de los hijos. Ella pensó que de este modo, rejuveneciéndose, su esposo la encontraría más atractiva que a su actual amante, una mujer maternal a quien le fue constante durante los últimos cinco años. Pero él no cambió, y desesperada, cuando Isabel supo que la mujer estaba encinta, siguió a David hasta "la casa chica" y se coló de rondón, llevando un cuchillo que había tomado de su casa; con él tasajeó histéricamente cuanto encontró a su paso, muebles y paredes, todo. Cuando llegó al extremo de amenazar con el cuchillo a la mujer, David la detuvo y metiéndola en el coche la llevó a casa. La conducta de su mujer lo mejoró durante algún tiempo, pero no lo hizo dejar a la amante. Isabel se dijo a sí misma muchas veces que ya estaba resignada a su situación matrimonial y que eran los hijos quienes la tenían angustiada e infeliz, pero su hostilidad hacia el marido seguía siendo intensa.

Mientras se apresuraba a vestirse, pensó en las compras de Navidad que debía hacer y en la forma de alargar el presupuesto para incluir a todos en la lista de obsequios.

"¡Y pensar que con tanto dinero es tan codo conmigo! De seguro que con la querida ha de ser muy espléndido. ¡Maldita suerte! Estos cabrones hombres rehusan dar a sus mujeres lo que dan a sus queridas. Y esa vieja es tan fea. Parece lombriz. No sé qué es lo que David le ve. Siempre promete dejarla, pero nunca la deja. Le ha de haber dado algún bebedizo. La verdad es que a veces uno tiene que creer en brujerías cuando ve las idioteces que algunos hombres cometen. No sé qué es lo que le pasa al muy bestia. ¡Si de una vez por todas me dejara! Pero no, si no me está fregando no está contento. Pero yo sé cómo me desquito. Cuando quiere estar conmigo me finjo la dormida y se queda con las ganas. Y cuando me dejo, no siento placer. Es como si me apretara las narices para tomar aceite de ricino. Tengo que desquitarme de él de alguna manera y dejarlo que se vaya adonde tiene que pagar por ello. Apenas me da lo indispensable para lo más esencial."

Mientras esperaba a su madre, Lourdes jugaba con un gran perro de juguete que un tío suyo le trajo de los Estados Unidos. La servidumbre realizaba su trabajo. Josefina trataba de poner orden en el cuarto de baño, y Concepción, la hija de la cocinera, la ayudaba.

"Mira nomás —decía Josefina— estos escuincles puercos. Bien se ve que el dinero no es todo. Capaz que si en mi casa hiciéramos esto mi madre nos hacía que lo limpiáramos con la lengua. Pronto me largo, la verdad ya no los aguanto."

"Yo por eso no me dejo —dijo Concepción—; si me pegan, pos les contesto. Al cabo me dijo mi mamá que si nos corren le tiene que dar sus tres meses, porque ella no se queda callada."

Intempestivamente Isabel entró en el cuarto de baño, y las sirvientas guardaron silencio. Isabel no escuchó lo que decían, pero si hubiera escuchado tal vez hubiera fingido que no había oído, pues "es difícil conseguir sirvientas, y a mí no me agrada hacer el quehacer", diría ella. Pidió a las dos muchachas que salieran del baño y cerraran la puerta.

Concepción fue en busca de Lourdes, que seguía jugando con su perro.

"¿Jugamos, nena?"

"Andale —dijo ella—, nomás un ratito porque mi mamy no tarda ya. Vamos a jugar a la casita. Luego tú alzas las cosas cuando me vaya." Con el perro en los brazos, Lourdes fue a su cuarto. Concepción la siguió llevando una gran muñeca de "carne" que podía caminar cuando la llevaban de la mano. Concepción sacó un viejo cepillo de uno de los cajones del buró y comenzó a peinar a la muñeca.

"No le jales los pelos —dijo Lourdes—. Cómo eres bruta, se los vas a arrancar."

"Qué se los vas a arrancar ni qué nada. Fíjate que estas muñecas se pueden bañar y peinar, y todo. ¿No lo has visto en la tele? —dijo Concepción—. Tú jala la silla para hacer la casita."

"Oigan, niñas —dijo Josefina—, no vayan a hacer tanto tiradero. Voy a arreglar la pieza de la señora, pero ustedes esténse quietecitas."

Las niñas no prestaron atención. Taparon dos sillas con una sábana dejando un hueco y se metieron dentro con el perro, la muñeca, y otros juguetes para jugar a la casita. Josefina comenzó a hacer la cama en el cuarto del señor. Extendió encima dos sábanas limpias, un cobertor de lana que tenía forro de seda, una cobija azul con bordados de seda, y finalmente la colcha de satén. Dobló las pijamas de David y las metió en un compartimiento del ropero, especial para ropa de noche. En seguida levantó los periódicos esparcidos por el suelo y los arrojó al cesto. Bajó las escaleras y a los pocos minutos regresó con la falda y el suéter que Isabel había pedido. Isabel salió del baño vestida con su ropa interior. Llevaba una faja y un *brassière* que le mantenía erguido el pequeño busto. Su ropa interior era de nailon, adornada con encaje, mandada a hacer en una tienda de lujo. Mirando su reloj pulsera vio que ya era la una y treinta.

"¡Qué barbaridad! Ya es la una y media. No creí que fuera tan tarde. No sé a qué horas voy a regresar. Josefina, dame pronto la ropa."

Josefina le dio el suéter, que se puso de prisa, en seguida la falda y un cinturón de piel muy ceñido.

"¿Qué zapatos le doy, señora?", preguntó Josefina.

"Los de charol, pero pronto, ándale."

Josefina abrió la puerta del closet. Dentro, una percha de zapatos, con una docena a la vista, contenía zapatos para baile, deportes y calle. Bajo la percha, cajas con más pares de zapatos. Josefina sacó los zapatos de charol con tacones muy altos e increíblemente finos. Mientras se los daba a Isabel, preguntó:

"Señora, dispense la curiosidad, pero ¿qué esos tacones no se rompen?"

"No, tonta, tienen alma de acero."

"¿Qué es eso?"

"Quiero decir que en medio tienen una varilla de metal que no deja que se rompan."

"Ah, ya veo."

Isabel se puso los zapatos y comenzó a cepillarse el pelo. Hacía tiempo que se lo había teñido de caoba, pero ahora se lo dejaba crecer del color natural. En la raíz del pelo se percibía una franja de color castaño oscuro. Se peinó hacia atrás, con el cabello suelto, procurando retener la forma que le habían mar-

cado en la juguetería unos días antes. Cuando estuvo lista, llamó a Lourdes.

"Yo no voy, mami, estoy jugando re bonito."

"Cómo que no. De guaje te dejo con estos diablos. Luego tu padre lo sabe y se enoja. Andale, cuando vengas sigues jugando. Vámonos pronto, que tu tía ya se ha de desesperar. Espérate, voy a hablarle por teléfono para ver si ya salió."

Isabel fue hasta la extensión telefónica que tenía en su cuarto y llamó a su hermana.

"Bueno, ¿quién habla? ¿Es usted, Bertha? Háblele a la señora. De su hermana. Oye, Elena, ¿a qué hora te vas? Bueno, yo ya voy para allá. Los muchachos quieren ir a jugar con tu hijo. No, hombre, nomás Rolando. Los otros se quedan aquí. Bueno, allá voy. Nos vemos."

Tomó a Lourdes de la mano.

"Ay, mami, no me jales."

"Andale que ya se hizo tarde. Oye, Josefina, dame mi bolsa; está ahí en la silla."

Josefina le dio una bolsa de charol en forma de cartera. Isabel puso en ella unos pañuelos de papel tissú. Bajó a la cocina y habló con la cocinera, que ya había regresado del mercado.

"Ya me voy, Juana; regreso como a las tres. Acuérdate de ponerle bastante ajo al chile de las milanesas. Ya vengo."

Salió. Eufemia la lavandera estaba en la parte de atrás de la casa tendiendo la ropa. Isabel la llamó para que retuviera la reja mientras la abría y para que la cerrara después. En seguida llamó a Rolando.

"Vamos, hijo —y volviéndose hacia Juan y Manuel—: Ustedes se portan bien, no me hagan repelar a las criadas, les voy a traer sus revistas."

"Adiós, mami."

Rolando salió en su bicicleta. "Allá te espero."

"Ten cuidado", dijo ella, pero él ya no la oía.

"Vámonos, nena, que ya van a dar las dos."

Caminaron sin hablar. Aunque Isabel era bajita, caminaba muy aprisa. De vez en cuando Lourdes le daba un tirón de mano porque apenas podía seguirla. Caminaron varias cuerdas y llegaron a la casa de Elena, donde estaban estacionados dos automóviles De Soto, 1953. Isabel tocó el timbre y una sirvienta uniformada abrió la puerta.

"Oiga, Bertha, dígame a mi hermana que ya estoy aquí, que me mande las llaves y que ya no entro porque es muy tarde."

"Bueno, señora, orita vengo."

Pero la propia Elena vino a la puerta. Era una mujer bella y joven, de pelo castaño, más alta que Isabel, pero muy parecida a su hermana:

"Oye, loca, ¿por qué no pasas? Ya meo nos vamos, pero entra para que veas a mi chiquito."

"No, mami, no entro. Ya son casi las dos. Mira, ya faltan cinco minutos —dijo Isabel, mirando su reloj—. Luego mi me va a alcanzar el tiempo. Oye, ¿qué le vas a regalar a tu marido de Navidad?"

"Todavía no sé. Ahora quería ir al Palacio, pero todo se puso patas arriba y luego nos hablaron de que Jorge, hermano de Mauricio, está enfermo y vamos a verlo. Hasta mañana voy de compras. Ahora vamos a comprar las cosas para los chicos. Mañana voy yo sola, a ver si me acompaña."

"Bueno, manita, si nos vemos. Te devuelvo el coche luego."

"No te preocupes, no lo voy a necesitar en todo el día. Pero, eso sí, me devuelves el tanque lleno. Lo acabo de llenar en la mañana."

"Ya, ya, no te preocupes. Hasta pronto. Me hablas cuando llegues, a ver si nos vemos en la tarde."

"Oye, tía —dijo Lourdes—, ¿qué te vas a llevar a Rosalba? Porque dice mami que, si se queda, me quedo con ella."

"No, linda, no puedes quedarte. Me la voy a llevar, porque Bertha no puede cuidarlos a todos, y menos ahora que salió la recamarera. De regreso a ver si te la presto un rato, ¿eh?"

"Ni modo. Mami, vámonos."

Isabel tomó las llaves que le daba su hermana, se dirigió al carro y, acomodando a Lourdes en el asiento delantero, dio la vuelta para entrar. Enfiló por el Paseo de la Reforma, donde dio vuelta hacia el centro de la ciudad.

"¿Qué le compraré a David? —pensó—. La verdad es que no quisiera comprarle nada, es tan mula. Pero de qué sirve. Ya le compré un suéter de cashmere, pero mejor lo regreso. Sería una tonta si gastara tanto dinero. Luego no me queda nada para comprar los otros regalos. ¡Ah!, ya sé. Voy a comprarle la chamarra que le gustó el otro día. No me puede costar más de trescientos pesos y él ni eso merece."

Lourdes había estado silenciosa, mirando por la ventanilla pasar los automóviles. Ahora se volvió a Isabel:

"Mami, ¿de qué color vas a comprarme los pantalones? Yo los quiero amarillos. No quiero vaqueros. Manuel me dijo que tenían que ser vaqueros, pero no me gustan los de hombre; quiero de mujer."

"Los compraremos como tú quieras, pero no me vayas hablando ahorita porque no puedo hacerte caso, vayamos a chocar. Cállate un ratito, nena."

Iban cruzando el círculo de la fuente de Diana donde el tránsito es siempre muy intenso, y aunque Isabel era una experta en el volante, siempre tenía miedo de este sitio. Más allá de la fuente, después de continuar por Reforma hasta Niza, dio vuel-

ta a la derecha, deteniéndose ante una tienda elegante. Esta tienda, especializada en ropa de niños, sólo vendía modelos originales que desde luego eran muy caros. Isabel cerró el carro antes de entrar con Lourdes.

La dueña de la tienda se acercó con una amplia sonrisa al encuentro de Isabel.

"¿Ahora qué le va a comprar a la nena? ¿Qué tal, Lulú, cómo te va? Qué bonita estás, qué bien te queda el pelo corto."

Lourdes no contestó. Era tímida y sólo se volvía comunicativa con alguien a quien conociera durante mucho tiempo.

"Queremos ver unas botitas vaqueras y unos pantaloncitos de pana amarillos para la niña, pero de pana americana porque la del país no dura casi nada", dijo Isabel.

La vendedora, que sólo esperaba las indicaciones, contestó:

"No tenga cuidado, señora. Nosotros sólo vendemos pana americana. Mire usted, aquí están las botas. ¿Del número veinte, verdad? Como los zapatitos que llevé ayer."

"No, démelas del veintiuno. Más vale que le queden grandes, porque esas botas son difíciles de amansar y luego ya no las usa."

Lourdes eligió un par de color café con ribetes blancos.

"Éstas, mami, éstas me quedan bien. Son como las de Juan, así me gustan. Ya no me las quito, déjamelas."

"Muy bien, linda, pero no te desesperes. ¿Cuánto cuestan, señora?"

"Noventa pesos. Nosotros se las damos así porque ya es cliente."

"Está bien, aunque se me hacen caritas. Pero bueno... ¿Qué pasó con los pantalones?"

La vendedora ayudó a Lourdes a ponerse unos pantalones que Isabel pensó eran un poco cortos.

"A la primera lavada van a encoger", dijo.

"No, señora, no encogen; es pana americana, ésa no encoge. Llévselos y verá cómo no se arrepiente. Se los voy a dejar en cuarenta pesos. Valen cuarenta y cinco, pero a usted le hacemos siempre descuento."

Isabel sonrió, incrédula. Estuvo de acuerdo con el precio; sin embargo, en seguida buscó un suéter de lana para Manuel. Uno le quedaba chico y el otro tenía las mangas rotas. "Qué le vamos a hacer —pensó Isabel—, tengo que comprarle ropas porque su tacaño padre no les compra nada. ¡Eso de que sólo me dé mil pesos para la ropa de todo el año de sus hijos! Es el colmo. Pero... peor hubiera sido si se hubiera empeñado en no darme nada. Cuando menos esto será bastante para la primera mitad del año, y luego, si se van a la escuela de internos, tendrá que comprarles más ropa. Quiere que yo haga milagros con los mierdas seiscientos pesos que me da cada mes."

En seguida Isabel pidió que le mostraran las medias *Mickey Mouse* para Lourdes. Compró seis pares a cuatro cincuenta cada uno y pidió la cuenta.

La dueña de la tienda agregó: "De lo que lleva usted, ahora son doscientos dos pesos; pero de lo atrasado son ciento noventa y ocho. En total, cuatrocientos pesos cerrados. Si quiere me puede dar una parte, no es necesario que me lo dé ahora."

"No, mejor ahora le liquido, porque todavía me falta venir a ver los regalos de mis sobrinos."

Dio a la mujer un billete de quinientos pesos. Mientras tanto, Lourdes estuvo mirándose en el espejo. La vendedora las acompañó a la puerta, dio las gracias a Isabel e hizo caricias a Lourdes. Isabel colocó las cajas dentro del auto, cerrándolo antes de dirigirse a una tienda de artículos para hombre y comprar la chamarra para David. No esperaba que él le hiciera un regalo. Últimamente habían estado peleando y ella sabía que él se desquitaría de este modo. Hasta había sido difícil convencerlo de que le adelantara el gasto de tres meses para poder realizar sus compras de Navidad.

Conforme se acercaba a la tienda se dijo a sí misma: "He gastado en los regalos de los niños cerca de ochocientos pesos y debo dar un abono a la cuenta del salón de belleza, que ya asciende a quinientos. Y luego la modista... ¡Ay, Dios, casi no me va alcanzar! Menos mal que mi mamá y la familia no están aquí en la ciudad. Les daré sus regalos cuando regresen. Solamente están Elena y su familia. Tendré que ver cómo le hago para salir del paso. Últimamente, puedo comprar los regalos para los hijos de Elena en esa tienda, y después pagaré. Mejor quisiera que David me regalara dinero en Navidad, pero en vez de eso probablemente me dará una bobada o una alhaja cara que no me dejará ponerme y que después, si le da la gana, me la quita."

En la tienda de artículos varoniles pidió que le mostraran la chamarra. Era una tienda a la última moda, e Isabel estaba convencida de que allí todo era superior. Un empleado trajo la chamarra: de piel negra forrada de lana y con bolsas a los lados cerradas con zippers.

"¿Cuánto cuesta?", preguntó.

"Sólo cuatrocientos veinticinco pesos."

"Uy, es muy cara. Fíjese que yo sólo quería gastar unos trescientos pesos."

"No, ese precio no es posible, pero déjeme hablar con la señora, tal vez ella quiera hacerle un descuento."

El vendedor entró en una oficina inmediata mientras Isabel esperaba y Lourdes, que había encontrado otro espejo, se admiraba. Cuando el vendedor salió, dijo:

"Mire, señora, la dueña dice que puede dejársela en cuatro-

cientos pesos, pero que ése es el último precio y no puede bajar más. Tenemos muchos costos. Le aconsejo llevársela. Pronto se acabarán."

Isabel pensó por un momento. "Muy bien, me la llevo; pero envuélvala para regalo, muy elegante, ¿eh? Quiero que se vea bonito."

En poco tiempo le entregaron un paquete envuelto en papel especial con dibujos navideños. "Muchas gracias", dijo Isabel mientras pagaba.

"Gracias a usted, señora —contestó el vendedor—. Ya verá usted qué satisfecho queda su esposo cuando vea ese espléndido regalo."

"¿Es para mi pay esa chamarra? —dijo Lourdes—. ¿Qué le va a traer entonces Santa Clos?"

"Mira, nena, es que Santa Clos no tiene tiempo de traerle nada a los mayores y a mí me dio el dinero para que le comprara su regalo a tu papy, por eso yo vengo a comprárselo."

"¡Ah!, vaya", dijo Lourdes.

Isabel salió de esa tienda y se dirigió a una zapatería que estaba en la esquina. Primero miró el escaparate y pensó: "Cuando menos quisiera poder comprar tres pares para mí. Necesito esos negros de satín para el vestido que me voy a poner en la cena de mañana. Los de satín son los únicos que le quedan al vestido por los adornos que tiene. Me podría poner los de terciopelo, pero no hacen juego con la bolsa. Estos están lindos y me gustan los tacones transparentes, pero si los compro no podré comprar más porque valen ciento ochenta pesos. Bueno, pero me gustan, ojalá y tengan mi número."

Isabel entró en la zapatería y trató de que le bajaran el precio, pero la vendedora era terminante y tuvo que pagar lo marcado. Extendió otro billete de quinientos pesos y recibió la caja y su cambio.

"Ora sí; ya vámonos —dijo a Lourdes—, ya es rete tarde y ya se me acabó el dinero."

"¿Y las revistas que dijiste que ibas a comprarnos? Andale, mamy, no seas mala, cómpralas. Vamos también por las esferitas para el árbol, luego después no nos lo pones..."

"En la tarde venimos. Tu tía me dijo que me prestaba el coche todo el día. Las revistas las compramos por ahí en cualquier puesto. Pero córrele, nena, que ya casi son las tres y tu papy no tarda en llegar."

Tomó a Lourdes de la mano y casi corrió hasta el automóvil. Cuando hubo colocado a Lourdes en el asiento y puesto los bultos en la parte de atrás, subió y echó a andar.

"Vas a ver, con este tráfico vamos a tardar un año en salir de aquí, y tu padre me dijo que llegaba temprano. ¡Ay, Dios, ya es muy tarde!"

Eran las tres de la tarde cuando Isabel entró por la avenida de su casa. Eufemia les abrió la puerta.

"¿No ha venido nadie? ¿No hay ninguna novedad?", preguntó Isabel.

"No, señora, le pedí a Juana para una caja de *Fab* porque se me acabó."

"Pero, Eufemia, apenas antes te di para que compraras una, ¿cómo gastas el jabón, como a ti no te cuesta!"

"Ay, señora, me da mucha pena, pero es que sale rete harta ropa de los muchachos, y las sábanas, y todo. También le di un poco de jabón a Juana para que lavara la entrada. Si lo cuidó, ¡de veras!"

"Ni modo. Ora cuida esa caja nueva porque ya no te doy más en la semana. Toma, ayúdame con los paquetes."

Isabel pensaba: "Estas malditas gatas desperdician todo porque no les cuesta nada. Pero ¿qué puedo hacer? Si las regaño más, se van ¿y entonces qué hago? Nos tienen agarrados del pescuezo." En la casa, descubrió que Manuel estaba usando una tabla que había encontrado, para deslizarse sentado sobre las escaleras.

"Muchacho condenado, apenas los dejo solos un rato y hacen diablura y media. ¿Qué no ves que vas a romper los pantalones? Mira cómo tienes los zapatos todos mojados. Andas hecho un chango. Parece que ni te bañaste. ¿Dónde está el Gordo? Ha de andar haciendo diabluras."

"Ay, mamy, por todo te enojas. El Gordo sí que ha hecho travesuras. Fíjate, desde que te fuiste está come y come. Se comió una jicama con azúcar y dos naranjas, orita está en la cocina peleando con Juana porque no le quiere dar más fruta. Vé a verlo y verás nomás."

Isabel dejó los paquetes en un sillón del pasillo y se dirigió hacia la cocina. Podía oír a su hijo discutir con la cocinera mucho antes de entrar.

"¿Por qué no me das fruta? ¿A poco es tuya? Le voy a decir a mi papá para que te corra a patadas. A tu hija sí le das, ¿verdad? Ya vi que se estaba comiendo una manzana. A poco mi mamy las compra para que se las coma esta escuincla. Te voy a acusar, sangrona."

"Mira, niño, una cosa es que tus padres me paguen y otra que me insultes. Yo le compré a Concepción la manzana. Ya cállate, porque si no, me voy. A ver si encuentran otra taruga que los aguante."

"Oye —dijo Concepción—, ¿qué nomás tú tienes para comprar manzanas? Somos pobres, pero tenemos centavos."

"¡Cállate!, gata desgraciada."

"No me callo, pos qué. ¿Quién eres tú para callarme? Si ni de tu mamá me dejas. Yo no soy tu criada."

Todos callaron cuando Isabel entró en la cocina.

"¿Qué pasa aquí?", dijo en tono agresivo.

"Mamy, mamy, es que Juana no me quiere dar fruta y se la da a esta escuincila. Mira, se está comiendo una manzana y a mí no me quiere dar."

"Señora —dijo Juana con voz firme—, Concepción está comiendo una manzana que le compré ora que fui al super. Le digo al niño que usted no me encargó manzanas ora, pero no me quiere hacer caso. Me dio de patadas y tiró la leche que tenía encima de la mesa. Ya no lo aguanto. Ora el Gordo se ha portado re mal. Si eso sigue así yo me voy a ir. Usted es buena y también el señor, pero francamente los niños son algo que no se aguanta."

"No te fijes, Juana. Y tú, Juan, cállate. Ya vamos a comer al rato —dijo Isabel—. Ustedes no me tienen consideraciones. Vete para allá afuera con tu hermano; esténse quietos, mientras veo lo de la comida. Ándale." Y dio a Juan un suave empujón.

"Vente, nena —dijo el niño, volviéndose a Lourdes—. Mira qué bonitos pantalones. Y a ver tus botitas. Mamy, son como las mías, igualitas. Pero esos pantalones no son vaqueros. ¿Verdá, mamy, que no son vaqueros?"

"No, no son vaqueros —Lourdes contestó, enojada—, ¿y qué? Yo soy mujer, ¿no ves? Y no hay pantalones vaqueros para mujer. Y no voy contigo porque luego me pegan ustedes. Mejor me quedo aquí con mi mamy."

"Sí, ya déjala —intervino Isabel—. Salte."

Cuando el niño salió, ella se dirigió a la estufa e inspeccionó la comida.

"¿Qué pasó con los plátanos, Juana? ¿Por qué no están cocidos?"

"¿Qué, ¿tenían que ser cocidos, señora?"

"¡Claro! Ustedes nunca hacen lo que uno dice. Pero ya no los ponga a hervir —dijo cuando Juana estaba a punto de ponerlos a cocer—. Ahora sívalos nada más fritos en el arroz. A ver qué me va a decir el señor porque no están como él dijo. Háblele a Josefina para que llame a casa de mi hermana y le diga a Rolando que se venga luego porque no tarda su papy en llegar. Tú, nena, sube los paquetes y ponlos en el closet de mi recámara. Ayúdale, Concepción."

Josefina se dirigió al teléfono. "¿Bueno? ¿Quién habla? La señora dice que ya se venga Rolando a la casa. . . ¿Cómo, señora? La señora Chabela. Que se venga a la casa porque su papá ya va a llegar pronto. . . Sí, el niño de aquí. ¿Está allí la señora? Está bien, eso es todo. . . ¿Qué? . . . Sí, en este momento la llamo —se volvió a Isabel y dijo—: Señora le habla la criada de su hermana, dice que el niño está llorando, que cómo le prepara el alimento."

"Dame la bocina, ¿Qué? —dijo Isabel—. Mira, le pones tres onzas de leche. . . ¿qué? . . . ¿que es leche en polvo? Pos eso no sé como se prepara. Busca en el directorio el teléfono de Jorge y llámala. Allí está. Si no la encuentras me vuelves a hablar para ver qué hacemos."

"¿Qué bárbara es Elena —dijo, mientras colgaba el aparato—. Qué ocurrencias de irse sin dejar preparado el alimento de su hijito. Y lo peor es que ni me dice nada. ¡Qué bárbara! No se le quita lo irresponsable."

Rápidamente inspeccionó la mesa para asegurarse de que nada faltaba y subió al piso superior a lavarse las manos y a cambiarse los zapatos de tacón alto. "Voy a llamar a David —pensó—, a ver si ya salió de la tienda. La verdad es que ya me muero de hambre y si se va a tardar, empezaremos a comer." En el teléfono le dijeron que ya había salido. "No ha de tardar —dijo para sí—. Ojalá y Rolando venga pronto para que comencemos a comer luego. Me siento bastante mal con esta gripa. Cuando venga David a ver si quiere que mande yo por *Desenfriol* o una botella de *Ativin* a la farmacia. Si no, mañana voy a estar verdaderamente mala para la cena. Ahorita me voy a tomar una aspirina para ver si me mejoro un poco."

Se cepilló el pelo hacia atrás y se puso una mascada azul de seda. Abajo escuchó ruido y al asomarse vio que Rolando y Manuel hablaban con unos amigos a un lado del jardín. Rolando era el que más hablaba. Decía que allí mismo su padre iba a construir un cuarto para instalar el tren eléctrico, y que además iba a ampliar la sala.

"Aquí mismo mi papy va a hacer un cuarto para el tren eléctrico. Y va a ampliar la estancia porque esto de nada sirve y se está desperdiciando terreno. Así queda mejor la sala para que cuando haya visitas no estén tan apretadas, no que nunca podemos hacer fiestas con todas las amistades de mis papás."

Los otros muchachos estaban admirados, e Isabel sonrió mientras observaba desde el balcón. "Así quisiera verlos siempre —pensó—: tranquilos, amables y actuando como caballeros. Pero es tanto como pedir peras al olmo. No sé que voy a hacer cuando crezcan. Me van a matar."

En la sala, Juan hablaba con Lourdes: "Oye, nena, ¿por qué no te compraron pantalones vaqueros? Mira, éstos se ven rete feos por detrás; mira, da la vuelta."

"No es cierto —insistía la niña con visible mortificación—, es que yo soy mujer. Mira, no se ven feos, ¿verdá que no, mamy?"

"Claro que no. Es como ella dice. Es mujer y por eso le gustan esos pantalones que son para mujercitas."

"Sí, mamá, pero es que también hay pantalones vaqueros para mujer cerrados por delante. Yo los he visto. Lucy, la niña

de enfrente, tiene niños y se van muy bien, pegaditos. No que a éstos se les hace una bolsa por detrás."

"Ya déjala, hombre, qué latosos son ustedes. Asímate a ver si ya viene tu papá. De todos modos, díles a los muchachos que ya se vengán a comer."

Juan salió para llamar a sus hermanos. Todos entraron gritando:

"¿Qué nos trajiste, mamá? ¿Qué pasó con las revistas?"

"Fíjate, mamá —dijo Rolando—: estuvimos jugando re suave en casa de mi primo. Hicimos una casa de campaña en el jardín y sacamos los juguetes y las cosas de explorador de cuando van al campamento. Mi tía nos dio permiso. Nos hubieras dejado allá."

"Sí, y luego qué comen. Ya ven que a su tía no le gusta que estén allá porque dice que le hacen travesuras y tu papá se enoja si no los encuentra aquí a todos. Mejor van después, en la tarde. Las revistas se las compro ahora después que vayamos a traer las cosas para el árbol. Se ponen abusados con su papá a ver si le sacamos para el árbol. Yo no tengo dinero."

"Toma, mamá —dijo Rolando—, te doy estos diez pesos para los adornos."

Manuel se quedó pensando si también él debía contribuir "para comprar hartas cositas".

"Andale, Manuel, no seas codo. Dale a mamá los diez pesos que sacaste esta mañana de tu alcancía."

Manuel extendió un billete de diez pesos a su madre.

"Pero es para los adornos, ¿eh? Si no ponemos árbol, me los devuelves."

"Ya, qué desconfiado —dijo Isabel—. ¿Cuándo te he hecho topillo con algo? Yo les presto y les doy más y nunca me pagan. Suban ya a lavarse las manos y se vienen a sentar. Para que no se peleén, ustedes lávense aquí abajo."

Los muchachos hicieron lo que se les ordenó, pero Juan levantó una caja vacía, la llevó hasta media escalera y desde allí la arrojó a la sala. Su madre gritó:

"¿Quién tiró la caja? Ya van varias veces que la levanto y me la vuelven a tirar. Esta es la última vez que la levanto. Si me la tiran de nuevo, le pego al que lo haga."

Camino de la mesa, Juan empujó a Lourdes, y como la tomara por sorpresa, la niña cayó y comenzó a llorar. Isabel fue hasta donde Juan y le dio unos coscorrónes. Él también comenzó a llorar y la amenazó:

"Verás, te voy a acusar con mi papy que eres mala y nomás nos pegas. Y que te fuiste sola y no nos quisiste llevar. Vas a ver."

Isabel volvió a pegarle, pero esta vez con fuerza. "Andale —dijo, muy enojada—, se lo vas a decir, chismoso, pero si no se

lo dícas tú se lo digo yo y vas a ver. Yo me encargo de que Santa Clara no te traiga nada. Muchachos de pora, parece que no soy su madre. Si parecen mis enemigos."

En ese momento, Rolando, que había estado mirando por el balcón, gritó: "¡Mi papy, mi papy!", y bajó corriendo las escaleras para salir al encuentro de David, que alzaba la reja. Eran casi las cuatro de la tarde.

"¿Quihubo hijos, ¿ya iban a comer sin mí?", preguntó mientras acariciaba a Lourdes que también vino a su encuentro. La levantó en brazos y entró en la casa. Cuando vio a Isabel subió a saludarla y la besó en la boca. Ella casi se volteó como evitándolo.

"¿Qué pasó, mi chaparra de oro, ¿todavía estás de jeta? Ya sabes que me gusta encontrarte sonriendo cuando llego."

"No, viejo, es que estos muchachos me ponen loca. No puedo con ellos. Esto se arregia nomás con el internado, si no, te vas a quedar pronto viudo."

"¿Qué más quisiera? —dijo él jocosamente—. No tengo tanta suerte."

"¿Que no tienes suerte? —dijo ella, siguiendo la broma—. La suerte la tuviste cuando te casaste conmigo."

"Sí. Ya ves qué suerte. Cuatro muchachos que te vuelven loca. Pero, en serio, hijos, no hagan enojar más a su madre. Si ella me vuelve a dar la queja, van a ver qué mal les va."

David se volvió a su mujer: "Oyes, vieja, vieras qué bien sa liste en la película. Estás re guapa."

"¿Qué película?", preguntó ella, pero ya David iba rumbo al cuarto de baño y no contestó.

"Ay, mami —dijo uno de los muchachos—, cuál ha de ser. La de la inauguración de la fábrica. La que tomaron el otro día."

"De veras. Ahora que baje tu papy le preguntamos. Siéntense para que los encuentre en la mesa cuando baje."

David bajó frotándose las manos: "¿Me das una copa, vieja?"

"¿De qué la quieres?"

"De coñac, pues."

Isabel sirvió coñac *Courvoisier* para su marido y para ella en dos grandes copas de cristal en forma de ánfora. Sirvió lo necesario para cubrir el fondo de las copas. David dijo:

"A tu salud, chaparra de oro."

Chocó su vaso con el de ella y la besó otra vez. Esta vez aceptó el beso más amablemente. Cuando hubieron tomado el coñac, Isabel preguntó:

"¿Qué me decías de la película?"

"¡Ah!, sí; pues que saliste muy guapa. Me dieron ganas de traerla, pero tenía que traer también el proyector, porque el que tenemos aquí no sirve para ese tamaño."

"Ay, papy, la hubieras traído —dijo Rolando—. Nosotros no hemos visto cómo quedó. ¿La traes mañana?"

"Sí, si el señor Rojas me lo tiene listo se los traigo. Si no, vamos en la tarde a la oficina a verla. Ya verán, ya verán qué guapa está su madre ahí."

La familia se sentó a la mesa y Josefina entró con los platos de sopa de verduras en una charola de cobre. Sirvió a la familia según las edades. Primero a David, luego a Isabel, luego a Rolando hasta que llegó a Lourdes, que era la última. Preguntó si podía traer refrescos y todos los niños gritaron que sí. Trajo pepsi-colas para todos, excepto para David que tomó tinto chianti, de la marca Misión de Santo Tomás. Toda la familia comenzó a comer hablando de los días de fiestas, las posadas y la Navidad.

Lourdes dijo a su padre: "Papy, yo quiero mi arbolito. ¿No lo vamos a comprar?"

"Sí, hija. ¿Por qué no se los ha comprado su madre?"

"Porque tú no le has dado dinero, papá —dijo Juan—. Déjale dinero ahora porque si no, no lo compra."

"Pero chaparrá, lo hubieras comprado y después yo te hubiera dado."

Rolando, que se atrevía a ser el más insolente con su madre, intervino:

"Ves, mamá. Te lo dije, pero siempre dices que mi papy no te da el dinero. Si no compras el árbol me devuelves mi dinero."

En esta ocasión Isabel no hizo caso a su hijo. "Sí, lo compro y después tú no me das el dinero. Además ya no tengo dinero. Apenas si me alcanzó para todo lo que tenía que comprar."

"Bueno, antes de irme te doy para que lo compres. Andale, come —dijo a Lourdes—. Ustedes se hacen guajes con la comida, y no saben ni lo que tienen."

"No quiero sopa, papy, está re fea. No me gusta", dijo la niña.

"Andá, nena, come. Bueno, que te sirvan lo demás."

Isabel tocó el timbre y Josefina apareció con platos de arroz cubiertos de plátanos fritos.

"¿No que iba a hacer tortas?", dijo David a Isabel.

"Sí, hombre. Pero al regresar me encontré con que no había nada. Te digo que no puede uno dejar solas a éstas, porque hacen tontería y media. Pero parece que no está tan peor el arroz."

Manuel, que había estado callado durante algún tiempo, dijo:

"Oye, papy, ¿pongo la grabadora para oír lo que grabamos ayer?"

"Espérate a que acabemos de comer, o siquiera a que acabes tú. Después se hacen guajes y no comen —dijo Isabel—, y en la tarde andan que ya no pueden de hambre."

Manuel hizo un movimiento como si fuera a levantarse y David habló con energía: "Sí, haz lo que dice tu madre."

"¿Ves, papá —dijo Juan—, Manuel es rete desobediente y siempre anda presumiendo de que es él quien se porta mejor."

"Ya cállense y coman", dijo Isabel, y tocó el timbre otra vez.

Josefina trajo bisteces asados cubiertos con una salsa picante y adornados con lechugas, rábanos y papas. Cuando vio la carne, Rolando gritó:

"Yo no quería la carne con chile. Eso no me lo como."

"¿Qué pasó? —dijo, disgustada, Isabel—. Les dije que me apartaran la carne, más bien dicho: la dejé apartada yo misma. Háblale a Juana."

Juana entró contrita, pero Concepción su hija la seguía y rápidamente habló antes que su madre dijera algo.

"Yo fui, señora. Cref que a mi mamá se le había olvidado y cogí los dos bisteces que dejó usted en el plato y les puse el chile. Ella no tuvo la culpa."

"Pero ¿quién te manda a ti meterte en eso? Y usted, Juana, ¿por qué la deja que la ayude? ¿No ve que puede hacer porquerías con la comida?"

"Yo no me como eso, ha de tener cochinas", dijo Rolando.

"Vaya, después de que debías darle las gracias a la chamaca porque te ahorra el trabajo de comer, todavía te enojas —dijo el padre—. Anda, dale las gracias, y ¡ay! no grites."

"No bromees, David. Él quería la carne sin chile. A ver ora qué come."

"No se preocupe, señora, voy a lavar la carne con caldo y queda bien."

"Bueno, pero si no queda bien tú te la tragas", dijo Rolando con ordinariéz.

Juana no contestó y regresó a la cocina. Los otros chicos comían rápidamente sin hablar porque deseaban abandonar la mesa y estar libres. David preguntó:

"¿No hay tortillas? Francamente, esto no sabe bien con pan."

"¡Claro que sí hay! —dijo Isabel y llamó a Josefina—. Trae unas tortillas, pero no las quemes."

Josefina se retiró para regresar a los pocos minutos con la carne de Rolando y un plato de tortillas delgaditas y calientes. El muchacho examinó su carne con un cuidado exagerado, pero como no encontró nada raro comenzó a comerla. David tomó tortillas y un pedazo de carne del plato de Isabel. Había terminado la suya. Ella no sólo no protestó, sino que le dio el último trozo que le quedaba en el plato, diciendo, cuando él casi la rechazaba:

"Andale, no la quiero, con esta gripa que me ha quitado el apetito... A propósito, ¿puedo encargar mi medicina a la farmacia?"

"Claro que sí. Ordena lo que necesites. Tienes que cuidarte, si no te vamos a tener en cama toda la semana."

"¡Dios me libre! Me voy a poner una inyección y voy a tomar un desconfríol hoy mismo. ¿Me das con qué comprarlos?"

"Cuando me vaya. Dí a las criadas que ya traigan el café."

"¿No vas a tomar helado? Está muy bueno."

"No. ¿Quién piensa en helados con este tiempo tan fiero!"

"¡Yo quiero! ¡Yo quiero!", gritaron los niños casi al unísono.

"Ya viene, ya viene, esperen un momento", dijo Isabel sonando el timbre.

La hija de Juana entró trayendo el helado: Josefina colocó las tazas de café humeante frente a Isabel y David.

"Es el café que te traje, ¿verdad? —preguntó David a Isabel—, el buen café."

"Sí, éste es. Como el que te doy diariamente ¡es tan malo!"

"No digo que sea malo, pero no es como éste. Éste me costó veinticinco pesos kilo."

"Ya, ya, como tienes tanto dinero..."

"No, chaparra, no es que tenga dinero, pero por unos centavos más puede uno tomar algo mejor —dijo David. Encendió un cigarrillo de marca americana y preguntó—: Y tú, ¿no fumas?"

"No, chiquito, no quiero ponerme peor. No he fumado en todo el día y no pienso hacerlo hasta que me sienta mejor de la gripa."

David e Isabel tomaron el café que previamente había sido endulzado. Manuel y Rolando tomaron el helado con avidez y fueron a conectar la grabadora de cinta magnética. Inmediatamente escucharon el anuncio comercial del negocio de su padre y todos prestaron atención.

"¿De dónde grabaron eso? ¿De la televisión o del radio?", preguntó David.

"De la tele, papy —dijo Rolando—. Oye qué claro está."

Después del anuncio siguió una canción popular que repitió una y otra vez. Los niños no parecían cansarse de escucharla.

"¿Habrá algo que estos niños deseen? —dijo David—. ¿Cuántos niños tendrán lo que tienen ellos? Imagínate, vieja: televisión, grabadora, piano, tren eléctrico, acordeón, y no sé qué tantas cosas. Pero creo que no se dan cuenta. Ha de ser porque todo tienen sin que les cueste trabajo. Si hubieran pasado las que yo pasé, apreciarían más lo que se les da."

"Ay, David —dijo Isabel con una sonrisa—, son tan chicas, y qué mejor satisfacción para ti que darles lo que les das. Yo soy feliz de que no les falte nada y de que no pasen trabajos. Aunque a veces pienso que es malo tenerlo todo. Pero no... es mejor tenerlo todo. Es tan duro desear algo y no tenerlo..."

Isabel se detuvo porque oyó una voz en la cinta, que aparentemente estaba dando un discurso.

"¿Y eso?", preguntó.

"Ay, mamá —dijo Manuel—, es mi papy. ¿No reconoces su voz?"

"Claro que sí; deja oír lo que dice."

La voz decía: "Aún recuerdo aquellas noches en Acapulco cuando nuestro gran amigo y distinguido David Castro inició su carrera..."

"Oye —dijo Isabel—, ¿cómo puedes ser tú?"

"Chaparra, estoy leyendo el discurso del señor Villa, el que dio el día de la inauguración. Los muchachos lo grabaron, ¿no te acuerdas?"

"Oye, no te vi grabarlo y por eso me pareció extraño."

Terminado el café, David subió al cuarto de baño y regresó a los pocos minutos.

"Ya me voy. Llámame por teléfono para que me digas cómo sigues y para ver si puedo llevarlos a todos al cine. ¿Vas a salir?"

"Sí, voy con los niños a comprar las cosas para el árbol. Y, hablando de eso, dame el dinero para el árbol."

"Sí, papy, sí; dame a mi may —dijo Juan—. Si no le das, no nos compra nada."

David hizo un movimiento como para sacar su cartera, pero simplemente fue eso, un movimiento. Abandonó la casa sin dar a Isabel el dinero. "Maldito miserable —dijo para sí misma—; ahora los muchachos van a querer que les compre el árbol, pero no lo haré."

"¿Ya ves, mami, cómo es mi papá? —chilló Rolando—. Devuélveme mis diez pesos, yo no gasto en nada. Él dice que sí y luego no es cierto."

"No te apures, hijo, mañana nos lo dará."

"No, no, mamá —dijo el muchacho, en forma casi histérica—. Dame mis diez pesos; yo ya no quiero árbol ¡ni nada!"

"Está bien, hijo, te los daré. Pero acuérdate que me dijiste que me ibas a ayudar con los regalos de tus primos. Te los doy después, ¿eh?"

"¡Sí, sí, dámelos!"

El teléfono sonó y Juan, el único que había permanecido en la sala, contestó. Los otros niños salieron a despedir a su padre.

"Bueno, ¿quién habla?... Mamá, es Bertha, quiere hablar contigo."

Isabel fue al teléfono: "Sí, soy yo. Está bien, esperaré... Oye, mana, no seas burra, no dejaste la botella para el nene... ¿Qué? Pero Bertha me dijo... ¡Ah! Bueno, qué muchacha tan tonta. Yo me alarmé muchísimo y le dije que te buscara en casa de Jorge. Oye, ¿me prestas el coche otro rato? Los niños quieren ir a comprar las cosas para el árbol... Sí, sí, te lo regreso cuando más tarde a las siete. Tengo que regresar temprano porque, si David

no nos lleva al cine, de seguro que se acuesta temprano. Anoche, o mejor dicho ahora, llegó a la casa como a las cinco... Sí, ¡en la mañana, hombre!... Nada. ¿Qué quieres que le diga? Ya estoy harta, pero ya no quiero más pleitos. Yo soy la única que pierde. Que vaya adonde le dé la gana, ¿a mí qué me importa?... ¿Qué pasó? ¿Cómo encontraste a tu cuñado?... Eso está bien, sí, no hay como las criadas para dejarlo a uno rabiando. ¿Y la casa? ¿Encontraste algo?... ¿Sí? ¿Hallaste? Entonces fue porque le recé a la Virgencita para que te ayudara a encontrar casa. Es un milagro. Nunca me falla cuando pido para alguien... Qué bien. Si tengo tiempo, cuando regrese en la tarde a lo mejor tengo tiempo de que me lleves a verla. Muy bien, sí. Adiós. Dale besitos a los niños. Estaré temprano con el coche. Sí, sí, no me olvidaré. Cuando saiga lo llevaré a llenar. Te regresaré el tanque como estaba. Adiós, Elena."

"Pobre de Elena —pensó Isabel, mientras colgaba el auricular—. Con cinco niños y tener que cambiarse. Pero eso pasa por no tener su propia casa. Cuando menos se lo espera uno los dueños se la piden, y ni modo... Y con mi mamá tan lejos, ¿quién la va ayudar? Claro que tendré que ayudarla yo. Ya estaría de Dios. Qué le vamos a hacer. Ojalá que cuando menos sea una buena casa y ella esté contenta. Pero su marido, ¡pobre, todo lo que tendrá que gastar! Es tan bueno... El sí es un buen marido, yo siempre se lo he dicho a Elena. De los treinta millones de mexicanos le tocó el mejor. Ésa sí que es suerte de la buena. Yo también tengo suerte, pero pésima."

Isabel subió a arreglarse porque los niños querían salir inmediatamente a comprar los adornos para el árbol de Navidad. Recordando que necesitaba medicina, llamó a Rolando.

"Hijo, llama a la farmacia y pide que me manden *Alivín* y un *Desenfriol*, pero díles que me los manden inmediatamente porque voy a salir."

Rolando hizo lo que le ordenaban. Cuando colgó, dijo: "Apúrate, yo voy a salir a jugar un ratito."

Isabel se cepilló rápidamente los dientes, se limpió la cara con una toalla de papel tissú y retocó su maquillaje.

Lourdes le preguntó un tanto ansiosa: "¿Voy a ir contigo, many?"

"Claro que sí, hijita, tú vas adonde vaya tu madre."

Satisfecha, Lourdes se sentó en un silloncito de seda color oro y se puso a leer los cuadernos cómicos de Walt Disney. Isabel se quitó la mascada azul y se cepilló y peinó el pelo. Estaba cambiándose los zapatos cuando entró Josefina con un envoltorio de papel manila: "Trajeron esto de la farmacia."

"Muy bien, baja y díles que te den la nota para que yo la firme." Isabel desenvolvió el paquete; inmediatamente tomó una píldora con un poco de agua.

Josefina subió otra vez y dijo: "Que no se puede firmar, que tiene que pagarse."

"¿Y éstos qué se han creído? Ya veremos. Marca el número de la farmacia y dame el aparato. Apúrate porque se me hace tarde."

Josefina obedeció y cuando se hubo comunicado dio a Isabel el auricular.

Isabel habló con cierto enfado:

"Oiga, señorita, estoy hablando de la casa del señor Castro. Mi esposo ha salido y no me dejó dinero para la medicina, voy a firmarle la nota y se la pagaré después. ¿Qué?... Llame al hermano del dueño por favor... Pero, señorita, no es ésta la primera vez y allí compramos siempre nuestras cosas. ¿Cómo dice?... Está bien, se la voy a devolver."

De un fuerte golpe colgó el auricular. "¡Caramba! ¡Después de los cientos de pesos que les compramos allí! Pero nunca les vuelvo a comprar nada. Toma esto —dijo, volviéndose a Josefina—. Dáselos. Ya había yo abierto el *desenfriol*, ¡allá ellos!

"Oye, mamá, ¿por qué no lo pagas? ¿No tienes dinero?"

"Sí, sí tengo, pero nomás por eso no voy a pagarles. Además si les pago, luego tu padre no me lo da. Después compraré lo mismo en la 'Farmacia de Dios'. Ojalá y que allí entregaran pedidos."

Sin decir una palabra, Josefina tomó el paquete y regresó a la planta baja. Isabel ya estaba lista para salir. Ándale, nena —dijo a Lourdes—, vámonos." Cuando estuvo abajo, llamó a Juana: "Regresaré pronto, compre temprano el pan y haga la merienda. Haga algún antojito. Cuando regrese, veremos lo de las cuentas. No habrá gastado usted todo, ¿verdad?"

"No, señora, pero todo está muy caro."

"Muy bien, yo regreso. El Gordo y Manuel se van a estar aquí, sólo me voy a llevar a Rolando y a la nena. Si alguien pregunta por mí, dígame que regreso como a las siete."

Cuando Isabel salió, hacia las cinco y media de la tarde, encontró a todos sus hijos en la reja. Rolando estaba ya dentro del coche y Juan y Manuel esperaban, ansiosos. Ella les dijo que no la acompañarían y se iniciaron las protestas. Manuel calló pronto, pero Juan seguía hablando muy enojado: "Eres mala. No nos quieres. Nos dejas y te vas con ellos. Nomás dime: ¿por qué no me llevas?"

"Porque si te llevo a tí, Manuel también quiere ir, y todos juntos me vuelven loca y a la mejor nos matamos. Quédate, hijo, ya verás lo que te traigo."

"No me traírás nada, no me traírás nada", gemía Juan.

Mientras tanto, Manuel, subido en la parte delantera del automóvil, trataba de arrancar la antena de la radio. Rolando gritó:

"¡Míralo, mamá, míralo! Condenado sordo. Nomás déjame lo y verás cómo lo arreglo."

Isabel contuvo a Rolando por la fuerza mientras le decía a Manuel:

"Ya verás. Te aseguro que no vas a tener Navidad. ¡Bájate de ahí porque te mato! ¡Muchacho malvado!"

Manuel se bajó riendo y corrió hacia la casa. Se detuvo de pronto y miró hacia el automóvil. Se dirigió a la reja y la jaló con fuerza, derribando algunos ladrillos. Isabel no dijo nada, pero pensó: "Estos hijos... ¡ya estoy harta de ellos! Quisiera colgarlos, por Dios." Pero en un momento se calmó y dijo: "Por favor, niños, no me hablen, estoy muy nerviosa y podemos chocar. Vayan callados."

Rolando se sentó en el asiento delantero con su madre. Lourdes, atrás. Iban a arrancar cuando un hombre vestido de mezclilla se acercó.

"¿Quiere un arbolito, niña? Se lo vendo barato."

"Ándale, mami, vámonos —dijo Rolando—. No seas mala, vámonos."

"¿Dónde están?", preguntó Isabel.

"Aquí arribita nomás. No los cargamos porque nos los quitan. Pero si usted quiere, yo la llevo."

El hombre se subió al carro y dio instrucciones a Isabel. Pronto llegaron a un callejón escondido. Al fondo, tras de una reja, había un cuarto diminuto formado con desperdicios de cartón. Los chiquillos, sucios y pobremente vestidos, jugaban afuera, como si no sintieran el frío. Ninguno tenía suéter. Isabel y sus hijos bajaron del auto, cruzaron el cuarto y salieron a un corral con árboles de Navidad apilados en el suelo. El hombre le mostró uno y otro, hasta que Rolando encontró el que le gustaba.

"Este, mamá, éste —dijo—. Mira qué bonito está."

"¿Cuánto quiere por él?", preguntó Isabel.

"Cincuenta pesos, señora. Mire, no consigue otro por menor precio. Nos cuesta mucho trabajo traerlos aquí."

"En la calle de Liverpool venden los importados casi de este tamaño por diecinueve cincuenta. Le doy treinta pesos."

"No, señora, cuando menos cuarenta pesos. No encontrará nada más barato."

"Sí, mamá, sí, luego no tendremos árbol; ándale, no seas mala", dijo Rolando saltando, frenético de que su madre no fuera a comprar el árbol.

"No, treinta pesos, no doy más", respondió ella en forma decisiva e hizo un movimiento como para marcharse.

El hombre estuvo de acuerdo en el precio.

"Bueno —dijo Isabel—, llévemelo a la casa y mañana le pago porque ahora no traigo el dinero conmigo."

"No, señora, nosotros puede que nos vayamos hoy. Ya sólo

tenemos unos pocos y nomás estamos esperando vender éstos antes de irnos, porque no somos de aquí."

"Muy bien, entonces tráigamelo mañana si es que todavía está usted aquí."

"Eso estará mejor, señora", dijo el hombre humildemente.

Isabel regresó al carro, los niños la seguían. Lourdes no dijo nada, pero Rolando estaba violento.

"Ya ves, nos niegas todo, sólo porque dices que mi papá no te pagará. Dame mis diez pesos. Yo no quiero nada. Ya me voy a la casa."

"Lárgate, condenado, lárgate y toma tus diez pesos. No irás conmigo."

Isabel contestó furiosa mostrándole el billete de diez pesos para que lo tomara. El muchacho se atemorizó. Su madre estaba más enojada que nunca. Subió al auto sin tomar el dinero y sin decir palabra. Isabel se dirigió a una gasolinera y ordenó que le llenaran el tanque. Estaba nerviosa y disgustada, no hablaba a los niños ni ellos hablaban con ella.

"Todo está bien, señora. Son diez cuarenta."

Isabel sacó once pesos y los dio: "Guarde el cambio. Muchas gracias."

Se dirigió hacia el centro tomando el Paseo de la Reforma, para ir al mercado de Medellín donde en otra ocasión había comprado los adornos del árbol. Iba a comprar otras tres cajas de adornos para aumentar las que ya tenía. "Pero no me siento con deseos de comprar nada —pensó—. Los muchachos nada merecen, son exactamente como su padre."

Al fin, Lourdes se atrevió a hablar: "Mami, ¿no estará cerrado? Ya es tarde."

"No, todas las tiendas cierran hasta las ocho, y si está cerrado iremos mañana."

"Cierran a las ocho... iremos mañana...", murmuró Rolando.

"¿Qué dijiste?", preguntó su madre, lista para encolerizarse de nuevo.

"Nada. No dije nada."

"Sí, mamá —dijo Lourdes—, estaba rezongando."

"¡Cállate, escuincla!, si no quieres que te pegue."

"Mira, si no te callas nos iremos a la casa y no habrá árbol ni nada. De ti depende." Isabel detuvo el carro.

"No, mamá —dijo Lourdes en forma conciliadora—, nos vamos a estar callados, ¿verdad, Rolando?"

Él, empecinado, no contestó.

"Está bien —dijo Isabel—. A la primera palabra nos vamos a casa."

Los niños estuvieron callados mientras ella manejaba entre el tránsito de la ciudad que a esa hora del día era muy intenso.

"Ojalá y que David mande a los muchachos a una escuela

de internos —pensó Isabel—. No sé si los he dejado dominarme, pero no los puedo controlar. Yo creo que una escuela de pie es lo único que los puede sujetar un poco. De ese modo yo descansaré y todo será distinto. Ni siquiera he tenido tiempo de ir al salón a que me arreglen las uñas. Todo el día con estos animales salvajes. Me vuelven loca. Y con razón, no soy lo suficientemente fuerte para golpearlos."

Al llegar al mercado detuvo el auto frente a una ferretería y dijo a los niños: "Se están aquí. Me voy a bajar sola y no quiero discusiones ni peleas."

En la tienda, Isabel esperó que alguien la atendiera, pero la tienda estaba llena de gente y transcurrieron aproximadamente cinco minutos sin que nadie se diera cuenta de su presencia. Se impacientó y, dirigiéndose a un empleado, dijo. "Bueno, señor, van a despacharme a mí, o no?"

"Sí, señora, ¿qué desea usted?"

Isabel dio su orden y el empleado se fue a la trastienda a surtirla. Otra vez, Isabel estuvo esperando. De vez en cuando se asomaba a ver si los niños se portaban bien. Por fin salió.

"¿Qué otra cosa necesitamos? —preguntó—. Pedí los adornos, las luces, el papel celofán cortado y la estrella para la punta del árbol."

"Mamá —dijo Rolando—, necesitamos heno y algodón, pero compraremos eso en otro lado. Y las otras dos luces para el otro cordón."

Rolando estaba de buen humor ahora, porque al fin vio que, después de todo, sí iban a tener árbol.

Isabel regresó a la tienda y completó su compra, pagando una cuenta de treinta y cinco pesos. Llevó los paquetes al automóvil y dijo a los niños: "Vengan conmigo, vamos al mercado."

Conforme iban caminando, Rolando dijo a su madre: "Perdóname, mamá, pero me dio coraje pensar que ya no íbamos a tener árbol. Ya viste cómo mi papá nos tantió y no nos dio el dinero, y luego tú no quisiste comprar ese árbol tan bonito."

"Mira, hijo, tienes que entender que yo no lo hago por egoísmo. Tu padre tiene dinero, pero tengo que obligarlo a que les dé estas cosas. Le gusta que le estemos rogando y eso no está bien. Cien o doscientos pesos no son nada para él, y para mí significan mucho porque yo no tengo de dónde sacarlos. Lo que me da apenas me alcanza. Deberían ayudarme y en lugar de eso me hacen las cosas más difíciles. Tú eres el mayor y debías dar el ejemplo a tus hermanos. ¿Cómo les vas a decir que me respeten si tú no me respetas?"

"No, mamita, perdóname. Te prometo que ya me voy a portar bien, pero no te enojas conmigo. Me pongo muy triste", dijo Rolando y besó a su madre.

En el mercado fueron a un puesto con heno, musgo y ramas de pino con que se adornan los nacimientos la noche del 24 de diciembre en todas las casas de México. Estuvieron regateando en el precio del heno y finalmente compraron un montoncito por tres pesos. Rolando lo llevó hasta el auto. Eran pasadas las siete de la noche y había completa oscuridad. Isabel recordó que todavía tenían que regresar el auto a su hermana.

"Bueno, hijo, ahora sí ya nos vamos a la casa —Isabel colocó a Lourdes en el asiento trasero, donde pronto quedó dormida—. Que ya no se te ocurra nada, porque ahora sí ya no tengo dinero y ya es muy tarde."

Enfiló el auto sobre Reforma, y quince minutos después estaba frente a su casa. Nadie había hablado durante el trayecto, e Isabel estaba ansiosa de saber si David había llamado mientras estuvo fuera.

Tocó la bocina para llamar a los sirvientes a que la ayudaran. No quería bajarse del carro porque debía regresarlo a su hermana. Se sentía muy mal, y esta noche, pensó, prefería quedarse en casa mejor que ir al cine. Por nada del mundo se perdería la cena de posada de la noche siguiente. Tendría lugar en un centro nocturno muy elegante y prometía ser todo un acontecimiento.

Al sonido de la bocina salió Eufemia secándose las manos en el delantal: "¿Ya regresó, señora?"

"No, Eufemia, todavía no —contestó Isabel, riendo—. Ayúdenos con los paquetes y regrese por la nena para que la lleve cargada. Traiga un sarape para que la envuelva, no se vaya a resfriar."

Eufemia tomó los bultos que Rolando le daba, los llevó a la casa y poco después regresó con una frazada azul. Ella y Rolando envolvieron a Lourdes, y Eufemia la llevó en brazos a la casa.

"Bájate tú también —dijo Isabel a Rolando—. Cierra la reja y pon los ladrillos del modo como estaban. Mañana que los arregle otra vez el albañil. Tu padre se va a poner bien enojado. Espero que no le suene a Manuel."

Rolando siguió las instrucciones de su madre y volvió a subir al auto que Isabel enfiló a casa de Elena.

Cuando llegaron, Rolando tocó el timbre que estaba junto a la reja roja ya cerrada con una cadena y un candado. A los pocos minutos una sirvienta alta y corpulenta salió:

"Pase, señora —dijo amablemente—, voy a abrirle."

"No, María —dijo Isabel—, no abra la reja. Pregúntele a Elena si quiere que le deje las llaves o si puede venir para que me lleve a casa."

La sirvienta entró a la casa y pronto regresó.

"La señora dice que le deje usted las llaves y que cierre bien

el carro. No puede venir ahorita porque está bañando al bebé. Quiere saber si no va usted a pasar."

"No, ya es muy tarde. Dígale que mañana la llamo para ver si vamos al 'Palacio'. Creo que ya voy a acostarme porque tengo una gripa muy fuerte. Adiós, María. Aquí están las llaves. Y tú, Rolando, cierra bien el carro. Dígale a Elena que muchas gracias. Llené el tanque y revisaron el agua y el aceite. También el aire de las llantas. Buenas noches."

Isabel tomó el brazo de su hijo y comenzaron a caminar hacia su casa. Cuando llegaron a la esquina de Reforma ella dijo:

"Qué bonita se ve la iluminación de Navidad. Cuando menos, este Regente arregla la ciudad."

"¿Qué es Regente?", preguntó el muchacho.

"Es el alcalde, el que gobierna la ciudad de México, como los gobernadores de los Estados, o como el Presidente de toda la República; sólo que él sólo gobierna la ciudad de México, o sea, el Distrito Federal. No me digas que no sabes qué es el Distrito Federal."

"Claro que sé. Me lo enseñaron en tercer año. ¿Y quién es el Regente?"

"Su nombre es Manzo, pero no me acuerdo de su primer nombre. También se le llama gobernador del Distrito Federal y jefe del Departamento Central. Hizo mucho por nuestra ciudad. Mandó quitar los viejos puestos de los mercados y mandó construir mercados nuevos; y de las calles retiró a los vendedores ambulantes y a los limosneros. Mira qué bella se ve la ciudad con las flores y las fuentes que le ha puesto. Tu papá dice que quiere ser presidente."

"Uy, ha de tener mucho dinero, ¿verdad, mamá?"

"Claro, hijo, todos estos hombres grandes tienen mucho dinero. Roban mucho y hacen toda clase de negocios sucios."

"¿Y mi papá no es amigo de ese Manzo?"

"No, hijo, él tiene otros amigos."

"Y mi tío Mauricio ¿conoce a todo el mundo?"

"Bueno, yo de eso no sé."

Isabel no se interesaba en la política. Ni siquiera había ejercido su derecho a votar. Pero David tenía amigos entre los oficiales del gobierno y era muy destacado entre las organizaciones manufactureras. Le habían instado para que tomara parte en la política, por su habilidad para hablar en público, y para que ocupara algún puesto. Pero él rehusó. Su sentimiento cívico tomó forma en el deseo de legar algo a su ciudad. Una vez dijo a su mujer que intentaba dejar los edificios de su propiedad al pueblo de la ciudad de México, como una especie de monumento a su memoria.

Esta afirmación alarmó a Isabel porque tal parecía que David

no pensaba dejar nada material para ella y los niños. Mas no tuvo el valor de interrogarlo al respecto.

Cuando llegaron a la casa encontraron la reja abierta. Tras ellos, Rolando la cerró cuidadosamente. En casa, Manuel vino para decir: "Mi papá dice que le llames inmediatamente porque ya se va de la fábrica. Ya casi son las ocho."

Isabel corrió hacia el teléfono para llamar a su esposo. Cuando David contestó, ella dijo:

"No, fui a regresar el coche a Elena... Como tú quieras, pero yo creo que sería mejor que me quedara porque creo que hasta tengo calentura. Te mando a los muchachos en un coche. Yo tomaré medicinas y me quedaré en cama. Ay, no, no seas malo, les prometiste... En un carro de alquiler, desde el sitio, por supuesto. Te los mando tan pronto como merienden. Espéralos ahí... ¿Sin su merienda? ¿Después los llevas a alguna parte? Muy bien, y me traes unos sanwichs... Muy bien, sí, adiós. Allí estarán dentro de una media hora."

Colgó el aparato y dijo a Manuel lo que habían decidido: "Llama a Juan y a Rolando. Creo que están arriba porque los acabo de oír gritar. Diles que se arreglen porque se van con su papá al cine."

"Ay, mamá, ¿tú no vas? Entonces yo tampoco voy."

"No, hijo, tengo mucha gripa. Mejor me voy a la cama inmediatamente y ya mañana estaré mejor para cuando pongamos el árbol. Andale, llama a tus hermanos."

Manuel corrió hacia el piso superior mientras Isabel iba a la cocina.

"¿Qué han estado haciendo toda la tarde? —dijo a Juana—. Son las ocho de la noche y todavía no terminan de limpiar la cocina. Mire esa estufa. Váyanse a sus cuartos, y al diablo con el trabajo. Hágame una taza de té y súbame lo a mi cuarto. Prepare el chocolate de la nena que está dormida y súbalo también. Ya me voy arriba porque ya no aguanto este dolor de cabeza."

La cocinera movió la cabeza en señal de asentimiento, e Isabel subió a la planta alta y fue al cuarto de los muchachos. Estaba en completo desorden. Los juguetes habían sido desparramados por todas partes, las almohadas en el suelo, las camas deshechas y una persiana veneciana estaba caída.

"¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? Van a ver, ustedes dos no van al cine."

"No, mamá, no seas mala. Estábamos jugando y se atoró la cortina y se cayó", dijo Juan.

Isabel pensó que, si castigaba a los muchachos dejándolos en casa, el castigo sería para ella. Si los dejaba ir, descansaría un rato y podría leer la novela que pidió prestada. Entonces dijo:

"Muy bien, los perdono una vez más, pero la próxima vez ya verán. Sueña el timbre, Juan, para que venga Josefina a

levantar todo esto. Apúrense, voy a llamar al sitio para que manden un coche. O mejor llama tú, Rolando."

"Mamá —preguntó Juan—, ¿que no vamos a merendar?"

"No, estúpido —dijo Manuel—, nos va a llevar a tomar sándwiches adonde siempre. Andale, el coche no se tarda."

En ese momento se oyó la bocina del "taxi" y los tres muchachos bajaron atropelladamente la escalera.

"¿Quién va a pagar el coche?", gritó Rolando a su madre.

"Que su padre lo pague cuando lleguen. Tengan mucho cuidado y digan a su papá que no pueden hacer ruido cuando lleguen porque me voy a dormir."

Desde el balcón de su recámara Isabel vio a los muchachos subir al auto y partir. Tocó el timbre y pronto apareció Juana. Traía chocolate en una botella y una taza de porcelana con té en una charola. Isabel desvistió a Lourdes, le puso su pijama de franela y la cubrió con los cobertores. Luego le dio la botella, que la niña tomó casi dormida, la besó y apagó la luz dejando un pequeño foco encendido. De puntas entró en el cuarto de baño, se lavó los dientes, se cepilló el pelo y con crema se quitó el maquillaje. En su recámara se desvistió y se puso sobre el camión un saco de franela blanco. Antes de meterse en la cama se puso crema de noche. En seguida llamó a Josefina para que le sirviera el té. Josefina apagó las luces brillantes —Isabel tenía encendida la lámpara de su cama— y dio a su señora dos aspirinas que sacó del cajón del tocador.

En un tono muy bajo, Isabel puso su radio y tomó su libro *El egipcio*. Para ella había transcurrido un día más. El esposo y los hijos regresarían como a la una de la mañana, pero estaría dormida ya. Comenzó a leer. Durante un rato viviría en la fantasía del libro y luego dormiría. Sólo deseaba aliviarse del resfriado para poder asistir a la fiesta del día siguiente. Prometía ser una fiesta en grande. No merendó porque, dijera David lo que dijera, ella deseaba conservar la línea.

INDICE

Prefacio a la edición en español	9
Prólogo	11
Agradecimientos	15
La escena	16
Un día en un pueblo mexicano: La familia Martínez	33
La Casa Grande: La familia Gómez	65
La calle de los Panaderos: La familia Gutiérrez	119
En los suburbios de la ciudad de México: La familia Sánchez	189
Zona residencial: La familia Castro	257

